

# MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

VI

Fiestas

(Julio-Diciembre)

ROMA, 1991

488

3 de julio  
SANTO TOMAS APÓSTOL

—La incredulidad y el acto de fe de Tomás después de la Resurrección del Señor.

—El deber de profesar externamente la fe.

—Dar testimonio de nuestra fe en Cristo con nuestras obras y nuestra vida.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy recoge una de las apariciones de Jesucristo a los Apóstoles después de su Resurrección. *Tomás, uno de los Doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: ¡Hemos visto al Señor! Pero él les respondió: si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en esa señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré* <sup>1</sup>.

Los Apóstoles eran poco propensos a admitir lo que excedía de los cauces de su experiencia y de su razón, y no parece que hubiesen entendido a Jesús cuando les anunciaba que resucitaría de entre los muertos. Sólo así se explica la reacción de Tomás. *Pero a los ocho días, estaban de nuevo dentro sus discípulos, y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas,*

---

(1) *Ev. Joann. XX, 24-25*).

vino Jesús, se presentó en medio y dijo: la paz sea con vosotros. Después dijo a Tomás: trae aquí tu mano y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente<sup>2</sup>.

Al considerar hoy la inicial incredulidad de los primeros seguidores de Cristo, y su posterior fortaleza para creer, nosotros deberíamos hacer un acto de fe, que en aquellos primeros momentos, después de la Resurrección, no sabían hacer ni las santas mujeres ni los discípulos.

¿No lo habéis visto? Pedro, el jefe de los Apóstoles, vacila ante el anuncio de María Magdalena, pero aun así echa a correr, con Juan, hacia el sepulcro. Juan, como es más joven, llega antes, pero hace lo que vosotros: tener cariño a la vejez. No entra en el sepulcro, aunque la curiosidad le puede: mete la cabeza, y velas vendas y el sudario; las vendas que habían puesto, en los miembros del Señor, José de Arimatea y Nicodemo, y, en un rincón, el sudario con que habían cubierto la cabeza de Jesús. ¡Y muchos todavía no creen! No creen hasta que se les aparece en el Cenáculo, y alguno de ellos hasta que toca las llagas con sus manos.

Yo comprendo bien la confusión de Tomás delante del Señor, y el maravilloso acto de fe y de

amor que se le escapa: Dominus meus et Deus meus/ floann. XX, 28). Toca a Cristo como nosotros, que lo tocamos en la Eucaristía, recibiendo-le cada día en la Hostia Santa, y lo tocamos en la eficacia de la labor. No hay ningún hijo mío que no haya resucitado a muertos, que no haya traído la luz a los ojos ciegos, que no haya convertido en flexibles y eficaces los miembros paralíticos, que no haya soltado la lengua de los mudos haciéndoles recuperar el habla. ¡Milagros, milagros, milagros! Y sin embargo, nuestra fe, ¿cómo anda?<sup>3</sup>.

Aunque Dios permitió que Tomás dudara en un primer momento, la Tradición afirma que luego este Apóstol evangelizó Asia y difundió de tal modo la fe de Cristo en la India, que, a la vuelta de los siglos, muchos conservaban esa fe sin haber tenido quien les predicase. Hoy rogamos al Señor que fortalezca nuestra fe. Que la intercesión de Santo Tomás nos ayude siempre, y alcancemos la vida eterna por la fe en Aquel a quien él mismo reconoció como Señor<sup>4</sup>.

NO BASTA aceptar internamente las verdades reveladas. También es preciso profesarlas externamente, porque el hombre, compuesto de alma y cuer-

(3) De nuestro Padre, Meditación, 30-IV-1964.

(4) Orar.

po, afirma sus actos interiores con expresiones sensibles. Manifestamos externamente la fe al recibir los sacramentos y en otros momentos durante la vida. Y también en todas las ocasiones requeridas por la Iglesia<sup>5</sup>. Procuramos además hacer presente la palabra de Dios en el trato con nuestros parientes, amigos y conocidos, en el ambiente social y de trabajo, en todas las actividades humanas, y siempre que nuestro silencio o manera de obrar llevase consigo negación implícita de nuestras creencias, desprecio a la religión o escándalo del prójimo.

No se trata de un caso imaginario, pues también hoy existen católicos que —por pasividad, por no comprometerse, por falta de formación— dan a entender que no se adhieren plenamente a las verdades reveladas, que no consideran las enseñanzas de Jesucristo como elemento vital de su conducta. Para ayudarles con nuestro ejemplo y confortar en la fe a los que vacilan, debemos profesarla externamente con naturalidad.

En una ocasión, predicando sobre la necesidad de testimoniar sin miedo la fe, nuestro Padre nos contaba un recuerdo de su juventud, del que extraía una lección para nuestra vida. *Me acuerdo* —nos decía— *de una escena que presencié hace bastantes años, en Zaragoza, en un bar* —se llamaba Gambri-

(5) Cfr. CIC, can. 833.

*ñus— que no sé si seguirá existiendo. Había en aquel café un grupo de hombres y, entre ellos, un torero famoso. Se paraba la gente a contemplarlo. Un niño salió de la muchedumbre, pasó una mano por el traje del hombre que todos admiraban, y volvió con la cara radiante, diciendo a gritos: ¡lo he tocado!*

*Hijos míos de mi corazón, que conmigo tocáis a Cristo todos los días. El tacto es el sentido más burdo, pero se puede ennoblecer. Más aún, nosotros tenemos obligación de ennoblecerlo. Tomás tuvo la dicha de tocar las llagas de Cristo porque no tenía fe, como nosotros tantas veces; porque no creía lo que veían sus ojos, porque su ceguera no le dejaba entender lo que decían los demás.*

*El ambiente general de los Apóstoles era de cariño, de admiración. La fe fuerte, segura, es lo que no veo en ellos en tantos momentos. ¡Qué diferencia, cuando se presenta ante el Señor aquella pobrecita mujer cananea! El la trata duramente, comparándola con los perros; mejor dicho, es ella la que se compara a los perros, pero Jesús le deja. Y está dispuesta a recoger las migajas que caen desde la mesa de su Señor, como los cachorrillos (...).*

*Los jefes de Israel, en cambio, fueron ilógicos. Querían matar a Cristo apenas ven que ha resuci-*

tado a un muerto: Lazare, veni foras! (Ioann. XI, 43). ¡Y aquél que estaba muerto ya de cuatro días, cuya carne comenzaba a corromperse —iam foetet! (Tbid., 39)—, sale del sepulcro, atado de pies y manos... ¡No es lógico! En vez de reconocer que, si da vida a un difunto podrido, es Dios, porque nadie más puede hacerlo, dicen: ¡vamos a matarle!

Hemos de pensar si nuestra fe no es también escasa; si, a veces, no tenemos miedo de sentir la voz del enemigo de nuestra alma, que nos retrae de manifestar públicamente nuestra fe, diciéndonos que somos fanáticos. ¡Y esto no es fanatismo, sino fe! Tened estafe sobrenatural, sabed que moveremos montañas, que resucitaremos a los muertos, que daremos voz a las lenguas que no saben hablar... ¡Y eficacia de obras al cuerpo tullido! Saber eso y creer eso, estar seguros del Señor en cada momento concreto, no es fanatismo: es creer en Cristo resucitado, sin cuya resurrección inanís est et fides vestra (I Cor. XV, 14), es vana nuestra fe<sup>6</sup>.

BIENAVENTURADOS los que sin habervisto han creído<sup>7</sup>, dijo el Señor a Tomás. Y comenta San Grego-

(6) De nuestro Padre, Meditación, 30-IH-1964.

(7) Ev, (Ioann. XX, 29).

rio que en esta sentencia estamos, sin duda, señalados nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. En ella estamos significados nosotros, pero con tal de que nuestras obras se conformen a la fe, porque quien pone en práctica lo que cree, ése es el que cree de verdad<sup>8</sup>.

La doctrina cristiana no es algo simplemente especulativo, teórico, sino que exige una vida coherente, conforme a esa doctrina. Palabras y obras, fe y conducta, en unidad de vida<sup>9</sup>, nos pide nuestro Padre. La fe nos lleva a dar doctrina y a dar ejemplo, para que la doctrina tenga eficacia. Si, ante una persona que no tiene fe, no mostramos vivir lo que pregonan nuestras palabras, ¿cómo le convenceremos a aceptar una opinión distinta de aquélla que le hemos enseñado con la vida?<sup>10</sup>.

El testimonio de fe que a nosotros nos corresponde es la afirmación dada por cristianos corrientes, en el ejercicio recto y responsable de su profesión u oficio, en el cumplimiento fiel de todos sus deberes cívicos, en la práctica —que es también deber— de todos sus derechos, en el modo de afrontar y resolver los diarios problemas y las fatigas de la vida en el mundo: a través, en una palabra, de todas sus relaciones humanas, inspiradas y vividas cris-

(8) San Gregorio Magno, Homilía in Evangelia, 26.

(9) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 34.

(10) San Gregorio Nacianceno, Poemata histórica. I, sect. 1.

*tianamente, con un motivo sobrenatural, por amor a Dios y al prójimo* <sup>n</sup>.

Hemos de ser audaces para demostrar siempre, en cualquier lugar donde nos encontremos, con las obras nuestra fe. *Hijos míos, vamos a enfrentarnos serenamente con todas las dificultades que encontremos (...) en la vida, en este servicio nuestro a la Iglesia Santa; amando a Cristo, a la Madre, Hija y Esposa de Dios, al Papa, a las almas, a todos los hombres, a todos. En esto está nuestra falta de fanatismo. No hay fanatismo en la abundancia de la fe ni en la profesión, sincera y coherente con la propia vida, de esa misma fe. Hay fanatismo en la falta de caridad.*

*Hijos míos, ¡fe!, sin miedo al fanatismo. Que si alguna cosa no sale es por falta de fe. Porque la palabra de Dios no fallará: antes faltarán el cielo y la tierra (cfr. Matth. XXIV, 35). Si algo no sale, es porque no lo habremos sabido pedir con la fe y la constancia necesarias.*

*No sé qué habréis sacado de esta meditación, hijos míos. Yo he sacado más fe, más fe. ¡Y saber que hablar con Cristo y tocar a Cristo no es falta de fe! Es felicidad, es admiración, es amor ¡feliz! Cristo resucitado: creemos en Cristo resucitado; te amamos, Cristo resucitado; lo esperamos todo de*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 51.

*Ti, Cristo resucitado: todo lo grande, todo lo divino, todo lo humano... Cristo vencedor, miserere nobis; danos tu gracia para ser fieles, para profesar nuestra fe sin miedo de nada ni de nadie; danos la perseverancia en nuestra vocación y la alegría* <sup>n</sup>.

Santa María fortalecerá nuestra fe, si acudimos a Ella con confianza de hijos.

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 30-111-1964.

489

7 de julio

ANIVERSARIO DE LA PETICIÓN  
DE ADMISIÓN DEL PADRE

—Lealtad y fidelidad a la vocación.

—Hemos de ser *saxum*, roca fuerte en la que pueda apoyarse el Padre.

—Seremos leales si cuidamos con esmero la vida de piedad y luchamos siempre.

CELEBRAMOS un nuevo aniversario de la petición de admisión del Padre. Y si el recuerdo de la vocación recibida ha de ser, para cada uno de nosotros, motivo y ocasión de dar rendidas gracias a Dios, la celebración de hoy nos impulsa a agradecer con toda el alma la llamada divina de quien es para nosotros Padre y Buen Pastor.

El fundamento firme y seguro de nuestra vocación a la Obra es la fidelidad de Dios: esa fidelidad por la que, siempre y en todo momento, podemos mantener firme *la seguridad de nuestra esperanza, porque fiel es quien hizo la promesa*<sup>1</sup>, el Dios omnipotente, *inmutable en sus consejos*<sup>2</sup>, que nos ha llamado a servirle en el Opus Dei.

(1) tfebr.X, 23.

(2) tf«6r.VI, 17.

Pero la fidelidad a la vocación requiere también nuestra correspondencia, nuestro esfuerzo libre y amoroso para hacer fructificar los dones divinos. Cuánto nos ayuda en esa tarea el ejemplo de nuestros hermanos: los de los primeros años de la Obra, que además de tener fe en Dios tuvieron mucha fe en nuestro Fundador, y los de cualquier otro tiempo, que han gastado y gastan los años de su vida, con lealtad y alegría, para hacer en todas partes la Obra de Dios.

Cuando se trata de fidelidad, es difícil distinguir entre las cosas importantes y las de poca monta, porque *quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho*<sup>3</sup>. La falta de lealtad sólo se puede medir en relación a la confianza que Dios haya depositado en una criatura, que en nuestro caso es mucho mayor de lo que podemos imaginar. El Señor nos pide fidelidad de amor. Por amor procuramos cumplir todos los deberes que entraña nuestra vocación, y, de modo especial, el de servir a las almas, el de amar a la Iglesia, el de mantenernos siempre firmes en el esfuerzo personal por estar muy cerca de Dios.

*No perdáis nunca de vista, hijas e hijos míos* —decía nuestro Padre—, *la consideración de que el Señor cuenta con vosotros para corregirlos. Sed fieles de verdad: ¡no empequeñezcáis vuestro camino! Mirad que nunca estamos solos. El Señor desea vivir dentro de nosotros y, a través de cada*

(3) iuc.XVI, 10.

*uno, llegar a otras muchas almas, a las personas que conocemos y a tantas que aún tenemos que encontrar. De vuestra fidelidad depende la fidelidad de muchos. Yo lo he experimentado, y me gusta repetíroslo: nada se pierde; la semilla que sembramos, con la gracia de Dios, fructifica siempre.*

*Todos queremos ser fieles, hasta en el último detalle de nuestra vida; estoy seguro de la sinceridad de este deseo en cada uno de mis hijas y de mis hijos, porque ninguno puede olvidar que el Señor le ha dicho a él, personalmente: ego redemi te, et vocavi te nomine tuo, meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Pero, ¿somos así de Dios?, ¿por entero?<sup>4</sup>.*

Hoy podemos examinar con más hondura, en la presencia del Señor, si nuestra lealtad es plena: en lo grande y en lo pequeño, en lo importante y en lo que parece sin importancia, en los momentos de entusiasmo y cuando nos sentimos fríos y desganados: en todas las circunstancias.

LA SAGRADA Escritura emplea con frecuencia la imagen de la roca para hablar de la fortaleza sobrenatural, que en Dios encuentra su plenitud infinita. *Yavé es mi roca, mi refugio, mi Dios, la roca en que me amparo*<sup>5</sup>, dice el libro de Samuel. Y el hombre que

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 727.

(5) II Sam. II, 2-3.

pone su confianza en el Señor, firmemente anclado en la fortaleza divina, también puede decir: *afirmó mis pies sobre roca y dio seguridad a mis pasos*<sup>6</sup>.

Esa robustez, que es don divino y correspondencia a la gracia, fue la que nuestro Fundador encontró desde los primeros tiempos en quien llegaría a ser su sucesor al frente de la Obra. Ya en 1939 le comenzó a llamar *saxum*, roca, aludiendo a la especial fortaleza que hallaba siempre en ese hijo suyo: *Saxum! ¡qué blanco veo el camino —largo— que te queda por recorrer! Blanco y lleno, como campo cuajado. ¡Bendita fecundidad de apóstol, más hermosa que todas las hermosuras de la tierra!*<sup>7</sup>.

Esta fortaleza, que nuestro Padre encontró en don Alvaro, la encontramos también —por gracia de Dios— en todos los que le sucedan en el gobierno de la Obra, que siempre estarán apoyados en Dios y en la intercesión de nuestro Fundador, plenamente identificados con su espíritu. Y el Padre debe encontrarla en cada uno de nosotros, pues la vocación nos da las gracias necesarias para ser también apoyo y descanso del Padre.

Con la llamada divina, el Señor nos otorga las gracias suficientes para vivir con plenitud las exigencias de nuestro camino, para ser leales. Y aunque es verdad que las virtudes se perfeccionan con el paso

(6) Ps. XXXIX, 3.

(7) De nuestro Padre, *Caná*, 18-V-1939.



del tiempo, bajo el suave impulso de la gracia, median- te el repetido ejercicio de actos virtuosos, sin embargo, no podemos esperar al futuro para alcanzar la madu- rez de nuestra entrega en la Obra. Todos, sin ninguna excepción, hemos de aspirar a ser, desde el principio, *mayores de edad* en Casa, porque sabemos muy bien que, como afirmaba nuestro Fundador, *el Opus Dei es para personas adultas, que saben —delante de Dios—portarse como niños*<sup>8</sup>.

La madurez espiritual no es sólo ni principal- mente cuestión de años, sino cuestión de entrega, de lucha por ser santos, hasta poder decir con el salmista: *tengomás inteligencia que los ancianos porque he guar- dado tus mandamientos*<sup>9</sup>. Desde el primer momento contamos en la Obra con todos los medios para alcan- zar esa madurez espiritual, y sentimos la responsabili- dad de corresponder a esa gran prueba de confianza, que Dios nos ha dado llamándonos a su Opus Dei.

Al Señor y a la Virgen Santísima pedimos, por intercesión de nuestro Padre, que nos concedan ser hijos mayores, en los que pueda apoyarse el Padre: madurar tanto en nuestra vocación, que no vivamos más que para realizarla, cumpliendo aquella aspiración que nos movió a **pedir un día la admisión: hacer el Opus Dei en la tie- rra siendo nosotros mismos Opus Dei**<sup>10</sup>.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 3-II-1974.

(9) Ps. CXVm, 100.

(10) Cfr. De nuestro Padre, Prólogo al Catecismo de la Obra, 24-IV-1947.

EN ESTE aniversario, junto con una oración más intensa, queremos ofrecer al Padre el regalo de una fidelidad más acendrada a nuestra vocación. Bien sabemos que ésta es la mayor alegría que podemos darle, de acuerdo con las palabras del Apóstol San Juan: *en ninguna cosa tengo mayor gusto, que cuando entiendo que mis hijos caminan en la verdad*".

Caminar en la verdad de nuestra vocación divi- na: aquí se resume lo que el Padre espera de cada uno de sus hijos. Y para eso, conviene que renovemos muy a menudo —hoy es buen momento para hacerlo— *el propósito concreto de evitar que nos suceda lo que es camino de perdición de muchas almas: abando- nar la oración, dejar de ser contemplativos. Vivid en presencia de Dios* —nos decía nuestro Padre—, *como podáis. ¡A fuerza de fuerza, si el Señor no nos da otra cosa! Habremos hecho todo lo que esté en nuestras manos, y no dejará El de escu- charnos*<sup>12</sup>.

*No seáis precipitados en vuestra vida de pie- dad. Ya os he dicho muchas veces que, cuando se desea sinceramente cumplir la Voluntad de Dios, no se da una separación entre la oración y el tra- bajo. Pero querría insistiros en que seáis delica- dos en el cumplimiento de las Normas. No tengáis prisa en el trato con Dios. Sed educados. Amad y cuidad las prácticas de piedad, y doleos por tan-*

(11) I/Joann. 4.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 3-X-1973.

tas manifestaciones de la vida cristiana que han ido arrancando algunos desaprensivos.

La lealtad, que el Señor nos pide, llega hasta estos detalles que parecen pequeños en la vida de piedad, y que son, por el contrario, señales evidentes de que se ama con todo el corazón, ya que no se quiere robar nada al Señor. No os desaniméis cuando descubráis vuestros defectos. Procuremos ser siempre muy leales, y así lucharemos y, si alguna vez caemos, volveremos enseguida a la batalla con más contrición, con más amor.

Nunca nos haremos cargo de la importancia grande que tiene nuestra lealtad. Por eso, si alguna vez sentís el cansancio del camino, hablad, que así os ayudarán: no os encontraréis nunca solos. Y, además, comprenderéis que hasta esos momentos difíciles sirven de purificación, y os disponen para ser instrumentos más aptos, de paso que las dificultades bien llevadas son un apoyo de la tarea apostólica <sup>13</sup>.

Lo importante, en definitiva, es perseverar: con el frío y con el calor, en la juventud, en la madurez y en la vejez, siempre es tiempo de continuar fieles en la lucha, convencidos de que Dios nos espera. Y es deber de todos ayudar a los demás a perseverar. Para sostener a los otros, para empujarlos a acercarse más a Dios, en primer término hemos de

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 730.

poner el buen ejemplo, la caridad —¡tantas veces basta con una sonrisa!—, y luego la doctrina <sup>14</sup>.

El Señor no necesita nada y, sin embargo, quiere necesitar de nuestra lealtad. Debéis pedir, por tanto, la perseverancia de todos y la vuestra personal. Convinceos de que, si no seguimos fielmente al Señor, nos jugamos la felicidad eterna y también la terrena.

Con Dios Padre que no nos deja, con el Espíritu Santo que nos impulsa, con el modelo de Cristo que se entrega hasta la muerte, iremos hasta el fin del mundo para servirle <sup>15</sup>. Y siempre, al amparo de la Santísima Virgen, nuestra Madre, que es Virgo fidelis.

(14) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 730.

(15) De nuestro Padre, Crónica, 1973, p. 731.

490

16 de julio

## NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

—Entre nuestras Costumbres mañanas se cuenta el uso del escapulario del Carmen.

—Es manifestación de nuestra seguridad en el auxilio materno de Santa María.

—Confianza en que la Virgen del Carmen nos ayudará en el momento de la muerte.

*YO SOY Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud* <sup>1</sup>.

Con estas palabras, que tradicionalmente pone en labios de la Virgen, desea la Iglesia movernos a la confianza, a la alegría de sabernos protegidos por una Madre buena, hermosa y llena de gracia, que guarda tesoros de ternura para sus hijos. Al gozo de la fiesta se une, además, el recuerdo imborrable de Tía Carmen, que hoy celebraba su santo. También a ella le pedimos que nos ayude desde el Cielo a amar a Nuestra Señora con el mismo amor con que los bienaventurados la veneran.

(DEccles. XXIV, 23.

La Virgen ocupa un lugar preeminente en la vida del cristiano. Por eso, nuestro Padre nos estimuló a tener *una devoción grande a Santa María Nuestra Madre, en todas sus advocaciones, en todas las manifestaciones de afecto que los cristianos buscan para acercarse a la Madre del Salvador, que es también nuestra Madre* <sup>2</sup>. Nuestro Fundador se refería a las variadas muestras de piedad mañana que vivimos en el Opus Dei, afirmando que nacieron *con la naturalidad con que mana una fuente, sin esfuerzo y como una consecuencia de nuestra vida de cristianos* <sup>3</sup>; con la sencillez del amor de un hijo hacia su madre. Nuestras Normas y Costumbres marianas son las recomendadas por *la Iglesia universal, y no pertenecen a la idiosincrasia de un determinado país o de una orden o congregación religiosa... Corresponden al tesoro de piedad de la Iglesia universal, y son propias de cualquier persona o familia cristiana* <sup>4</sup>.

*Muchos cristianos —comentaba nuestro Fundador— hacen propia la costumbre antigua del escapulario; o han adquirido el hábito de saludar —no hace falta la palabra, el pensamiento basta— las imágenes de María que hay en todo hogar cristiano o que adornan las calles de tantas ciudades; o viven esa oración maravillosa que es el san-*

(2) Del Padre, Noticias 11-58, p. 15.

(3) De nuestro Padre.

(4) De nuestro Padre.

*to rosario, en el que el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas, como no se cansan los enamorados cuando se quieren, y en el que se aprende a revivir los momentos centrales de la vida del Señor; o acostumbran dedicar a la Señora un día de la semana (...), ofreciéndole alguna pequeña delicadeza y meditando más especialmente en su maternidad*<sup>5</sup>.

Los católicos han buscado a lo largo de la historia mil formas de honrar a la Reina del Cielo. Pero otras veces, ha sido la misma Señora quien ha encauzado esa piedad filial, manifestando su predilección por determinadas prácticas, a las que ha unido promesas maternales. Tal es el caso de la devoción al escapulario del Carmen. El 16 de julio de 1251, la Virgen Santísima se apareció a San Simón Stock, general de la Orden de los Carmelitas, y prometió una bendición especial para aquellos que, en el transcurso de los siglos, llevaran impuesto el escapulario. La Iglesia aprobó solemnemente esta devoción nacida en Inglaterra, y los Papas la han enriquecido con numerosos privilegios espirituales. Nuestro Fundador la adoptó desde muy joven, y nos enseñó a vivirla.

*LLEVA sobre tu pecho el santo escapulario del Carmen. —Pocas devociones —hay muchas y*

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

*muy buenas devociones mañanas— tienen tanto arraigo entre los fieles, y tantas bendiciones de los Pontífices. —Además, ¡es tan maternal ese privilegio sabatino!*<sup>6</sup>.

El uso del escapulario del Carmen ha de ir acompañado de un acto consciente y devoto por nuestra parte. En la ceremonia de imposición, el sacerdote invita a recibirlo *impetrando de la Santísima Virgen que, por sus méritos, lo lleves sin pecado, te defienda de toda adversidad, y te conduzca a la vida eterna*<sup>7</sup>.

En nuestro caminar por la vida, necesitamos del abrigo maternal de la Virgen. Solos, corremos el riesgo de descaminarnos; con el amparo poderoso de nuestra Madre podemos andar seguros. *Mirar a la Virgen Santísima es verdaderamente un acto consolador, orientador, y confirma en nuestra alma la doctrina: la fe, la esperanza, la caridad, junto con las demás virtudes. De esta forma, dirige nuestra vida más allá de los límites de nuestra existencia terrena, más allá de los confines del tiempo presente*<sup>8</sup>.

El escapulario es un símbolo muy apto de la protección de Santa María. Responde bien a la naturaleza humana: el uso de un objeto sensible evoca en el alma un significado espiritual. Del mismo modo que se utilizan trofeos o medallas para significar relaciones de amistad, de recuerdo o de triunfo, nosotros damos un

(6) *Camino*, n. 500.

(7) Ritual Romano de San Pío V, Tit. DC, cap. 11, n. 13.

(8) Pablo VI, Homilía, 15-VIIM966.

sentido entrañable al escapulario para acordarnos de la Virgen.

Es muy propio de nuestro espíritu el recurso a esos medios de piedad, de los que se vale el pueblo cristiano para traer a la memoria y al afecto las cosas de Dios. Somos hijos pequeños, y no nos basta una sola comida al día, aunque sea fuerte; necesitamos alimentar de continuo el amor, encendiéndolo con manifestaciones pequeñas de cariño. Esta razón nos mueve a usar esas santas industrias humanas, esas devociones populares, siempre que respondan a una tradición sólida y a un recto planteamiento doctrinal. Sed *piadosos como niños* —aconsejaba nuestro Padre— y *doctos como teólogos, y veréis como vamos bien*<sup>9</sup>.

La fiesta que hoy celebramos es una oportunidad más de renovar la devoción mañana. Es momento adecuado para sacudir la posible rutina que pueda haberse introducido en nuestro trato con Santa María. Es ocasión también de agradecer a Nuestra Señora del Carmen los privilegios espirituales con que nos beneficia, y de renovar nuestro aprecio a su escapulario. Con palabras de la liturgia de hoy, *te pedimos, Señor, que la gloriosa intercesión de la Santísima Virgen María nos ayude siempre para que, protegidos con su auxilio, logremos llegar hasta el Monte Carmelo: Cristo tu Hijo y Señor nuestro*<sup>10</sup>.

(9) De nuestro Padre, Crónica XII-59, p. 11.

(10) Ora/.

*LA BIENAVENTURADA Virgen María no sólo invistió en este mundo de muchas prerrogativas a quien recibió su escapulario; sino que además, en el otro —ya que tanto puede con su misericordia y su potestad en todas partes— a los hijos que llevan el escapulario (...) se cree piadosamente que los alivia con materno afecto, mientras expían sus pecados en el fuego del Purgatorio, y los lleva muy pronto a la patria celestial*<sup>11</sup>.

En la Obra está dispuesto que, cuando un hermano nuestro fallece, lleve consigo el escapulario y, si usó hasta entonces la medalla-escapulario, sea sustituida por el escapulario tradicional.

La Virgen Santísima prolonga su maternal protección más allá de la muerte. *María nos guía hacia ese futuro eterno; nos lo hace ansiar y descubrir; nos da su esperanza, su certeza, su deseo. Animados por tan esplendorosa realidad, con alegría indecible, nuestra humilde y fatigosa peregrinación terrena, iluminada por María, se transforma en camino seguro —iter para tutum— hacia el Paraíso*<sup>12</sup>.

Un día nos llegará la hora del tránsito a la otra vida. Entonces necesitaremos más que nunca de nuestra Madre, *para alcanzar la palma y la corona de la herencia eterna*<sup>13</sup>. Y como la hemos invocado con cariño tantos millares de veces, como hemos llevado con

(11) Breviario Romano de San Pío V, *Ad Mal.*, L. VI.

(12) Pablo VI, *Homilia*, 15-VIII-1966.

(13) Ritual Romano de San Pío V, Tit. K, cap. 11, n. 13.

piedad su escapulario, Nuestra Señora será prenda de esperanza segura en esos momentos.

Como decía nuestro Padre, *morir es —para nosotros— ir de bodas. Cuando se nos diga: ecce sponsus venit, exite obviam ei (Matth. XXV, 7) —sal, que viene el esposo, que viene El a buscarte—, pediremos la intercesión de la Virgen. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora... ¡y verás a la hora de la muerte! ¡Qué sonrisa tendrás a la hora de la muerte! No habrá un rictus de miedo, porque estarán los brazos de María para recogerte*<sup>14</sup>.

Y añadía nuestro Fundador: *reo os preocupéis. Cuando llegue el momento, estad tranquilos. Pido al Señor que llegue muy tarde para vosotros, muy tarde, para que podáis ir con las manos llenas de frutos y deflores al encuentro de Dios*<sup>15</sup>.

Nos ponemos en tus brazos, Madre nuestra, porque fuera de ellos se siente insegura nuestra alma. Cuídanos, protégenos como hijos tuyos que somos, y ten piedad de todos nuestros hermanos difuntos.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 23-VI-1974.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 3-XI-1972.

491

22 de julio

SANTA MARÍA MAGDALENA

—Ante nuestras miserias, hemos de acudir al Señor con contrición y sin respetos humanos, como María de Magdala.

—Hoy es buen día para una nueva conversión en nuestra vida.

—Querer con locura al Señor, como María Magdalena.

HOY ES la fiesta de Santa María Magdalena, a quien la Tradición identifica con aquella mujer que, en casa de un fariseo, se arrojó a los pies de Jesús llorando por sus pecados<sup>1</sup>. Nuestro Fundador, en una meditación, consideraba que *ciertamente, hubo mucha ligereza en su vida, pero fue muy grande su arrepentimiento y muy intensa su capacidad de amar limpiamente, cuando encuentra al Maestro. Por eso, insisto en que he pensado frecuentemente en que quizá muchos han cargado la mano, exagerando la mala conducta de María Magdalena.*

*De todas formas, sea lo que fuere, resulta muy interesante ver cómo el Señor no se aparta de nosotros, cuando nosotros no nos apartamos de El, aunque tengamos a nuestras espaldas una*

(1) Cfr. ZHC. VII, 37-38.

*vida poco ejemplar, incluso con ofensas graves. Dios perdona y abraza de todo corazón a sus hijos arrepentidos, a los que quieren recomenzar. Es muy interesante, os decía, ver cómo el Señor hace realidad la figura del Buen Pastor, que con tanto amor ha predicado: le importan, ¡y mucho!, todas sus ovejas, y no cierra las puertas a las que están heridas, a las sarnosas, cuando vuelven con ánimo de dejarse curar.*

*Os quiero recordar una vez más aquella otra advertencia de Jesús, que recoge el Santo Evangelio: son los enfermos los que necesitan del médico (cfr. Matth. IX, 12). No os sintáis humillados cuando descubráis que tenéis miserias —¡las tenemos todos!—, ya que no cesa el Señor de amarnos por eso. Lo que importa, eso sí, es la sinceridad: sed muy sinceros; perded el miedo, perded la vergüenza de mostraros como sois. Sólo así podrán aplicarnos el remedio oportuno para curarnos, para que trabajemos con más eficacia, y sólo así nos haremos cargo de cuánto nos cuida el Señor, porque es capaz de perdonarnos las debilidades más grandes.*

*Pero volvamos a la escena del Evangelio que contemplamos hoy. Aquel fariseo, que no entiende nada, o muy poco, del verdadero amor, piensa mal del Señor a causa del comportamiento anterior de aquella mujer, que se ha acercado al Maes-*

*tro y ha bañado sus pies con un ungüento precioso. Aquel fariseo, en su soberbia, piensa mal de El y de María Magdalena: hic si esset propheta, sciret utique quae et qualis est mulier quae tangit eum, quia peccatrix est (Luc. VII, 39), si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca, pues es una pecadora. Así proceden los que conservan el corazón manchado por la soberbia; y, ordinariamente, detrás de la soberbia se oculta una reata de pecados. Juzgan mal a los demás, critican, no son capaces de hablar; no entienden que, si abren sus conciencias, les pueden ayudar a corregirse; o quizá comprobarán que se equivocaban por completo, y comprenderán que aquello que ellos veían como un defecto de los demás, es un esfuerzo generoso para portarse bien o un acto heroico.*

*Hijos míos, cuando en alguna materia importante —o que a nosotros nos parece importante—, se piensa que algo no va, se dice con respeto y con claridad. Rechazad la comodidad de callar, porque con vuestro silencio podríais haceros cómplices del mal, o podéis faltar a la caridad con un juicio errado. Acude al Director y cuéntale tu preocupación: tengo una cosa que decir... Y se habla, claro, claro, sin rodeos, con la verdad por delante hasta el fin del mundo, pase lo que pase, que no sucederá nada. Si habéis visto bien, os lo agradecerán; y si estabais equivocados, os lo explicarán.*

*Yo, mientras leía una vez más este pasaje del Evangelio, me he conmovido con la decisión de esta mujer, que no se detiene ante los respetos humanos. En el mundo, hijos míos, es cosa muy corriente pensar en el qué dirán; y quizá es más corriente entre personas que deben vivir cara a Dios, superando los juicios humanos: ¡cosa bien triste preferir quedar bien ante los hombres, y quedar menos bien —o quedar mal— ante Dios! El Señor, en su misericordia infinita y en su justicia también infinita, se deja ganar por el amor sincero, por el amor Heno de dolor de María, y no le niega su perdón<sup>2</sup>.*

*VOLVAMOS a María Magdalena, que (...) nos enseña a amar ardientemente al Señor (...). Jesucristo es el Buen Pastor que sale a buscar la oveja perdida, y no vuelve hasta que la encuentra; pero, al mismo tiempo, demuestra con su conducta que El no admite componendas. Su pureza, su vida limpia es tan resplandeciente que cuando los discípulos —¿os acordáis?— le ven hablando con la Samaritana, se quedan sorprendidos: mirabantur quia cum muliere loquebatur! (Ioann. IV, 27). También habla el Señor con la mujer adúltera, pero, con caridad y claridad, le amonesta para que se corrija, para que no peque más.*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

*Aprended, hijos, aprended del ejemplo del Maestro. Nosotros no somos niños, no hacemos cosas raras; nos comportamos —debemos comportarnos— con naturalidad, pero con sentido sobrenatural. Huimos de la ocasión, que es valentía; evitamos los tratos que no nos convienen, que nos hacen perder el tiempo o que nos pueden apartar de Dios. No seáis temerarios: allí donde no seríamos capaces de ver a Jesucristo, allí tampoco debemos quedarnos nosotros (...).*

*Hoy es un día muy indicado para hacer una conversión más profunda, más sincera. Una conversión que nos lleve a desprendernos decididamente de todo lo que todavía pudiera atarnos aquí abajo, para ser más de Dios. En una palabra, una determinación clara de ser más almas de oración; porque almas de oración, hijos míos, quiere decir trato íntimo con el Señor; significa amor, entrega, vida limpia, pureza<sup>3</sup>.*

Tanto amó María de Magdala, con tan profundo ímpetu y generosidad se convirtió, que mereció estar muy de cerca de Cristo, y formar parte de aquel grupo de mujeres santas que le seguían y le asistían con sus bienes<sup>4</sup>. Nosotros, al reconocer lo que somos —pobres pecadores—, entendemos sus lágrimas de contrición, y también nuestra alma se llena de un dolor sincero, por

(3) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

(4) Cfr. Luc. VIII, 3.



el sufrimiento que hemos causado al Señor. Basta echar una mirada atrás, a esas ocasiones en las que voluntariamente nos desentendimos del querer divino, para sentir de nuevo ese profundo dolor. Pero Jesucristo nos ha perdonado y nos perdona siempre que acudimos a El, contritos, en el Sacramento de la Penitencia. Hoy queremos ponernos a sus pies y decirle con el corazón dolido que no queremos ofenderle nunca más.

HA PASADO el tiempo. Jesucristo ha muerto en la Cruz y ha sido puesto en el sepulcro. Entre el pequeño grupo de almas fieles que no se apartan de El en esos momentos, se cuenta María Magdalena. Ella y las otras Santas Mujeres acuden muy de mañana al sepulcro, al terminar el reposo sabático, para embalsamar su Cuerpo. Pero no lo encuentran.

*¡El sepulcro vacío! María Magdalena llora, hecha un mar de lágrimas. Necesita al Maestro. Había ido allí para consolarse un poco estando cerca de El, para hacerle compañía, porque sin el Señor no merece la pena ninguna cosa. Persevera en oración, le busca por todos los sitios, no piensa más que en El. Hijos míos, frente a esa fidelidad, Dios no se resiste: para que tú y yo saquemos consecuencias; para que aprendamos a amar y a esperar de verdad. El evangelista se alarga en el relato, con una riqueza estupenda de detalles.*

*María continúa metida en sus sollozos, sin admitir consuelo de ningún estilo: nada de este mundo puede mitigar su tristeza. Por eso sigue buscando al Maestro, con tozudez santa, sin importarle que las demás hayan regresado a la ciudad. Cuando su llanto es más fuerte, se le acercan dos ángeles con vestiduras blancas, y le preguntan: Mujer, ¿por qué lloras? (Ioann. XX, 13). Aquellas criaturas eran desconocidas para la Magdalena, pero ella les contesta con naturalidad: se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto (Tbid.J. Les responde, habiéndoles de lo que lleva en su alma, de lo que le preocupa, convencida de que la gente del mundo, de su ambiente, le comprende perfectamente.*

*Lo mismo debe ocurrir en nosotros, que somos del mundo sin ser mundanos; y, si vemos que el mundo se aparta de Dios, que desconoce el amor del Cielo, contaremos nuestra experiencia a gritos, a voces, como esta mujer, para conducirlo de nuevo al Creador.*

*Inmediatamente, el Señor se hace el encontradizo con María Magdalena, que ve aquella figura, pero —¡todavía es tan fuerte su angustia!— no reconoce a Jesús. Piensa que es el hortelano, y también le confía su preocupación. Añade enseguida, con decisión: dime dónde lo has puesto, y me lo llevaré (Ioann. XX, 15). En estas pocas palabras queda recogida la medida del amor de aquella alma.*

*Ella conocía de sobra que los fariseos, que los judíos y los soldados romanos habían organizado una cuidadosa búsqueda del Cuerpo de Jesús, con la determinación —aunque les constaba que había resucitado— de castigar al que se hubiese apoderado del cadáver. Pues, a pesar de los peligros, de las amenazas, de aquella campaña intimidatoria, ella no renuncia al Señor.*

*Hijas mías, hijos míos, os repito que Dios espera mucho de nuestro amor, de nuestra fidelidad; espera que vivamos decididos a cumplir esmeradamente bien nuestra tarea, a superar todos los obstáculos; espera que no nos empequeñezcamos ni nos retiremos ante las dificultades, que no faltarán; espera que prefiramos siempre su Amor con todos sus riesgos —¡benditos riesgos!—, a la comodidad, a la cobardía de la inactividad y del anonimato; espera, finalmente, que le busquemos con tozudez, pase lo que pase.*

*¡María!, exclama Jesús. Y lo que antes no se arreglaba, cambia por completo. Rabboni!, ¡Maestro! Ya no le importa nada más: le ha encontrado, y no quiere dejarle. Conoce, antes que los discípulos, que El vive para los suyos, y participa desde ese momento de un gozo que no tiene límites. Nuevamente el Señor nos demuestra que se apoya en quienes le siguen con fidelidad: le encarga que transmita a todos los suyos que le ha visto, que ha*

*resucitado, que estará con ellos, y que no les abandonará jamás.*

*Pidamos al Señor, Dios nuestro, que perseveremos todos con fidelidad; que no nos apartemos del camino; que, movidos por la contrición de nuestros pecados y de nuestros errores personales, aumentemos nuestro amor y nuestras ansias de desagraviar, porque nos ha perdonado, y porque nos ha confiado la tarea de comunicar a las gentes que El vive para nosotros, que El es la verdadera paz y la verdadera felicidad.*

*Terminamos invocando a nuestra Madre, para que Ella nos muestre la senda y nos mantenga muy unidos a su Hijo, convencidos de que no hay más que una sola respuesta a las continuas peticiones que Dios nos hace a cada uno: decirle con humildad un fiat! sincero<sup>5</sup>.*

---

(5) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

492

25 de julio

## SANTIAGO EL MAYOR, APÓSTOL

—La correspondencia a la vocación y la virtud de la fortaleza: *possumus!*

—Las dificultades, aunque sean grandes, no deben desanimarnos.

—Acudir al Señor con confianza para ser fuertes con su ayuda.

*CAMINANDO Jesús por las riberas del Mar de Galilea, vio a Santiago, el hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban arreglando sus redes, y los llamó <sup>1</sup>.*

Muchas veces hemos llevado a nuestra oración este pasaje del Santo Evangelio, porque en esta escena, guiados por nuestro Padre, hemos reconocido siempre el ejemplo acabado de nuestra llamada al Opus Dei. También a nosotros, como a Santiago y a Juan, el Señor nos buscó en nuestra labor cotidiana, en el trabajo profesional, y nos invitó a seguirle de cerca y a colaborar con El en la elevación sobrenatural de todas las cosas del mundo.

Es una tarea gigantesca la que nos aguarda, superior con mucho a nuestras fuerzas. Sin embargo,

(<sup>1</sup>) *Ant. adIntr.* (cfr. *Matth.* IV, 18-21).

Dios quiere que la llevemos a cabo, y para eso nos brinda su gracia. *Omnia possum in eo qui me confortat!* <sup>2</sup>, todo lo puedo en Aquél que me da su fortaleza, debemos decir con San Pablo, bien seguros de que su ayuda omnipotente no nos ha de faltar.

Para darnos ánimo e impulso, especialmente cuando sintamos con más fuerza el peso de nuestra debilidad y miseria, la Iglesia quiere que leamos hoy un pasaje del Evangelio en el que aparece clara la flaqueza humana de los Apóstoles elegidos por Jesús.

*Pocos le seguían por amor, hijos,* nos hacía considerar nuestro Padre. *¿Recordáis aquellas escenas tremendas que relata el Evangelista? ¿Recordáis la petición de la madre de aquellos dos Apóstoles, con cariño materno, disculpable, pero que indica que ha tenido cabildeos con los hijos ambiciosos?:* dispon que estos dos hijos míos tengan asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda (*Matth.* XX, 21). *Y eran Apóstoles, santos, santos, sobre todo luego.*

*Allá arriba, en aquella casa de Uffici, como fruto de una meditación hecha hace muchos años, hay —como en Lagasca— un repostero en el que se lee aquel possumus!, que fue la respuesta de Santiago y Juan a la pregunta del Señor: ¿podéis beber el cáliz que Yo he de beber? (*Matth.* XX, 22). Y en el fondo de ese repostero que está en la pared,*

(<sup>2</sup>) *Philip.* IV, 13.

*hay un gran campo sembrado de cruces y de corazones.*

*Hijos míos, esta pregunta nos la hace el Señor, a vosotros y a mí. Y quizá nos la hace —estoy convencido de que así es— porque yo no me la quería hacer. Potestis bibere calicem hunc, quem ego bibiturus sum? (Matth. XX, 22). ¡Vuestra entrega! ¡Vuestra dedicación a Dios! ¿La habéis hecho con toda la pureza de intención? ¿Le habéis dado el corazón entero? ¿La habéis condicionado? ¿Hay algo que no va, y lo sabéis, y no lo queréis purificar?*<sup>3</sup>.

Al meditar hoy sobre la vida del Apóstol Santiago, que, después de predicar la fe de Cristo, sufrió martirio en Jerusalén bajo Herodes<sup>4</sup>, también nosotros nos sentimos capaces de gritar con él: *possumus!* Unidos a Cristo, viviendo con fortaleza nuestra entrega, podemos realizar la misión que el Señor nos ha encomendado.

DICE San Pablo en su primera carta a los Corintios: *Dios, a nosotros los Apóstoles, nos ha puesto los últimos, como condenados a muerte, pues nos hemos convertido en espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres*<sup>5</sup>.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 24-XII-1963.

(4) Cfr. Act. XII, 2.

(5) I Cor IV, 9.

También nosotros somos apóstoles de Cristo, y sabemos que habrá dificultades para cumplir nuestra misión. Unas, de carácter objetivo, obedecen a escasez de medios, a incomprensiones de algunas personas, a la dureza de ciertos ambientes que se resisten al Evangelio... Otras veces, la mayor dificultad reside en nosotros mismos: en nuestra poca fe, en una entrega a medias, en un raquítico afán de almas.

Nuestro Padre nos previene contra estas últimas dificultades cuando escribe que *estamos hechos de barro de la tierra —de limo terrae (Genes. 77, 7)—, de barro de botijo: frágil, quebradizo, inconsistente. Pero ya habéis visto cómo arreglan esas vasijas de cerámica que se hicieron pedazos: con lañas, para que sigan sirviendo. Los cacharros reconvertidos así, son incluso más bonitos: tienen una gracia particular. Se ve que han servido para algo. Si siguen sirviendo, son espléndidos. Además, esas vasijas, si pudieran razonar, no tendrían soberbia nunca. Nada tiene de extraño que se hayan roto, y menos aún que las hayan arreglado, sobre todo si se trataba de algo insustituible, y ¿quieres decirme, hijo mío, con qué puede sustituirse el alma?*<sup>6</sup>.

Para evitar que las dificultades del camino puedan quebrar nuestro barro, debemos estar siempre atentos, vigilantes. Nos lo enseña Jesucristo en la

(6) De nuestro Padre, Carta, 24-III-1931, n. 26.

parábola del trigo y la cizaña <sup>7</sup>. **Cum autem dormirent** homines... *No se ha de perder una sola palabra de lo que nos dice el Señor. Porque, en nuestra vida personal, ¿no es acaso sueño, un mal sueño, el que nos hace desperdiciar la buena semilla de la doctrina y de la vida santa? Luego debemos estar vigilantes. Gustos, quid de nocte? (Isai. XXI, 11). ¡Centinela, alerta! Debemos estar en vela, debemos oír el grito de alarma, y repetirlo a los demás. No podemos adormecernos, porque si no, en medio de lo bueno vendrá lo malo: vigilad y orad, para no caer en la tentación (Matth. XXVI, 41) <sup>8</sup>.*

Cuando la experiencia de nuestra fragilidad parezca querer ahogar la sinceridad de nuestros propósitos, nos asiremos al brazo fuerte de Cristo para seguir adelante. **Ahora mismo** —decía nuestro Padre—, *mientras yo hago mi oración con ruido de palabras, vosotros, que no estáis inertes, como sacos de arena, sino moviéndoos por dentro, le estáis diciendo al Señor: Señor, ¡qué poco valgo! ¡Qué cobarde he sido tantas veces! ¡Cuántos errores he cometido en aquella ocasión, y en esa otra...! Ypodéis decir aún: menos mal que me has tenido de tu mano, como se tiene por el ronzal a un borrico, porque yo —solo— soy capaz de todas las infamias. ¡No me sueltes nunca, no me dejes, trátame siempre como*

(7) Cfr. *Matth.* XIII, 24-30.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 13.

*si fuera un niño! Que yo sea un hombre recio, fuerte, entero; pero trátame como a un niño, llévame de tu mano, Señor, y haz que tu Madre también me coja de la otra mano. Y así, hijos míos, possumus (TMatth. XX, 22), podremos<sup>9</sup>.*

*YO OS he elegido a vosotros del mundo, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, dice el Señor <sup>10</sup>.* Estas palabras espolean nuestro sentido de responsabilidad y nos invitan a preguntarnos si nuestra vida diaria está cargada de ese fruto apostólico que Dios desea producir en las almas de quienes nos rodean, sirviéndose de nosotros como instrumentos.

Para que el sarmiento sea fecundo, lo sabemos bien, ha de estar unido a la vid. Por eso, las palabras de Jesucristo nos llevan a hacer examen: ¿cómo correspondo a la gracia de la vocación?, ¿con qué prontitud secundo las mociones del Espíritu Santo en mi alma?, ¿a qué personas procuraré acercar hoy a Dios?

*Di al Señor que quieres poner todos los medios. Cuando veas que no has sabido ponerlos, que te duermes —¡triste cosa ese sueño!—, es la hora de reaccionar, con la gracia de Dios. Es seguro que no ha sido el nuestro un abandono que tenga su*

(9) De nuestro Padre, *Meditación*, 24-XII-1963.

(10) *Ant. ad Coimm.* (cfr. *Ioann.* XV, 16).

origen en falta de amor, sino en la flaqueza. Por eso, hemos de decir al Señor enseguida: en adelante yo seré fuerte, contigo. Las derrotas son mías; las victorias, tuyas. No quiero que haya mal en el mundo: el campo será arado, y recibirá la atención necesaria, con la semilla generosamente sembrada. Líbrame de mis enemigos, **oh Señor, porque a ti acudo. Enséñame a cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios** (Ts. *CXLII, 9 y 10*)".

Demasiada flaqueza sentimos, para confiar en nuestras propias fuerzas; por eso, porque nuestra fortaleza viene de Dios, le pedimos ayuda y nos abandonamos en El. Entonces no importa nuestra poquedad personal, ni las dificultades del ambiente, ni la escasez de medios humanos. Al contrario, la conciencia de nuestra debilidad nos llevará a contar sobre todo con la gracia de nuestra vocación divina. *Llevamos este tesoro en vasos de barro, para que se reconozca que la sobreabundancia del poder es de Dios y no proviene de nosotros*<sup>i2</sup>.

Esta consideración es garantía de eficacia en la labor apostólica, porque nos lleva a refugiarnos en Dios. *Si en algún momento aparece la intranquilidad, la inquietud, el desasosiego: nos acercamos al Señor, y le decimos que nos ponemos en sus*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 13.

(12) Z. / (II Cor. IV, 7).

*manos, como un niño pequeño en brazos de su padre. Es una entrega que supone fe, esperanza, confianza, amor.*

*Puedo decir que el que cumple nuestras Normas de vida —el que lucha por cumplirlas—, lo mismo en tiempo de salud que en tiempo de enfermedad, en la juventud y en la vejez, cuando hay sol y cuando hay tormenta, cuando no le cuesta observarlas y cuando le cuesta, ese hijo mío está predestinado, si persevera hasta el fin: estoy seguro de su santidad*<sup>13</sup>.

Recurrimos a Santa María, Reina de los Apóstoles, para llenarnos de la fortaleza que Ella tuvo siempre: en Belén y en Nazaret, en Egipto y en la Cruz, cuando su Hijo nos la dio por Madre nuestra.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 59.

493

## 26 de julio SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

—En el hogar de Joaquín y Ana, la Virgen María se preparó para ser Madre de Dios.

—La deuda de gratitud contraída con nuestros padres se paga con cariño y oración, y tratando de acercarlos a la Obra.

—Fortaleza y comprensión en el trato con nuestros padres.

LA DEVOCIÓN a la Humanidad Santísima de Jesús ha movido a los cristianos a conocer, del modo más completo posible, la ascendencia terrena de Jesucristo. Aunque los Evangelios no nos transmiten datos precisos sobre los padres de la Virgen, abuelos del Señor según la carne, la Tradición de la Iglesia nos dice que se llamaban Joaquín y Ana, según atestigua la veneración que se les tenía ya en los primeros siglos del Cristianismo. *De la estirpe de Jesé procede el rey David* —enseñaba un antiguo Padre de la Iglesia—, y *de la tribu de David ha nacido la Santísima Virgen, santa e hija de santos. Sus padres fueron Joaquín y Ana, que agradaron a Dios durante su vida y engendraron un fruto sano, la Virgen María, templo y Madre de Dios al mismo tiempo (...).* Joaquín significa "preparación del Señor", y por él, en efecto, fue "preparado" el templo del Señor, la Virgen. De modo análogo, Ana significa "gra-

*cia". Y es que Joaquín y Ana recibieron la gracia para hacer germinar con la oración un brote tan precioso '.*

El hogar de Joaquín y Ana fue elegido por Dios para que naciera la Virgen y se iniciara el cumplimiento de los planes divinos de la redención. Allí, María aprendió a rezar, y fue desarrollando todas aquellas virtudes en que se complacía la mirada del Altísimo; en aquel lugar se preparó para escuchar la llamada de Dios. *¡Bienaventurados Joaquín y Ana!, exclama San Juan Damasceno; a vosotros están obligados con deuda de gratitud todas las criaturas, porque ofrecisteis al Creador el don más importante de todos: una Madre castísima, la única criatura digna de llevar al Creador<sup>2</sup>.*

Esta es la misión más excelente que los padres pueden cumplir en relación a sus hijos: educarlos para la santidad, prepararlos para que sean buenos hijos de Dios. *En todos los ambientes cristianos se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da esa natural y sobrenatural iniciación a la vida de piedad, hecha en el calor del hogar. El niño aprende a colocar al Señor en la línea de los primeros y más fundamentales afectos; aprende a tratar a Dios como Padre y ala Virgen como Madre; aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuando se comprende eso, se ve la gran tarea apostólica que pueden realizar los padres, y cómo están obligados a*

(1) Pseudo-Epifanio, *Homilía in laudes Sanctae Mariae Deiparae*.

(2) *Ad Off. lect., L. II* (San Juan Damasceno, *Homilía in Nativitatem Beatae Mariae Virginis*, 2).

*ser sinceramente piadosos, para poder transmitir —mus que enseñar— esa piedad a los hijos.*

*¿Los medios? Hay prácticas de piedad —pocas, breves y habituales— que se han vivido siempre en las familias cristianas, y entiendo que son maravillosas: la bendición de la mesa, el rezo del rosario todos juntos —a pesar de que no faltan, en estos tiempos, quienes atacan esa solidísima devoción mañana—, las oraciones personales al levantarse y al acostarse (...).*•

*Lo digo con agradecimiento y con orgullo de hijo, yo sigo rezando —por la mañana y por la noche, y en voz alta— las oraciones que aprendí cuando era niño, de labios de mi madre. Me llevan a Dios, me hacen sentir el cariño con que me enseñaron a dar mis primeros pasos de cristiano; y, ofreciendo al Señor la jornada que comienza o dándole gracias por la que termina, pido a Dios que aumente en la gloria la felicidad de los que especialmente amo, y que después nos mantenga unidos para siempre en el cielo*<sup>3</sup>.

En un hogar verdaderamente cristiano, sazonado con la vida de piedad que los padres fomentan en sus hijos, es más fácil que prenda la gracia divina de una llamada singular. Por eso, nuestro Padre nos repetía que debemos a nuestros padres una parte muy considerable de la vocación al Opus Dei.

(3) *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 103.

*CONSIDERAD un poco el cariño inmenso con que nos han tratado nuestros padres cuando todavía no habíamos nacido, ¡cómo nos cuidaban ya nuestras madres!, ¡cuántos desvelos humanos, naturales, santos, les debemos!: no los olvidéis. Pero tampoco debemos olvidar los cuidados que recibimos de Dios, que nos quiere mucho más que todas las madres del mundo a sus hijos, y que desde la eternidad nos eligió con particular predilección*<sup>4</sup>.

La deuda de gratitud que tenemos con nuestros padres ha ido creciendo de día en día: además de la vida y la educación, les debemos una parte importante de nuestra vocación divina, y la ayuda que nos siguen prestando para que seamos fieles y santos. *Debemos la fe a Dios Nuestro Señor, pero nuestros padres han contribuido mucho, aun aquellos que parecen un poco descuidados. Con frecuencia he solido decir a los padres de los miembros de la Obra, cuando —sobre todo al principio— parecían lamentarse por la vocación de sus hijos: ¿por qué os quejáis? ¡Si tenéis vosotros la culpa de su vocación! Habéis hecho de vuestro hijo un buen cristiano (...), tímido, alegre, generoso... No he sido yo el que le ha dado la vocación. Ha sido Dios, con vuestra compUcidad*<sup>5</sup>.

La oración y el cariño de nuestros padres nos urgen a corresponder con la misma moneda. Buen ejemplo nos ha dejado nuestro Fundador. *Cuento siem-*

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VIII-1971.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 1 I-IV-1971.



*pre con el cariño y las oraciones de vuestros padres, que son mejores que nosotros, nos dijo muchas veces. ¡Que Dios les bendiga! Rezo por ellos dos veces al día: por los vivos, y por los que están ya cerca del Señor, esperando ir a El, en el Purgatorio; cuento siempre con la oración de los que están en el Cielo, que interceden; de los que están en el Purgatorio, que interceden también, porque nos quieren; y délos que están en la tierra: vamos todos a una*<sup>6</sup>.

Además, procuramos hacer partícipes a nuestros padres de la dicha que hemos encontrado en la Obra. Sería un desorden en la caridad que, dedicando nuestros afanes a tantas almas, descuidásemos a nuestras familias. Es de justicia que procuremos acercarles al Opus Dei. De este modo cumplimos delicadamente el *dulcísimo precepto del decálogo. Tenemos que querer mucho a nuestros padres; si no, no tenemos el espíritu del Opus Dei. Contad con vuestros padres. Los quiero mucho. Es necesario acercarles a la Obra, que es acercarles a Dios. Procurad que vuestros padres amen a la Obra. Que sepan que les queremos. ¿Cómo vamos a hacer una cosa agradable a Dios, si abandonamos las almas de los que nos han querido tanto en la tierra, y tanto han contribuido —a veces, sin darse mucha cuenta— a nuestra vocación?*<sup>7</sup>.

Esta preocupación santa ha de manifestarse en

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 14-IX-1973.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1116.

detalles concretos: encomendarles con frecuencia; escribirles habitualmente, de modo especial en las fechas más señaladas, cuando se celebra algún acontecimiento familiar; conocer sus preocupaciones y proyectos, sus necesidades y esperanzas; hacerles sentir que la vocación ha reforzado el amor que les teníamos, y que —aunque quizá estemos físicamente lejos— nuestra unión con ellos se ha hecho más estrecha.

Muchas veces preguntamos a nuestro Fundador cómo debíamos comportarnos con nuestros padres. Nos decía: *que os vean alegres, trabajadores, sacrificados. De este modo, aun cuando les cueste entender vuestro camino en alguna ocasión —porque también esto puede pasar— acabarán diciendo: ¡pero si esta criatura es la luz de la casa; si es la alegría de todos; si se preocupa de cualquiera (...)! Hacedlo así, hijos míos*<sup>8</sup>.

EN EL mundo entero, nuestras familias colaboran generosamente con las labores apostólicas de la Obra. Quizá en alguna ocasión pueda costarles la realidad de nuestra entrega. Entonces, el remedio más seguro es tener paciencia, ofrecer aquella contrariedad al Señor, rezar..., y seguir adelante, teniendo presente que la Voluntad de Dios está siempre por encima de las voluntades humanas y del cariño mal entendido.

*En las familias, casi ningún hijo, cuando es mayor, convive con sus padres: se casan y se van*

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 29-V-1970.

*del hogar paterno. Es ley de vida: dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne (TMarc. X, 7-8). Por eso, si alguna vez vuestros padres os dicen que los habéis dejado, podéis preguntarles: ¿y vosotros no dejasteis a vuestros padres? ¿Tú no te enamoraste de tu marido, y formaste nuestro hogar? Pues yo me he enamorado de Jesucristo. Con la ventaja en mi caso —podéis añadir, bromeando— que entre tú y yo no hay ninguna nuera: sales ganando.*

*Esas quejas de los padres, cuando se dan, son sensiblerías que merecen comprensión y cariño, pero hay que ponerles límites porque, si no, esa sensiblería llegará a ser enfermiza: a veces parece como si los padres quisieran que sus hijos fueran siempre niños pequeños. ¿No es justo, no es razonable que se sientan felices ante el desarrollo de los hijos, ante el fortalecimiento de su personalidad, ante su felicidad y su independencia?*

*Cuando el hijo es ya mayor, los padres no tienen derecho a imponer nada; lo contrario es un abuso. No tienen derecho a escoger por su cuenta el camino de nuestra vida; pueden aconsejar, rezar... y dejarnos en paz. Ciertamente los padres tienen unos derechos encantadores, pero tienen también unos deberes correspondientes, también encantadores, y pretender dominar sobre los hijos adultos es contrario a esos deberes, es desconocer*

*la dignidad humana. Son restos de feudalismo.*

*Los hombres y las mujeres nacemos para vivir libres; al principio, necesitamos el calor, la ayuda, la asistencia continua de los padres, aun en las cosas más elementales; pero luego, como fruto de su cariño y de la formación que nos han dado, tenemos el deber de elegir por nosotros mismos: mucho más, si se trata de responder libremente a la llamada de Dios<sup>9</sup>.*

*Por lo demás —aseguraba también nuestro Fundador—, la experiencia que tengo en el Opus Dei es muy positiva. Suelo decir, a los miembros de la Obra, que deben el noventa por ciento de su vocación a sus padres: porque les han sabido educar y les han enseñado a ser generosos. Puedo asegurar que en la inmensa mayoría de los casos —prácticamente en la totalidad— los padres no sólo respetan sino que aman esa decisión de sus hijos, y que ven en seguida la Obra como una ampliación de la propia familia<sup>10</sup>.*

*A San Joaquín y a Santa Ana les pedimos que intercedan ante la Santísima Virgen para que nuestras familias gocen siempre de esa alegría que llenó su hogar. Contemplad —les decimos hoy con palabras de la liturgia— el fruto nacido de vuestras entrañas, pues Cristo dijo en cierta ocasión: "por sus frutos los conoceréis". Vuestras vidas fueron tales, que fue gratísimo a Dios cuanto de vosotros nació<sup>11</sup>.*

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 19-XII-1967.

(10) Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, n. 104.

(11) Ad Off. lect., L. II (San Juan Damasceno, Chatio 6 in Nativitatem Beatae Uariae Virginis).

494

## 29 de julio SANTA MARTA

—Nuestros Centros y nuestras almas han de ser, para el Señor, como el hogar de Betania.

—El espíritu de la Obra nos enseña a conjugar, armónicamente unidos, el trabajo intenso de Marta con la contemplación de María.

—El trabajo de la Administración, que multiplica eficazmente el apostolado de la Obra, es tarea gratísima a Dios.

*EN AQUEL tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada también a los pies del Señor, escuchaba su palabra <sup>1</sup>.*

Siguiendo unas palabras de nuestro Padre, también nosotros nos metemos en aquella casa de Betania, cobijo abierto continuamente a Jesús; ahí, el Señor tenía un hogar, como os he repetido en tantas ocasiones; un hogar como el que debe encontrar en nuestros corazones, en nuestros Centros, en nuestros Sagrarios, porque le tratemos bien, y nos esforcemos en esperarle y amarle más cada día.

*Me conmueve Betania; siempre me ha conmovido. Aquella casa no era un hogar ajeno al Señor.*

(1)Ev(Luc. X, 38-39).

*Conocía El que, en cualquier momento de la jornada, le recibían con afecto, con agradecimiento; se puede decir que aquellos hermanos le esperaban a todas las horas y, cuando no estaba con ellos, le echaban de menos. Su convivencia con el Maestro no tenía ningún síntoma de acostumbramiento. No resulta difícil imaginar con qué ansias escucharían la voz de Jesús, el consuelo del Amigo, que les ayudaba a llevar las penas, las contradicciones; y el contento del Señor, que gustosamente compartía las alegrías de aquella familia. Aquella casa, insisto, no era un lugar ajeno para Jesús, porque allí se encontraba amado, atendido, descansado después de sus andanzas de trabajo y de predicación.*

*Yo querría haceros comprender con mucha claridad que cada uno de nosotros, mientras trabajamos, mientras rezamos —las dos ocupaciones se reducen a una—, mientras atendemos a nuestros hermanos, mientras buscamos almas, podemos, por el modo, por los medios, por el fin, cumplir el oficio de Marta y de María: hagamos lo que hagamos, estemos donde estemos, siempre podemos atender a Jesús, cuidarle, escucharle. Por eso, es muy importante que demos a nuestra vida un sentido de eternidad, que no dejemos entrar la rutina, que no nos acostumbremos, porque detrás de cada tarea nos espera el Señor. Poned empeño,*

*luchando contra el cansancio y contra la desgana —que pueden venir, ¡que vendrán!—, para hacer las cosas mejor cada día, quizá las mismas cosas y a las mismas horas. Si trabajamos con amor, nunca serán las mismas cosas: ¡tendrán un sabor muy diferente!*

*Con nuestra vida contemplativa, con ese esfuerzo para estar continuamente con el Señor, en cualquier circunstancia y en cualquier sitio, convertimos los afanes terrenos en tesoros divinos, que el Señor acoge y a los que da el incremento. Yo os pido que renovemos el propósito de demostrar con obras, a través de los encargos que cada uno tiene encomendados, que somos contemplativos; que únicamente nos interesa vivir cara a Dios, y así viviremos cara al mundo, para santificarlo<sup>2</sup>.*

*ESCRIBE el Evangelista, con el encanto de esa escena de familia en la que Jesús descansa, que Marta tenía una hermana, llamada María, que escuchaba con gran atención las palabras del Señor. No es difícil pensar en esa situación de María, totalmente absorbida por la fuerza, por la caridad, por la exigencia de aquella conversación. María escucha con gran atención la palabra divina, y nos parece lógico. Entonces, hijo mío, ¿por*

(2) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

*qué tú y yo no sabemos estar pendientes del Señor, que también nos habla de mil maneras distintas? Rechaza las excusas que te hacen cobarde ante las exigencias de Dios. Te dirige su palabra para que seas más piadoso, más puntual, más cariñoso con tus hermanos, más apostólico, más trabajador, más rezador...; te dirige su palabra, y también quiere de ti que escojas la mejor parte, que te ocupes sólo de Él<sup>3</sup>.*

Para esta estrecha relación con Jesucristo, no es obstáculo la abundancia de trabajo. Al contrario, la tarea profesional es para nosotros, por vocación divina, el ámbito en el que ha de realizarse nuestro encuentro con el Señor, la ocasión principal de tratarle y amarle. Pero resulta imprescindible la rectitud de intención. Si no, podría ocurrirnos lo que hoy leemos que sucedió a Marta: *andaba afanada con los múltiples quehaceres de la casa, y poniéndose delante dijo: Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude. Pero el Señor le respondió: Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada<sup>4</sup>.*

Quando el trabajo trae consigo inquietud y desasosiego, es señal clara de que algo falla en la vida interior. Porque el alma enamorada busca como primer

(3) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

(4) Ev (Luc. X, 40-42).

motivo en todas sus ocupaciones el contento de Dios; y entonces, lejos de ser obstáculo, las tareas se cumplen con afán nuevo, con una delicadeza que es ya en sí misma trato afectuoso con Nuestro Señor. *No os puedo decir a vosotras, mis hijas —escribe nuestro Padre en una de sus Cartas—, lo que decía el Señor a Marta (cfr. Luc. X, 40-42), porque, en todas vuestras actividades, también al ocuparos de los trabajos de la casa, sin congojas ni miras humanas, tenéis siempre presente —porro unum est necessarium (Luc. X, 42)— que sólo una cosa es necesaria y, como María, habéis también escogido la mejor parte, de la que jamás seréis privadas (cfr. Luc. X, 42): porque tenéis vocación de almas contemplativas, en medio de los quehaceres del mundo*<sup>5</sup>.

Esta es la esencia del mensaje confiado por Dios a nuestro Fundador. Con el espíritu de la Obra, cualquier trabajo humano honrado puede convertirse en realidad divina. Lo enseñó a todos nuestro Padre, también a quienes se ocupan de los trabajos de Administración de nuestros Centros. Esta llamada divina, escribió, es *elección, privilegio, motivo de agradecimiento y de alegría. Ved cómo esa invitación de Dios armoniza de modo admirable el trabajo y la contemplación, una tarea humana nobilísima —social-*

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 1.

*mente indispensable— y una vida divinizada, preludio del gozo del cielo: realizándose en cada una de vosotras, en íntima unión, la parte de Marta y la de María, porque tan necesaria es una como otra, siendo la de Marta condición y medio para la de María*<sup>6</sup>.

EL BUEN trato que la familia de Betania dispuso al Señor, es modelo de servicio gustoso, radicado en un amor sin límites. El trabajo doméstico de Marta, la atención solícita de María, nos invitan a ponderar —como un privilegio que nunca agradeceremos bastante al Señor— las tareas de la Administración de nuestros Centros; tareas que atienden nuestras hermanas, fundiendo de modo admirable el amor de María y la dedicación completa de Marta.

*El trabajo de Administración es un verdadero servicio directísimo a Dios*, escribió nuestro Fundador. (...). *Quizá no os deis cuenta: puede parecer un hilillo insignificante de ese tejido maravilloso que hace la Obra entera, y en realidad es el cañamazo que permite luego los bordados más delicados. Sin él, se haría imposible gran parte de la labor, y faltaría el ambiente de hogar, que tanto nos ayuda en el servicio de Dios*<sup>7</sup>.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 23.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 10.

Hoy pedimos de modo especial por esas tareas tan fundamentales en la Obra. Y lo hacemos con las mismas palabras con que lo hacía nuestro Padre, en una meditación. *Hijas mías, que cada Sagrario sea de verdad para nosotros Betania, y cada Centro también. Lo será si las hijas mías que se ocupan de las Administraciones, sin que se las vea, sin que se las oiga, mantienen en sus almas limpias ese trato, esa vida contemplativa; si saben ser, continuamente y al mismo tiempo, la oración de María y el trabajo de Marta, para atender a Jesús, para que Jesús descanse, para que recobrefuerzas de modo que pueda seguir cumpliendo luego la Voluntad del Padre de los Cielos.*

*A vosotras no os resulta raro, porque lo vivís. Yo os tengo que repetir que no lo entendían, que les parecía un imposible este estar en medio de la calle, cada uno en su estado, y buscar la perfección cristiana. Después de mucho luchar, y con la ayuda de la gracia divina, logré que entrara en aquellas cabezas de aquellos eclesiásticos. Y precisamente ese trabajo de las hijas mías, el apostolado de los apostolados, está recogido con muchas alabanzas por la Santa Sede. Yo no me he cansado de repetirlo por escrito y de palabra.*

*Hacemos este rato de meditación muy unidos a la oración —¡continúa!— de mis hijas y de mis hijos repartidos por el mundo entero. ¿Queréis pedir conmigo al Señor, que nos preside desde el Sagrario, que nos dé su gracia, que sepamos retenerle como*

*Marta y María, como los discípulos de Emaús? Señor, te necesitamos; no nos abandones nunca; que no te dejemos nosotros.*

*Yo, hijos míos, me moriré antes que vosotros por ley natural; no sé cuándo será, pero acepto la muerte donde quiera el Señor, cuando El quiera, como El quiera; veo que se va acercando la noche a esta vida mía, y, tanto para la eternidad, como para cada día mientras me encuentre en la tierra, le pido para mí y para vosotros: Señor, ¡quédate con nosotros!, ¡quédate en esta Betania de todos nuestros Centros!, ¡quédate en nuestros corazones! Y si alguna vezuviéramos la desgracia de apartarnos de Ti, hazte el contradizo y recuérdanos que sólo Tú guardas palabras de Vida eterna, de paz, de tranquilidad; de una paz y de un gozo que el mundo no puede dar.*

*Y mis hijas, esas hijas que se ocupan de nuestros hogares, que se ocupan de toda la Obra, que se ocupan de Ti al realizar esos trabajos, porque se pasan el tiempo rezando y trabajando contigo, haz que conviertan su alma en Betania donde Tú puedas descansar<sup>8</sup>.*

Para terminar la meditación de este día, agradezcamos a Dios el ambiente de hogar de nuestros Centros, que nos ayuda a estar con Jesús como en Betania y como en Nazaret, junto a María y a José.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 22-VII-1964.

495

2 de agosto

## NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES

—Dios ha exaltado a la Virgen por encima de los Angeles y de los Santos.

—Dando al Hijo de Dios la naturaleza humana, la Virgen Santísima ha contribuido de un modo único al acercamiento inaudito de Dios a los hombres.

—Nos alimentamos con el Pan de los Angeles: presencia de la Virgen en la Santa Misa.

LA ADVOCACIÓN mañana que hoy celebramos despierta particulares resonancias en los hijos de Dios en el Opus Dei. Dios quiso, en efecto, que la Obra se fundara el 2 de octubre de 1928, festividad de los Santos Angeles Custodios, y que en el instante mismo en que nuestro Fundador recibió en su corazón y en su alma esta semilla divina, repicaran las campanas de una iglesia de Madrid, la de Nuestra Señora de los Angeles, que se hallaba cerca del lugar en el que se encontraba nuestro Padre.

Con este título, la Iglesia nos presenta a María que vive en cuerpo y alma en el Cielo, proclamada emperatriz del universo y hecha Reina, no sólo de los hombres, sino también de los Espíritus bienaventurados, a quienes supera en gloria como el sol supera en

luz a las lejanas estrellas. *A nadie sino por ti, oh Soberana —reza un Padre de la Iglesia—, se le concede el don de la misericordia y de la gracia. Por eso, ¿quién no te predicará bienaventurada? ¿Quién no te ensalzará? ¿Quién no te engrandecerá con todas las fuerzas de su alma, aunque nunca sea capaz de hacerlo como te mereces? Te alaban todas las generaciones porque eres gloriosa y bienaventurada, porque has recibido de tu divino Hijo maravillas sin cuento y admirables*<sup>1</sup>.

La exaltación de la Virgen por encima de los coros de los Angeles es consecuencia de la plenitud de gracia con que fue adornada por la Santísima Trinidad, a fin de ser la digna Madre de Dios. *La Maternidad divina de María es la raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan. Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por encima de los ángeles y de los santos. Más que Ella, sólo Dios*<sup>2</sup>. Los tesoros sobrenaturales que Dios depositó en nuestra Madre no fueron infecundos: fructificaron gracias a su generosa correspondencia a la gracia. Por eso, comentando la escena del Apocalipsis que nos muestra a Santa María exaltada por Dios sobre todas las criaturas, escribía

(1) San Germán de Constantinopla, *Homilía in Sancta Mariae zonae*.

(2) *Amigos de Dios*, n. 276.

**nuestro Padre:** *"Una gran señal apareció en el Cielo: una mujer con corona de doce estrellas sobre su cabeza; vestida de sol; la luna a sus pies". —Para que tú y yo, y todos, tengamos la certeza de que nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia*<sup>3</sup>.

DESDE que fueron elevados por Dios a participar de su vida íntima, los ángeles contemplan la divina Esencia y son bienaventurados. La visión de la Santísima Trinidad constituye para ellos su vida y su alimento. Los hombres, en cambio, no estamos en las mismas condiciones: en la tierra vemos a Dios oscuramente, como en un espejo; sólo en el Cielo le contemplaremos cara a cara<sup>4</sup>.

Sin embargo, en su Sabiduría infinita y movido por su Misericordia, el Señor ha encontrado el modo de hacerse visible a los ojos de los hombres: la Encarnación del Verbo. La Segunda Persona de la Santísima Trinidad, por nuestra salvación, se hizo verdadero Hombre sin dejar de ser Dios verdadero. En virtud de la unión hipostática, Jesucristo puede decir a aquel Apóstol que pide que les muestre al Padre: *el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*<sup>5</sup>. Su paso por la tierra, del que tantas huellas nos ha dejado, es verdadera-

(3) *Surco*, n. 443.

(4) Cfr. *I Cor. XIII*, 12.

(5) *oann.XTV*, 9.



mente el paso de Dios entre los hombres, como había anunciado uno de los antiguos profetas: *se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres*<sup>6</sup>.

Este gran prodigio ha sido posible gracias a la Santísima Virgen, que se entregó sin reservas al cumplimiento de la Voluntad divina. *Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, hijo verdadero de María: por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre —sin confusión— la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios*<sup>7</sup>.

Con su *fiat*!, Nuestra Señora ha traído a Dios visiblemente al mundo. Se le pueden aplicar, por eso, unas palabras de la Sagrada Escritura referidas a la mujer virtuosa, que sólo en Ella alcanzan su más pleno

(6) Bar. III, 38.

(7) Amigos de Dios, n. 274.

sentido: *como nave de mercader que trae su pan desde lejos*<sup>8</sup>. La Verdad eterna, de la que los espíritus angélicos se alimentan en contemplación incesante, se ha revestido de carne como la nuestra y se ha hecho visible a nuestros ojos. Ha venido a la tierra desde la lejana patria del Cielo sirviéndose de Nuestra Señora: ha sido Ella la nave preciosa elegida por Dios para enviar a su Hijo al mundo.

LA SABIDURÍA divina ha encontrado un modo admirable para que, mientras peregrinamos lejos de la Patria celestial, también nosotros podamos alimentarnos de la Verdad eterna. Y así, Jesucristo instituyó la Sagrada Eucaristía, donde se contiene verdadera, real y sustancialmente, su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. El mismo Jesús que bajó del Cielo por obra del Espíritu Santo, haciéndose Hombre en las entrañas de la Santísima Virgen, se hace presente cada día en nuestros altares, bajo la apariencia de pan, para ser el viático de nuestra peregrinación terrena.

Como fruto de su vida contemplativa, centrada en el misterio eucarístico, nuestro Fundador solía hablar de la presencia escondida pero eficacísima de

(8) Prov. XXXI, 14.

Nuestra Señora en los momentos en que su Hijo se hace sacramentalmente presente. *Cada día, al bajar Cristo a las manos del sacerdote —decía—, se renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la misma Sangre que tomó de las entrañas de María. En el Sacrificio del Altar, la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por tierra de Palestina. La Santa Misa es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En ese insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro purísimo de María: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo<sup>9</sup>.*

Entre los fundamentos teológicos de la peculiar intervención de la Virgen en el Sacrificio de la Misa, hay dos que nuestro Fundador destacaba más especialmente: *por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre: Madre de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Jesucristo, concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la sola virtud del Espíritu San-*

*to, lleva la misma Sangre de su Madre: y esa Sangre es la que se ofrece en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa*<sup>10</sup>.

La presencia de la Virgen junto a Jesús va más allá del momento en que se renueva incruentamente el Santo Sacrificio. *En estos últimos tiempos —comentaba nuestro Padre hacia el final de su vida—, el Señor me ha hecho ver más. Me ha mostrado, piadosamente, que, de alguna manera inefable, a El —inerte, mucho más inerte que en la cuna de Belén— María y José no le dejan. Alguna presencia hay de la Madre de Dios y del que hizo las veces de padre. ¡Cerca de Ti están! ¡Cerca de nosotros! ¡Yo les agradezco la compañía que te hacen! Y no puedo separar la Hostia, de la Sagrada Familia, de esa Familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei*<sup>11</sup>.

Por un prodigio inefable, todos los días Jesucristo se hace presente en nuestros altares, oculto bajo la apariencia del pan, para ser alimento de los hombres. Hoy damos gracias a la Reina de los Angeles por haber hecho posible, secundando la omnipotente Voluntad de Dios, la Encarnación y, con ella, la presencia real de Cristo en la Eucaristía: *ecce panis ange-*

(9) *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", pp. 97-103, Madrid 1976.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 89.

(11) De nuestro Padre, Homilía en La Chacra (Argentina), 13-VI-1974.

*lorum Ifactus cibus viatorum* <sup>n</sup>; éste es el pan de los ángeles, hecho alimento de los caminantes. Se lo agradecemos con toda el alma y le pedimos que nos enseñe a asistir a la Santa Misa y a recibir cada día a su Hijo con las mismas disposiciones con que Ella lo acogió en sus entrañas purísimas.

---

(12) Himno *Lauda Sion*.

496

4 de agosto  
 SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY,  
 CURA DE ARS (I)

—La mayor parte de los frutos de nuestro apostolado se queda en las diócesis donde trabajamos.

—Los obispos agradecen la ayuda apostólica que les prestan los miembros de la Obra.

—Si alguna vez surgieran dificultades, deberíamos comprender, y seguir rezando y trabajando.

CELEBRAMOS la festividad del Santo Cura de Ars, San Juan Bautista María Vianney, a cuya intercesión encomendamos las relaciones de la Obra y de sus miembros con los Ordinarios de los lugares donde trabajamos.

*Porque amamos a la Iglesia* —escribió nuestro Padre en 1943—, *tenemos también grande amor a los Obispos*, a los que el Espíritu Santo ha constituido para apacentar la Iglesia de Dios (Act. XX, 28). *Trabajamos en sus diócesis, en la misma dirección que los Revmos. Ordinarios, y en las diócesis queda el fruto de nuestra tarea; procuramos secundar los deseos que manifiesten, como ciudadanos, con nuestro modo peculiar de trabajar,*

*pues para otra cosa no tendríamos gracia de Dios Nuestro Señor*<sup>1</sup>.

Nuestra vocación nos lleva, por su misma naturaleza, a recordar a los demás fieles la llamada a la santidad que Dios les ha dirigido, y a facilitarles la formación y los medios necesarios para alcanzarla. En todas las personas que se acercan a la Obra, procuramos despertar y avivar el afán de santidad personal, contribuyendo de este modo a la cristianización de la sociedad civil. Y así, cualesquiera que sean los fines particulares que el gobierno pastoral de una diócesis se proponga en cada momento, la labor del Opus Dei supone por sí misma una colaboración eficazísima también para la consecución de aquellos fines: *ayudamos a dar continuidad al apostolado en las diócesis, independientemente de las circunstancias del momento*<sup>2</sup>, precisamente por nuestra condición de fieles corrientes, empeñados en santificar el propio ambiente familiar, profesional y social. Cuanto más esfuerzo y dedicación ponemos en trabajar del modo específico que Dios ha querido para su Obra, tanto mayor es el servicio que prestamos a la Iglesia.

Con nuestro esfuerzo personal y cotidiano, poco llamativo pero eficaz, ayudamos a que sea una realidad lo que propone la liturgia: *alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos*<sup>3</sup>. Y así, puede decirse con

verdad que, como afirmaba nuestro Fundador, *la mayor parte del fruto de nuestra labor apostólica queda en la diócesis*<sup>4</sup>, en los lugares donde se desarrolla nuestra vida y nuestro apostolado.

EN LOS lugares donde trabajamos, los Obispos agradecen nuestra labor apostólica: *un servicio de carácter profesional, de ciudadanos, en el ámbito de la sociedad civil, para llevar allí el testimonio cristiano del ejemplo y de la doctrina, sin formar grupos, con responsabilidad personal*<sup>5</sup>.

En efecto, *el modo específico de contribuir los laicos a la santidad y al apostolado de la Iglesia es la acción libre y responsable en el seno de las estructuras temporales, llevando allí el fermento del mensaje cristiano*<sup>6</sup>. El Concilio Vaticano II ha insistido en la necesidad de reconocer, promover y favorecer siempre esa acción apostólica específica de la condición laical, y un gran respeto por la justatad que a todos corresponde en el orden temporal<sup>7</sup>.

Desde el principio hemos aprendido y vivido esta doctrina en el Opus Dei. Ya en 1932, escribía nuestro Padre: *hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiales. El*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 55.

(2) De nuestro Padre, *Cana*, 7-X-1950, n. 55.

(3) Ps. *Resp.* (Ps. CXVII, 1).

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 19-11-1954, n. 24.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 39.

(6) *Conversaciones*, n. 59.

(7) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 37.

*apostolado de los seglares no tiene por qué ser siempre una simple participación del apostolado jerárquico: a ellos (...) les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque reciban una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia; esa misión (...) la realizan a través de su profesión, de su oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos*<sup>8</sup>.

Al comprobar la eficacia del espíritu de la Obra en la renovación cristiana de la sociedad, quienes tienen una responsabilidad de gobierno eclesiástico se llenan de alegría, agradecen a Dios que haya promovido esas nuevas energías apostólicas en la Iglesia y ven con claridad que nuestra ambición es servir a la Iglesia desinteresadamente, sin servirnos nunca de ella. Por eso, *están contentos y agradecidísimos por el bien que hacéis en sus diócesis (...), ya que con nuestro trabajo laical contribuimos al servicio de la diócesis, y a mejorar la vida espiritual de los fieles, sin costar ni un céntimo a la diócesis, sin exigir la ayuda de nadie: en una palabra, hacemos por caridad, por amor a la Iglesia nuestra Madre y a las almas, lo que el Ordinario está obligado a hacer por justicia, en virtud de la consagración episcopal y de la misión que se le ha confiado en la diócesis*<sup>9</sup>.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 32.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 55.

EL ESPÍRITU de la Obra es *simple, candido y genuino*<sup>10</sup>, como todas las cosas de Dios, pero no debemos extrañarnos si, alguna vez, personas movidas de buena intención no alcanzan a entender en toda su hondura los rasgos peculiares de la Prelatura. Habremos de ser pacientes y comprensivos, sabiendo aprovechar las ocasiones oportunas para explicar lo que sea necesario, con don de lenguas. Mientras tanto, fieles a nuestra vocación, procuraremos seguir haciendo las cosas como Dios ha querido que las hagamos. Hoy pedimos al Santo Cura de Ars que las relaciones de la Obra con los Ordinarios de los lugares sean siempre muy cordiales, en profunda unidad de afanes, con generoso y mutuo espíritu de servicio.

*No dejéis de encomendar asiduamente al Prelado diocesano, como os he enseñado desde el principio*, escribió nuestro Padre; y *tratadle con la cortesía que corresponde al tono sobrenatural y humano de la Obra. También en este punto nos diferenciamos de los religiosos, que lógicamente han de tener con los obispos una relación distinta —aunque sea también muy delicada—, porque es diferente su modo de trabajar, y porque tienen otra mentalidad, otra formación, otro espíritu, puesto que toda su tarea es eclesiástica (•••)*•

*En todos nuestros apostolados corporativos —de los que la Obra responde plenamente— ac-*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 11-II-1940, n. 1.

*tuamos siempre de acuerdo con el Obispo, porque nuestro afán es fortalecer su autoridad, y evitar la división de criterios en el apostolado.*

*Esta unidad, sin embargo, no puede ser uniformidad. Todos los cristianos, y especialmente los que hacen una dedicación personal y total de su vida al servicio de Dios, están unidos en la misión corredentora de la Iglesia —os lo he dicho ya—, pero cooperan en ella de forma distinta, según su vocación específica.*

*La unidad nos pide, por tanto, amar la llamada divina que hemos recibido y ser fieles a esa llamada: porque es el modo de trabajar, de ser útiles a toda la Iglesia, que quiere para nosotros la Voluntad de Dios; y porque es el modo de dar a entender, en la práctica, que se aman y se comprenden todas las vocaciones, los diversísimos dones que el Espíritu de Dios comunica a los cristianos<sup>n</sup>.*

Con confianza filial, acudimos a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, para que nos ayude a trabajar siempre generosamente, según el espíritu específico del Opus Dei, haciendo rendir los talentos que el Señor nos ha entregado con la vocación, en servicio de la Iglesia y de todas las almas.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, nn. 56-57.

497

4 de agosto

SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY,  
CURA DE ARS (II)

—La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes santos.

—Nuestro Padre nos inculcó su afán por la santidad de todos los sacerdotes.

—Los sacerdotes Agregados y Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

SAN JUAN Bautista María Vianney fue un sacerdote entregado plenamente a su ministerio y vivió siempre con el anhelo de llevar muchas almas al Señor. Así han de comportarse siempre todos los sacerdotes, a quienes Jesucristo ha puesto en la Iglesia como ministros suyos y dispensadores de los misterios de Dios<sup>1</sup>. Y para eso necesitan, ante todo, santidad personal, como repetía incansablemente nuestro Padre: *entendemos, con toda la tradición eclesiástica, que el sacerdocio pide —por las funciones sagradas que le competen— algo más que una vida honesta: exige una vida santa en quienes lo ejercen, constituidos —como están— en mediadores entre Dios y los hombres*<sup>2</sup>

*El sacerdote participa de la autoridad con que*

(1)Cfr. I Cor. IV, 1.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 4.

*Cristo constituye, santifica y gobierna su Cuerpo*<sup>3</sup>: confecciona el Sacramento de la Eucaristía, que es la acción más santa que pueden realizar los hombres sobre la tierra; predica la palabra de la salvación y es administrador de los sacramentos por los que la gracia llega abundante a todas las almas.

Pidamos al Señor que dé a su Iglesia muchos sacerdotes santos, conscientes de la dignidad de su misión y de la importancia salvífica de su ministerio. *Que la mies es mucha y los obreros pocos, es cosa sabida y manifiesta. Así, pues, roguemos al Señor de la mies que mande obreros a su mies, obreros tales que traten rectamente la palabra de la verdad: obreros inconfundibles, obreros fieles, obreros que sean luz del mundo, obreros que no busquen la comida presente, que ha de perecer, sino aquella comida que ha de durar para la vida eterna: obreros tales cuales eran los Apóstoles; obreros que imiten al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, solícitos de la salud de los hombres*<sup>4</sup>.

ACOSTUMBRA la Iglesia desde antiguo a pedir —de modo especial en tiempos determinados— por la santidad de los sacerdotes. También nosotros, que sentimos suma veneración por el sacerdocio, acogemos con gozo esa invitación de nuestra Madre. Y, en los días indi-

Oí Concilio Vaticano II, decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 2.

(4) Pseudoclemente, *Primera carta a las vírgenes*, XIII, nn. 3-4.

cados por nuestro Fundador, como el de la festividad del Cura de Ars, intensificamos nuestra oración y mortificación por la santidad de los sacerdotes, bien convencidos de que *todo lo que sea ayudar a los sacerdotes, darles vida sobrenatural, enseñarles que están enamorados, que no están solos, es salvarlos. Y salvar a un sacerdote es salvar a miles de almas*<sup>5</sup>. Como es lógico, tendremos especialmente presentes en la oración a los de nuestra familia sobrenatural.

Desde que recibió la ordenación sacerdotal, nuestro Fundador se dedicó con generoso esfuerzo a la atención de los sacerdotes seculares, con el afán de proporcionarles una ayuda eficaz para su vida personal y su ministerio. *Hacia los años 1948, 1949 y principios de 1950 tanto pensaba en esto, se sentía tan empujado por Dios a trabajar con el clero diocesano, que llegó a decidir abandonar el Opus Dei, si esto era necesario, para hacer una nueva Fundación dedicada a los sacerdotes diocesanos. Comunicó esta decisión a su hermana, Tía Carmen, a su hermano Santiago, y a los miembros del Consejo (...). Dios permitió que nuestro Fundador hiciese el sacrificio como lo hizo Abraham: el Padre aceptó hacer ese sacrificio, y enseguida el Señor le dio la solución. Como cada miembro de la Obra ha de buscar la santificación santificando su propio trabajo profesional, en su propio estado, era evidente que en la Obra cabían también los sacerdotes seculares*<sup>6</sup>.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 28-11-1969.

(6) Instrucción, 8-XII-1941, nota 103.

*Dios Nuestro Señor* —escribió nuestro Padre, recordando esos momentos—, *en su bondad infinita, quiso darme la solución dentro de nuestro Opus Dei, sin necesidad de crear otra nueva familia espiritual: nunca cesaré de dar gracias por esta providencia*<sup>7</sup>. Y así, Dios quiso que se asociaran a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz muchos sacerdotes que, sin salirse de su sitio, con vocación divina —lo mismo que los demás miembros de la Obra—, encontraran en los medios espirituales propios del Opus Dei la energía sobrenatural para desempeñar su labor diocesana con la ilusión de quien santifica su trabajo ordinario.

LA CONDICIÓN de sacerdotes diocesanos no se ve modificada en quienes piden la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. *El espíritu del Opus Dei, en efecto, tiene como característica esencial el hecho de no sacar a nadie de su sitio* —unusquisque, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat (I Cor. Vil, 20)—, *sino que lleva a que cada uno cumpla las tareas y deberes de su propio estado, de su misión en la Iglesia y en la sociedad civil, con la mayor perfección posible. Por eso, cuando un sacerdote se adscribe a la Obra, no modifica ni abandona en nada su vocación diocesana —dedicación al servicio de la Iglesia local a la que está*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIIM956, n. 44.

*incardinado, plena dependencia del propio Ordinario, espiritualidad secular, unión con los demás sacerdotes, etc.*—, *sino que, por el contrario, se compromete a vivir esa vocación con plenitud, porque sabe que ha de buscar la perfección precisamente en el mismo ejercicio de sus obligaciones sacerdotales, como sacerdote diocesano*<sup>8</sup>.

El espíritu de la Obra confirma y robustece su amor a la propia diócesis, su celo pastoral por las labores que tienen encomendadas, su cariño fraterno hacia los demás sacerdotes. La llamada divina les lleva a un afán grande de santidad, de modo que se hacen fermento de Cristo en su propia diócesis, procurando cumplir lo mejor posible sus deberes pastorales.

*Lo que estos sacerdotes encuentran en el Opus Dei es, sobre todo, la ayuda ascética continuada que desean recibir, con espiritualidad secular y diocesana, e independiente de los cambios personales y circunstanciales que pueda haber en el gobierno de la respectiva Iglesia local. Añaden así a la dirección espiritual colectiva que el Obispo da con su predicación, sus cartas pastorales, conversaciones, instrucciones disciplinarias, etc., una dirección espiritual personal solícita y continua en cualquier lugar donde se encuentren, que complementa —respetándola siempre, como un deber grave— la dirección común impartida por el mis-*

(8) *Conversaciones*, n. 16.



*mo Obispo. A través de esa dirección espiritual personal —tan recomendada por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio ordinario— se fomenta en el sacerdote su vida de piedad, su caridad pastoral, su formación doctrinal continuada, su celo por los apostolados diocesanos, el amor y la obediencia que deben al propio Ordinario, la preocupación por las vocaciones sacerdotales y el seminario, etc.*

*¿Los frutos de toda esta labor? Son para las Iglesias locales, a las que estos sacerdotes sirven. Y de esto se goza mi alma de sacerdote diocesano, que ha tenido además, repetidas veces, el consuelo de ver con qué cariño el Papa y los Obispos bendicen, desean y favorecen este trabajo*<sup>9</sup>. Por eso, afirmaba nuestro Fundador, *desde el punto de vista espiritual y psicológico, en las almas de estos hijos míos, sólo puede originarse una confirmación de su ministerio alegre y de su abnegación al servicio de la diócesis a la que pertenezcan, y al servicio de todas las almas, además de una filial sumisión al Ordinario diocesano*<sup>10</sup>.

Pidamos a la Virgen Santísima que nos alcance del Señor muchas vocaciones al Opus Dei entre el clero secular: sacerdotes santos —repito—, doctos, piadosos y deportistas<sup>11</sup>, que sirvan eficazmente a Dios y a la Iglesia.

(9) *Conversaciones*, n. 16.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 28-11-1955, n. 45.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 14.

498

4 de agosto

SAN JUAN BAUTISTA MARÍA VIANNEY,  
CURA DE ARS (III)

—La vida interior es absolutamente necesaria al sacerdote para dirigir a los demás hacia Dios.

—Solicitud de los sacerdotes por todas las almas.

—Los sacerdotes de la Obra son el *Buen Pastor* para nosotros.

LA SANTIDAD de los sacerdotes es de primordial importancia para la Iglesia entera. Por eso, en el día de hoy, fiesta del Cura de Ars, pedimos con especial insistencia al Señor que todos los sacerdotes sean verdaderamente santos; es decir, hombres de oración y de penitencia, que procuran identificarse íntimamente con Cristo y se entregan plenamente a su ministerio en favor de todas las almas.

La oración personal es indispensable para llevar una honda vida sacerdotal. *El sacerdote debe gustar, exponer y aconsejar lo que conduce al Cielo; debe llevar una vida tan por encima de lo humano que, cuanto hace por razón de su ministerio, debe hacerlo según Dios, inspirado y guiado por la fe. Ahora bien —explicaba San Pío X—, esta disposición del alma, esta espontánea unión con Dios, se alcanza y se defiende*

con el cuidado de la meditación cotidiana<sup>1</sup>.

Además, el sacerdote debe promover la santidad de los demás, y sus intenciones han de centrarse habitualmente en las exigencias más apremiantes de la Iglesia y de las almas. En la oración, y especialmente en la Misa, el sacerdote toma sobre sí los afanes y anhelos de los demás, y los presenta a la vista del Señor para que se apiade de sus hijos. En la oración, el sacerdote aprende a vivir lo que quiere enseñar a los demás. *De ahí la necesidad de que quien predica la palabra de Dios considere primero cómo debe vivir, para que luego deduzca, de eso, lo que debe predicar*<sup>2</sup>.

**Hay una ciencia a la que sólo se llega con santidad: y hay almas oscuras, ignoradas, profundamente humildes, sacrificadas, santas, con un sentido sobrenatural maravilloso: Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos (Matth. XI, 25). Un sentido sobrenatural que no raramente falta en las disquisiciones hinchadas de presuntos sabios: evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum, dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt (Rom. I, 21 y 22); disparataron en sus pensamientos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y, mientras se jactaban**

(1) San Pío X, Exhort. apost. *Haerent animo*, 4-VHI-1908.

(2) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* 1, 8, 13.

**de ser sabios, pararon en ser necios.**

***Estoy persuadido —y tengo experiencias concretas— de que esas almas sencillas son poderosas delante de Dios, y obran en sus oraciones prodigios apostólicos que pasan inadvertidos a los hombres***<sup>3</sup>.

La predicación, el ministerio de la palabra, es capital en la labor del sacerdote, pues dispone el ánimo de los fieles para recibir fructuosamente la gracia. Pero, sin oración personal, es muy difícil que el sacerdote predique con verdadera eficacia. La ciencia, la preparación específica —con ser siempre necesaria—, no bastan: se requiere santidad personal para que las palabras del sacerdote despierten en las almas mociones divinas, y las enciendan y arrastren.

**EL SACERDOTE** —afirmaba San Gregorio— ***está obligado a conocer las necesidades de sus hijos y a escucharlos***<sup>4</sup>. Por ser dispensador de los divinos misterios<sup>5</sup>, el sacerdote debe hacerse de un modo particular ***todo para todos, a fin de salvarlos a todos***<sup>6</sup>, renunciando a planteamientos personales que pudieran obstaculizar **su labor de almas. Los sacerdotes no tenemos derechos** —exclamaba nuestro Padre—: ***a mí me gusta sentirme servidor de todos, y me enorgullece ese título. Tenemos deberes exclusivamente, y***

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 8-VIII-1956, n. 42.

(4) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* 1, 2, 27.

(5) Cfr. II Cor. VI, 4.

(6) I Cor. IX, 22 (Vg).

*en esto está nuestro gozo: el deber de enseñar el catecismo a los niños y a los adultos, el deber de administrar los sacramentos, el de visitar a los enfermos y a los sanos; el deber de llevar a Cristo a los ricos y a los pobres, el de no dejar abandonado al Santísimo Sacramento, a Cristo realmente presente en el Sagrario, bajo la apariencia de pan; el deber de ser buen pastor de las almas, que cura a la oveja enferma y busca a la que se descarrió, sin echar en cuenta las horas que se tenga que pasar en el confesonario*<sup>7</sup>.

Para vivir de este modo, el sacerdote necesita aumentar su solicitud pastoral con las almas que se le acercan, estando siempre disponible, tratándolas una a una, como joyas preciosas por las que Jesucristo ha derramado hasta la última gota de su Sangre. *La doctrina es siempre la misma, pero los caminos para que los hombres la asimilen y se enamoren, distintos. Insisto en que, al crear las almas, Dios no se repite. Cada uno es como es, y hay que tratar a cada uno según lo ha hecho Dios y según lo lleva Dios. Ómnibus omnia factus sum, ut omnes facerent salvos (I Cor. IX, 22), hay que hacerse todo para todos. No existen panaceas. Es preciso educar, dedicar a cada alma el tiempo que necesite, con la paciencia de un monje del medioevo para miniar —hoja a hoja— un códice; hacer a la gente mayor de edad, formar la con-*

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 403.

*ciencia, que cada uno sienta su libertad personal y su consiguiente responsabilidad*<sup>8</sup>.

Si obra así, el sacerdote sentirá el gozo sobrenatural y humano de una tarea divina, y tendrá también la gratitud y el afecto de quienes lo traten, *puesto que nadie es tan verdaderamente nuestro prójimo como él que ha curado nuestras heridas. Amémosle —dice San Ambrosio— viendo en él a Nuestro Señor, y querámosle como a nuestro prójimo*<sup>9</sup>.

La mejor manera de querer a los sacerdotes, y de actualizar con obras nuestro cariño, será pedir para ellos lo que la misma Iglesia desea: *Dios todopoderoso y eterno, que hiciste admirable a San Juan María Vianney por su celo pastoral; concédenos, por su intercesión y ejemplo, que ganemos para Cristo a nuestros hermanos y que, juntamente con ellos, alcancemos la vida eterna*<sup>10</sup>.

**QUIERO ahora, hijas e hijos queridísimos, deciros una vez más cuál es nuestro espíritu al usar de ese medio hermosísimo de santificación, instituido por Jesucristo, que es el sacramento de la Penitencia: y que, como una manifestación de cariño materno de la Obra, para nosotros es también al mismo tiempo medio de dirección espiritual".**

(8) De nuestro Padre, Carta, 8-VIII-1956, n. 38.

(9) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 7, 84.

(10) Oral.

(11) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1955, n. 15.

Muchas veces nos explicó nuestro Padre la alegoría del Buen Pastor, aplicándola a nuestra situación en este redil de Cristo que es el Opus Dei. *Quiso el Señor como Pastor de estas ovejas a vuestro Padre, y a quienes del Padre reciban esa misión: los Directores y los sacerdotes de la Obra, porque no se le da ordinariamente a nadie que no sea del Opus Dei. Los que no son de nuestra familia, no son buenos pastores de mis ovejas, aunque sean muy buenos pastores de las suyas, de las de su grey.*

*Sólo es Buen Pastor el que, conociendo y viviendo nuestro espíritu, recibe esa misión de quien puede dársela: a éste abre el portero, y las ovejas escuchan su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias y las saca fuera. Y, cuando ha hecho salir a sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz (Ioann. X, 3-4). Por eso, los miembros del Opus Dei, si de verdad quieren ser fieles, no siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños (Ioann. X, 5).*

*¿Y no podrían ir otros a buscar las ovejas, y apacentarlas bien, y volverlas al redil? ¡No! El Señor nos lo dice terminantemente: alienum autem non sequuntur (Ioann. X, 5), las ovejas no siguen al extraño.*

*Los que no tienen misión dada por el Padre o por los Directores Regionales, no pueden ser buenos pastores. Porque el sacerdote que recibe la confe-*

*sión no es solamente juez, sino también maestro, médico, padre: pastor. ¿Cómo podría ejercer bien esas funciones quien ignorase lo que Dios quiere de nosotros, según la vocación que nos ha dado? ¿Cómo, si no tiene nuestro espíritu? ¿Cómo, si carece del mandato legítimo, y por tanto de la gracia especial para ejercer bien su misión? "*

Hoy pedimos a Santa María que nos obtenga siempre claridad, sentido común y sentido sobrenatural, para acudir siempre al *Buen Pastor*, como ovejas fieles de la grey de Cristo, en todas las circunstancias de nuestra vida. *Vosotros, hijas e hijos queridísimos, siempre, pero especialmente cada vez que tengáis una enfermedad del alma y necesitéis de un médico, iréis a vuestros hermanos. Les abriréis el corazón de par en par, con sinceridad, con verdadero deseo de curaros; y esto, en la Confidencia, con el Director laico —mis hijas, con la Directora—, y en la confesión con los sacerdotes designados por el Consiliario.*

*Si obráis de este modo, con esa amorosa delicadeza que se ha vivido en la Obra desde el comienzo, la dirección espiritual se da eficazmente, y las almas se santifican y trabajan: son y hacen el Opus Dei con alegría y con paz.<sup>13</sup>*

(12) *Ibid.*, nn. 16-17.

(13) *Ibid.*, n. 21.

499

5 de agosto

# DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR (Virgen de las Nieves)

- Amor de la Virgen a la santa pureza.
- Hemos de custodiar y amar esa virtud.
- Medios para vencer en esta lucha.

LA FIESTA litúrgica de hoy conmemora la consagración al culto de una basílica romana, Santa María la Mayor, dedicada a la Virgen de las Nieves. Este nombre recuerda el motivo de su construcción.

En el siglo IV, bajo el pontificado del Papa Liborio, vivía en Roma un noble patricio llamado Juan que, al no tener descendencia, quiso dejar toda su fortuna a la Madre de Dios. Para esto rogó a la Virgen, con insistentes oraciones, que le indicara lo que debería hacer con sus bienes. Nuestra Señora escuchó esos ruegos y, según cuenta una tradición transmitida piadosamente hasta nuestros días, *en el mes de agosto, cuando el calor aprieta más en la ciudad de Roma, un manto de nieve cubrió durante la noche una parte del monte Esquilmo. Esa misma noche, la Madre de Dios advirtió en sueños a Juan y a su mujer que edificaran una iglesia sobre el lugar que vieran cubierto de nieve, y*

*la dedicaran al nombre de la Virgen María'.*

Este relato nos puede servir para considerar también el gran amor de María Santísima, *alba sicut nix*, a la santa pureza, virtud que la hizo tan grata a la **mirada del Señor**. **"¡Ve timeas, María!"** —**¡No temas, María!...** —**Se turbó la Señora ante el Arcángel.**

**—¡Para que yo quiera echar por la borda esos detalles de modestia, que son salvaguarda de mi pureza!<sup>2</sup>**

**Comparo esta virtud** —decía nuestro Padre— **a unas alas que nos permiten transmitir los mandatos, la doctrina de Dios, por todos los ambientes de la tierra, sin temor a quedar enlodados. Las alas —también las de esas aves majestuosas que se remontan donde no alcanzan las nubes— pesan, y mucho. Pero si faltasen, no habría vuelo. Grabadlo en vuestras cabezas, decididos a no ceder si notáis el zarpazo de la tentación, que se insinúa presentando la pureza como una carga insoportable: ¡ánimo!, ¡arriba!, hasta el sol, a la caza del Amor<sup>3</sup>.**

La Virgen fue preservada de toda mancha por especial privilegio de Dios. Nosotros, en cambio, llevamos **siempre encima** ese **"cuerpo de muerte"** **que clama por sus fueros perdidos<sup>4</sup>**. En esta lucha nos

(1) Breviarium Romanum S. Pii V, *Ad Mat.*, L V.

(2) *Camino*, n. 511.

(3) *Amigos de Dios*, n. 177.

(4) *Camino*, n. 787.

brinda seguro apoyo Nuestra Señora. *La Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, aquietará tu corazón, cuando te haga sentir que es de carne, si acudes a EUa con confianza*<sup>5</sup>.

NUESTRO Fundador comentó con frecuencia aquella escena del Evangelio que nos muestra a Jesús junto al pozo de Sicar, cansado del camino, en conversación con una mujer samaritana.

*Hijos míos, está el Señor haciendo aquella gran obra de caridad con la mujer samaritana, con aquella pecadora; el Santo Evangelio nos dice que llegaron los Apóstoles y mirabantur quia cum midiere loquebatur (Ioann. IV, 27); se pasmaron de verle hablar a solas con una mujer... ¡Qué cuidado! ¡Qué amor a la virtud encantadora de la santa pureza, que nos hace más hombres, más fuertes, más recios, más fecundos, más capaces de trabajar por Dios, más capaces de todo lo grande!*

*Tú, hijo mío, ¿has tenido la misma preocupación?, ¿sabes huir, sabes evitar que se te apegue el corazón? Yo ya soy viejo, y tengo que cuidarlo, tengo que evitar las mismas ocasiones. Te diría aquellas palabras de la Escritura: cavendum!, hay que tener cuidado: que estamos a tiempo, tú y yo, de cortar amarras, de soltar lo que sea. Mira que esto*

(5) Camino, 504.

*es muy sutil. Que, además, cuando una criatura ha caído de bruces nunca se da cuenta; surgen motivos de caridad, de delicadeza humana y aun sobrenatural, pero tan falsos como Judas. Ten la valentía de ser cobarde: ¡huye! Ni cartas, ni contestaciones, ni trato, ni miradas, ni conversaciones, ni nada. Hijos de mi alma: ¡si le hemos dado nuestro corazón a Dios! Vamos a no enredar.*

*A lo largo de mi vida, tratando a tantas almas, a cuántas personas he oído decir: ¡ay, si hubiera roto al principio! Y lo decían llenos de remordimientos y de vergüenza. Hijos míos, si hay algo que no va, a romper, a cortar ahora, ¡a cortar ahora! Vamos a pedirle en este momento a la Madre del Cielo que nos ayude: ¡Madre mía, guárdame, Tú que eres la Reina del Cielo, Tú que eres la Reina de la pureza! ¿Veis por qué tengo tanta devoción a la Madre del Amor Hermoso? Porque tengo corazón como vosotros, porque tengo pasiones como vosotros, como las han tenido los santos. Y ellos han podido, han dicho: possumus! (Marc. X, 39). Nosotros podemos decirlo también (...).*

*No encontraréis la felicidad fuera de vuestro camino, hijos. Si alguien se descaminara, le quedaría un remordimiento tremendo: sería un desgraciado. Hasta esas cosas que dan a la gente una relativa felicidad, en una persona que abandona su vocación, se hacen amargas como la hiél,*

*agrias como el vinagre, repugnantes como el rejagar. Cada uno de vosotros, y yo también, vamos a decirle a Jesús: Señor, que yo quiero luchar y sé que Tú no pierdes batallas; que, si alguna vez yo las pierdo, es porque me he apartado de Ti. Tenme de tu mano, y no te fies de mí, no me dejes.*

*Tú me dirás: Padre, ¡si estoy tan feliz con mi vocación! ¡Si amo a Jesucristo! ¡Si, aunque soy de barro, quiero ser santo con la ayuda de Dios y de su Madre del Cielo! Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé; pero te digo estas cosas por si acaso, por si viene un mal momento. No lo olvidéis nunca; escarmen-tad en cabeza ajena.<sup>6</sup>.*

*VEAMOS qué medios tenemos nosotros para vencer siempre en esta lucha por vivir la castidad.*

*En nuestro Derecho particular puse una comparación que no me gusta; me parece que debo reconocerlo con honradez de Padre. Escribí que la pureza de los miembros de la Obra tenía que ser angelical, porque así se dice en el lenguaje corriente, lo mismo que se afirma que sale el sol o que se pone, para entendernos. Pero la comparación me repugna: nosotros hemos de comportarnos, no como ángeles, sino como hombres o mujeres limpios, fuertes, ¡normales! Quiero mucho a los ánge-*

*les, les tengo una devoción enorme; pero compararnos a ellos no me gusta, porque los ángeles tienen una naturaleza distinta a la nuestra, y esa comparación sería un desorden.*

*Hemos de ser lo más limpios que podamos, con respeto al cuerpo, sin miedo, porque el sexo es algo santo y noble, participación en el poder creador de Dios, hecha para el matrimonio. Y, así, limpios y sin miedo, en vuestra actividad apostólica, daréis el testimonio de la posibilidad y de la hermosura de la pureza cristiana (...).*

*¿Y qué medios aconsejo? Pues los que tú vives: la presencia de Dios, el trato con el Señor en la Eucaristía, el recurso asiduo y filial a la Santísima Virgen, el trabajo intenso y constante, la humildad, la sinceridad, la templanza, la mortificación y la penitencia; y, siempre, huir de las ocasiones peligrosas (...).*

*Tres cosas son, hijos míos, las que nos llenan de alegría en la tierra y nos alcanzan la felicidad eterna del Cielo: una fidelidad firme, delicada, alegre e indiscutida a la fe, a la vocación y a la pureza (...). El que se quede agarrado a las zarzas del camino, se quedará por su propia voluntad, sabiendo que será un desgraciado, por haber vuelto la espalda al Amor de Cristo. Vuelvo a afirmar que todos tenemos miserias. Pero las miserias nuestras no nos deberán llevar nunca a desentendernos de la llamada de Dios, sino a acogerlos a esa llama-*

(6) De nuestro Padre, Meditación, 8-III-1962.

*da, a meternos dentro de esa bondad divina, como los guerreros antiguos se metían dentro de su armadura: aquel ecce ego, quia vocasti me (I Sam. III, 6 y 8); aquí me tienes, porque me has llamado, es nuestra defensa. No hemos de ir contra la llamada de Dios, porque tenemos miserias; sino atacar las miserias, porque Dios nos llamó.*

*Y hay otro medio más, maravilloso, que debéis cuidar muy bien todos los días: las tres Avemarias por la pureza nuestra y de todos vuestros hermanos, que rezamos cada noche con los brazos puestos en cruz. ¡Cuidad esta Costumbre! ¡Rezad esas tres Avemarias con devoción, sin prisas! Y estad seguros de que nos llamarán victoriosos, si no nos apartamos de la mano de la Madre de Dios, si no reaccionamos con soberbia, si —con sinceridad y sin miedo— nos decidimos a hablar en la charla confidencial, si sabemos ponernos en las manos de Dios diciéndole: como me has dado la vocación, a pesar de todas estas miserias, con tu gracia venceré y seré santo<sup>7</sup>.*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 8-III-1962.

500

6 de agosto

## TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

—El Señor se transfigura ante los Apóstoles para fortalecerlos en la fe.

—La vocación a la Obra nos lleva a ser almas contemplativas.

—El Señor quiere que seamos contemplativos en nuestras ocupaciones ordinarias.

*SEIS días después, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó a ellos solos a un monte alto, y se transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El<sup>1</sup>. Es un regalo inesperado del Cielo: ver al Maestro, radiante de gloria, en compañía de los personajes más renombrados de la Antigua Ley. Es tanta la felicidad que aquella visión produce en sus almas, que Pedro exclama sin poderse contener: Señor, ¡qué bien estamos aquí!; si quieres, haré aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías<sup>2</sup>.*

El prodigio va a ser, sin embargo, pasajero, porque tenía por finalidad fortalecer la fe de los Apóstoles.

(1) Ev. (.A)/(Matth.XVII, 1-3).

(2) Ibid., 4.



íes. Como enseña el Papa San León, *manifiesta el Señor su gloria ante los testigos elegidos (...) especialmente para sustraer el corazón de los discípulos al escándalo de la Cruz*<sup>3</sup>. Dios realiza este milagro para darles ánimos y estimularles en el áspero camino que todavía han de recorrer. Aún requieren cuidados especiales, como un niño pequeño, a quien sus padres miman para que soporte el ligero dolor de una cura.

También en el camino del cristiano, para llegar a la contemplación se precisa la purificación. Hemos de estar dispuestos a perseverar un día y otro en nuestro empeño de amor a Dios, aunque la sensibilidad no responda y aunque venga a nuestra mente el pensamiento de que, al cumplir en esa situación las obligaciones propias de nuestro compromiso con Dios, nuestro comportamiento es engañoso.

Si alguna vez se presentara esa tentación, habríamos de recordar lo que siempre nos enseñó nuestro Fundador: *reo me importa contaros que el Señor, en ocasiones, me ha concedido muchas gracias; pero de ordinario yo voy a contrapelo. Sigo mi plan no porque me guste, sino porque debo hacerlo, por Amor. Pero, Padre, ¿se puede interpretar una comedia con Dios?, ¿no es eso una hipocresía? Quédate tranquilo: para ti ha llegado el instante de participar en una comedia humana con un espectador divino. Persevera, que el Padre, y el*

(3) San León Magno, *Homilía de Transfiguratkme Domini*, 3.

*Hijo, y el Espíritu Santo, contemplan esa comedia tuya; realiza todo por amor a Dios, por agradarle, aunque a ti te cueste*<sup>4</sup>.

*LOS ALIMENTOS celestiales que hemos recibido, Señor, ríalos transformen en la imagen de tu Hijo amado, cuya gloria quisiste manifestar en su Transfiguración*<sup>5</sup>. Esa transformación en Cristo requiere el esfuerzo por corresponder diariamente a la llamada que hemos recibido para ser santos. Decía nuestro Padre: *para pacificar a las almas, para remover la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, no sé de otra receta que la santidad personal. Por eso siempre digo que tengo un solo puchero*.

Invocabitis me..., et ego exaudiam vos (Ierem. XXIX, 12), *me invocaréis y Yo os escucharé. Y le invocamos habiéndole, dirigiéndonos a El en la oración. Por eso os he de decir también con el Apóstol: conversado autem nostra in caelis est* (Philip. III, 20), *que nuestra conversación está en los cielos. Nada nos puede separar de la caridad de Dios, del Amor, del trato constante con el Señor. Hemos comenzado con oraciones vocales, que muchos —probablemente todos, como yo— hemos aprendido de la boca de nuestras madres: cosas*

(4) *Amigos de Dios*, n. 152.

(5) *Postcom*.

*dulces y encendidas a la Madre de Dios, que es Madre nuestra. También yo, por las mañanas y por las tardes, no una vez, sino muchas, repito: ¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón... ¿Qué es esto sino contemplación verdadera, una manifestación de amor? ¿Qué se dicen las gentes cuando se quieren?; ¿qué se dan, qué se entregan? Se sacrifican por la persona que aman. Y nosotros nos hemos dado a Dios con el cuerpo y con el alma: en una palabra, todo mi ser.*

*¿Habíais pensado alguna vez cómo se nos enseña en la Obra a amar las cosas del Cielo? Primero una oración, y luego otra, y otra..., hasta que casi no se puede hablar con la lengua, porque las palabras resultan pobres...: y se habla con el alma. Nos sentimos entonces como cautivos, como prisioneros; y así, mientras hacemos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las cosas que son de nuestro oficio, ¡el alma ansia escaparse! ¡Se va! Vuela hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán<sup>6</sup>.*

Nuestra vocación de hijos de Dios en el Opus Dei nos da una especial facilidad para ser contemplativos en medio de los afanes de la tierra; nos permite descu-

*brir, detectar los brillos divinos que se encierran en los detalles cotidianos<sup>7</sup>; nos enseña a tratar a la Humanidad Santísima de Jesucristo como se trata a un hermano, a un amigo.*

*Más tarde, el alma necesita tratar a cada una de las Personas divinas. Es un descubrimiento, como los que hace un niño pequeño en la vida terrena, el que realiza el alma en la vida sobrenatural. Y comienza a hablar con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y a sentir la actividad del Paráclito vivificador, que se nos da sin merecerla: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales! Y llegamos sin darnos cuenta, de algún modo, a la unión.*

*Hemos ido quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum (Ps. XLI, 2), de igual modo que el ciervo ansia las fuentes de las aguas: con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Y, sin hacer rarezas, a lo largo del día, con la formación que en la Obra se recibe —que se basa en descomplicar el alma humana—, se ha llegado a ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna (cfr. Ioann. IV, 14). Entonces ya no se habla, porque la lengua no sabe expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se habla, ¡se mira! Y el alma rompe a cantar, porque se siente y se sabe mirada amorosamente por Dios, a todas horas<sup>8</sup>.*

(7) De nuestro Padre.

(8) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967.

(6) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967.

*TODAVÍA estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente los cubrió y una voz desde la nube dijo: Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias: escuchadle*<sup>9</sup>.

La Transfiguración del Señor es un anticipo de lo que será la gloria del Cielo, donde veremos a Dios cara a cara y donde su Amor se derramará en nuestro cuerpo y en nuestra alma hasta configurarnos perfectamente con Jesucristo. Una gloria de la que podemos ser partícipes —de modo imperfecto, pero real— ya en esta tierra, por medio de la gracia.

*No sabéis qué consuelo he tenido cuando, después de repetir durante años y años que para un alma contemplativa hasta el dormir es oración, me encontré un texto de San Jerónimo que dice lo mismo.*

*Es con la dedicación completa —dentro de nuestras imperfecciones, por la humillación de nuestros fracasos internos, que nos llevan a volver todos los días a Dios— como se vuelve al camino maestro cuando hay obstáculos. Os lo he dicho muchas veces: siempre estoy haciendo el papel del hijo pródigo. Es ése el momento de la contrición, del amor, de la fusión de la criatura, que es nada. ..., con su Dios y su Amor, que lo es todo.*

*Hijos míos, no os hablo de cosas extraordinarias. Son, tienen que ser, fenómenos ordinarios de*

(9) Ev. (A) (Matth. XVII, 5).

*nuestra alma. Por allí debéis llevar a vuestros hermanos: hasta esa locura de amor que enseña a saber sufrir y a saber vivir, porque Dios nos concede el don de Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces!*

*¿Ascética? ¿Mística? No lo sabría decir. Pero, sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué más da?: es un don de Dios. Si tú procuras meditar, llega un momento en el que el Señor no te niega los dones: el Espíritu Santo te los concede. Fe, hijos míos, y obras de fe. Porque eso ya es contemplación y es unión. Y ésta es la vida de mis hijos en medio de los afanes del mundo, aunque ni siquiera se den cuenta. Una clase de oración y de vida que no nos aparta de las cosas de la tierra, que en medio de ellas nos conduce a Dios. Y al llevar las cosas terrenas a Dios, la criatura diviniza el mundo. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas...! En oro convertimos todo lo que tocamos, a pesar de nuestros errores personales (...).*

*Así el alma se enciende con las luces alcanzadas del Cantar: surgam et circuibo civitatem (Cant. III, 2); me alzaré y rodearé la ciudad... Y no sólo la ciudad: per vicos et plateas quaeram quem diligit anima mea flbid.j. Buscaré al que ama mi alma por las calles y las plazas... Correré de una parte a otra del mundo —por todas las naciones, por todos los pueblos, por senderos y trochas— para buscar la paz de mi alma. Y la encuentro en las cosas que*

*vienen defuera, que no me son estorbo; que son, al contrario, vereda y escalón para acercarme más y más, y más y más unirme a Dios.*

*Y cuando llega la época —que tiene que llegar, con mayor o menor fuerza— de los contrastes, de la lucha, de la tribulación, de la purgación pasiva, nos pone el salmista en la boca y en la vida aquellas palabras: cum ipso ero in tribulatione (Ps. XC, 15), con El estoy en el tiempo de la adversidad. ¿Qué vale, Jesús, ante tu cruz la mía; ante tus Llagas mis rasguños? ¿Qué vale, ante tu Amor inmenso, puro e infinito, esta pobrecita cruz que has puesto Tú en mi alma? Y los corazones vuestros, y el mío, se llenan de un celo santo: ut nuntietis ei quia amore langueo (Cant. V, 8), para que le digáis que muero de amor. Es una enfermedad noble, divina: ¡somos los aristócratas del Amor en el mundo!, puedo decir con la expresión de un viejo amigo mío.*

*No vivimos nosotros, sino que es Cristo quien en nosotros vive (cfr. Galat. //, 20). Hay una sed de Dios, un deseo de buscar sus lágrimas, sus palabras, su sonrisa, su rostro... No encuentro mejor modo de decirlo que volviendo a emplear las frases del salmo: quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum (Ps. XLI, 2), como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios mío! (...).*

*Que la Madre de Dios y Madre nuestra, nos proteja, con el fin de que cada uno de vosotros, y cada uno de vuestros hermanos y ele vuestras hermanas, ¡la Obra entera!, pueda servir a la Iglesia en la plenitud de la fe, con los dones del Espíritu Santo y con la vida contemplativa. Cada uno en su estado, y en el cumplimiento de los deberes que le son propios; cada uno en su oficio y profesión, y en el cumplimiento de los deberes de su oficio y profesión, sirva gozosamente a la Esposa de Cristo, en el lugar donde el Señor le ha colocado<sup>10</sup>.*

---

(10) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967.

15 de agosto

## ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA (I)

—Con su Asunción a los cielos, la Virgen es hecha partícipe de la gloria de Cristo.

—La Asunción de María Santísima confirma nuestra esperanza y nos empuja a la entrega.

—La esperanza del Cielo acrecienta nuestro amor a Dios.

**SE HA dormido la Madre de Dios. —Están alrededor de su lecho los doce Apóstoles. —Matías sustituyó a Judas.**

**Y nosotros, por gracia que todos respetan, estamos a su lado también.**

**Pero Jesús quiere tener a su Madre, en cuerpo y alma, en la gloria. —Y la corte celestial despliega todo su aparato, para agasajar a la Señora. —Tú y yo —niños, al fin— tomamos la cola del espléndido manto azul de la Virgen, y así podemos contemplar aquella maravilla.**

**La Trinidad Beatísima recibe y colma de honores a la Hija, Madre y Esposa de Dios... —Y es tanta la majestad de la Señora, que hace preguntar a los ángeles: ¿Quién es ésta? '.**

(1) Santo Rosario, TV misterio glorioso.

Se la lleva junto a El, al trono estrellado en donde el Rey de Reyes, con palabras de la Sagrada Escritura, la llama para siempre. *Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven. Que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias. Ya han brotado en la tierra las flores, ya es llegado el tiempo de la poda y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola. Ya ha echado la higuera sus brotes y las viñas en flor esparcen su aroma. Levántate, amada mía, esposa mía, y ven* <sup>2</sup>.

Nosotros nos unimos al júbilo de los ángeles y de los cortejos celestiales, y la alabamos: *¡bendita tú entre las mujeres!* <sup>3</sup>. Y sentimos que se desborda también nuestro entusiasmo: porque la *llena de gracia* <sup>4</sup> está en lo más encumbrado del Cielo; porque en la presencia del Señor tenemos una Madre que intercede siempre por nosotros; porque —con confianza filial de hijos pequeños— podemos apoyar nuestro corazón en el suyo, purísimo, hasta llenarnos de amor a Jesucristo. Señor —pedimos con palabras de nuestro Padre—: **que se enciendan nuestros corazones con el fuego divino que abrasó de un modo indecible el corazón de la Virgen** <sup>5</sup>.

La Iglesia nos anima a rezar: *oh Dios, obrador de maravillas, que has hecho partícipe a la inmaculada Virgen Marta, en cuerpo y alma, de la gloria de Cristo:*

(2) Cant. II, 11-13.

(3) Ev. (Luc. I, 42).

(4) Ibid., 28.

(5) De nuestro Padre, Crónica VIII-55, p. 6.

*encamina los corazones de tus hijos a la consecución de esa misma gloria*<sup>6</sup>.

LA LITURGIA de la fiesta de la Asunción da forma a nuestros afectos: *Dios Todopoderoso y eterno* —repetimos con ella—, *que hiciste subir al cielo en cuerpo y alma a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo; concédenos estar siempre orientados hacia el cielo, para que merezcamos participar de su misma gloria*<sup>7</sup>. Nuestra Madre, asunta al Cielo y coronada de gloria por la Trinidad Santísima, posee en plenitud el destino que cada uno de nosotros espera. *Como el ciervo ansia la corriente de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh, Dios!*<sup>8</sup>. María ha alcanzado ya esa plenitud de felicidad, de amor y de paz. Como Madre bendita se ha adelantado, llevada de la mano por Dios, para que todos sus hijos de la tierra vivamos con una segura esperanza.

Nuestro último fin está en el Cielo;<sup>1</sup> ese objetivo orienta y da sentido a nuestro camino de entrega, de vida cristiana. Jesucristo nos ha precedido, y allí, en compañía de la Virgen, espera nuestra llegada.

El pensamiento del premio es un acicate para sostener en todo momento la lucha por ser santos. Pensando en la felicidad sin fin del Cielo, nos decía nuestro Padre: *conllévenlos todas las dificultades de*

(6) *Ad Off. lect., Preces.*

(7) Orar.

(8) *Ps. XLII, 2.*

*esta navegación nuestra, en medio de los mares del mundo, con la esperanza del cielo: para nosotros y para todas las almas que quieran amar, la aspiración es llegar hasta Dios: la gloria del Cielo. Si no, nada de nada vale la pena. Para ir al Cielo, hemos de ser fieles. Y para ser fieles, hay que luchar, ir adelante en nuestro camino, aun cuando caigamos de bruces alguna vez: con El nos levantaremos*<sup>9</sup>. *¡Vale la pena desprenderse de las cosas de la tierra! Con la fe, por el Amor y la esperanza, vale la pena saber decir que no a tantas cosas de este mundo*<sup>10</sup>.

Animados por esa esperanza teologal, confirmada por la Asunción de Nuestra Señora, buscaremos la propia santidad y la de los demás trabajando sin desaliento en la santificación de todas las tareas humanas. *Negotiamini dum venio*<sup>11</sup>, negociad hasta mi vuelta, nos ha dicho el Señor. Y esta esperanza nos impulsa a cumplir plenamente nuestra vocación de cristianos comprometidos en los afanes del mundo. Lejos de paralizar o inhibir las energías humanas, la promesa de la vida eterna las estimula y sostiene. Es una llamada imperiosa a vivir y a actuar responsablemente, con serena prisa, porque el Señor quiere la santificación del mundo y espera que —con nuestro trabajo— demos a la creación entera su más profundo sentido, y

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 55.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 127.

(11) *Luc. XIX, 13.*

a los hombres lo que más hondamente ansian.

La Virgen Santísima, *Spes riostra*, nos da ejemplo. Su vida heoricamente sencilla y generosa, su amor sin límites a la Voluntad divina, su eficacia corredentora y la gloria de su Asunción suscitan en nosotros nuevas energías para renovar la entrega por amor. Y sentimos la necesidad de su protección: ¡Madre nuestra —le decimos— mira que aún tenemos abiertos los ojos de la carne, que estamos todavía en camino! ¡Ayúdanos en la vigilia, ayúdanos en la espera!

NUESTRA verdadera morada está en el Cielo. *La voluntad de mi Padre que me ha enviado* —nos dice el Señor—, *es que todo aquél que ve al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna, y Yo le resucite en el último día*<sup>12</sup>. *Oh Padre, Yo deseo ardientemente que aquellos que Tú me has dado, estén conmigo allí donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que Tú me has dado*<sup>13</sup>.

*Un gran Amor te espera en el Cielo* —nos recordaba nuestro Fundador—: *sin traiciones, sin engaños: ¡todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia...! Y sin empalago: te saciará sin saciar*<sup>14</sup>. Un amor que nos debe mover, que debemos desear. *Muchas veces pienso yo también, hijo mío, que, si el amor aquí en la tierra da*

(12) *Ioann.* III, 40.

(13) *oann.* XVII, 24.

(14) *Forja*, n. 995.

*tantas alegrías, ¿cómo será en el Cielo, cuando toda la grandeza de Dios, toda la Sabiduría de Dios, y toda la Hermosura de Dios, toda la vibración, todo el color, ¡toda la armonía!, se vuelque en ese vasito de barro que somos cada uno de nosotros?*

*¡Que vale la pena! Vale la pena decir que no a los amores por el Amor. Lo digo también de otra manera, positiva: porque me da la gana ser fiel al Amor de Cristo*<sup>15</sup>.

*Me podrá quizá decir alguno: ¿no es un poco de egoísmo eso de pensar en el cielo? —No: la esperanza es una gran virtud, que exige una fe recia. Y la fe y la esperanza requieren un amor grande al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Ved cómo así estamos viviendo las tres virtudes teologales. Este es el proceso espiritual que, si sois fieles, hacéis cada día casi sin daros cuenta, como no os dais cuenta de que respiráis*<sup>16</sup>.

*La esperanza conduce a la caridad, pues ele sperar ser premiado por Dio<sup>^</sup> mueve a su amor y a guardar sus mandamientos*<sup>17</sup>. Y entonces ya no le amamos por el premio —aunque también éste esperamos— sino por Sí mismo, porque es bueno y digno de ser amado. *Hazlo todo con desinterés, por puro Amor, como si no hubiera premio ni castigo. —Pero fomenta en*

(15) De nuestro Padre, *Tertulia*, 20-X-1968.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 72.

(17) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 17, a. 8 c.

***tu corazón la gloriosa esperanza del Cielo***<sup>18</sup>.

En cualquier circunstancia podemos ejercitar la esperanza. Especialmente en los momentos difíciles, cuando nuestra flaqueza se nos hace más patente. ***A la hora de la tentación piensa en el Amor que en el Cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad***<sup>19</sup>. Con esa esperanza, con ese amor, el alma cristiana busca sus gozos en el Cielo: *mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré y veré el rostro de Dios? (...). Siempre estoy acordándome de ti, desde la tierra del Jordán, desde las cumbres del Hermán y del monte Meser*<sup>20</sup>.

El Cielo será para nosotros la perfecta vida de unión con Cristo, ausente ya todo impedimento para la configuración total, y el alma se extasiará al escuchar el diálogo eterno de las tres divinas Personas. *Allí verán su cara y tendrán el nombre de El sobre sus frentes. No habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, pues el Señor Dios les alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos*<sup>21</sup>.

(18) Camino, n. 668.

(19) Camino, n. 139.

(20) Ps. XLII, 3-7.

(21) Apoc. XXII, 4-5.

502

15 de agosto

ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA (II)

—Renovamos hoy la consagración al Corazón Dulcísimo de María, que nuestro Padre hizo en Loreto el 15 de agosto de 1951.

—Nos ofrecemos totalmente al Corazón de María, y le consagramos también la Obra entera.

—Petición que dirigimos a Nuestra Señora en este día.

*ASSUMPTA est María in caelum: gaudent Angeli* ' ; María ha sido trasladada al Cielo, y los Angeles se alegran. La Iglesia entera canta hoy con ellos sus alabanzas a la Virgen Santísima, que está en cuerpo y alma en el Cielo. Es una fiesta que celebran con júbilo los cristianos; y que nosotros, hijos de una Madre tan excelsa, nos disponemos a festejar con particular fervor, renovando la consagración de la Obra al Corazón Dulcísimo de María.

Hace muchos años, en 1951, realizó nuestro Padre esta consagración por vez primera. Era un tiempo en que la Obra sufría los embates de una *dura y oculta contradicción* que arreciaba desde fuera. Se *me negaba el diálogo* —escribió nuestro Fundador en una de sus Cartas—, ***no se me concedía la posibi-***

(1) *AdlVesp., R./br.*



*lidad de explicar, de aclarar las cosas. Fue mucha mi amargura. Propalaban falsedades (...). En medio de estos sufrimientos fue cuando la Obra obtuvo todas las aprobaciones solemnes del Magisterio Apostólico (...). Aun después de obtenida la aprobación, no cesaron las calumnias.*

*No sabiendo a quién dirigirme aquí en la tierra, me dirigí, como siempre, al cielo. El 15 de agosto de 1951, después de un viaje —¿por qué no decirlo?— penitente, hice en Loreto la consagración de la Obra al Corazón Dulcísimo de María<sup>2</sup>.*

Muchas veces recordó nuestro Fundador, lleno de agradecimiento a la Virgen, aquella visita a la Santa Casa de Nazaret. Nuestro Padre, agobiado por fuertes contradicciones externas, puso toda su confianza en Nuestra Señora. Regresó tranquilo de aquel viaje, seguro de haber dejado en buenas manos todas sus preocupaciones. *Más adelante en Roma —nos escribió—, recibí una carta de mis hijos de Milán, en la que me contaban conmovidos que el venerado Cardenal Schuster les había dicho que me advirtieran que estuviera alerta, porque una gran tribulación se iba a abatir sobre la Obra y sobre mi persona<sup>3</sup>.* La Virgen Santísima, en esas horas difíciles, dio a nuestro Padre la fortaleza necesaria para defender la Obra. Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum!,

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 43-44.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 44.

repetía constantemente y, con él, todos sus hijos.

La unidad de la Obra salió robustecida de aquel trance, gracias a la protección especialísima de nuestra Madre del Cielo. A Ella nos dirigimos ahora en acción de gracias, diciéndole con palabras de la liturgia: *el Señor te ha bendecido con su poder, y por ti ha derrotado a nuestros enemigos. Bendita seas del Señor Dios excelso, sobre todas las mujeres de la tierra<sup>4</sup>.*

*OH MARÍA Santísima, que, por haber concebido en tu seno virginal a Jesucristo, eres para nosotros Madre de gracia y de vida, de misericordia y de perdón: acoge benignamente la consagración del Opus Dei que ahora hacemos a tu Corazón Inmaculado<sup>5</sup>.*

Con esta ofrenda de la Obra al Corazón Dulcísimo e Inmaculado de María, queremos hacer presente nuestro agradecimiento filial. Muchos motivos tenemos para dar gracias a la Virgen. En primer lugar, su vigilancia amorosa e incansable sobre el Opus Dei, al que ha protegido desde el principio y ha acompañado en su camino. *Nuestro Opus Dei nació y se ha desarrollado bajo el manto de Nuestra Señora<sup>6</sup>,* gustaba de recordarnos nuestro Padre, porque la Virgen ha estado junto a nosotros en horas alegres y en horas

(4) *Ad Tertiam, Ant.*

(5) De nuestro Padre, *Consagración al Corazón Dulcísimo de María.*

(6) De nuestro Padre, 9-1-1954.

amargas. Siempre nos ha apretado contra su Corazón, nos ha llevado de la mano como una madre lleva al hijo de sus entrañas cuando comienza a dar los primeros pasos. Y en los momentos de peligro, la Reina del Opus Dei ha estado allí: para llenarnos de serenidad, para fortalecernos, para animarnos. *Tú eres la gloria de Jerusalén* —le decimos con palabras de la Sagrada Escritura—, *Tú la alegría de Israel; Tú la honra de nuestro pueblo* <sup>7</sup>.

También en nuestra vida personal hemos experimentado las delicadezas maternales de la Virgen. Ella dispuso nuestra alma para recibir la llamada divina a este camino de la Obra; y cuando el Señor quiso echar la semilla en nuestro corazón, María nos cuidó con inmensa ternura, protegiendo esa luz recién nacida, destinada a convertirse en fuego abrasador. Y después, ¿quién no ha notado su intercesión poderosa en el proselitismo? ¿Quién no ha experimentado, entre las luchas de su vida interior, la brisa dulce y serena de la Virgen, que aquieta las pasiones, y suaviza las heridas? *¡Bendita seas del Señor, ya que por ti hemos recibido el fruto de la Vida!* <sup>8</sup>.

Las palabras son pobres para expresar lo que sentimos. Por eso, encaminamos nuestro corazón a la Virgen, con un único deseo: *te consagramos nuestro ser y nuestra vida; todo lo nuestro: lo que amamos y*

(7) *Iudith* XV, 10.

(8) *Ad II Vesp., Ant. 3.*

*somos. Para ti nuestros cuerpos, nuestros corazones y nuestras almas; tuyos somos nosotros y nuestros apostolados* <sup>9</sup>. Nada queda ya para nosotros; todo es de María. Nuestro cuerpo con sus potencias y sentidos, con sus enfermedades y flaquezas. Suyo es nuestro corazón, que Dios mismo ha llenado de un Amor santo y eterno, con toda la intensidad de sus afectos, con sus limitaciones y debilidades. De Ella es nuestra alma, la luz que el Señor ha puesto en nuestra inteligencia, los motivos que inspiran y mueven nuestra voluntad. *Queremos que todo, en nosotros y en nuestro alrededor, te pertenezca y participe de tus bendiciones maternales* <sup>10</sup>. Le ofrecemos también nuestro trabajo, nuestros afanes, nuestras familias, nuestros amigos: el mundo entero, con todas las criaturas que lo pueblan. *Y para que esta consagración sea verdaderamente eficaz y duradera, renovamos hoy a tus pies, Señora, la entrega que hicimos a Dios en el Opus Dei* <sup>n</sup>.

Nos dirigimos ahora a Jesucristo, y le pedimos su gracia para hacer realidad esta ofrenda al Corazón Dulcísimo de su Madre: *Santa María, esperanza nuestra, asiento de la sabiduría, esclava del Señor, Madre del Amor Hermoso: alcánzanos, con tu intercesión poderosa, que sea agradable a Jesús esta consagración* <sup>n</sup>.

(9) De nuestro Padre, *Consagración al Corazón Dulcísimo de María.*

(10) *Ibid.*

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

¡AVE, Estrella del mar, admirable Madre de Dios y siempre Virgen, feliz puerta del Cielo! <sup>13</sup>. Invocamos a la Santísima Virgen con esa jaculatoria —*iter para tutum!*, *iter serva tutum!*—, que de modo especial nos une a nuestro Padre y al Padre, *porque es una continua oración corporativa de toda nuestra familia espiritual* <sup>14</sup>.

¿Quieres decirle a Nuestra Señora aquella jaculatoria que yo, en momentos de gran preocupación, hube de poner en boca de mis hijos, para repetirle, como se repetía, muchas veces al día: Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum? <sup>15</sup>.

Para recorrer en plenitud ese camino seguro que la Virgen nos prepara a cada uno, acudimos a Ella con confianza de hijos: *oh Corazón de María, Madre de Dios y Madre nuestra; Corazón dulcísimo, imagen perfecta del Corazón de Jesús, atiende las súplicas que con piedad filial te dirigimos* <sup>16</sup>.

*Inflama nuestros pobres corazones —le pedimos— para que amemos con toda el alma a Dios Padre, a Dios Hijo, y a Dios Espíritu Santo* <sup>17</sup>. Para que —con la gracia divina— nos adentremos en contemplación de amor en la vida íntima de la Santísima Trinidad. Danos, Madre nuestra, fortaleza para seguir con docilidad las mociones del Paráclito, santificador de nuestra alma.

(13) Himno Ave, *maris Stella*.

(14) De nuestro Padre, Crónica 111-60, p. 55.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(16) De nuestro Padre, *Consagración al Corazón Dulcísimo de María*.

(17) *Ibid.*

*Infunde en nosotros amor grande a la Iglesia y al Papa, y haznos vivir plenamente sumisos a todas sus enseñanzas. Danos un gran amor a la Obra, a nuestro Padre, al Padre y a nuestros Directores; haz que, fieles a nuestra vocación, tengamos celo ardiente por las almas* <sup>18</sup>, pues por todas ha muerto Jesucristo, por cada una ha derramado —gota a gota— su Sangre. *Elévanos, Señora, a un estado de perfecto amor de Dios, y concédenos el don de la perseverancia final.*

*Y ya que tu oración todo lo puede en la presencia del Señor, permítenos que te escojamos como especial protectora: para que, después de haber vivido santamente en la tierra, tengamos la felicidad de alabar contigo a la Trinidad Beatísima eternamente en el Cielo. Así sea* <sup>19</sup>.

(18) *Ibid.*

(19) *fc* < *g*.

503

15 de agosto

## ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA (III)

—Alegría en la fiesta de la Asunción de la Virgen.

—La alegría cristiana es inseparable de la Cruz.

—El optimismo ante las dificultades y el dolor no es una ingenuidad, sino confianza en el ejemplo y protección de la Virgen.

**ASSUMPTA est Maria in coelum, gaudent angelí** (Ad II Vesp., Ant.). *María ha sido llevada por Dios, en cuerpo y alma, a los cielos. Hay alegría entre los ángeles y entre los hombres. ¿Por qué este gozo íntimo que advertimos hoy, con el corazón que parece querer saltar del pecho, con el alma inundada de paz? Porque celebramos la glorificación de nuestra Madre y es natural que sus hijos sintamos un especial júbilo, al ver cómo la honra la Trinidad Beatísima.*

*Cristo, su Hijo santísimo, nuestro hermano, nos la dio por Madre en el Calvario, cuando dijo a San Juan: he aquí a tu Madre (Ioann. XIX, 27). Y nosotros la recibimos, con el discípulo amado, en aquel momento de inmenso desconsuelo. Santa María nos acogió en el dolor, cuando se cumplió la antigua profecía: y una espada traspasará tu alma*

**(Luc. II, 35). Todos somos sus hijos; ella es Madre de la humanidad entera. Y ahora, la humanidad conmemora su inefable Asunción: María sube a los cielos, hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. Más que Ella, sólo Dios '.**

Los cristianos han descubierto, desde hace tiempo, todos los motivos de conveniencia para la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al Cielo. *Convenía* —escribe San Juan Damasceno— *que aquella que en el parto había conservado íntegra su virginidad, conservase sin ninguna corrupción su cuerpo después de la muerte. Convenía que aquella que había llevado en su seno al Creador hecho niño, habitara en la morada divina. Convenía que la Esposa de Dios entrara en la casa celestial. Convenía que aquella que había visto a su Hijo en la Cruz, recibiendo así en su corazón el dolor de que había estado libre en el parto, lo contemplase sentado a la diestra del Padre. Convenía que la Madre de Dios poseyera lo que corresponde a su Hijo, y que fuera honrada como Madre y Esclava de Dios por todas las criaturas*<sup>2</sup>.

La certeza de que la Santísima Virgen vive y reina en el Cielo, y que desde allí se preocupa de cada uno de nosotros, nos llena de alegría. ¿No es lógico que los hijos se gocen con la felicidad de su madre?

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 171.

(2) San Juan Damasceno, *Homilía 2 in Dormitionem B. V. Mariae*, 14.

*La alegría es un bien cristiano. Únicamente se oculta con la ofensa a Dios: porque el pecado es producto del egoísmo, y el egoísmo es causa de la tristeza. Aún entonces, esa alegría permanece en el rescoldo del alma, porque nos consta que Dios y su Madre no se olvidan nunca de los hombres. Si nos arrepentimos, si brota de nuestro corazón un acto de dolor, si nos purificamos en el santo sacramento de la Penitencia, Dios sale a nuestro encuentro y nos perdona; y ya no hay tristeza<sup>3</sup>.*

*HOY, EN unión con toda la Iglesia, celebramos el triunfo de la Madre, Hija y Esposa de Dios. Y como nos gozábamos en el tiempo de la Pascua de Resurrección del Señor a los tres días de su muerte, ahora nos sentimos alegres porque María, después de acompañar a Jesús desde Belén hasta la Cruz, está junto a El en cuerpo y alma, disfrutando de la gloria por toda la eternidad. Esta es la misteriosa economía divina: Nuestra Señora, hecha partícipe de modo pleno de la obra de nuestra salvación, tenía que seguir de cerca los pasos de su Hijo: la pobreza de Belén, la vida oculta de trabajo ordinario en Nazaret, la manifestación de la divinidad en Cana de Galilea, las afrentas de la Pasión y el Sacrificio divino de la Cruz, la biena-*

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 178.

*venturanza eterna del Paraíso.*

*Todo esto nos afecta directamente, porque ese itinerario sobrenatural ha de ser también nuestro camino. María nos muestra que esa senda es hacedera, que es segura. Ella nos ha precedido por la vía de la imitación de Cristo, y la glorificación de Nuestra Madre es la firme esperanza de nuestra propia salvación; por eso la llamamos spes nostra y causa nostrae laetitiae, nuestra esperanza y causa de nuestra felicidad.*

*No podemos abandonar nunca la confianza de llegar a ser santos, de aceptar las invitaciones de Dios, de ser perseverantes hasta el final. Dios, que ha empezado en nosotros la obra de la santificación, la llevará a cabo (cfr. Philip. I, 6). Porque si el Señor está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El, que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo, después de habernos dado a su Hijo, dejará de darnos cualquier otra cosa? (Rom. VIII, 31-32).*

*En esta fiesta, todo convida a la alegría. La firme esperanza en nuestra santificación personal es un don de Dios; pero el hombre no puede permanecer pasivo. Recordad las palabras de Cristo: si alguno quiere venir en pos de mí, niegúese a sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame (Luc. IX, 23). ¿Lo veis? La cruz cada día. Nulla dies sine cruce!, ningún día sin Cruz: ninguna jornada, en la que no carguemos con la cruz del Señor, en la*

*que no aceptemos su yugo. Por eso, no he querido tampoco dejar de recordaros que la alegría de la resurrección es consecuencia del dolor de la Cruz.*

*No temáis, sin embargo, porque el mismo Señor nos ha dicho: venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos, que yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Matth. XI, 28-30). Venid —glosa San Juan Crisóstomo—, no para rendir cuentas, sino para ser librados de vuestros pecados; venid, porque yo no tengo necesidad de la gloria que podáis procurarme: tengo necesidad de vuestra salvación... No temáis al oír hablar de yugo, porque es suave; no temáis si hablo de carga, porque es ligera (In Matthaëum homiliae, 37, 2 fPG 57, 414).*

*El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por In Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con El no cabe la tristeza. In laetitia, nulla dies sine cruce!, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz<sup>4</sup>.*

*RECOJAMOS de nuevo el tema que nos propone la Iglesia: María ha subido a los cielos en*

(4)/fc<sub>2</sub>d., n. 176.

*cuerpo y alma, ¡los ángeles se alborozan! Pienso también en el júbilo de San José, su Esposo castísimo, que la aguardaba en el paraíso. Pero volvamos a la tierra. La fe nos confirma que aquí abajo, en la vida presente, estamos en tiempo de peregrinación, de viaje; no faltarán los sacrificios, el dolor, las privaciones. Sin embargo, la alegría ha de ser siempre el contrapunto del camino.*

*Servid al Señor, con alegría (Ps. XCIX, 2): no hay otro modo de servirle. Dios ama al que da con alegría (II Cor. IX, 7), al que se entrega por entero en un sacrificio gustoso, porque no existe motivo alguno que justifique el desconsuelo.*

*Quizá estimaréis que este optimismo parece excesivo, porque todos los hombres conocen sus insuficiencias y sus fracasos, experimentan el sufrimiento, el cansancio, la ingratitud, quizá el odio. Los cristianos, si somos iguales a los demás, ¿cómo podemos estar exentos de esas constantes de la condición humana?*

*Sería ingenuo negar la reiterada presencia del dolor y del desánimo, de la tristeza y de la soledad, durante la peregrinación nuestra en este suelo. Por la fe hemos aprendido con seguridad que todo eso no es producto del acaso, que el destino de la criatura no es caminar hacia la aniquilación de sus deseos de felicidad. La fe nos enseña que todo tiene un sentido divino, porque es propio de la entraña misma de la llamada que nos lleva a*

*la casa del Padre. No simplifica, este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano, la complejidad humana; pero asegura al hombre que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria.*

*La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora nos propone la realidad de esa esperanza gozosa. Somos aún peregrinos, pero Nuestra Madre nos ha precedido y nos señala ya el término del sendero: nos repite que es posible llegar y que, si somos fieles, llegaremos. Porque la Santísima Virgen no sólo es nuestro ejemplo: es auxilio de los cristianos. Y ante nuestra petición —Monstra te esse Matrem (Himno Ave maris stellaj—, no sabe ni quiere negarse a cuidar de sus hijos con solicitud maternal<sup>5</sup>.*

---

(5) *Ibid.*, n. 177.

504

21 de agosto  
SAN PÍO X (I)

—Servimos eficazmente a la Iglesia siendo fieles a nuestro espíritu.

—Nuestro modo laical de servir es desinteresado.

—Vivimos sirviendo a la Iglesia sin comprometerla.

COMO sacerdote, primero; más tarde como Patriarca-Arzbispo de Venecia; y finalmente, como Romano Pontífice, San Pío X se distinguió por un continuo servicio a la Iglesia y a las almas. Su amor a Dios le llevó a esforzarse generosamente, desde la Sede Romana, para *instaurar todas las cosas en Cristo*<sup>1</sup>.

También nosotros deseamos servir con toda el alma a nuestra Santa Madre la Iglesia, de acuerdo con el modo específico que Dios quiere para nosotros: impregnar de espíritu cristiano las estructuras temporales mediante nuestro apostolado personal, que realizamos a través del trabajo ordinario. Este modo apostólico nuestro responde a necesidades de carácter permanente, porque *mientras haya hombres en la tierra, habrá quienes se dediquen a las profesiones intelectuales o manuales; y, por eso, deberá haber*

---

(1) Orar.

*también cristianos dedicados a santificar la profesión, a la vez que se santifican ellos mismos y santifican a otros, por medio de ese trabajo*<sup>2</sup>.

Este es el servicio a la Iglesia que el espíritu de la Obra nos enseña a vivir: un modo laical y secular que responde a la naturaleza íntima de nuestra vocación, *que no nos saca de nuestro sitio, que no nos arranca de nuestro ambiente, que no nos remueve del mundo, ni de nuestro estado, ni de nuestro trabajo profesional*<sup>3</sup>.

Como a todos los fieles cristianos, el Señor nos ha confiado la misión de propagar su nombre por toda la tierra. *La extensión del Reino de Dios* —nos recuerda nuestro Padre— *no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor. XII, 27), vosotros también sois Cuerpo de Cristo (...), que tenéis el mandato concreto de negociar hasta la venida del Señor, con vuestro trabajo responsable*<sup>4</sup>.

Nuestro Padre nos hizo comprender la trascendencia de nuestra tarea apostólica, al enseñarnos que *el mejor servicio que podemos hacer a la Iglesia y a la humanidad es dar doctrina. Gran parte de los males que afligen al mundo se deben a la falta de doctrina cristiana, incluso entre los que quieren*

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1950, n. 1.

(3) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-XII-1968.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 16.

*o aparentan querer seguir de cerca a Jesucristo*<sup>5</sup>. Así sentiréis —escribió nuestro Fundador— *la alegría de trabajar eficazmente en servicio de la Iglesia Santa de Dios y de todas las almas, cuando realizáis esa hermosísima labor de dar doctrina, con el ejemplo y con la palabra, con vuestro trabajo profesional, en medio del mundo; en lugares inasequibles y aun prohibidos a los sacerdotes y a los religiosos y, por eso, con gran dolor de la Iglesia, frecuentemente abandonados o sin la suficiente atención*<sup>6</sup>.

*HABÉIS de vivir, habéis de hacer vuestra tarea, con la rectitud y la nobleza de quienes, en su actuación, hacen valer su ciudadanía y su preparación profesional, no su catolicismo ni el recurso a nombres de santos o al adjetivo católico; con la alegría sobrenatural y el optimismo humano de quienes están profundamente convencidos de que el cristianismo no es una religión negativa y arrinconada, sino una afirmación gozosa en todos los ambientes del mundo: la única doctrina donde encontrarán firme fundamento y seguro progreso todas las instancias nobles del vivir terreno*<sup>7</sup>.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 27.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VII-1953, n. 42.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 53.



*Nunca ha dejado de molestarme la actitud del que hace de llamarse católico una profesión (...). El espíritu de la Obra y el de sus miembros es servir a la Iglesia, y a todas las criaturas, sin servirse de la Iglesia. Me gusta que el católico Hebe a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana*<sup>8</sup>. Por eso nos esforzamos en ajustar nuestra actuación diaria al espíritu que Dios nos ha comunicado, rectificando continuamente la intención — *Deo omnis gloria*, para Dios toda la gloria—, y procurando *santificar cualquier fatiga humana honesta: el trabajo ordinario, precisamente en el mundo, de manera laical y secular, en servicio de la Iglesia Santa, del Romano Pontífice y de todas las almas*<sup>9</sup>.

*Este modo laical de servir a la Iglesia, vige también en las labores que, confines exclusivamente apostólicos, promueve la Obra, como corporación: son labores que tienen por objeto dar a conocer mejor la doctrina del Señor, que abarcan toda la gama de actividades lícitas que pueda hacer un grupo de ciudadanos, y que es, por tanto una tarea también profesional*<sup>10</sup>. Por esta razón, *no damos nunca a estas obras de apostolado corporativo, ni a ninguno de nuestros Centros, el apelativo de católicos*<sup>11</sup>. De manera análoga, *tampoco ponemos nom-*

(8) *Conversaciones*, n. 47.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 2.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 39.

(U) *Ibid.*

*bres de santos a las casas o a las labores de apostolado (•••)', nos gusta que todo el mundo tenga devoción a los santos y los venere, pero no los colocamos de tapadera. Es aquella sospecha que a veces suelo decir y que he dejado por escrito: ¿confitería de Santa Catalina?... Enseguida pienso, con poco temor a equivocarme, que allí tienen el kilo de novecientos gramos*<sup>n</sup>.

Nuestro servicio a la Iglesia es desinteresado, *sin esperar ni una mirada de agradecimiento en la tierra*<sup>13</sup>. Poca cosa es nuestra vida para ofrecérsela a Dios. Ante El renovamos ahora esa entrega desinteresada, *recordando que el amor y el servicio a la Iglesia, cuando son auténticos, no se paran en las personas que presiden, porque apuntan siempre más alto: Domino Christo servite* (Colos. III, 24), *es a Cristo a quien se ha de servir*<sup>14</sup>.

NUESTRA labor se desarrolla muchas veces en ambientes en los que ser católico y llevar a la práctica la fe supone encontrar resistencias y dificultades en la vida social y profesional. Precisamente entonces hemos de esmerarnos aún más en ser fieles hijos de la Iglesia. *No vamos al apostolado a recibir aplausos, sino a dar la cara por la Iglesia, cuando ser católico es*

(12) De nuestro Padre, *Tertulia*, 23-XII-1967.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 41.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 41.

*difícil; y a pasar ocultos, cuando llamarse católicos es una moda. De hecho, en muchos ambientes, ser católicos de verdad, aun sin llamarse así, es razón suficiente para recibir todo tipo de injurias y de ataques: por eso os he dicho alguna vez que a nosotros nos repugna vivir de ser católicos: viviremos, si es necesario, a pesar de ser católicos. Y nos repugnaría más aún vivir de llamarnos católicos*<sup>15</sup>.

*Este afán limpio de servir nos lleva a no involucrar a la Iglesia con las cosas terrenas; por ser hijos de la Iglesia, y haber recibido la llamada específica de Dios, llevamos a Dios todas las cosas de la tierra, pero a nuestras obras no las llamamos católicas: ya lo ve todo el mundo que lo son.*

*No ponemos nombres de santos a nuestras tareas de apostolado, porque no es necesario ni conveniente. Si lo fuera, ya lo hacen otros: a nosotros, que nos dejan servir a la Iglesia Santa con nuestro propio riesgo personal, sin comprometerla. Lo contrario —servirse de la Iglesia, para ampararse en Ella en la vida profesional, social, política— me parece un falso amor a la Esposa de Jesucristo: y, humanamente, un modo de obrar poco limpio, feo*<sup>16</sup>.

Acabamos hoy la oración agradeciendo al Señor que haya querido este espíritu para su Obra, que nos

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 82.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 23.

*lleva a un servicio gustoso y desinteresado a la Iglesia Santa en medio de las actividades seculares. Porque la única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado*<sup>17</sup>.

*Pedimos al Señor, por intercesión de San Pió X, que nos haga fuertes en la fe y vivamos unidos en su amor*<sup>18</sup>: que nos enseñe a servir generosamente a la Iglesia todos los días de nuestra vida. *Nunca estaremos satisfechos de nuestro trabajo, por muchos que sean los servicios que, con la gracia de Dios, hagamos a la Iglesia y al Papa, porque el amor nos exigirá más cada día, y nuestros trabajos siempre nos parecerán modestos, porque el tiempo, de que disponemos, es breve: tempus breve est (I Cor. VII, 29)».*

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 1.

(18) *Postcom.*

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 53.

505

## 21 de agosto SAN PIÓ X (II)

—La Iglesia requiere, por derecho divino, unidad de régimen.

—Obediencia filial a la autoridad de la Iglesia.

—El amor a la Iglesia pasa por encima de las deficiencias de sus miembros.

*EL SEÑOR hizo poner una alianza de paz y le nombró príncipe, para que fuera sacerdote eternamente*<sup>1</sup>. Son palabras de la Sagrada Escritura que la liturgia de la Iglesia aplica a San Pió X, recordándonos el poder de que se vio investido cuando Dios le elevó al Sumo Pontificado. Esta festividad trae a nuestra consideración la figura del Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, que —por voluntad de Jesucristo— es cabeza visible de toda la Iglesia.

Cristo había dicho a Simón: *tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (...). *Ya ti te daré las llaves del Reino de los cielos*<sup>2</sup>. Junto a la promesa de constituirle en roca firme de su Iglesia, las palabras del Señor contienen también la promesa de conferir al

(1) *Ant. ad Intr.* (cfr. *Eccli.* XLV, 30).

(2) *Afarr/i.* XVI, 18-19.

Príncipe de los Apóstoles la suprema autoridad. *Nadie ignora que las llaves son la insignia ordinaria de la autoridad. Y así, cuando Jesús promete a Pedro las llaves del Reino de los cielos, promete darle el poder y la autoridad de la Iglesia* (...). *Lo que sigue tiene también el mismo sentido: "todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos; y lo que desatares sobre la tierra, será desatado en el Cielo". Esta expresión figurada —atar y desatar— designa el poder de establecer leyes y el de juzgar y castigar. Jesucristo afirma que ese poder tendrá tanta extensión y eficacia, que todos los decretos dados por Pedro serán ratificados por Dios. Este poder es, pues, soberano e independiente, porque no hay sobre la tierra otro poder superior al suyo, que alcance a toda la Iglesia y a todo lo que ella tiene confiado*<sup>3</sup>.

Las determinaciones del Romano Pontífice —sucesor de San Pedro en la sede episcopal de Roma— deben ser aceptadas de buen grado por todos los cristianos. Así nos lo ha enseñado nuestro Padre, dándonos ejemplo de obediencia a las disposiciones de la Iglesia, en multitud de ocasiones. *Conocéis bien el amor entrañable que tengo al Papa y a la Santa Sede* —nos dejó escrito—, *y me habéis oído hablar de que hemos de defender siempre su autoridad, y estar filial y dócilmente dispuestos a rectificar cualquiera de nuestras opiniones, ante el Magisterio de la Iglesia*<sup>4</sup>.

(3) León XIII, *Litt. ene.* *Satis cognitum*, 29-VI-1896.

(4) De nuestro Padre, *Cana*, 7-X-1950, n. 53.

Es motivo de agradecimiento al Señor esta autoidad suprema, que mantiene a su Iglesia unida y fuerte; una autoridad que encuentra su más honda raíz en el amor de Cristo a su Esposa, a Iglesia Santa. La mejor manifestación de esa gratitud ha de ser la de recibir con alegría la palabra y decisiones del Papa.

Nuestra oración, muy unida a la del Padre, pide hoy a Nuestro Señor que dé siempre al Romano Pontífice *mucha fortaleza para (...) que asegure, también con procedimientos jurídicos y humanos, este gobierno divino de las ovejas del Buen Pastor*<sup>5</sup>.

*EN EL Opus Dei, hijas e hijos queridísimos, procuramos siempre y en todas las cosas sentiré cum Ecclesia, sentir con la Iglesia de Cristo, Madre nuestra: corporativamente no tenemos otra doctrina que la que enseña el Magisterio de la Santa Sede.*

*Aceptamos todo lo que este Magisterio acepta, y rechazamos todo lo que él rechaza*<sup>6</sup>.

Como consecuencia de ese amor a la Iglesia, no queremos librarnos de las trabas —santas— de la disciplina común de los cristianos. Queremos, por el contrario, ser con la gracia del Señor —que me perdona esta aparente falta de humildad— los mejores hijos de la Iglesia y del Papa<sup>7</sup>.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 11-V-1965.

(6) De nuestro Padre, Carta, 14-11-1964, n. 1.

(7) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 1.

Además, trataremos de que nuestros compañeros y amigos también amen e incorporen a su vida las indicaciones de la Iglesia: *anunciaré tu verdad por mi boca de generación en generación*<sup>8</sup>. Debemos procurar que se haga realidad en nuestra vida, y en la de los demás cristianos, aquellas palabras que nuestro Padre dejó escritas: *Cristo. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?*<sup>9</sup>.

Esto se manifiesta de muchas maneras. Una es encontrar la fuente de nuestra vida de piedad en la liturgia; por eso cuidamos exquisitamente la celebración de las ceremonias, acatando filialmente las disposiciones a las que deben ajustarse todos los cristianos. Defendemos la autoridad de la Sede Apostólica, propagamos su doctrina entre nuestros amigos y conocidos; y por encima de todo, mantenemos una confianza inquebrantable en nuestra Madre la Santa Iglesia.

Nuestro Padre nos inculcó esta obediencia filial, enseñándonos a ver en ella una fuente de eficacia sobrenatural. *Te veo, Jesús mío, después de la Resurrección* —consideraba nuestro Fundador a este respecto— *en aquella pesca milagrosa*. Echad las redes a la derecha de la barca, y encontraréis (Ioann. XXI, 6). *No habían pescado nada en toda la noche. ¡Es que nada se puede hacer sin tu amor! ¿Cómo vamos a consagrarte el mundo, la*

(8) Ps. Resp. (Ps. LXXXVIII, ).

(9) De nuestro Padre, Instrucción, 19-11-1934, n. 31.

*humanidad entera, con nuestra flaqueza, con esta miseria mía, con esta pequenez tuya, hijo mío? Es preciso echar la red. Y echamos la red obedeciendo al Magisterio y ala autoridad de la Iglesia (...).*

*Es necesario, hijos míos, que seamos pan para el altar y pan para el mundo, para la mesa: divinos y humanos. Y esto sólo lo lograremos obedeciendo a la Iglesia Santa, sintiéndonos hijos de esta Madre buena, ¡sin mancha! (...); amando al Romano Pontífice, amando la unidad de la Iglesia, unidos estrechamente a esta cepa divina que permanecerá íntegra siempre* <sup>10</sup>.

*COMO sabéis —leemos en la Misa de hoy—, nunca nos hemos movido con palabras lisonjeras, ni por disimulada avaricia —Dios es testigo—, ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie. Aunque, como apóstoles de Cristo, podríamos haber impuesto el peso de nuestra autoridad, sin embargo nos mostramos con dulzura entre vosotros. Como una madre que da alimento y calor a sus hijos, así, movidos por nuestro amor, queríamos entregaros no sólo el evangelio, sino incluso nuestras propias vidas, ¡tanto os llegamos a querer! "*

Estas palabras, dirigidas por San Pablo a los tesalonicenses, muestran cómo la autoridad y el go-

(10) De nuestro Padre, Meditación, 18-X-1964.

(11) L./ (177ies. II, 5-7).

bierno de la Iglesia debe ser siempre un servicio lleno de caridad a todos los fieles. Así lo manifiesta también este título —*servus servorum Dei*, siervo de los siervos de Dios— que el Papa ostenta como timbre de honor y gloria. Debe ser tal nuestro reconocimiento al Señor, que ha querido este divino gobierno en su rebaño, que podamos decirle con palabras de nuestro Padre: *¡gracias, Dios mío por el amor al Papa que has puesto en mi corazón!* <sup>11</sup>.

Nuestra actitud ante la Santa Sede romana está hecha de amor y de respeto, *aunque a veces sea preciso superar alguna incomprensión, o no se logre entender algún aspecto humano de los que dirigen la Iglesia, ayudando al Romano Pontífice. Durante muchos años, el Padre iba todos o casi todos los días a la Plaza de San Pedro, para rezar el Credo en la misma plaza, ante la Basílica y los Palacios Vaticanos: lo rezaba en castellano —como me lo enseñó mi madre, decía—, pero cambiaba e intercalaba unas palabras. Al llegar a "creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica", etc., decía siempre tres veces seguidas: **creo en mi Madre la Iglesia Romana**, añadiendo después: **a pesar de los pesares**. En una ocasión, creyó oportuno contar esta devoción suya, en el Vaticano, al Cardenal Secretario de Estado, que era el Cardenal Tardini. Hablaba naturalmente, en italiano, traduciendo a pesar de los pesares por **malgrado tutto**. El Cardenal le preguntó: "¿Qué quiere*

(12) Camino, n. 573.

*decir con malgrado turto?" Y nuestro Padre le respondió: sus errores personales y los míos<sup>13</sup>.*

Nos ha enseñado nuestro Padre a distinguir entre la Iglesia, que es siempre santa y sin mancha, porque es el Cuerpo Místico de Cristo, y los miembros de la Iglesia, sujetos —como todos los hombres— a errores y flaquezas, que hemos de saber perdonar y disculpar.

Acudimos de nuevo a la intercesión de San Pío X, que amó tanto a la Iglesia y la guió con fortaleza. Y a la Virgen Santísima pedimos que infunda en nuestra alma un amor la Esposa de Cristo tan grande como el que manifestó siempre nuestro queridísimo Padre: *me considero el último de los sacerdotes de la tierra —escribía—, pero al mismo tiempo quisiera que nadie me ganara a amar y servir a la Iglesia y al Papa, porque éste es el espíritu que he recibido de Dios y el que trato con todas mis fuerzas de transmitir a cada uno de mis hijos en todo el mundo<sup>14</sup>.*

(13) *Instrucción*, mayo-1935, 14-DC-1950, nota 152.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, n. 8.

506

## 21 de agosto SAN PIÓ X (III)

—Dios ha querido hablarnos con palabras humanas para damos a conocer las verdades divinas.

—La unión con el Magisterio de la Iglesia es garantía de fidelidad al depósito de la Revelación.

—La fe es un tesoro divino, que hemos de custodiar y defender.

*FORTES in fide (I Petr. V, 9), así os veo, hijas e hijos queridísimos: fuertes en la fe, dando con esa fortaleza divina el testimonio de vuestras creencias en todos los ambientes del mundo, movidos por el poder impetuoso del Espíritu Santo en una renovada Pentecostés<sup>1</sup>.*

Con estas palabras comenzaba nuestro Padre una de sus Cartas, alertándonos y moviéndonos a mantener por encima de todo la firmeza de la fe cristiana, tanto en los momentos de tempestad como en los de bonanza. Y hoy, fiesta de San Pío X, a quien Dios eligió, en momentos muy difíciles de la vida de la Iglesia, *para defender la fe católica e instaurar todas las cosas en Cristo<sup>2</sup>*, levantamos el corazón en hacimiento de gracias por el don de la revelación sobrenatural y

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 19-11-1967, n. 1.

(2) *Orat.*

de la fe, que Dios nos ha concedido.

Nuestro Padre, gracias a su *vivísima percepción de la Encarnación del Verbo*<sup>3</sup>, profundizó en el misterio de la revelación de Dios a los hombres. El Señor, nos explicaba, ha querido hablarnos *con palabras humanas, para darnos a conocer las verdades divinas*.

*Esta revelación de sí mismo y de sus designios amorosos para nosotros culminó cuando quiso el Verbo divino asumir nuestra naturaleza (...). Debemos agradecer a Dios esta condescendencia suya, que hace que nuestras palabras puedan exponer su verdad. La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres (Conc. Vat. II, Const. dogm. Dei Verbum, n. 13). Pero es verdaderamente una condescendencia suya, no un logro nuestro*<sup>4</sup>.

Dios ha hablado a los hombres, nos ha comunicado los misterios más profundos de su Vida, y ha consignado esa Verdad en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia, para la salvación del género humano. Con la infalible asistencia del Espíritu Santo, *la Iglesia ha transmitido fielmente desde el comienzo el depósito que Dios le había confiado*.

(3) Congregación para las Causas de los Santos, *Decreto sobre las virtudes heroicas del Venerable Siervo de Dios Josemaía Escrivá de Balaguer*, 9-IV-1990.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, nn. 6-7.

*Mirad cómo lo decía San Pablo a los de Corinto: Yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado (7 Cor. XI, 23); y a los tesalonicenses: hermanos míos, estad firmes en la fe y mantened las tradiciones o doctrinas que habéis aprendido, ya por medio de la predicación, ya por carta nuestra (7/ Thes. II, 14)*<sup>5</sup>. Y concluye nuestro Padre: *¡con qué respetuosa veneración, hijas e hijos míos, hemos de acercarnos siempre a la Sagrada Escritura! No os puedo ocultar que sufro al ver cómo algunos maltratan los libros inspirados, estudiándolos sin fe y sin amor*<sup>6</sup>.

Es buen momento para examinar nuestras disposiciones al leer la Sagrada Escritura: con qué amor, con qué agradecimiento nos acercamos al Santo Evangelio, con qué deseos de aprender de Cristo —de sus obras y de sus palabras—, para incorporar todas sus enseñanzas a nuestra vida. También podemos examinarnos acerca de nuestro conocimiento de los libros y escritos de los Padres de la Iglesia, fuente abundante de fe y de sabiduría sobrenatural.

LA NECESIDAD de interpretar autorizadamente las enseñanzas de la Sagrada Escritura fue sentida desde los comienzos mismos de la Iglesia, como pone

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 9.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 10.

de relieve un pasaje de la segunda epístola de San Pedro en la que el Príncipe de los Apóstoles exhorta a los primeros fieles a mantenerse incólumes en la fe, sin dejarse engañar por quienes tergiversaban los escritos de otros Apóstoles: *queridísimos* —les decía—, *considerad que la longanimidad de Nuestro Señor es nuestra salvación. Así os lo escribió también nuestro querido hermano Pablo según la sabiduría que se le otorgó, y así lo enseña en todas las epístolas en las que trata de estos temas. En ellas hay algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los inestables interpretan torcidamente —lo mismo que las demás Escrituras— para su propia perdición*<sup>7</sup>.

Por voluntad expresa de Cristo, hay en la Iglesia una Sagrada Jerarquía a la que ha sido confiado el encargo de exponer auténticamente las verdades contenidas en el depósito de la Revelación, con la perenne asistencia del Espíritu Santo. *Sólo en la Iglesia y por la Iglesia tenemos la seguridad de no errar en la fe, porque sólo la Iglesia tiene la promesa de esa asistencia especial del Espíritu Santo. Así lo entendieron los cristianos desde el comienzo (...). ¿Cómo podría pretender para sus enseñanzas la adhesión de nuestra fe sobrenatural, quien se apartase del Magisterio de la Iglesia de Dios y lo contradijese? (...). El que se aparta de esas doctrinas o las contradice, no cree en la Revelación o se atri-*

(7) 11 Petr. III, 14-16.

*buye neciamente un carisma que sólo al Magisterio de todos los tiempos —unitario y continuo— ha sido concedido*<sup>8</sup>.

A la cabeza de ese Magisterio, Dios ha querido poner al Romano Pontífice, a quien deben permanecer unidos los demás Pastores de la Iglesia y todo el **pueblo cristiano. La suprema potestad del Romano Pontífice y su infalibilidad, cuando habla ex cathedra, no son una invención humana: se basan en la explícita voluntad fundacional de Cristo. ¡Qué poco sentido tiene entonces enfrentar el gobierno del Papa con el de los obispos o reducir la validez del Magisterio pontificio al consentimiento de los fieles! Nada más ajeno que el equilibrio de poderes; no nos sirven los esquemas humanos, por atractivos o funcionales que sean. Nadie en la Iglesia goza por sí mismo de potestad absoluta, en cuanto hombre; en la Iglesia no hay más jefe que Cristo; y Cristo ha querido constituir a un Vicario suyo —el Romano Pontífice— para su Esposa peregrina en esta tierra (...).**

*Contribuimos a hacer más evidente esa apostolicidad, a los ojos de todos, manifestando con exquisita fidelidad la unión con el Papa, que es unión con Pedro. El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo. Si tratamos al Señor en la ora-*

(8) De nuestro Padre, Carta, 19-111-1967, nn. 20.21.



*ción, caminaremos con la mirada despejada que nos permita distinguir, también en los acontecimientos que a veces no entendemos o que nos producen llanto o dolor, la acción del Espíritu Santo<sup>9</sup>.*

*DIOS NOS ha hablado, y nos ha dado también la gracia para prestar a su Palabra la obediencia de la fe (Rom. XVI, 26), el acatamiento de nuestra inteligencia, el homenaje de nuestra voluntad y la correspondencia de nuestra vida entera. Es un tesoro lo que hemos recibido de Dios, y como un tesoro debemos conservarlo<sup>10</sup>.*

La primera manifestación de agradecimiento al Señor se concreta en el amor y defensa de los dones que El nos ha concedido. Hemos de mantener íntegra la fe, frente a todos los peligros y en cualquier circunstancia: es el primero de nuestros deberes cristianos, porque sin esta virtud no podemos ser gratos a Dios: *sin fe, en efecto, es imposible agradarle<sup>11</sup>*, proclama la Epístola a los Hebreos. Y después de una larga enumeración de las principales obras de fe que se recogen en el Antiguo Testamento, exclama: *por consiguiente, también nosotros, que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, sacudámonos de todo lastre y pecado que nos asedia, y continuemos corriendo con perseve-*

(9) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 7.

(11) *Hebr. XI*, 6.

*rancia la carrera emprendida: fijos los ojos en Jesús, iniciador y consumidor de la fe, el cual, despreciando la ignominia, soportó la cruz en lugar del gozo que se le ofrecía, y está sentado a la diestra del trono de Dios<sup>12</sup>.*

Es bien sabido que la fidelidad a la fe no es inmovilismo, **porque** cabe *un progreso en la inteligencia y en la exposición de la fe, de modo que la Iglesia puede dar nuevas definiciones de las verdades antes reveladas, pero siempre que estas definiciones constituyan una mejora humana del entendimiento de la Revelación, y nunca un aumento o una disminución del depósito<sup>13</sup>*. Al mismo tiempo, sin embargo, hay que estar en guardia para no dejarse engañar por planteamientos ajenos a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia. Porque *a veces, con el pretexto de dar a nuestra fe una expresión adecuada a la mentalidad contemporánea —que es una de esas palabras mágicas al uso, donde cada uno mete lo que quiere—, alteran su contenido. ¿Qué quedaría de la fe católica si le dejásemos sólo lo que el hombre —aun sin las limitaciones individuales— puede comprender, lo que no le exige el rendimiento sumiso y humilde de su inteligencia? Expresar mejor, sí: pero expresar lo mismo<sup>14</sup>.*

La piedra de toque para no equivocarse es siem-

(12)/*fcid.*, xn, 1-2.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 19-OI-1967, n. 28.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 28.

pre la misma: la adhesión incondicionada y fiel al Magisterio del Romano Pontífice. Escuchemos de nuevo a nuestro Padre: *porque* confesamos mantener y predicar la fe dada, desde el principio, por el grande Dios y Salvador nuestro Jesucristo a sus Santos Apóstoles y por éstos predicada en el mundo entero (*Conc. Const. II, De trad. eccl. J, vosotros y yo sentimos ahora el impulso de postrarnos a los pies del Señor, para decirle con el Apóstol: ¡Señor mío y Dios mío! (Ioann. XX, 28), y entendemos dichas para nosotros aquellas palabras con que el Señor acogió esa confesión: porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que sin ver creyeron Ioann. XX, 29)*<sup>15</sup>.

Finalizamos este rato de oración haciendo nuestra la petición de la Iglesia: *al celebrar la memoria del Papa San Pío X, te pedimos, Señor Dios nuestro, que por la eficacia de esta Eucaristía seamos fuertes en la fe y vivamos unidos en tu amor*<sup>16</sup>.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1967, n. 9.

(16) *Postcom.*

507

22 de agosto  
SANTA MARÍA REINA

—La Virgen es Reina de cielos y tierra.

—Por su mediación recibimos todas las gracias.

—Acudir a María en todas las necesidades.

*AVE, Regina caelorum; ave, Domina angelorum...*<sup>1</sup>; salve, Reina del cielo; salve, Señora de los ángeles; salve, raíz y puerta, que has dado origen a la Luz del mundo.

Contemplamos hoy a nuestra Madre, que ha sido llevada en cuerpo y alma a los cielos. *El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la coronan como Emperatriz que es del Universo. Y le rinden pleitesía de vasallos los Angeles..., y los patriarcas y los profetas y los Apóstoles..., y los mártires y los confesores y las vírgenes y todos los santos..., y todos los pecadores y tú y yo*<sup>2</sup>.

Desde época inmemorial, el pueblo cristiano ha aclamado a la Virgen María como Reina y Señora, que eso significa probablemente su nombre en arameo y en lengua siríaca. Así la saluda el Arcángel San Ga-

(1) Antífona Ave, *Regina caelorum*.

(2) *Santo Rosario*, V misterio glorioso.

briel, cuando le comunica el misterio de la encarnación del Verbo. *El nombre hebreo de María se traduce por "Domina" en latín; el Ángel le da, por tanto, el título de Señora*<sup>3</sup>. Y la vuelve a llamar Reina cuando le dice: *concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin*<sup>4</sup>. Es Reina porque engendró a Jesucristo, Rey del Universo; de modo que *María no sólo es Madre de Dios, sino que propia y verdaderamente debe ser llamada también Reina y Señora, porque de Ella nació Cristo, Dios y Señor, que es Rey al mismo tiempo*<sup>5</sup>.

Además, por haber sido asociada a la obra de la Redención, es también Reina y Señora del linaje humano por título de conquista<sup>6</sup>. Junto con Jesucristo, lucha y derrota al maligno enemigo, y participa del señorío de su Hijo sobre toda la creación, tal como reza la liturgia: *estaba en pie dolorosa, junto a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, Santa María Reina del Cielo y Señora del mundo*<sup>7</sup>. Hoy la Iglesia le dirige estas palabras: *bienaventurada eres, Virgen María, porque creíste lo que se te dijo de parte del Señor: ahora reinas con Cristo eternamente*<sup>8</sup>.

Muchas veces hemos contemplado el quinto mis-

(3) San Pedro Crisólogo, *Sermo de Annuntiatione*.

(4) Év. (Luc. I, 31-33).

(5) San Pedro Canisio, *Sermo de María D. Virg. incomp.* 15,13.

(6) Cfr. Pió XI, Litt. ene. *Quas primas*, 1 I-XII-1925; Pió XII Litt. ene. *Ad caeli Regnam*, 11-X-1954.

(7) Festividad de los Dolores de la Virgen, *Ad Vesp.*, R. br.

(8) *Ad Vesp.*, Ant. *ad Magnif.*

terio glorioso del Rosario: la coronación de Nuestra Señora. Hoy volvemos a considerar esa escena y, admirados ante la deslumbrante majestad de la Virgen, le decimos: *eres toda hermosa, y no hay en tí mancha. —Huerto cerrado eres, hermana mía, Esposa, huerto cerrado, fuente sellada. —Veni: coronaberis. —Ven: serás coronada* (Cant. TV, 7, 12 y 8). *Si tú y yo hubiéramos tenido poder, la hubiéramos hecho también Reina y Señora de todo lo creado*<sup>9</sup>.

*NOS HA nacido un Niño, nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre sus hombros la soberanía y que se llamará: Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, para dilatar el imperio y para una paz ilimitada sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia desde ahora para siempre jamás*<sup>10</sup>.

Como su Hijo Jesús, a quien se refieren estas palabras de la primera lectura, también la Virgen Santísima es Reina: *Reina de Misericordia, que nos colma de gracias y mercedes, porque no ha recibido solamente el supremo grado de excelencia y perfección después de Cristo, sino también una participación de aquel influjo con que su Hijo y Redentor nuestro dícese con justicia que reina en la mente y en la voluntad de los hombres*.

(9) *Santo Rosario*, V misterio glorioso.

(10) L I (Isai. IX, 6-7).

*Si el Verbo obra los milagros e infunde la gracia por medio de la humanidad que tomó, si se sirve de los sacramentos y de sus santos como instrumentos de la salvación de las almas, ¿por qué no puede servirse de los oficios y de la acción de su Madre Santísima en la distribución de los frutos de la Redención? "*

María es también medianera de la gracia. San Bernardo compara su acción a la de un acueducto que, sin ser fuente, contiene el agua y la distribuye, haciendo que llegue a todos. *"El Espíritu Santo —le dice el Ángel— descenderá sobre ti"* (Luc. I, 35) y en tanta abundancia, en tanta plenitud infundirá sobre ti el bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes (...). Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiésemos por María.

Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro (...). ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no; mil veces no. *"Hallaste —dice el Ángel— gracia a los ojos de Dios"* (Luc. I, 30). Afortunadamente, Ella siempre encontrará la gracia, y sólo la gracia es lo que necesitamos (...). Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque Ella encuentra lo que busca y no puede verse frustrada ".

(11) Pío XII, Litt. ene. *Ad Caeli Reginam*, 1 I-X-1954.

(12) San Bernardo, *Sermo de aqueductu*. 5-8.

Cuando nos sintamos incapaces de llevar a cabo una determinada tarea apostólica o nos encontremos faltos de fuerzas para superar un defecto, acudamos a la Virgen María. Ella vigila con amor de Madre, pronta a prestarnos mil cuidados; por medio de Ella nos llega la gracia que nos hace victoriosos. Quizá no tengamos fuerzas para subir a lugares muy altos donde encontrar aquella *agua viva que salta hasta la vida eterna*<sup>13</sup>; pero la Virgen, como canal divino, como acueducto de admirables arcadas y pilares, pasa a través de hondonadas y cabezos, trayendo hasta nosotros esa gracia de vida eterna. *Ella —comenta nuestro Padre— es la seguridad, Ella es la esperanza, Ella es la Madre del Amor Hermoso. Ella es el principio y el asiento de la sabiduría; y Ella, la Virgen Madre, medianera de todas las gracias, es la que nos llevará de la mano hasta su Hijo, Jesús*<sup>14</sup>.

**UNA GRAN señal apareció en el cielo: una mujer con corona de doce estrellas sobre su cabeza. —Vestido de sol. —La luna a sus pies (Apoc. XII, 1). María, Virgen sin mancha, reparó la caída de Eva: y ha pisado, con su planta inmaculada, la cabeza del dragón infernal**<sup>15</sup>.

Siendo Reina de cielos y tierra, la Santísima Vir-

(13)/oann.IV, 10.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 25-11-1963.

(15) *Santo Rosario*, V misterio glorioso.

gen todo lo puede conseguir de Dios. *Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio para ser socorridos en el tiempo oportuno*<sup>16</sup>. nos exhorta en muchas ocasiones la Iglesia, animándonos a recurrir a Nuestra **Señora, que es Madre compasiva, trono de la gracia**<sup>17</sup>. Somos invitados de esta manera a acudir a la Virgen siempre que nos encontremos en dificultad.

La Virgen vela continuamente por nosotros, hijos suyos pequeños; y, cuanto más pequeños nos hagamos, más cuidado y vigilancia tendrá Ella, al vernos más necesitados. Ni siquiera hará falta muchas veces que le digamos nada: nuestra Madre conoce bien las necesidades de cada uno de sus hijos, lo que nos conviene en cada momento. Con esa intercesión suya, nunca podremos encontrarnos solos. *¿Has visto a las madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar sin ayuda de nadie los primeros pasos? —No estás solo: María está junto a ti*<sup>18</sup>. Y como ese niño pequeño, que al advertir una dificultad o una vacilación grita llamando a su madre, así nosotros acudimos a la Virgen, sabiendo que Dios la ha hecho dispensadora de todas las gracias que necesitamos: *oh Dios, que nos has dado como Madre y como Reina a la Madre de tu Hijo unigénito: concédenos, por*

*su intercesión, poder llegar a participar en el Reino celestial de la gloria reservada a tus hijos*<sup>19</sup>.

Seguros de su intercesión, le rogamos muchas veces a lo largo del día por aquel hermano nuestro que más lo necesite. Nuestra Madre se goza de esa unidad de sus hijos en el Opus Dei, y con su poder hace que nuestro cariño se llene de fortaleza para mantenernos bien firmes, sostenidos los unos por los otros en este camino de Dios.

Agradecidos por todos estos dones, que como dispensadora de las gracias del Cielo nos alcanza, decimos a Nuestra Señora que, con su ayuda, a pesar de nuestras flaquezas, seremos fieles a la vocación de apóstoles que Ella misma nos ha obtenido: *Santa María, Reina de los Apóstoles, Madre de Dios, Madre nuestra, que tanto entiendes de las miserias de tus hijos. Poder suplicante: perdón por la vida nuestra, por lo que ha habido en nosotros que tenía que haber sido luz y ha sido tinieblas; que tenía que haber sido fuerza y ha sido flojera; que tenía que haber sido fuego y ha sido tibieza. Ya que conocemos la poca calidad de nuestra vida, queremos ser de otra manera, triunfar contigo, tener contigo ese buen aire de familia*<sup>20</sup>.

(16) Ifefcr. IV, 16.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 187.

(18) *Camino* n. 900.

(19) Orar.

(20) De nuestro Padre, Meditación, 15-VHI-1961.

508

24 de agosto

## SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL

—La sencillez del Apóstol Bartolomé mereció el elogio del Señor.

—La sinceridad es una manifestación de la sencillez, imprescindible para vivir según el espíritu del Opus Dei.

—La infancia espiritual, la sencillez y la sinceridad.

VARIOS meses llevaban los discípulos siguiendo los pasos de Cristo por los caminos de Palestina. Y un día, en la cima de un pequeño monte, Jesucristo eligió a los que quiso, para que estuvieran más cerca de El. *Llamó a sus discípulos* —comenta San Ambrosio— *y escogió a doce de ellos, para enviarlos —sembradores de la fe— a propagar el auxilio de la salvación de los hombres por todo el universo. Advierte al mismo tiempo el plan celestial: no son los sabios, ni los ricos, ni los nobles, sino pecadores y publicanos los que El ha elegido para enviarlos, a fin de que no pareciese que habían sido manejados por la habilidad, redimidos por la riqueza, atraídos por el prestigio del poder*<sup>1</sup>.

Bartolomé —o Natanael, como le llama a veces el Evangelio— fue uno de esos doce elegidos. Natural

(1) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* V, 64-65.

de Cana de Galilea, era amigo del Apóstol Felipe, y gracias a esa amistad conoció al Señor, un día de primavera, en la región del Jordán.

Bartolomé había bajado desde Galilea a Jericó, quizá para escuchar la doctrina del Bautista, como otros judíos piadosos. También estaban allí Juan, Pedro, Andrés y Felipe, que en las riberas del río habían sentido la voz imperiosa de Cristo invitándoles a dejar todo y a seguirle. Regresaban ya hacia Galilea cuando, en algún punto del trayecto, quizás en las afueras mismas de Jericó, Felipe encontró a su amigo Natanael. La conversación fue escueta, intensa. *Hemos encontrado a Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José. Entonces le dijo Natanael: ¿acaso puede salir algo bueno de Nazaret?*<sup>2</sup>.

Desde su primera aparición en el evangelio, la figura de Bartolomé se presenta con una sencillez que Jesucristo alaba: *he aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez*<sup>3</sup>. Natanael dice lo que piensa, y al mismo tiempo acepta la invitación de Felipe —*ven y lo verás*<sup>4</sup>— para conocer de cerca al Señor. Y poco después exclama delante de Jesús: *Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel*<sup>5</sup>, rectificando sencillamente la precipitada afirmación que poco antes había hecho.

La sencillez es cualidad que brilla especialmente

(2) Év. (Ioann. I, 45-46).

(3) *Ibid.*, 47.

(4) *Ibid.*, 46.

(5) *Ibid.*, 49.

entre las virtudes que el espíritu de la Obra nos pide. Sabemos que la formación espiritual que reciben todos los miembros del Opus Dei tiene como orientación peculiar *la de simplificar su vida; la de evitar que sean interiormente complicados, retorcidos, enmarañados; la de hacer que se olviden de sí mismos, para preocuparse generosamente de los demás* <sup>6</sup>. Nos lo repitió nuestro Padre muchas veces: *nuestra ascética tiene la sencillez del Evangelio. La complicaríamos si fuéramos complicados, si dejásemos el corazón oscuro, si no fuese absoluta nuestra sinceridad* <sup>7</sup>.

Sencillez es descomplicación, naturalidad, franqueza, consecuencia necesaria de la bondad de corazón, porque *así como la propiedad de la estrella es la luz de que está rodeada, la propiedad del hombre piadoso y temeroso de Dios es la sencillez y la humildad* <sup>8</sup>. A la sencillez se opone la afectación en el decir y en el obrar; la oficiosidad, que procede de un deseo inconfesado de llamar la atención; la pedantería, el aire de suficiencia, la jactancia...

EN EL elogio de Jesús a Natanael, junto a la alabanza de la sencillez de vida, se descubre el agrado que una persona sincera ejerce en el corazón de Cristo: *Señor, me has probado y conocido: Tú conoces cuan-*

(6) *Catecismo*. 5ª ed., n. 270.

(7) De nuestro Padre, *Crónica XII-59*, pp. 6-7.

(8) Hesiquio, *De temperantia et virtute*, 1, 82.

*to hago, ya esté quieto o andando* <sup>9</sup>.

La sinceridad es virtud íntimamente unida a la sencillez, que hace que nos manifestemos en las palabras tal como somos, con claridad y verdad. Es virtud indispensable para seguir a Cristo, que es la Verdad misma y aborrece el engaño: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* <sup>10</sup>. Por eso, es preciso que seamos, en todos los ambientes, mensajeros de esa luz, de esa Verdad divina que salva <sup>11</sup>.

Para difundir la Verdad divina en la tierra, como hizo el Apóstol San Bartolomé, que según la tradición predicó el Evangelio en Arabia y Armenia, necesitamos ser personalmente muy sinceros: sinceros con Dios, con los Directores, con nosotros mismos. De modo que toda nuestra vida sea auténtica, y responda a la verdad íntima de nuestra condición de almas entregadas. *Meditad, hijos* —escribe nuestro Padre—, *estas claras y estupendas palabras de San Pablo: toda nuestra gloria consiste en el testimonio, que nos da la conciencia, de haber procedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios (II Cor. 1, 12). Esta es la gloria de la Obra, y esto es lo que cada uno de nosotros ha de procurar vivir en cualquier situación y circunstancia en que se encuentre.*

*La sencillez y la sincera naturalidad de*

(9) Ps. CXXXVIII, 1-2.

(10) oamt. XIV, 6.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 5.

*nuestro espíritu brillarán bien en el mundo, ante los hombres, si os esmeráis en ser filialmente sencillos y sinceros en el trato con Dios, si continuamente procuráis poner de acuerdo con la Verdad vuestros pensamientos, vuestras palabras y vuestras obras.*

*Sinceros también y sencillos con quienes en la Obra tiene la misión de dirigiros y de formaros, para que os puedan conducir y ayudar con cariño, confirmen, con comprensión y con eficacia. Sinceros con delicadeza, pero salvajemente sinceros.*

*Sin temor de ningún género para manifestar todo lo que pueda facilitar esa dirección, que os lleva a Dios, mejora vuestro espíritu y vuestra formación, sana prontamente cualquier herida y endereza a tiempo cualquier desviación, por grave que sea o que pueda parecer: no olvidéis nunca que lo único verdaderamente grave sería ocultar esa herida o esa desviación a quien es médico, guía y pastor*<sup>12</sup>.

Sincero y sencillo fue Natanael, y el Señor le premió con la gloria eterna, después de toda una vida de servicio: *¿porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores verás. Ya añadió: en verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre*<sup>13</sup>.

(12) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940, nn. 60-61.

(13) Év. (Ioann. I, 50-51).

LA RAÍZ de la sencillez está en la humildad, por la que una persona reconoce y admite la real situación de su alma. Es este conocimiento propio el que urge a ponerse plenamente en las manos del Señor, a romper los cercos y barreras que nos separan de las amorosas exigencias de Dios, de la obediencia incondicionada a los Directores, del cariño y atención sin límites que debemos vivir con nuestro hermanos, y para esto hace falta tornarse como niños.

Era éste el consejo de Jesucristo a sus Apóstoles: *se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: ¿quién juzgas que es el mayor en el Reino de los Cielos? Entonces, llamando a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: en verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*<sup>14</sup>. Y San Jerónimo comenta: *como este niño, cuyo ejemplo os propongo (...), no piensa en una cosa y dice otra distinta, así también vosotros, si no tuvierais tal inocencia y pureza de intención, no podréis entrar en el reino de los cielos*<sup>15</sup>.

Hacerse como niños en la vida espiritual: es todo un programa de vida sobrenatural, que Jesús recomendó a Nicodemo y que nuestro Padre nos enseñó: *haceos niños delante de Dios. Sólo así sabremos ser hombres muy maduros en la tierra, porque a través de nuestra sencillez obrará la mano de Dios con su fortaleza y seguridad. Niños delante*

(14) Matth. XVIII, 1-3.

(15) San Jerónimo, *In Evangelium Matthaei commentarium*, 3, 17, 3.



*de Dios, con entera confianza, como el pequeño confía en su madre; no se preocupa del mañana ni de otra cosa: su madre vela por él. Dios vela por nosotros, si somos sencillos*<sup>16</sup>.

Sólo siendo niños —sencillos y sinceros, como Natanael— tendremos la humildad de aceptar nuestras miserias y errores personales, sin desaliento, sin perder la paz, con alegría de hijos de Dios. Ese *desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias? ¿Por tus derrotas, a veces continuas? ¿Por un bache grande, grande, que no esperabas?*

*Sé sencillo. Abre el corazón. Mira que todavía nada se ha perdido. Aún puedes seguir adelante, y con más amor, con más cariño, con más fortaleza.*

*Refugiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, elfondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, fortaleza, optimismo, ¡victoria!*<sup>17</sup>.

Más aún: la vida de infancia espiritual, la sencillez y sinceridad que la acompañan, nos dará una especial facilidad para convertir en victorias hasta las derrotas: *niño, ofrécele cada día... hasta tus fragilidades*<sup>18</sup>. Y gozaremos de una paz y una alegría inalterables: *siendo niños* —nos recuerda nuestro Padre—

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

(17) *Vía Crucis*, VII estación, punto 2.

(18) *Camino*, n. 865.

*no tendréis penas: los niños olvidan enseguida los disgustos para volver a sus juegos ordinarios. — Por eso, con el abandono, no habréis de preocuparos, ya que descansaréis en el Padre*<sup>19</sup>.

Siendo muy pequeños, la Virgen nuestra Madre cuidará de nosotros, nos protegerá en sus brazos maternales y, cuando el Señor nos llame a su presencia, intercederá amorosamente.

(19) *Camino*, n. 864.

29 de agosto

## MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA

—San Juan Bautista cumplió con fortaleza la misión recibida de Dios.

—También nosotros hemos de ser fuertes para dar tono cristiano a la sociedad.

—Contamos con todos los medios para recristianizar la sociedad.

AL CONMEMORAR el martirio del Bautista, el más grande de los profetas, la Iglesia pone en sus labios estas palabras: *comentaré tus preceptos ante los reyes y no me avergonzaré; serán mi delicia tus mandatos, que tanto amo*<sup>1</sup>.

Juan era un hombre de Dios, un profeta a quien el Señor había dado una misión divina: *Yo te he puesto hoy por ciudad fortificada y por columna de hierro y por muro de bronce sobre toda la tierra, para los reyes de Judá, para sus príncipes y sacerdotes y para el pueblo de la tierra*<sup>2</sup>. Con su palabra y con su ejemplo, con su vida penitente, el Bautista dio testimonio de la Verdad: sin cobardía ante los poderosos de la tierra, sin engreírse por las alabanzas de las multitudes, sin

(1) *Ant. ai Intr.* (Ps. CXIX, 46-47).

(2) *L.I.* (*Ierem.* I, 18).

ceder ante las argucias de los fariseos. Dio su vida defendiendo la ley de Dios, contra toda conveniencia humana: *no te es lícito tener a la mujer de tu hermano*<sup>3</sup>, reprochaba a Herodes. Y nuestro Padre, refiriéndose a esta fortaleza santa cuando está en juego la verdad, escribía: *para los que no andan por el camino de la verdad, los que quieren decírsela son incómodos, de la misma manera que el mártir y el santo son incómodos para el tibio, y acícate para el fervoroso. La Iglesia necesita, sin embargo, del amor de sus hijos, siempre dispuestos a manifestar —con desprendimiento efectivo de su persona y con la mira puesta en objetivos sobrenaturales— todo lo que con certeza, en la presencia de Dios, vean que han de manifestar*<sup>4</sup>.

Poca era la fuerza del Bautista para oponerse a los desvarios del tetrarca, pero la palabra de Dios se hacía poderosa en sus labios: *no digas: soy todavía un niño* —había reprochado el Señor a Jeremías—, *porque irás adonde te envíe Yo, y dirás lo que Yo te mande. No los temas, que Yo estaré contigo para protegerte, palabra de Yavé. Y tendió Yavé su mano y tocó con ella mi boca y me dijo: mira que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy sobre pueblos y reinos poder de destruir, arrancar, arruinar y asolar; de levantar, edificar y plantar*<sup>5</sup>.

(3) *Ev. (Marc.* VI, 18).

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 42.

(5) *Ierem.* I, 7-10.

JUAN subrayó con su conducta la verdad de sus palabras. También para nosotros, la coherencia entre la doctrina y la vida es la mejor prueba de la convicción y de la validez de lo que enseñamos: la condición imprescindible para la eficacia de nuestro apostolado.

***Habéis de atraer sobre todo —escribió nuestro Padre— con el ejemplo de la integridad de vuestras vidas, con la afirmación —humilde y audaz a un tiempo— de vivir cristianamente entre vuestros iguales, con una manera ordinaria, pero coherente; manifestando, en nuestras obras, nuestra fe: ésa será, con la ayuda de Dios, la razón de nuestra eficacia.***

***No tengáis miedo al mundo: somos del mundo y, unidos a Dios, si vivimos nuestro espíritu, nada puede dañarnos. Quizá, en ocasiones, entre gentes alejadas de Dios, nuestra conducta cristiana pueda chocar: habréis de tener la valentía, apoyados en la omnipotencia divina, de ser fieles.***

***Pido para mis hijos la fortaleza de espíritu que les haga capaces de llevar consigo su propio ambiente***<sup>6</sup>.

El cristiano es sal, levadura, luz del mundo; y su misión es la de divinizar ese mundo llenándolo de caridad, purificándolo, haciéndolo fermentar en amor de Dios. *Convivir con los paganos* —escribía Tertuliano en los primeros siglos del cristianismo—, *no es tener*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 11.

*SMS mismas costumbres. Convivimos con todos, nos alegramos con ellos porque tenemos en común la naturaleza, no las supersticiones. Tenemos la misma alma, pero no el mismo comportamiento; somos coposadores del mundo, no del error*<sup>7</sup>.

No podemos extrañarnos si, en esta tarea sobrenatural que comprende nuestra vida entera, encontramos dificultades; también las halló San Juan Bautista, y todas las almas que han recibido una misión divina. *No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece*<sup>8</sup>, nos avisa el Apóstol San Juan, que transmite también en su Evangelio aquellas palabras del Señor: *si el mundo os aborrece, sabed que antes que a vosotros me aborreció a mí*<sup>9</sup>. Cualquier empresa sobrenatural ha de encontrar necesariamente cierta oposición para realizarse en la tierra; oposición que nace de una clara realidad: el mundo no está aún santificado, y Dios quiere que seamos instrumentos suyos en esa tarea.

Las dificultades son un dato con el que hay que contar de antemano, considerándolas de ordinaria administración en nuestra vida. Sin buscarlas —porque eso equivaldría a tentar a Dios—, hemos de tener la serenidad de no temerlas cuando se presentan. Si el Señor las permite, es seguro que sacará de ellas un gran bien y mucha eficacia apostólica. Nuestro Padre nos advertía: *reo me cansaré de repetir (...) que el*

(7) Tertuliano, *De idololatria*, 1, 4, 5.

(8) *1o Ioann.* III, 13.

(9) *Ioann.* XV, 18.

*mundo es santificable; que a los cristianos nos toca especialmente esa tarea, purificándolo de las ocasiones de pecado con que los hombres lo afeamos, y ofreciéndolo al Señor como hostia espiritual, presentada y dignificada con la gracia de Dios y con nuestro esfuerzo*<sup>10</sup>.

SOSTENIDOS y alentados por una intensa vida interior, tratamos de santificarnos y de hacer apostolado en medio de la calle, en el mismo lugar donde hemos encontrado a Jesucristo. **Luz del mundo, hijos míos**, viviendo con naturalidad en la tierra, que es el ambiente normal de nuestra vida; participando en todas las tareas, en todas las actividades nobles de los hombres; trabajando junto a ellos, en el quehacer profesional propio de cada uno; ejercitando nuestros derechos y cumpliendo nuestros deberes, que son los mismos derechos y los mismos deberes que tienen los demás ciudadanos —iguales a nosotros— de la sociedad en la que vivimos. Pero siempre libres de toda atadura, que pueda entorpecer el cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios<sup>11</sup>.

Por la bondad del Señor, en la Iglesia disponemos de todos los remedios capaces de sanar la enfer-

medad espiritual que aqueja a tantas almas. Contamos en primer lugar con los sacramentos, que contienen y nos otorgan la gracia. Disponemos de la luz de la doctrina, claramente expuesta por el Magisterio. Nos gozamos de la protección de la Virgen, de los Angeles y de los Santos, nuestros grandes aliados en la batalla por implantar la paz y el amor entre los hombres.

Además, Dios ha querido suscitar el Opus Dei en el seno de la Iglesia con el objetivo preciso de contribuir de modo decisivo a la implantación del cristianismo en la entraña de la sociedad civil. *La enfermedad es extraordinaria, y extraordinaria es también la medicina. Somos una inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad, para que vayáis —hombres y mujeres de Dios— con la sal y la luz de los seguidores de los consejos evangélicos, a inmunizar de corrupción a todos los mortales y a iluminar con luces de Cristo todas las intehgencias*<sup>12</sup>.

Llevamos a cabo esta tarea con optimismo y confianza, bien conscientes de que el mensaje de la Obra tiene —por virtud divina— un enorme atractivo para los hombres y las mujeres que viven en el mundo. Pero resulta imprescindible que conservemos siempre íntegro el espíritu específico de nuestra vocación divina<sup>13</sup>. Sólo viviendo con fidelidad el querer de Dios para su Obra, daremos fruto abundante. Si por descuido, o por falta de visión sobrenatural,

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 120.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 9.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-III-1934, n. 42.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 14-III-1950, n. 21.

pretendiéramos prescindir de los modos apostólicos que nos son propios, no estaríamos haciendo el Opus Dei, sino una obra humana, y entonces no habría frutos, o serían poco duraderos.

Ajustamos plenamente a la Voluntad del Señor nos da, además, la seguridad de estar siempre en nuestro sitio, sin quedarnos jamás atrasados. *Nunca, para la Obra, habrá problemas de adaptación al mundo; nunca se encontrará en la necesidad de plantearse el problema de ponerse al día. Dios ha puesto al día su Obra de una vez para siempre, dándole esas características seculares, laicales (...). No habrá jamás necesidad de adaptarse al mundo, porque somos del mundo; ni tendremos que ir detrás del progreso humano, porque somos nosotros —sois vosotros, mis hijos—, junto con los demás hombres que viven en el mundo, los que hacéis este progreso con nuestro trabajo ordinario*<sup>14</sup>.

Guardando con fidelidad este espíritu que hemos recibido del Señor, tenemos la certeza de que un día gozaremos de la compañía de Dios y de la Santísima Virgen. Y podrá decirse de cada uno de nosotros lo que la liturgia aplica hoy a San Juan Bautista: *el Señor me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre (...). El me guarda a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba*<sup>15</sup>.

(14) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1932, n. 92.

(15) *AdLaudes*, R./br. (sañ. XLIX, 1-2).

# Septiembre

510

8 de septiembre  
NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA

- La Virgen, nuestra Madre, nos acepta como somos
- con nuestras miserias—, si luchamos para vencerlas.
- Hoy ofrecemos a la Virgen el regalo de una lucha interior renovada.
- Nuestros obsequios, aunque sean de poco valor, son aceptados con cariño por nuestra Madre del Cielo.

*HOY CELEBRAMOS la Natividad de la Santísima Virgen: un día para vivir con naturalidad nuestra piedad mariana, sin inventarnos cosas raras. Cuando llegaba la fiesta de algún ser querido de vuestra familia, ¿acaso no le felicitabais?, ¿acaso no procurabais mostrarle detalles de mayor cariño?... Pues vamos a comenzar por ahí. Felicidad a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. Y Ella, en el Cielo —donde se encuentra en cuerpo y alma—, recibirá llena de bondad y de alegría esas muestras de cariño nuestro<sup>1</sup>.*

Con estas palabras comenzaba nuestro Padre la meditación, hace años, en una fiesta como la de hoy. Y eso es lo que nos disponemos a hacer en este rato de oración: felicitar a nuestra Madre Santa María en

---

(1) De nuestro Padre, Meditación, 8-DC-1966.

la conmemoración litúrgica de su natividad.

Muchos siglos habían pasado desde que Dios, en el umbral del Paraíso, prometiera a nuestros primeros padres la llegada del Mesías; cientos de años en los que la esperanza de Israel, y del mundo entero, se centraba en aquella virgen de la que Isaías anunció: *concebirá y dará a luz un hijo, a quien llamará Emmanuel, que significa Dios con nosotros*<sup>2</sup>. Por fin, como canta llena de alegría la Iglesia, *hoy ha nacido la Santísima Virgen María, de la estirpe de David, por quien vino a los creyentes la salvación del mundo y cuya vida gloriosa llenó de luz toda la tierra*<sup>3</sup>.

*Más de una vez —predicaba nuestro Fundador— habéis leído el árbol genealógico de Jesús, y habréis considerado —seguramente no se os habrán escapado esos detalles— que allí se encuentra gente maravillosa y gente muy pecadora. Sí, entre los ascendientes del Señor, hasta llegar a María y a José, hay personas de toda condición. Los evangelistas no pudieron escribir todo lo que sabían de Jesucristo, porque hubieran necesitado muchos tomos para recoger exhaustivamente las palabras y los hechos de su vida. Sin embargo, entre las escenas que seleccionaron, no faltan sucesos peyorativos para los mismos Apóstoles. Pero todos encierran una enseñanza.*

(2) /saí. VII, 14.

(3) *Ad off. lect., R.lbr.*

*Volviendo de nuevo a meternos en la genealogía de Jesucristo, encontramos hombres y mujeres —antepasados de José y de María— que a veces no fueron un modelo. Con esa lección, seguro que la Madre de Dios quiere que consideremos que Ella, siendo toda limpia —¡Inmaculada!—, nos acepta con nuestras manchas. Y cuando nos acercamos a Ella y a Jesús, con la conciencia limpia, con la voluntad llena de buenos deseos, entonces todo lo pasado no cuenta. Podemos rehacer nuestra vida, y para eso a lo largo de la jornada habremos de rectificar el rumbo más de una vez.*

*Quiero que vosotros y yo tengamos esa visión de lucha; que no perdamos nunca de vista que en la vida interior es necesario pelear sin desánimo; que no nos desalentemos cuando al intentar servir a Dios, no una vez sino muchas, tengamos que rectificar. Tenemos el deber de hacerlo, cuando no hemos sabido vivir en un momento dado nuestra lucha como almas entregadas*<sup>4</sup>.

*HEMOS comenzado la meditación, hijas e hijos míos, felicitando a la Virgen como hijos suyos que somos, poniendo nuestro corazón humano en el trato con la que es Madre de Dios y Madre nuestra, al celebrar hoy su Natividad. En-*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 8-Df-1966.

tre los hombres, al felicitar a alguna persona querida, se le hace un obsequio: pueden ser unas palabras amables, pueden ser —junto a las palabras— algunas pruebas de sacrificio o un regalo... Y tú, ¿qué le vas a dar a la Virgen? Vamos a ver, hijo. Echa una mirada a los años que pasaron: ¿hay allí algo para entregárselo? ¿Hay alguna flor, algún aroma, algún color? Quizá ha habido poco. Tal vez, en ese jardín de tu alma, encuentres más espinas que flores y frutos. No importa: es la hora de decirle a tu Madre: yo no sé dar más que esto, pero seguiré luchando, seguiré trabajando este jardín; seguiré haciendo un esfuerzo detrás de otro, con el fin de lograr que los días que la Iglesia celebra una fiesta tuya pueda ofrecerte, con las flores crecidas, un bonito ramo.

Enseguida nos fijamos en aquello de más categoría que no va, que no marcha, que es causa de la esterilidad del campo de nuestra alma, o que permite que crezcan las espinas. Es el momento de pedir perdón a Dios y ayuda a su Madre bendita. Es el momento de renovar la plegaria que hemos dirigido a la Virgen, para que ese perdón sea prenda del auxilio que nos va a conceder. Y es el momento también de hacer un acto de contrición.

No es malo comenzar el día con un acto de contrición: mea culpa; porque, incluso en este caso, el acto de contrición florecerá como un capullo

y podremos ofrecerlo a nuestra Madre.

Yo os aconsejo que, sin hacer cosas raras, mientras trabajáis, tengáis la costumbre de llenar vuestra vida de actos de contrición. Quizá sea ése el regalo mayor que algunos días puedas hacer a Nuestra Señora: Madre mía, por toda la miseria que hay en mi vida, dile al Señor que ya no más; Madre mía, por tantas flaquezas, dile al Señor que ya no más; Madre mía, por tantas tontadas como hago yo a lo largo de las veinticuatro horas del día, dile al Señor que ya no más. Madre mía, y tú sabes que sí, que más... ¡Cuántas veces has llegado a una conclusión, a un propósito, y luego no has sabido vivir conforme a ese propósito, a ese dolor!

Hijo mío, sigue viviendo con naturalidad este cumpleaños de tu Madre. No como ángeles: aunque tengáis, aunque debáis tener mucha devoción a los ángeles, sería un desorden querer ser como ellos, pues el Señor nos ha hecho hombres. Y como vosotros sois hombres o mujeres, tratad a la Santísima Virgen, amadla a la manera humana.

A la manera humana, cuando se recibe una felicitación, la persona que ha recibido esos homenajes, corresponde. Parece atrevimiento que hablemos de correspondencia con la Virgen Santísima, con Ella que es tan generosa, que es la Madre de Dios, que es el canal por donde descienden todas las aguas que fecundan el campo de nuestra



*vida y de nuestro apostolado. Pero sería falta de naturalidad no tener ese atrevimiento. Madre nuestra, hoy esperamos regalos tuyos, hoy sentiremos la suavidad de tus manos, el calor de tu Corazón dulcísimo; la protección para toda la Obra. Y nos atrevemos, a pesar de nuestra conciencia de no haber sido buenos hijos, nos atrevemos a repetir: monstra te esse matrem! Muestra que eres nuestra Madre. Haz que seamos hijos buenos, Tú que eres Madre del Amor Hermoso, Asiento de la Sabiduría, Esclava del Señor: Sancta María, filios tuos adiuva! Esta jaculatoria que te he repetido tantas veces y que es ya parte de nuestra vida espiritual, repítela especialmente en el día de hoy<sup>5</sup>.*

*HA NACIDO en la tierra una Niña que es el tálamo viviente del Rey de los cielos. Una mujer joven oscurece, con sus fulgores, los rayos del mismo sol (...). ¿Quién no participará en las celebraciones? ¿Quién no llevará regalos gratos a la Virgen?<sup>6</sup>*

Siguiendo las sugerencias de nuestro Fundador, en sintonía con la Tradición viva de la Iglesia, hemos querido ofrecer a nuestra Madre el obsequio de aquello que florece en nuestra vida: aunque sea el regalo de una flor pobre, sin aroma y casi sin

(5) De nuestro Padre, Meditación, 8-Df-1966.

(6) San Teodoro Studita, *Homilía in Nativitate Virginis Marine*, 1.

*color. Ella lo acepta. Lo acoge con cariño porque es Madre, ¡y qué Madre!<sup>1</sup>*

*Nuestra actitud es la del niño que se acerca a su madre y, como prueba de su afecto, no le ofrece preciosos juguetes, que no considera suyos, sino que se echa la mano al bolsillo y entrega lo que para él más vale, su tesoro: un carrete de hilo... sin hilo, una bola de vidrio, un botón, una piedrecita redondeada. Los extraños mirarán la escena irónicamente; a la madre, su hijo le conmueve el corazón. Son niñerías con un gran valor afectivo. Madre mía, te hemos dado todo lo que teníamos, como el niño que tiene un amor inmenso, grande y puro a su madre; y además, te damos, presentándolos bajo tus ojos, nuestros deseos de ser santos mientras vivamos aquí abajo<sup>7</sup>.*

Somos hijos pequeños de la Virgen, necesitados de su constante protección y cuidado. Por eso nos acercamos a Ella con la confianza con que los niños pequeños se abandonan en el regazo de sus madres. No podemos brindarle costosos regalos, pero sí el cariño filial que rebosa en nuestras almas. Y nos dice nuestro Padre: *es la hora, quizá, de escuchar en el fondo del corazón, no unos gritos, pero sí una consideración materna: esto y aquello y lo otro no lo consigues porque no pones los medios, no porque yo no te proteja y no te obtenga las gracias. Tú y yo senti-*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 8-EX-1966.

*mos ese reproche materno en el fondo de nuestra alma, dirigido a tantos detalles: detalles que son la luz y la sal de nuestra vida, que dan a nuestra existencia gracia humana, que yo estoy persuadido que siempre va unida a la gracia divina.*

*Al escuchar estos maternales reproches, nos arrepentimos y decimos a nuestra Madre que deseamos quererla más, servir con eficacia a Dios y al prójimo. Que le prometemos, no sólo no dejar de cumplir nuestras Normas de vida, sino cuidar con amor los pequeños detalles de oración y de mortificación, con los que se halla como entretejida la vida nuestra.*

*Pienso, hijos, que lo mismo que a las madres de la tierra —mejor dicho: más que a ellas—, a nuestra Madre del Cielo le encanta ver que hacemos alguna gracia, que nos esforzamos en agradecerle, como los niños. La gracia nuestra está en el amor de Dios con que trabajamos y en la mortificación, en la sonrisa para hacer más agradable el camino de Dios a las almas, acercándonos mucho a la Madre del Cielo<sup>8</sup>.*

Terminamos este rato de oración felicitando de nuevo a la Virgen y ofreciéndole, con sencillez de niños, el pequeño propósito que hayamos formulado, con la gracia de Dios.

(8) De nuestro Padre, Meditación, 8-IX-1966.



511

14 de septiembre  
EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ (I)

- En la Obra amamos con locura la Cruz de Cristo.
- En la Cruz nos identificamos con Nuestro Señor.
- La participación en la Cruz de Cristo nos hace ser corredentores.

HOY HA aparecido la Cruz de nuestros oratorios cuajada de flores. Tantas veces hemos besado piadosamente ese madero, que hoy parece que no bastan las jaculatorias al pasar junto a él: nuestra devoción se ha materializado en esa guirnalda de flores que abraza la Santa Cruz.

La fiesta que celebramos conmemora el rescate de la Cruz de Cristo, que había sido arrebatada por los persas, por obra del emperador Heraclio. Cuando el emperador, vestido con todas las insignias de la realeza, quiso llevar personalmente el Santo Madero hasta su primitivo lugar en el Calvario, su peso se fue haciendo más y más insoportable. Zacarías, Obispo de Jerusalén, le hizo ver que para llevar a cuestras la Santa Cruz debería despojarse de la pompa real, e imitar la pobreza y la humildad de Cristo, que se había abrazado a la Cruz desprendido de todo. Heraclio vistió entonces humildes ropas de penitente y, descalzo,

pudo llevar la Santa Cruz hasta el lugar de donde había sido arrancada por los persas, en la cima del Gólgota '.

Desde el principio nos enseñó nuestro Padre que no es posible seguir a Cristo, alcanzar la santidad, sin la Cruz. Es también una enseñanza que podemos extraer de esta piadosa tradición, porque *no hay señal más cierta de haber encontrado a Cristo que sentirse cargado con su bendita Cruz* <sup>2</sup>. El Señor se entregó por cada uno de nosotros y nos mostró el camino para seguirle. Y el alma que persevera en su amor, encuentra en su caminar la Cruz y en ella a Cristo.

Carissimi: Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia eius (I Petr. //, 21-22); amadísimos: Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. Seguir su ejemplo. ¡Cuántas veces lo habéis considerado, y lo habéis dicho a los demás! ¡Cuántas veces lo he repetido yo, a solas, en grupos, en conversaciones espirituales, en pláticas —iba a decir: más o menos solemnes, pero nosotros no hacemos cosas solemnes—; cuántas veces lo he dicho, aun sin tener presente ese texto! Y, dentro de mis errores personales, lo he procurado vivir siempre: seguir su ejemplo, seguir a Jesucristo. Y en esta forja de dolor, donde el Señor me

*ha metido para sacar adelante la Obra —Señor, me has dado dolores en abundancia, ¡gracias!—; en esa forja de dolor, que ha sido mi vida, el Señor me ha enseñado que quien pisa donde pisa Cristo, encuentra la alegría.*

*Al principio, cuando nos oían hablar de alegría, de optimismo, algunas personas se escandalizaban y murmuraban: ¡van contra la ascética tradicional!, ¡no hablan de la Cruz!... Sin conocer nuestro espíritu, pretendían enseñarnos a amar la Cruz. Lo digo sin soberbia alguna, pues bien sé de qué barro estamos hechos, pero no dejaba de chocarme que intentaran meterse en el camino que el Señor había querido marcarnos a nosotros. Por bondad de Dios, hemos llevado siempre la Cruz sobre nuestros hombros y la hemos encontrado constantemente en nuestro camino, la tenemos en nuestros Centros —esa cruz de palo, solitaria y sin crucifijo— y la besamos con pasión de enamorados. No sabían que, cuando cuando alguien se incorpora a la Obra, en ese conato de ceremonia —porque no es más que un conato— que es la Oblación, le signamos con la señal de la Cruz, y le decimos: Cristo en tu inteligencia, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras. Me resultaba chocante que insinuaran esa interpretación, cuando el Señor —en aquel 14 de febrero de 1943— quiso coronar su Obra con la Cruz, como se coronan las facha-*

(1) Cfr. Breviario Romano de San Pío V, *Ad Mat.*, L VI.

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 302.

*das de los edificios nobles y de las iglesias.*

*Lo que pasa es que no saben que cuando se camina por donde camina Cristo, cuando ya no hay resignación, sino que el alma se conforma con la Cruz —se hace a la forma de la Cruz—, cuando se ama la voluntad de Dios, cuando se quiere la Cruz: entonces ya la Cruz no pesa, ya la Cruz no es mía, sino que es de El, y El la lleva conmigo*<sup>3</sup>.

LA MISIÓN de Jesucristo alcanza su plenitud en el sumo sacrificio del Calvario, al que se ordena toda su vida. El cristiano, que sigue el camino trazado por su Maestro, alcanza también la plenitud de su identificación con Cristo, la madurez de la vida sobrenatural, cuando se une a El en la Cruz, cuando se hace con Jesucristo *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*<sup>4</sup>. Es lo que enseñaba San Pablo a los Gálatas: *con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*<sup>5</sup>.

Quiso Dios que esta profunda enseñanza quedase grabada a fuego en la vida de nuestro Fundador y de la Obra, hasta constituir el fundamento de nuestro espí-

(3) De nuestro Padre, Meditación, 28-IV-1963.

(4) *Philip.* II, 8.

(5) *Galat.* II, 19-20.

*ritu. Encontrar la cruz —nos enseñó siempre nuestro Padre— es encontrar a Cristo. Y con El hay siempre alegría, aun ante la injusticia, ante la incomprensión, ante el dolor físico. Por esa razón siento desagrado —aunque comprendo que es un modo usual de decir— cuando oigo llamar cruces a las contradicciones, muchas veces nacidas de la misma soberbia de la persona, que no son la Cruz, que no son la verdadera Cruz, porque no son la Cruz de Cristo. Yo no me he sentido nunca desgraciado, y penas me las ha mandado abundantes el Señor. ¡Gracias, Señor! Gracias, Señor, porque me has dado una ascética que es la tuya, porque me has hecho entender que tener la Cruz es tener la alegría, es tenerte a Ti.*

*Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo (Ps. //, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba! (Rom. VIII, 15). Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identi-*

*ficarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios*<sup>6</sup>.

*PADRE, perdónales, porque no saben lo que hacen*<sup>7</sup>. Las palabras de Cristo en la Cruz se dirigen a toda la humanidad, a cada hombre. Somos incapaces de entender en toda su hondura el misterio del pecado, de la ofensa a Dios, que hizo conveniente la Cruz. En ella, Cristo fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros<sup>8</sup>. Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad y vivirá largos días, y en sus manos prosperará la obra de Yavé<sup>9</sup>.

Como hijos de Dios, no sólo hemos de tener vivo el dolor por nuestros pecados personales, sino que procuraremos reparar por los pecados de los demás: no podemos permanecer indiferentes ante el hecho de que se ofenda al Señor, de que se atropelle la ley divina sin remordimiento. Esta experiencia dolorosa nos llena el corazón de deseos de corredimir con Cristo. *Si el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en una*

(6) De nuestro Padre, Meditación, 28-IV-1963.

(7) Luc. XXII, 34.

(8) Jsaí. Lili, 5-6.

(9) Ibid., 10.

*Cruz, fue para que todos los hombres seamos una sola cosa con El y con el Padre (cfr. Ioann. XVII, 22). Todos, por tanto, estamos llamados a formar parte de esta divina unidad. Con alma sacerdotal, haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, buscamos nosotros estar con Jesús, entre Dios y los hombres.*

*Nuestra unión con Cristo nos da conciencia de ser con El corredentores del mundo, para contribuir a que todas las almas puedan participar de los frutos de su Pasión, y conocer y seguir el camino de salvación que lleva al Padre*<sup>10</sup>.

Corredimimos al tomar en nuestra vida la Cruz de Cristo, al olvidarnos de nosotros mismos para ocuparnos de las cosas de Dios y de las almas, al desagraviar al Señor por nuestras culpas y por las de todos los hombres. Para ser otros Cristos, hemos de esforzarnos por reparar los pecados del mundo entero con nuestra entrega personal. Este pensamiento nos llevará a amar la expiación en nuestra carne y en nuestro espíritu, a no rehuir el sufrimiento cuando Dios lo permita, a no tener miedo al dolor, a ser mortificados, a amar **la Cruz. La Santa Cruz nos hará perdurables siempre con el mismo espíritu del Evangelio, que traerá el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio**<sup>11</sup>.

(10) De nuestro Padre, Carta, 11-11-1940, n. 11.

(11) De nuestro Padre, instrucción, 19-11-1934, n. 28.

Antes de acabar nuestra oración acudimos a la Virgen. Señor, pido a tu Madre, a San José nuestro Patrono, a mi Arcángel ministerial, que pidan para mí y para mis hijos siempre este espíritu. Ne respicias peccata mea, sed fidem (Ordo Missae). ¡Esafe, esa luz, ese amor a la Cruz, a la muerte! Esa luz divina, que nos hará siempre comprender con claridad que vale la pena clavarse en la Cruz, porque es entrar en la Vida, embriagarse en la Vida de Cristo. ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en El! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: Abba, Pater!, ¡qué alegría encontrarte, Señor! <sup>12</sup>.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 28-IV-1963.

512

## 14 de septiembre EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ (II)

—El amor a la Santa Cruz en la Iglesia y en la Obra.

—La devoción a la Santa Cruz tiene un hondo contenido teológico.

—Quiere el Señor que alcemos la Santa Cruz en la cumbre de todas las actividades humanas.

*CRUZ FIEL, tú eres el árbol más noble de todos; ningún otro se te puede comparar en hojas, en flor, en fruto* K

El abrazo de Dios hizo santo el leño terrible, convirtió en signo de Vida lo que hasta entonces fue señal de muerte. Los clavos unieron los brazos serenamente abiertos de Cristo Sacerdote a los brazos de la Cruz: dulce leño, dulces clavos, dulce el peso que sostienen <sup>2</sup>.

Nuestro amor a la Cruz es una exigencia de la vida cristiana, porque allí Cristo nos rescató de la maldición de la ley <sup>3</sup>. Desde pequeños habremos aprendido a hacer el signo de la Cruz en la frente, en los labios y en el corazón, en señal externa de nuestra profesión

(1) Himno *Crux fidelis*.

(2) *Ibid*.

(3) *Ad Off. lect., L I (Galat. III, 13)*.

de fe; y en la liturgia, la Iglesia utiliza esta señal en los altares, en los edificios sagrados, en los ornamentos y en los actos de culto.

San Juan Crisóstomo advertía a los cristianos de su época, que vivían en un ambiente aún pagano: *que nadie se avergüence de los símbolos sagrados de nuestra salvación, de la suma de todos los bienes, de aquello a lo que debemos la vida y el ser; llevemos más bien por todas partes, como una corona, la Cruz de Cristo. Todo, en efecto, se realiza en nosotros por la Cruz- Cuando hemos de renacer, allí está presente la Cruz; cuando nos alimentamos de la mística comida, cuando se nos consagra ministros del altar, cuando se cumple cualquier ministerio, allí está siempre este símbolo de la victoria. De ahí el fervor con que lo inscribimos y lo dibujamos sobre nuestras casas, sobre las paredes, sobre las ventanas, sobre nuestra frente y sobre nuestro corazón. Porque éste es el signo de nuestra salvación, el signo de la libertad del género humano, el signo de la bondad del Señor con nosotros* <sup>4</sup>.

En la Obra, la devoción a la Cruz es grande. Un día, un hermano nuestro sacerdote nos dijo: *Cristo en tu inteligencia, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras* <sup>5</sup>, y la señal de la Cruz llenó nuestra alma. Después nos entregó un Evangelio y un Crucifijo, diciéndonos: *recibe, hijo de Dios, las armas*

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 54, 4.

(5) *Caeremoniale pro Oblatione*.

*para esa batalla por la gloria íntegra de tu Señor, y recuerda siempre que cuanto hagas ha de fundamentarse en el Evangelio y en la Cruz* <sup>6</sup>.

De muchos modos se manifiesta en nuestra vida esta devoción. Buscamos y amamos la Cruz de la que el Señor quiere hacernos partícipes, simbolizada en la cruz de palo que está en nuestros oratorios; *buscamos el apoyo de Cristo en la Cruz, somos vencedores con El, nos sentimos en su maravillosa compañía y amamos la soledad de Cristo en el madero*.

*Hijos míos, buena devoción es, si la haces tú, si la hago yo alguna vez por motivos interiores, ponerte con los brazos en cruz, e ir a besar así los pies del Crucificado. Devoción que está radicada en la humildad, y que muestra el amor que tenemos a Cristo, a su Cruz y a su Pasión Santísima* <sup>7</sup>.

LA IGLESIA canta con entusiasmo a la Santa Cruz: *árbol noble y brillante, irradiante de la púrpura regia, escogido de noble tronco para sostener tan santos miembros* <sup>8</sup>. Todo el fervor de que es capaz el amor cristiano se vierte sobre el símbolo de la Pasión y de la Muerte del Señor.

Hubiera bastado una gota de la Sangre de Cristo para redimir el mundo; pero el Señor quiso excederse,

(6) *Ibid.*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

(8) Himno *Crac fidelis*.



porque nos ama infinitamente. *Oh cruz admirable, de cuyas ramas pendió el tesoro y redención de los cautivos, por quien el mundo ha sido redimido con la Sangre de su Señor*<sup>9</sup>. Como un trofeo victorioso es exhibida la Cruz a todas las gentes, y la Iglesia al exaltarla en la cúspide de todo lo humano, canta en la liturgia: *las banderas del rey ondean, brilla el alto misterio de la Cruz, de cuyo travesano pendió Cristo Señor Nuestro en carne viva*<sup>10</sup>.

Instrumento de salvación, altar en el que se inmoló el Cordero Pascual, ara del sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza: *Altar y Víctima, salve, porque la Vida sufrió la muerte, y la muerte nos dio la Vida*<sup>11</sup>. Árbol que nos ha dado riquísimos frutos, pues *muñó la muerte cuando la Vida murió en este árbol*<sup>12</sup>. Si el árbol a cuya sombra pecaron de desobediencia Adán y Eva fue causa de nuestra perdición, el Árbol de la Cruz es causa de nuestra salud por la obediencia rendida de Cristo, y trono donde el Rey toma posesión de su reino. *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa Cruz redimiste al mundo*<sup>13</sup>.

Es riquísimo, inagotable, el contenido que la Tradición cristiana concede a la señal de la Cruz, viendo en ella con alegría el instrumento de la victoria del Señor. *¿De dónde tanta alegría? ¿Es cierto que la Cruz*

(9) *Ad Off. lect., Klbr.*

(10) Himno *Vexilla regis*.

(11) *Ibid.*

(12) *Ad II Vesp., Ant. 1.*

(13) *Allel.*

*es preciosa, que la Cruz puede ser amada, que hay gozo inefable en la Cruz? No cabe duda de que sí —enseña San Bernardo—, si hay quien sepa alargar la mano para recoger los frutos, porque el árbol de la Cruz siempre engendra vida, fructifica gozo, destila el óleo de la alegría, rezuma el bálsamo de espirituales gracias. No es árbol silvestre, sino árbol de salud (...). En fin, ¿qué tiene de maravilla que diese suavidad a la Cruz quien se la dio al mismo fuego? ¿Por qué no hemos de hallar nosotros también exquisito sabor en las tribulaciones padecidas por Cristo y no hemos de gustar aquel escondido maná?*<sup>14</sup>.

En nuestra oración de hoy, llenamos de alabanzas el dulce leño en que murió Jesús y hacemos el propósito concreto de amar el esfuerzo y el sufrimiento diarios, en nuestras circunstancias particulares, por cumplir la Voluntad de Dios. *¿La Cruz sobre tu pecho?... —Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. —Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol*<sup>15</sup>.

**CARÍSIMOS:** *Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a*

(14) San Bernardo, *Sermo in festivitate Sancti Andreae* 1, 2.

(15) *Camino*, n. 929.

Sí *todas las cosas* <sup>16</sup>. Estas palabras de nuestro Fundador, que se recogen en un antiguo documento de la Obra, son un eco fiel del querer de Dios para nosotros, claramente manifestado a nuestro Padre el 7 de agosto de 1931, mientras celebraba la Santa Misa. Así lo dejó escrito en sus apuntes íntimos:

*Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme (...), vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: "et si exaltatus fuero a térra, omnia traham ad meipsum" (Ioann. 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el ne tuneas!, soy Yo. Y comprendí que serían los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar a Cristo, atrayendo a Sí todas las cosas* <sup>17</sup>.

Años después añadía nuestro Padre: *aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras.*

*Una voz, como siempre, perfecta, clara: et ego, si exaltatus fuero a térra, omnia traham ad*

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 1.

(17) De nuestro Padre, 7-VHI-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 217.

*meipsum! (Ioann. XII, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos* <sup>18</sup>.

En el sello de la Obra, la Santa Cruz aparece en la entraña del mundo, abarcándolo por entero. Quedó así gráficamente simbolizada la misión de los miembros del Opus Dei en medio de todas las actividades seculares, para indicar que el Señor desea atraer todo hacia Sí, en su reinado espiritual de amor, sirviéndose de los cristianos como instrumentos. *De nosotros especialmente espera este servicio, esta cooperación, para hacer que sean en la tierra más abundantes aún los frutos de la Redención, que es la única y verdadera libertad para el hombre* <sup>19</sup>.

¿Y cómo haremos para que el Reino de Cristo se instaure efectivamente en la sociedad humana? Nos lo explica también nuestro Fundador: *unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado*

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 29-XIM947, 14-11-1966, n. 89.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 46.

*enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres.*

*Así simplemente, trabajando y amando a Dios en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio, la misma que hacíamos cuando El nos ha venido a buscar, cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo*<sup>20</sup>.

La Virgen Nuestra Señora, junto a su Hijo agonizante, nos ha mostrado el arma poderosa: la Cruz. *Virgen de vírgenes santas* —le rogamos con palabras de la liturgia de la Iglesia— (...) */haz que su Cruz me enamore/y que en ella viva y more/de mi fe y amor indicio*<sup>21</sup>; ayúdanos a poner la Santa Cruz en la entraña del mundo.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 12.

(21) Secuencia *Stabat Mater*.

513

## 14 de septiembre EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ (III)

—La alegría acompaña siempre a la verdadera Cruz de Cristo.

—Nuestra alegría en la Cruz es compatible con el dolor y el sufrimiento.

—Debemos abrazar y amar la Cruz que el Señor nos ofrece.

*CANTA, lengua, los honores del glorioso combate y ante el trofeo de la Cruz relata su noble triunfo: cómo el Redentor del mundo venció en ella al ser inmolado*<sup>1</sup>. La liturgia de la Iglesia, en sus himnos y motetes, estalla en cantos de alabanza a la Santa Cruz. *Sola tú fuiste digna de llevarla Víctima del mundo y de preparar un puerto —como el Arca— para el mundo náufrago; tú, que fuiste ungida con la sagrada Sangre vertida del Cuerpo del Cordero*<sup>2</sup>.

También nosotros cantamos hoy la gloria de la Cruz, aquel leño en donde *triunfó el Rey de los ángeles, el cual lavó nuestras llagas con su Sangre*<sup>3</sup>. La Santa Cruz es camino obligado para llegar a Jesús. Por eso, porque amamos al Señor con un amor singular, amamos también su Cruz y buscamos esa unión clavándo-

(1) Himno *Crux fidelis*.

(2) *Ibid.*

(3) *Ad II Vesp., R. Ibr.*

nos en ella con amor y con alegría, con fe y con esperanza.

Podrá ocurrir alguna vez que ese encuentro con la Cruz se produzca de un modo instantáneo, repentino, y exija de nosotros un acto heroico —ayudados por la gracia— de aceptación de la Voluntad divina. Pero no es esto lo ordinario. La peculiaridad de nuestra vocación nos lleva a conformarnos con la Cruz de Cristo en mil cosas pequeñas, diarias, constantes, envueltas en naturalidad, sin espectáculo, y como por un plano inclinado, sin que ni siquiera nosotros mismos nos demos cuenta.

Es el nuestro un encuentro mil veces repetido, y otras tantas aceptado con sosiego, con alegría: *¿lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!*<sup>4</sup>. Con esta actitud gustosa, abierta, llega un momento —*¿cómo se notan esos tiempos en los que el Señor me pide más!*<sup>5</sup>— en el que, sin ruido de palabras, Jesucristo nos hace participar de un modo más pleno en su Pasión y en su Muerte, aceptando el ofrecimiento sincero y radical que le hicimos con nuestra entrega.

El encuentro con la Cruz de Cristo es siempre inconfundible. *Señales inequívocas de la verdadera Cruz de Cristo: la serenidad, un hondo sentimiento de paz, un amor dispuesto a cualquier sacrificio, una eficacia grande que dimana del mismo*

(4) *Camino*, n. 762.

(5) *Forja*, n. 288.

*costado de Jesús, y siempre —de modo evidente— la alegría: una alegría que procede de saber que, quien se entrega de veras, está junto a la Cruz y, por consiguiente, junto a Nuestro Señor*<sup>6</sup>.

Este amor a la Santa Cruz lo hemos aprendido de los labios y de la vida de nuestro queridísimo Padre, y constituye uno de los más preciosos legados que nos ha dejado. Solía decir: *todos los años suelo escribir en la primera hoja de la epacta que uso: in laetitia, milla dies sine Cruce!, para animarme a llevar con garbo la carga del Señor, siempre con buen humor —aunque sea a contrapelo tantas veces—, siempre con alegría*<sup>7</sup>. Porque la Cruz no es la pena, ni el disgusto, ni la amargura... *Es el madero santo donde triunfa Jesucristo. Y en él también triunfamos nosotros, cuando recibimos con alegría lo que nos envíe*<sup>8</sup>. Así recibida, con afán de amor, la Cruz lleva a nuestra vida una señal inequívoca de predilección<sup>9</sup>: la alegría y la eficacia en nuestro servicio al Señor y a las almas.

LA CRUZ es un encuentro feliz con Cristo, lleno de incalculables gozos, aunque marcado en su misma raíz por el dolor: un dolor que no agobia, que no espan-

t6) *Forja*, n. 772.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 21.

(8) De nuestro Padre, *Tertulia*, 1-I-1965.

(9) *Ibid.*

ta, sino que purifica, limpia, ennoblece y enardece; un sufrimiento compatible con la máxima alegría de la que es capaz el corazón humano en la tierra. Así es desde que Jesucristo, con los brazos tendidos en el madero, quiso reconciliar para siempre esos extremos tan alejados y unió inseparablemente el dolor y la alegría.

*No somos cristianos dulzones. En la tierra tiene que haber dolor y Cruz* <sup>10</sup>, aseguraba nuestro Padre. Y añadía: *el amor tiene necesariamente sus características manifestaciones. Algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse. El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz. Mientras estemos en la tierra y no hayamos llegado a la plenitud de la vida futura, no puede haber amor verdadero sin experiencia del sacrificio, del dolor. Un dolor que se paladea, que es amable, que es fuente de íntimo gozo, pero dolor real, porque supone vencer el propio egoísmo, y tomar el Amor como regla de todas y cada una de nuestras acciones* <sup>11</sup>.

Nuestro caminar en la tierra sabe de trances difíciles, de contrariedades, de mortificación; pero todo ese esfuerzo se hace ligero cuando se ama a Dios. En-

tonces la entrega no es una carga pesada, sino una continua afirmación gozosa y esperanzada. Como nos mueve el amor, la fatiga, aunque se sienta, se lleva con paciente serenidad, con alegría. Una alegría *que no es el cascabeleo de la risa tonta* <sup>12</sup>, sino algo hondo, con contenido, que no excluye la realidad del sufrimiento, que Dios permite en muchas ocasiones.

A veces, esas contrariedades que nos hacen sufrir proceden de nuestra imaginación; son, *en muchas ocasiones, subjetivas: cada uno toma las que quiere. El que está en Dios tiene pocas, porque, aunque sean reales, se sabe rendir ante la voluntad del Señor, le pide luces para superarlas, y no pierde la paz* <sup>13</sup>. Basta abandonarse en manos de Dios y preocuparse activamente por los demás, para que desaparezcan; y la alegría rebrota con espontaneidad, como fruto sobrenatural de la entrega.

Pero en otras ocasiones hay dificultades reales—dolor físico, cansancio, contradicciones con un fundamento objetivo—, que impiden la sonrisa abierta, la alegría exterior. En esos casos tampoco hemos de preocuparnos: detrás de un rostro serio puede esconderse una alegría de raíces sobrenaturales, que no necesita estallar siempre en manifestaciones de júbilo. Lo importante es el gozo interior en la Cruz, saborear en lo más íntimo del alma la Voluntad amorosa de nues-

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-11-1963.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 43.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 124.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 18.

tro Padre Dios y aceptarla rendidamente. *Siempre apacibles, y animosos ante las contradicciones, si vienen, ante lo que la gente llama fracasos. El éxito o fracaso está en la vida interior. El éxito está en recibir con sosiego la Cruz de Jesucristo, en extender los brazos abiertos, porque para Jesús como para nosotros la Cruz es un trono, es la exaltación del amor; es el colmo de la eficacia redentora, para llevar las almas a Dios*<sup>14</sup>.

NUESTROS oratorios han visto hoy florecer la Cruz de palo: hojas verdes, flores rojas, que llenan el árbol desnudo, para recordarnos que la paz y la alegría son fruto de la Cruz, que la fidelidad en el dolor es el único camino. *No dejaré de repetirlo: para estar unidos con Cristo en medio de las ocupaciones del mundo, hemos de abrazar la Cruz con generosidad y con garbo*<sup>15</sup>.

Hoy es un buen día para que examinemos si nuestro abrazo a la Cruz está lleno de alegría. *Has de decidirte una vez más, hijo mío —nos dice nuestro Padre a cada uno—, a ir gustoso con la Cruz a cuestras, pisando abrojos, sorteando dificultades, con una sonrisa en los labios, con una luz en el alma, con la felicidad del que se sabe ipse Christus (...).*

*Yo le digo a Jesús, que nos preside escondido en el Tabernáculo: Jesús nuestro, que has sido siempre el Amor de nuestros amores, te pido que nunca nos des una corona de rosas; que nos des, en cambio, una corona de espinas; que nos hagas partícipes de tu dulce Cruz, y que nunca nos apartemos del camino por miedo a las dificultades. No queremos dejar de tomar la Cruz, sino llevarla gustosamente sobre nosotros; no queremos jamás apartarnos de este sendero que es divino, porque es el tuyo*<sup>16</sup>.

*Para nosotros, hijos, la Cruz es lugar de descanso. Abrid los brazos y poneos en esas cruces de palo que hay en nuestras casas. En esas cruces no hay crucifijo, porque hemos de clavarnos nosotros, sin llantos, sin miedos, sin llamarnos víctimas. Para eso está Cristo: El es la única Víctima*<sup>17</sup>. Abrazados a la Cruz, apretándola con amor, estaremos unidos a Cristo, que tiene las cinco llagas abiertas sobre el madero, en carne viva.

*Jesús, mira a mis hijos; ¿los ves? Están, Señor, estos hijos míos en tu mano llagada, en esa mano tuya que es mano de sembrador. ¡Apriétalos fuertemente!, ¡estrújalos!, ¡que pierdan toda la miseria terrena!, ¡que dejen de verdad las redes y la barca! Que se purifiquen, que se enciendan,*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 30.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 11.

(16) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-X-1956.

(17) De nuestro Padre, *Tertulia*, 14-IX-1962.

*que se sientan empapados en tu Sangre. Y luego, ¡lánzalos lejos!, lejos, con hambre de mies, a una siembra cada día más fecunda, por Amor a Ti; bajo la protección de tu Madre, nuestra Madre Santa María; bajo la protección de los Santos Angeles Custodios (...).*•

*¿Quieres, tú por tu cuenta, hijo mío, hacer los propósitos que sean necesarios para aceptar siempre con amor la Cruz de Cristo, la entrega, el sacrificio; para abandonar todas las cosas que no sean de Cristo, para comenzar a ser —de veras— un alma contemplativa? Dile al Señor, con un grito, sin ruido de palabras, pero que llegue hasta el Sagrario y al cielo: Jesús, yo quiero seguirte en todo, abrazar tu Cruz, y darme; ser esa alma contemplativa que Tú buscas en tus hijos del Opus Dei: para encender el mundo en amores limpios, para hacer dichosa a la humanidad entera, acercándola de verdad a Dios* <sup>18</sup>.

Este deseo de abrazar la Cruz nos llevará a una vida entregada, a cumplir fielmente nuestras mortificaciones habituales y a recibir con alegría las inesperadas, que quizá por eso son más costosas.

Terminamos con otras palabras de nuestro Padre: *hijos míos, ahora, al acabar vuestra oración, pedid a Nuestra Señora que sepamos tener en*

(18) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

*nuestra vida, amorosamente, la Cruz de su Hijo; que sepamos, Madre mía, extender U>s brazos en la Cruz; que sepamos abrazarnos a la Cruz y amar a Cristo en ella serenamente; y que la sepamos poner en lo alto de todas las actividades humanas, para que no haya enemigos de la Cruz de Cristo* <sup>19</sup>.

(19) De nuestro Padre, Meditación, 2-XI-1958.

514

## 15 de septiembre NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

- Contemplar a María junto a la Cruz de Cristo.
- Meditar los dolores de Jesús y de María nos da fuerzas para no dialogar con el pecado.
- Considerar con frecuencia la Pasión y Muerte del Señor.

*DOS VECES al año celebraba la Iglesia Santa tradicionalmente la fiesta de los Dolores de la Virgen. La primera no tenía fecha fija, sino que dependía de la Pascua: era el Viernes de la Semana de Pasión y por eso se llamaba Viernes de Dolores; ésta ha desaparecido con la reforma litúrgica. Continúa, en cambio, la que conmemoramos hoy, el día siguiente a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.*

*Quiere esta Madre nuestra, que es la Iglesia, que los fieles —hijos de Santa María— acompañemos a la Virgen en su dolor, comprendamos la tragedia que ha pasado por su alma ya en la vida de Cristo, pero especialmente en su Pasión y Muerte<sup>1</sup>.*

Estas palabras de nuestro Fundador nos introducen en el tema de nuestra oración de hoy, en la que

(1) De nuestro Padre, Meditación, 15-X-1970.

deseamos acompañar muy de cerca a Jesús y a María mientras se consuma el Sacrificio del Calvario. Muchas veces nos hemos detenido en esta escena, agradecidos al Señor por habernos dado a su Madre como Madre nuestra. Hoy nos fijamos especialmente en los sufrimientos que soportó la Virgen por amor nuestro. *La Madre piadosa estaba I junto a la Cruz y lloraba I mientras el Hijo pendía. / Con alma triste y llorosa, / traspasada y dolorosa, / fiero cuchillo tenía/. ¡Oh, cuan triste y cuan aflicta / se vio la Madre bendita I de tantos tormentos llena! / Cuando triste contemplaba I y dolorosa miraba / del Hijo amado la pena<sup>2</sup>.*

*Es posible que en pocos sitios del mundo se sigan considerando ahora las cosas así. Por eso, cerrados los ojos de la carne, abierta el alma nuestra a la contemplación y a la luz de hechos históricos y divinos, renovemos un acto de contrición, de compunción: pidamos perdón al Señor por aquellos azotes y por aquellas espinas, por aquella Cruz, por aquellos hierros que le cosen al madero, por aquella lanza que va a atravesar su costado, por la hiél y el vinagre que ponen como consuelo en su boca, por las risas, por los vilipendios, por las burlas.*

*¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz! (TMatth. XXVII, 40), le desafían los príncipes de los sacerdo-*

(2) Secuencia *Stabat Mater*.



íes, *tos* escribas y *tos* ancianos. Pero *El* no quiere bajar. Ha subido a la Cruz con espíritu de Sacerdote Eterno, para inmolarse por nuestros pecados, Sacerdote y Víctima. Hijos míos, vamos a llenarnos de arrepentimiento. Sin esos doctores de Cristo por las miserias nuestras, es inútil considerar *tos* sufrimientos de la Virgen, su Madre y Madre nuestra (...).

Hijos míos, no dejemos soto a Jesús: tengamos una gran devoción a Cristo crucificado y una devoción tiernísima, filial, a Santa María, Madre de Dñs y Madre nuestra, que está de pie, fuerte, traspasada de dotor, soto o casi soto, junto a la Cruz<sup>3</sup>.

EL CORAZÓN de la Virgen se ve traspasado por una espada de dolor, como había predicho el anciano Simeón muchos años antes<sup>4</sup>; su pena nos llega al alma: ¿y cual hombre no llorara / si a la Madre contemplara *I* de Cristo en tanto dolor? *I* ¿Y quién no se estremeciera, *I* piadosa Madre, si os viera *I* sujeta a tanto rigor?<sup>5</sup>.

Al considerar el profundo sufrimiento de Jesús y de su Madre, vislumbramos la malicia tremenda del pecado. Nuestra Señora no lo cometió: Dios la preservó hasta del pecado de origen con que todos nacemos.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 15-DC-1970.

(4) Cfr. *Ant. ad Intr.* (Luc. II, 34-35).

(5) Secuencia *Stabat Mater*.

Llena de gracia toda su vida, experimentó sin embargo el peso de los pecados de los hombres, corredimiendo estrechamente con su Hijo. Cada uno de nosotros, a pesar de la lejanía del tiempo, somos en parte protagonistas de ese dolor que une al Hijo y a la Madre, pues Cristo también sufrió por nuestros pecados. *Por los pecados del mundo I vio a Jesús en tan profundo I tormento la dulce Madre. IY muriendo al Hijo amado / que rindió desamparado I el espíritu a su Padre*<sup>6</sup>. ¡Cómo nos tiene que mover a contrición el dolor de la Virgen! Hijos —insistía nuestro Padre—, *pensad por vuestra cuenta. Decidle algo al Señor, y decidle algo a su Madre: to que diríamos a to madre nuestra si to viéramos así: ofendida, maltratada, con tos ojos de gente malvada sobre ella. Y todo, por el amor de su Hijo, crucificada con el deseo, llena de oprobios y de humillaciones.*

*Insisto en que nos puede servir, este acompañar a Santa María, como medw para tener presencia de Dñs. Especialmente, porque podemos tener to seguridad de que son muy pocos to que to acompañan hoy en to tierra: to atacan, to ofenden como ofendían a su Hijo, le arrancan tos vestiduras de sus grandes privilegios, se le dirigen toda ctose de injurias.*

*Tú y yo, vosotros y yo, ¡no! ¡Madre de Dñs y Madre nuestra!: creemos todo to que ha enseña-*

(6) *Ibid.*

*do la Iglesia a lo largo de los siglos, y lamentamos ese abandono en que algunos te dejan, por sufalta de piedad. He dicho poco: por sufalta de respeto, o más aún, por el desprecio de un elemento fundamental y amabilísimo —el amor tuyo— para la vida interior de los cristianos*<sup>7</sup>.

A la Virgen Dolorosa pedimos mucho amor, porque sólo el que ama sabe hasta dónde llega el sufrimiento del que se entregó a Sí mismo por amor nuestro. *Oh Madre, fuente de amor!, ¡hazme sentir tu dolor/ para que llore contigo. ¡Y que, por mi Cristo amado, / mi corazón abrasado / más viva en El que conmigo (...)/ Hazme contigo llorar/y de veras lastimar / de tus penas mientras vivo; / porque acompañar deseo I en la Cruz, donde lo veo, ¡tu Corazón compasivo*<sup>8</sup>.

NUESTRO Padre nos enseñó a llevar a nuestra oración personal la vida del Señor, hasta tenerla continuamente presente en la memoria, especialmente su Pasión y Muerte. *Cuando hagáis el Viacrucis, que es devoción estupenda —nos decía—, considerad bien esos momentos terribles, en los que llevan a Jesús como a un cordero que es conducido al matadero. Pensad que fuéramos uno de nosotros. Yo ya no tengo a casi nadie de los de mi sangre en la tierra;*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

(8) Secuencia *Stabat Mater*.

*vosotros sois jóvenes y tenéis muchas personas de vuestra familia: ¡cómo sufrirían ante vuestra deshonra! Porque a Jesús, sobre todo, le deshonraron: dijeron que no era el Hijo de Dios, que era un mentiroso, un engañador; le echaron en cara que era el hijo del carpintero. No recordaron que era descendiente de David. Luego, después de la deshonra, el sufrimiento físico: lo baldan a correazos, se mofan de El, quieren su muerte y la consiguen*<sup>9</sup>.

Meditando asiduamente la Pasión del Señor, nos sabremos bien unidos al misterio de la Cruz, acompañaremos a nuestra Madre y tendrá eficacia sobrenatural nuestra labor de almas. *De Tomás de Aquino se afirma que él decía que su libro era el Crucifijo: ¡su libro! En aquella época, un libro tenía una importancia capital, era un tesoro, porque había pocos; ahora, en cambio, hay muchos libros que destruyen la fe y la dignidad del hombre.*

*Que sea nuestro libro Jesús crucificado, que sea nuestro libro María al pie de la Cruz, fuerte, recia, pero mujer y Madre, con todos los dolores sobre su Corazón, abrumada, que necesita una palabra de cariño, de consuelo: sobre todo de amor para su Hijo, que está enclavado en el madero, ¡con aquella crueldad inhumana!*<sup>10</sup>.

(9) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 15-DC-1970.

Somos corredentores, llamados a corredimir con Cristo a través de nuestro trabajo. Por eso, en la intimidad de la tarea ordinaria, bien podemos levantar el corazón a Dios, por intermedio de su Madre, diciéndole: *Virgen de vírgenes santas, /llore yo con ansias tantas I que el llanto dulce me sea. I Porque su Pasión y Muerte I tenga en mi alma, de suerte I que siempre sus penas vea. /Haz que su Cruz me enamore I y que en ella viva y more /de mi fe y amor indicio*<sup>11</sup>. De este modo nos sentiremos impulsados ofrecer a Dios cada una de nuestras ocupaciones, bien unidos a Jesucristo; a trabajar mucho y bien, con rectitud de intención, con espíritu de sacrificio, terminando los detalles, seguros de que con ese trabajo estamos colaborando a la redención de toda la humanidad.

Miramos una vez más la escena del Gólgota. La fortaleza de la Virgen dolorosa hace nacer en nuestra alma un propósito firme: no dejarla sola, no abandonar nunca a **Jesús**. *Saquemos el deseo y la realidad de estar siempre junto a Santa María, al pie de la Cruz. Y de consolarla, y de leer en ese libro que es Cristo crucificado: para llenarnos de paz, de alegría y de deseos de santidad*<sup>12</sup>.

(11) Secuencia *Stábat Matar*.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

515

## 15 de septiembre ANIVERSARIO DE LA ELECCIÓN DEL PADRE

—En el día de hoy nos sentimos especialmente unidos al Padre.

—Con la marcha de nuestro Padre al Cielo comenzó en la Obra una etapa de continuidad y fidelidad que no se ha de interrumpir jamás.

—Responsabilidad de mantener íntegro el espíritu de la Obra.

*CANTARE siempre las misericordias del Señor, y con mi boca anunciaré tu fidelidad de generación en generación*<sup>1</sup>. Hoy es un día de fiesta en la Obra, porque se cumple un año más desde que el Señor nos dio un nuevo Padre, heredero y representante en la tierra de nuestro amadísimo Fundador.

*Cristo Señor Nuestro* —comentaba en una ocasión nuestro Padre—, *hablaba muchas veces de barcas y de redes, de mares y de peces... Pero ¿no le habéis oído tratar también de ovejas y rebaños? ¡Y con qué ternura!, ¡cómo goza al describir la figura del Buen Pastor! Nos hace notar que las ovejas le siguen confiadas, y le quieren, y distin-*

WPs. LXXXVin, 2.

*guen su voz, y se saben bien cuidadas cuando se arraciman a su alrededor, dentro del redil o délos anchos pastos.*

*El Opus Dei también es un rebaño de Cristo, con un Buen Pastor y sus ovejas. En la Obra habrá siempre un Padre que podrá decir: cognosco oves meas et cognoscunt me meae (Ioann. X, 14), conozco a mis hijos y mis hijos me conocen a mí. Porque el Buen Pastor, en el Opus Dei, será perpetuamente el que presida: el Padre, sea quien sea<sup>2</sup>.*

En esta fiesta, damos gracias a Dios por el amor que ha mostrado a la Iglesia y al mundo con la fundación de la Obra. Gracias a la Santísima Virgen, nuestra Madre, que desde el primer momento nos ha cobijado bajo su manto. Y agradecemos también los desvelos de nuestro santo Fundador, que desde el Cielo cuida de la Obra con cariño paterno.

Con la gracia divina, nuestro Padre fue como aquel *hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, llegaron las nadas e irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre roca<sup>3</sup>*: el fundamento firme de una fe inquebrantable y de un ardiente amor a Jesucristo, que por la ayuda de Dios continúa en todos sus sucesores. Yo pasaré. Llevo ya —comentaba nuestro Fundador en 1960— *treinta y dos años al frente de la Obra.*

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 13-11-1955.

(3) *Matth.* VII, 24-25.

*Después vendrá un hermano vuestro a quien veneraréis más que a mí, besaréis donde él pise y le amaréis con cariño humano —abriéndole de par en par vuestro corazón— y con amor sobrenatural. Si no, habríais perdido el buen espíritu.*

*Hijos, no malogréis el tesoro que Dios me ha dado a mí; no olvidéis nunca lo que ahora os digo. Os he repetido muchas veces que he conocido varios Papas, montones de cardenales, amigos míos, y centenares de obispos..., pero fundadores del Opus Dei no hay más que uno, que soy yo; aunque no lo merezca, Dios lo ha querido así. Pues a pesar de eso, al que me suceda amadle mucho, incluso con más ternura filial; pegaos a él como una lapa, rezad, mortificaos, obedecedle<sup>4</sup>.*

Es el primer propósito que formulamos en este aniversario: estar muy unidos al Padre, a su persona y a sus intenciones, haciéndole sentir —con nuestra oración y mortificación generosas— el calor de nuestro cariño y la realidad de nuestra gratitud filial.

EN EL Derecho particular del Opus Dei, sancionado por la Sede Apostólica, nuestro Fundador, al hilo de la parábola de Jesús, trazó la imagen del Buen Pastor que habrían de encarnar sus sucesores: *sit ergo omnibus Praelaturae fidelibus magister atque Pater, qui*

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 28-11-1960.

*omnes in visceribus Christi veré diligat, omnes effusa caritate erudiat atque foveat, pro ómnibus impendatur et superimpendatur libenter*<sup>5</sup>; sea maestro y Padre para todos los fieles de la Prelatura, a todos los ame verdaderamente en las entrañas de Cristo, a todos enseñe y proteja con caridad tierna, y por todos se entregue generosamente y más y más se sacrifique.

Hace muchos años, nos repetía nuestro Fundador: ***cuando yo muera vendrá otro, a quien debéis querer más que a mí; también con más cariño humano. Si no, no va. Os lo ruego por amor de Jesucristo***<sup>6</sup>. Sus deseos se han cumplido tan maravillosamente, que la Obra entera vibra en una estupenda acción de gracias ante esta realidad. Todos hemos comprobado de qué modo se ha dilatado nuestro corazón para querer al Padre que ahora tenemos en la tierra, con una ternura y un amor verdaderamente filiales: es una gracia que nuestro Fundador nos ha obtenido y obtendrá siempre desde el Cielo, para sus hijas y sus hijos de todos los tiempos.

Es una necesidad sobrenatural que dimana de la entraña misma de nuestro espíritu. Dios ha querido que la Obra sea una verdadera familia de lazos sobrenaturales y humanos al mismo tiempo. Por otra parte, ¡es tan fácil querer al Padre! Somos testigos de su abnegación y entrega completa, de su desvelo para que

nunca falte a sus hijos el sustento para afianzar y mejorar la vida interior y el espíritu apostólico. Con su ejemplo constante, con su unión estrechísima con nuestro Fundador, nos confirma en el camino seguro para continuar haciendo el Opus Dei en la tierra, en esta definitiva etapa de continuidad y fidelidad, que comenzó con la marcha de nuestro Padre al Cielo: *hijas e hijos míos, la primera manifestación de amor y agradecimiento, por la herencia que nos ha dejado nuestro santo Fundador, es la lealtad, la fidelidad a su espíritu, con la conciencia clara de que se nos pide solamente esto: mantenerlo intacto, conservarlo inmaculado, transmitirlo en toda su plenitud. Y para esto hay que vivirlo, ponerlo en práctica todos los días de nuestra existencia terrena*<sup>7</sup>.

CON MUCHA frecuencia, nuestro Padre nos explicó que ***nuestra labor de almas es como una cadena, en la que cada uno de nosotros es un eslabón. Por eso habéis de sentir la responsabilidad de la fortaleza: para que nunca se forme un eslabón débil, flojo, de mal metal. A mí me gusta mucho hablar de concatenación, porque todos nosotros estamos unidos como los eslabones de una maravillosa cadena.***

***He enseñado a hacer continua oración a los***

(5) *Codex Iuris Particularis*, cap. II, n. 132, §3.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 21-XI-1958.

(7) Del Padre, *Canas de familia* (I), n. 4.

*primeros, y ellos a los demás; dando origen a esa concatenación de doctrina y de piedad de que hablábamos antes, que debéis transmitir a los que vengan después. Hijos míos, vale la pena que luchemos. Sería una triste cosa que, alguno de vosotros o yo, tuviéramos la culpa de que esta cadena sobrenatural se rompiera. Procurad ser fuertes como el acero. Eslabones espléndidos, seguros, brillantes como el oro delante de Dios*<sup>8</sup>.

El aniversario de la elección del Padre es buen momento para que cada uno reafirme delante de Dios el compromiso de no permitir ni tolerar —ni en la propia vida ni en la de los demás miembros de la Prelatura— nada que pueda empañar el espíritu de la Obra. Meditemos de nuevo las palabras que escribía el Padre, a los pocos días de haber sido elegido para suceder a nuestro Fundador: *en este momento solemne e irrepetible, yo suplico ardientemente a Dios que mantenga siempre su misericordia sobre nosotros y que, a pesar de nuestras miserias pasadas y presentes, nos conceda con abundancia la gracia para permanecer fieles, leales, hasta la muerte si fuera preciso. Y ruego también que si, a lo largo de los siglos, alguno —no ocurrirá, estamos ciertos—, quisiera perversamente corromper ese espíritu que nos ha legado el Padre, o desviar la Obra de las características divinas con que nuestro Fundador nos la ha entregado, que el Señor lo confunda y le impida*

(8) De nuestro Padre, cit. en *Cartas de familia* (2), n. 65.

*cometer ese crimen, causar ese daño a la Iglesia y a las almas.*

*No podemos menos de recordar aquella severísima amonestación de la Escritura: maledictus, qui facit opus Domini fraudulentè flerem. XLVIII, 10). Entendme bien: para un miembro de la Obra que tenga la desgracia de no ser fiel a su vocación, va toda nuestra comprensión, nuestro cariño, la piedad de todos, con el deseo de sacarlo adelante y, al menos, ayudarle a que se salve. Pero si no consistiera sólo en eso, si pretendiese desvirtuar la Obra de Dios, desviarla fraudulentamente, corromper su espíritu, se haría acreedor a la maldición divina*<sup>9</sup>.

Esta etapa que estamos recorriendo no terminará nunca, porque siempre habremos de pasar el relevo a los hermanos nuestros que vengan después de nosotros, con un empeño de fidelidad siempre renovado. *Será eficaz si continuamos unidos a nuestro Padre, que ahora está en el Cielo. Benedictio patris firmat domos filiorum* (Ecclí. III, 11), *la bendición de nuestro Padre da solidez a este hogar, a la Obra. Antes teníamos a nuestro Fundador con su palabra, con su cariño, con su mirada inolvidable, con su sonrisa, con su fortaleza. Ahora nos dirige, nos guía desde el Cielo lo mismo que antes, pero con más eficacia aún.*

*Como una lluvia de rosas son esas gracias que el Padre nos alcanza de Dios: no cerremos —¡hagamos*

(9) Del Padre, *Cana*, 30-K-1975, n. 39.

*propósitos concretos, día a día renovados!— nuestro corazón; seamos fieles; esforcémonos por ser tierra buena para ese rocío, que tanto fruto habrá de dar; amemos a Dios Nuestro Señor con toda el alma, sobre todas las cosas*<sup>10</sup>.

Es lo que pedimos a la Santísima Virgen, nuestra Madre, que es también nuestra Reina y nuestra Protectora.

(10) Del Padre, *Capa*, 30-K-1975, n. 37.

## 516

## 21 de septiembre SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA

—La vocación profesional es parte integrante de nuestra vocación divina.

—La vocación profesional se concreta a lo largo de la vida.

—Los Numerarios y los Agregados están dispuestos a cambiar de profesión, si es conveniente para la labor apostólica.

COMO en otras jornadas anteriores, Leví el publicano estaba sentado en su banco, cobrando impuestos: un trabajo digno, aunque a muchos de sus contemporáneos les pareciera despreciable. Pero aquel día todo cambió. La voz de Cristo, que pasaba a su lado, sonó escueta e imperiosa: vio *Jesús a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo: sigúeme*<sup>1</sup>. Jesucristo se adentró en su vida para siempre, pidiéndole la entrega de todo cuanto era y cuanto tenía. Quizá Mateo, como le llama el Evangelio, no había pensado nunca en otro porvenir que el que le deparaba su trabajo; pero ante la llamada del Señor, precisamente allí, en su trabajo, responde inmediatamente y acoge en su alma la vocación divina: *él se levantó y le siguió*<sup>2</sup>.

(<sup>1</sup>) *Ev. (Matth. Df. 9).*  
(<sup>2</sup>) *Ibid.*

Es una escena que se ha repetido, paso a paso, en nuestra vida. *Lo que a ti te maravilla, a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?*

*Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...<sup>3</sup>. Es preciso tener el convencimiento de que en todos los sitios puede y debe ser servido el Señor. Con el comienzo de la Obra en 1928 —decía nuestro Padre—, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas<sup>4</sup>.*

El Señor nos ha buscado en nuestro propio ambiente, sin sacarnos de allí ni pedirnos normalmente un cambio de actividad. Nuestro puesto está en el mismo sitio que ocupábamos antes de pertenecer a la Obra, con las mismas obligaciones —profesionales, familiares, sociales, etc.— que ya teníamos. *Sabéis bien —advertía nuestro Fundador— que no se prohíbe el ejercicio de ninguna profesión honesta a los miembros del Opus Dei, que deben —por el contrario— elevar y santificar todas las profesiones, convirtiéndolas en instrumento de santidad propia y ajena, en ocasión de apostolado<sup>5</sup>.*

(3) Camino, n. 799.

(4) Conversaciones, n. 26.

(5) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, n. 5.

*Lo propio de nuestra entrega, hijas e hijos míos, no es algo artificioso: es la sencilla naturalidad de quien, en medio del mundo, ha recibido la llamada de Dios para elevar su vida al plano sobrenatural, permaneciendo después de la llamada divina en el mismo lugar que tenía en la sociedad de los hombres, y encontrando —precisamente en el trabajo profesional, conciudadano igual a sus conciudadanos— el quicio sobre el que se apoya todo un camino de santidad y de apostolado<sup>6</sup>.*

*TODA la ascética de la Obra se apoya, como en su quicio, en el trabajo profesional, el que sea. Cualquier tarea humana noble es santificable. No hay labor que no podamos convertir en instrumento de santidad, porque el trabajo humano es cumplimiento de un mandato de Dios: todo se puede sublimar. Yo no me atrevo a decir —nos enseñaba gráficamente nuestro Fundador— qué es más agradable a Dios, si el trabajo de un catedrático de La Sorbona, o el de un peluquero de pueblo. No sé qué es más grato al Señor: dependerá de la rectitud de intención, de ¡a entrega —que es decir a Dios que sí con libertad—, del espíritu de sacrificio con que se lleve a cabo, espíritu de sacrificio que impulsa a poner la última piedra en la tarea,*

(6) De nuestro Padre, Carta, 12-XII-1952, n. 23.



*a terminar hasta el último detalle por amor*<sup>7</sup>. Y añadía nuestro Padre: *tenemos que convertir en servicio de Dios nuestra vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa. En la besana, en el taller, en el estudio, en la actuación pública, debemos permanecer fieles al medio habitual de vida; convertirlo todo en instrumento de santificación y en ejemplo apostólico, sin servirnos nunca de la Iglesia ni de la Obra: cada uno con responsabilidad personal*<sup>8</sup>.

*Al llegar a la Obra, se os dijo que no se os sacaba de vuestro sitio, de vuestra ocupación profesional. Sabéis bien —escribía nuestro Fundador— que eso no quiere decir que no podáis cambiar de trabajo: quiere decir que, por el hecho de vuestra vocación divina, no abandonáis el mundo, sino que permaneceréis en él con todo lo que eso trae consigo.*

*La vocación profesional es algo que se va concretando a lo largo de la vida: no pocas veces el que empezó unos estudios, descubre luego que está mejor dotado para otras tareas, y se dedica a ellas; o acaba especializándose en un campo distinto del que previo al principio; o encuentra, ya en pleno ejercicio de la profesión que eligió, un nuevo trabajo que le permite mejorar la posición social de los suyos, o contribuir más eficazmente al*

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1964.

(8) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1932, n. 6.

*bien de la colectividad; o se ve obligado, por razones de salud, a cambiar de ambiente y de ocupación.*

*El que era médico acaba siendo negociante; el que era obrero, dirigiendo un pequeño taller; el que era campesino, trasladándose a la ciudad y empleándose en una fábrica; el que era abogado, administrando las fincas que heredó de sus padres o dirigiendo una banca.*

*Hijas e hijos míos, con vosotros sucede igual: sois uno más —iguales a vuestros colegas del mundo—, y vuestra vida está sometida a las mismas reglas que las de los otros. Y es esa vida, con todos los cambios que puedan traer consigo las diversas circunstancias en las que os encontréis, la que habéis de santificar.*

*Mi intención era recordaros algo muy sencillo y corriente: de la misma manera que el padre de familia, al considerar su trabajo, piensa no sólo en sus aficiones personales, sino en el bien de sus hijos; de esa misma manera vosotros no debéis perder de vista el bien del apostolado. No es contrario a vuestra vocación profesional, y es muestra de buen espíritu, si ante diversas posibilidades igualmente libres, escogéis aquella en la que se os presenta ocasión de hacer una tarea espiritual más fecunda*<sup>9</sup>.

(9) De nuestro Padre, Carta, 15-X-1948, nn. 33-34.

A VECES, por necesidades de la labor apostólica, es conveniente que algunos miembros de la Obra se dediquen a un trabajo profesional diferente del que realizaban en un primer momento. Y es característica de la entrega de los Numerarios y de los Agregados que estén dispuestos a abandonar la tarea que llevan entre manos, si la Obra los necesita en otro sitio.

Nos lo hacía considerar de modo gráfico nuestro Padre, cuando nos decía: *nuestra entrega no es condicionada: es una manifestación de libertad, contra la soberbia que querría aniquilarnos. Yo —también de un modo gráfico— suelo explicar que si un hijo mío está a punto de repetir la historia del Rey Midas, que convertía en oro todo lo que tocaba, gracias al descubrimiento de la piedra filosofal; y, cuando sólo tiene que echar una gota en el recipiente, le dijese: ¡eh!, que haces falta en otra parte...; este hijo mío lo deja todo y va donde le indican, Ubérrimamente. A veces, yo lo he tenido que hacer, y en asuntos más importantes que la piedra filosofal.*

*Fijaos en el amor de nuestros padres: puro, limpio, entregado. Nosotros hemos dicho que no a ese amor humano, por algo mejor; sin condiciones. La esposa no dice a su marido: sí, soy tuya, pero los viernes me voy con otros. Pues nosotros tampoco podemos hacer eso con Cristo. El Señor quiere nuestro corazón y nuestros sentidos, nuestra alma y nuestro cuerpo, nuestro cerebro y nues-*

*tra voluntad... ¡Todopara Dios!*<sup>10</sup>.

No debemos extrañarnos si, a pesar de nuestras buenas disposiciones, nos costara trabajo dejar una profesión ejercida durante algún tiempo o que pensábamos ejercer: también le cuesta a un padre de familia responsable prescindir de sus aficiones personales para dedicarse a una labor que presenta mejores condiciones para los suyos. Si la renuncia a ese trabajo nos pareciese demasiado costosa, sería la ocasión de recordar el ejemplo de *aquellas barcas llenas de objetos preciosos, que, ante el peligro de ir a pique, se salvaban porque la tripulación arrojaba al mar todos los tesoros, todas las joyas que transportaban. Si un día —no tiene por qué suceder, y no sucede cuando hay talento y humildad—, si un día —digo— os pareciera ver una oposición, en la labor profesional, entre la libertad y la vocación, es la hora de tomar ejemplo de los marineros y echar por la borda todo lo que estorba, y decir al Señor: ecce ego quia vocasti me (I Reg. III, 6), aquí estoy porque me has llamado; ut iumentum (Ps. LXXII, 23), como un borrico de Dios.*

*Entonces nos damos cuenta de que tenemos más libertad que nunca, y somos más felices. Además —os lo aseguro— no se pierde el bagaje; se recupera, al calmarse el mar revuelto de las propias pasiones, cuando se tiene un poco de forma-*

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1964.

*ción y se habla con sinceridad: ut iumentum!, haremos lo que sea, con la docilidad, con la humildad, con la perseverancia y con la sabiduría del borrico.*

*No se pierde, repito, la vocación profesional, porque —una vez purificada la intención— vuelve a verse en un orden superior, mejor que nunca: es siempre áncora, siempre anzuelo, medio de santificación personal y medio de apostolado: y comprendemos con luz clara la unidad divina entre nuestro trabajo humano y nuestra labor apostólica, que —sin esa unión— haría imposible, ineficaz, nuestra dedicación a Dios en el mundo, en nuestro estado y en nuestra profesión u oficio<sup>n</sup>.*

Hoy pedimos a la Virgen, *Regina apostolorum*, que sepamos hacer de nuestro trabajo profesional un espléndido instrumento de apostolado, siempre al servicio de su Hijo Jesucristo.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 8.

517

## 24 de septiembre NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

—Cristo nos ha dado a su Madre como Madre nuestra.

—La Virgen, nuestra Madre, está siempre dispuesta a socorrer nuestras necesidades.

—Hemos de pedir a la Virgen con la confianza y tozudez de los niños.

*EL AÑO litúrgico aparece jalonado de fiestas en honor a Santa María. El fundamento de este culto es la Maternidad divina de Nuestra Señora, origen de la plenitud de dones de naturaleza y de gracia con que la Trinidad Beatísima la ha adornado<sup>1</sup>. Todas esas fiestas tienen un común denominador: son testimonios vivos del amor de los cristianos a su Madre del Cielo. Pero cada una de ellas posee un colorido especial, que la hace distinta de todas las otras.*

Así ocurre con la fiesta de hoy, Nuestra Señora de la Merced. Bajo esta advocación, comenzó en el siglo XII una Orden religiosa dedicada al rescate de los cristianos esclavizados por los musulmanes. Pronto se extendió la fiesta por toda la Iglesia, para impetrar de nuestra Madre su poderosa intercesión a fin de

(1) *Amigos de Dios*, n. 291.

librar a las almas del pecado, que es la peor esclavitud, y confiarle las necesidades materiales y espirituales de sus hijos.

A nosotros, hijos de Dios en el Opus Dei, la fiesta de hoy nos trae además a la memoria un momento en el que la protección de nuestra Madre, bajo la advocación de la Merced, se manifestó con particular claridad sobre la Obra. Tuvo lugar en 1946, cuando nuestro Fundador se disponía a emprender su primer viaje a Roma para gestionar la aprobación pontificia de la Obra. No se le ocultaban a nuestro Padre las grandes dificultades que tenía por delante, ya que el Opus Dei suponía una novedad tan grande en la vida de la Iglesia, que no existían cauces canónicos adecuados. Acudió a rezar ante la Virgen de la Merced, antes de salir de Barcelona, y Nuestra Señora escuchó su confiada petición filial.

En uno de los Evangelios que pueden leerse en la Misa de hoy, se recuerda el momento sublime en que Jesús, agonizante sobre la Cruz, confía a San Juan el cuidado de Nuestra Señora: *Jesús, viendo a su Madre y al discípulo que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Después dice al discípulo: he ahí a tu Madre. Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa*<sup>2</sup>. Y comenta el Papa Juan Pablo II: *la dimensión mañana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta*

*entrega filial a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el Apóstol Juan, "acoge entre sus cosas propias" a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior*<sup>3</sup>.

Es bien lógico, pues, el consejo que nos da nuestro Padre: *en las fiestas de Nuestra Señora no escatimemos las muestras de cariño; levantemos con más frecuencia el corazón pidiéndole lo que necesitamos, agradeciéndole su solicitud maternal y constante, encomendándole las personas que estimamos. Pero, si pretendemos comportarnos como hijos, todos los días serán ocasión propicia de amor a María, como lo son todos los días para los que se quieren de verdad*<sup>4</sup>.

*SE CELEBRARON unas bodas en Cana de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos*<sup>5</sup>. Las fiestas se prolongan durante varios días y el vino comienza a escasear, sin que nadie se dé cuenta. Sólo María, con la perspicacia de las madres que están siempre pendientes de sus hijos, observa lo que ocurre y pone el remedio. *La Madre de Jesús le dijo: no tienen vino. Jesús le respondió: Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?*

(3) Juan Pablo II, Litt. ene. *Redemptoris Mater*, 25-11-1987, n. 45.

(4) *Amigos de Dios*, n. 291.

(5) *Ioann.* II, 1-2.

(2) *Ioann.* XIX, 26-27.

*Todavía no ha llegado mi hora. Dijo su Madre a los sirvientes: haced lo que El os diga* <sup>6</sup>. Y Cristo, a ruegos de su Madre, lleva a cabo el primero de sus milagros.

En esta escena, la Virgen se presenta ya como Intercesora a la que Dios no niega nada. *En Cana de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana ("No tienen vino"). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, introducirle en el radio de acción de la misión salvífica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos* <sup>7</sup>.

Este es el sentido particular que podemos meditar en la fiesta de hoy. Se nos invita a reconocer nuestra personal indigencia y a confiar en la Virgen, a *acudir sin vacilar a Ella, especialmente cuando no tengamos otro asidero. ¿No es esto interés personal, por nuestra parte? Ciertamente lo es. Pero ¿acaso las madres ignoran que los hijos somos de ordinario un poco interesados, y que a menudo nos dirigimos a ellas como al último remedio? Están convencidas y no les importa: por eso son madres, y su amor desinteresado percibe —en nuestro aparente egoísmo— nuestro afecto filial y nuestra confianza segura.*

(6) *Ibid.*, 3-5.

(7) Juan Pablo II, Litt. enc. *Redemptoris Mater*, 25-11-1987, n. 21.

*No pretendo —ni para mí, ni para vosotros— que nuestra devoción a Santa María se limite a estas llamadas apremiantes. Pienso —sin embargo— que no debe humillarnos, si nos ocurre eso en algún momento. Las madres no contabilizan los detalles de cariño que sus hijos les demuestran; no pesan ni miden con criterios mezquinos. Una pequeña muestra de amor la saborean como miel, y se vuelcan concediendo mucho más de lo que reciben. Si así reaccionan las madres buenas de la tierra, imaginaos lo que podremos esperar de Nuestra Madre Santa María* <sup>8</sup>.

MARÍA Santísima, Madre de todos los cristianos, es Madre que ama de un modo singular a sus hijos del Opus Dei, que estamos empeñados en cumplir la Voluntad de Dios. Por eso, Santa María ha velado por nosotros en momentos difíciles de nuestra historia y vela siempre por la Obra con cariño, con predilección y diligencia. Precisamente ante la imagen de la Virgen de la Merced, en su basílica de Barcelona, nuestro Padre le confió el camino del Opus Dei, antes de emprender su primer viaje a Roma, en 1946; y allí acudió ese mismo año, para darle gracias por su protección y cuidados.

A la Virgen acudimos en todas las necesidades

(8) *Amigos de Dios*, n. 280.

de la Iglesia y de la Obra, y en las personales de cada uno; le encomendamos el proselitismo y, con la oración *saxum*, la perseverancia de todos nuestros hermanos. En todo momento hemos de recurrir a Ella, porque es Madre nuestra, porque de tantas maneras nos ha demostrado su cariño.

Nuestro Fundador nos dio un ejemplo estupendo de cómo recurrir a la Virgen. En uno de sus ratos de oración ante la Virgen de Guadalupe, en 1970, se expresaba así: *hemos venido a pedir como un niño pequeño, que está persuadido de que tienen que escucharle. Pedimos como un niño pequeño, como una familia pequeña, y quiero que la Obra sea siempre así: una pequeña familia muy unida, aunque estemos extendidos por todas partes. Y te pedimos exigiendo, sirviéndonos de la intercesión de tu Madre, sabiendo que tienes que escucharnos*

*Madre, venimos a Ti; Tú nos tienes que escuchar. Pedimos cosas que son para servir mejor a la Iglesia, para conservar mejor el espíritu de la Obra. ¡No puedes dejar de oírnos! Tú quieres que todo lo que desea tu Hijo se cumpla, y tu Hijo quiere que seamos santos, que hagamos el Opus Dei. ¡Nos tienes que escuchar!*

*Rezamos en una oración de petición, unidos al pueblo que está ahora aquí, al sacerdote que celebra, al culto que se da a tu Madre. Te lo decimos nosotros y te lo dicen, con muchísima fe, y con la esperanza de que Tú nos oyes, en todos los ca-*

*minos de la tierra. Es una oración continua de almas de todos los estados, de todas las razas, de todas las lenguas. Su oración es nuestra oración, y a Ti, Señor, por medio de tu Madre, te dirigimos una petición constante.*

*Os doy pie con estas palabras para que sintáis la necesidad de seguir urgiendo al Señor, también cuando el alma está seca y encuentra dificultad para vivir este diálogo con El. A pesar de nuestras debilidades, a pesar de que no sepamos qué decir, basta que queramos hablarle, para que se haga realidad, y conseguiremos lo que nos hace falta<sup>9</sup>.*

(9) De nuestro Padre, Oración personal, 17-V-1970.

518

29 de septiembre

# SAN MIGUEL, SAN GABRIEL Y SAN RAFAEL, ARCÁNGELES (I)

—La obra de San Miguel es el fundamento que sostiene toda nuestra familia.

—Todos hemos de velar por la felicidad y perseverancia de nuestros hermanos.

—El cariño fraterno, manifestado en hechos concretos, es camino para edificar sólidamente la Obra.

*ESTE es Miguel, uno de los príncipes más importantes, que ha venido en mi auxilio* <sup>1</sup>, reza hoy la Iglesia en la Liturgia de las Horas, al celebrar la festividad de los Arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael. En el Opus Dei les tenemos una devoción que se remonta a muchos años atrás, cuando nuestro Fundador los invocó como Patronos nuestros.

*Eran los primeros días de octubre de 1932 —escribió nuestro Padre—, cuando, haciendo un retiro espiritual en el convento de los Carmelitas Descalzos de Segovia, con un aislamiento completo según era mi costumbre, sin que nadie me acompañara ni me diera conversación o plática alguna, pasaba largos ratos de oración en la capilla donde se guardan los restos de San Juan de la Cruz: y allí,*

(1) *Ad Tertiam*, Ant. 1.

*en esa capilla, tuve la moción interior de invocar por vez primera a los tres Arcángeles y a los tres Apóstoles —cuya intercesión pedimos cada día todos los miembros de la Obra en nuestras Preces—, teniéndoles desde aquel momento como Patronos de las tres obras que componen el Opus Dei* <sup>2</sup>.

En efecto, *las obras de San Miguel, de San Gabriel, y de San Rafael son como tres ramas del Opus Dei, tres manifestaciones apostólicas que vienen a recoger y a ordenar todas las fuentes de nuestro trabajo sobrenatural, en servicio de Dios Nuestro Señor, de la Iglesia Santa y de todas las almas* <sup>3</sup>.

La obra de San Miguel *tiende a dar formación a los Numerarios y a los Agregados y a sostener y a mejorar esa formación, dándoles todos los medios espirituales y doctrinales, que necesitan, para que logre toda su eficacia la dedicación personal que han hecho —por Amor de Dios—, buscando la perfección cristiana y ejerciendo el apostolado en el trabajo de la propia profesión u oficio, en medio del mundo y cada uno en su propio estado* <sup>4</sup>.

La obra de San Miguel es *el fundamento —la fuerza— que sostiene toda nuestra familia* <sup>5</sup>: sobre

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 9.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 5.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 5.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 5.

esta labor se apoyan todas las demás. *Para que muchos conjuguen con toda su plenitud el yo, tú, él, de las labores personales* —escribió nuestro Padre—, *un grupo de mujeres y de hombres entregados, competentes y apostólicos, tienen que conjugar anónimamente el nosotros*<sup>6</sup>.

LA PREOCUPACIÓN por la fidelidad y perseverancia de los miembros de la Obra, y en particular de los Numerarios y Agregados, no es tarea exclusiva de los Directores, sino de todos. *¡Hijos míos!, ¡hijos de mi alma!*, decía nuestro Padre: *no me olvidéis que cada uno de vosotros ha entrado por la puerta, por el amor de Cristo. Sois ovejas del mismo redil y al mismo tiempo, de algún modo, además de ovejas de ese redil, cada uno de vosotros ha de ser también buen pastor de esas ovejas. Y que, si tiene el deber de dejarse conducir y responder por su nombre, tiene también el deber, no menos fuerte, de contribuir a la santidad y ala perseverancia de sus hermanos.*

*Ninguno de vosotros está solo, ninguno es un verso suelto: somos versos del mismo poema, épico, divino. Y a cada uno de vosotros, como a mí, nos interesa que no se rompa esta unidad, esta armonía, unidos como un gran rebaño, como un*

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-DC-1950, n. 100.

*gran ejército, oves et milites Christi, camino de la santidad*<sup>7</sup>.

Por eso, hemos oído a nuestro Fundador insistir a menudo en que el primer proselitismo consiste en ayudar a ser fieles y santos a nuestros hermanos. *Gozo y me lleno de alegría* —explicó muchas veces— *cuando veo que mis hijos tienen un empeño extraordinario que les lleva a ocuparse de los Cooperadores, de los chicos de San Rafael y de todas las almas que pasan a su lado; pero suelo decirles al oído, y a veces a gritos, que el primer deber nuestro es ocuparnos de los Numerarios y de los Agregados. Esto lo he escrito y lo he enseñado, repitiéndolo cientos de veces: porque no basta decir las cosas una sola vez, ni siguiera a los que tienen buena voluntad y la inteligencia clara, como ocurre con todos mis hijos y mis hijas. Hay que repetir cien veces la misma cosa: es la psicología del anuncio. Y aun así nos olvidamos.*

*Por eso he dicho que no creo de ningún modo en el celo apostólico de los que se ocupan con mucho interés de los chicos de San Rafael y de sus amigos, si no veo tanto o más celo en ocuparse de sus hermanos. Y he escrito que, cuando falla en su vocación un Numerario, estoy persuadido de que los que convivían con él, en muchos casos, han cometido una falta que puede llegar a ser pecado*

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 12-111-1961.



*grave: porque no le han ayudado, porque no se han preocupado de él.*

*Hay que mirar, hijos míos, hay que estar atentos. Cuando uno está enfermo, se le nota en la cara, en la mirada, en el modo desganado de hacer las cosas, en la languidez, en la imposibilidad del esfuerzo. Y si sería criminal que nos faltase la caridad y la justicia fraterna para ocuparnos de la vida corporal de nuestros hermanos, más criminal sería que dejásemos en la languidez espiritual, hasta llegar a la muerte, a aquellos hermanos nuestros con los que convivimos. He dicho muchas veces, y ahora lo repito, que no excuso de pecado —que en ocasiones podría llegar a ser pecado grave— a quienes están cerca de un hermano suyo, que se encuentra en estas tristes circunstancias, y no le dan los medios para perseverar. Y no soy exagerado. Soy objetivo <sup>8</sup>.*

*MIGUEL, invicto príncipe de la milicia celestial, fortalece nuestro brazo tembloroso y consérvanos en la gracia de Dios<sup>9</sup>. Con estas palabras que le dirige hoy la Iglesia, acudimos a nuestro Patrono para que nos enseñe a velar por nuestros hermanos con la misma generosa vigilancia que él manifiesta con la Obra.*

(8) De nuestro Padre, Meditación, 28-11-1963.

(9) *Ad Off. lect., Hymn.*

*¿Verdad que el Padre puede estar tranquilo?, exclamaba nuestro Fundador. Porque vosotros (...), en todos los sitios donde estéis, esparcidos por el mundo, bien pegadicos a las Llagas de Jesucristo, impregnados de su Sangre preciosa, sabréis acudir a curar las heridas de vuestros hermanos.*

*Y les diréis al oído, en una charla confidencial encantadora, en una charla del Círculo breve, en una de esas conversaciones que los seglares dan en los retiros, lo que la Obra os ha enseñado maternalmente, pasando por alto vuestros defectos: con la misma entonación, con la misma verdad, con el mismo afán, con la misma ilusión, con la misma Sangre de Cristo que ha acudido a las heridas nuestras para restañarlas, para sanarlas. ¡Qué pronto afluye la sangre en nuestro cuerpo cuando nos hacemos una herida! Así Dios, así esta Madre Guapa, así vosotros acudiréis con vuestra caridad y con vuestro cariño a purificar las heridas de vuestros hermanos.*

*Les diréis que se tienen que querer, que se deben ayudar; que si son flojos, no importa, contarán con la fortaleza de Dios: quia tu es, Deus, fortitudo mea! (Ps. XLH, 2). Poseerán, además, la fortaleza de la humildad, de la debilidad maravillosamente fuerte de sus hermanos limpios y puros, de sus hermanos trabajadores y entregados. Todos seremos fuertes, todos, si vivimos el*

*alter alterius onera pórta te (Galat. VI, 2), si llevamos los unos las cargas de los otros, cumpliendo así la ley de Cristo (...).*

*Hijos míos, ¡qué paciencia se precisa a veces con las almas! Mucha paciencia. En ocasiones, necesitaréis ejercitarla también con algunos hermanos vuestros que presentan un carácter difícil, pero que son muy buenos... Hay que insistir sin miedo: tengo la experiencia de que hay que repetir las cosas. Sobre todo, ¿sabéis cómo la gente suele entender muy bien? Lo conocéis perfectamente, porque es el método didáctico universal seguido con nosotros por nuestros padres y nuestros maestros: cuando querían que cogiéramos bien una idea, nos ponían un ejemplo práctico.*

*Luego para que vuestros hermanos —porque de ellos estamos ahora especialmente hablando— entiendan bien los diversos aspectos del espíritu de la Obra, nada mejor que darles buen ejemplo. ¿Que uno se pone malo, que está cansado, que no acaba de decidirse a matar su soberbia...? Vamos a cuidarle con cariño, a aliviar en lo posible su fatiga, a enseñarle a ser humilde. Ceded de buena gana vuestra opinión en temas que no son capitales, que no afectan a la doctrina de la Iglesia ni al espíritu de la Obra. Sed humildes, dadles la lección del buen ejemplo; pero no así, como vendiéndolo caro, como echándoselo en cara: ¡no, no!;*

*sino con naturalidad, con sentido sobrenatural, por amor de Dios y de aquella criatura que es hermano vuestro.*

*Veréis entonces qué bien se está en nuestros Centros, qué convivencia más agradable, qué modo de ayudarse unos a otros para ser quasi civitas firma (Prov. XVIII, 19), como una ciudad amurallada. ¡Cuánto bien hace esta caridad, que es igual para todos, que es universal! Porque cuando uno marcha a otra Región, de distinta lengua y de distinta raza, se encuentra tan a gusto allí como en la Región de la que es nativo. ¡Qué hermosura!*

*Este es el camino para edificar nuestra gran familia, el modo de actuar cara a Dios, el camino seguro para llegar al Cielo, después de haber sido dichosos en la tierra. Ciertamente aquí abajo siempre hay pequeneces, pero hemos de estar por encima de eso, y levantar los ojos por encima de la dificultad: mirar a Dios, mirarse a sí mismo, y reconocerse capaz de todas las miserias. Entonces, inmediatamente, uno se ve capacísimo de comprender y disculpar las flaquezas de los demás, de paso que les ayuda a superarlas, para que ellos nos ayuden también a nosotros. ¡Y adelante, adelante, por este camino divino que el Señor, por su bondad, nos ha querido marcar en la tierra!<sup>10</sup>.*

(10) De nuestro Padre, Meditación, 28-11-1963.

519

29 de septiembre

SAN MIGUEL, SAN GABRIEL Y  
SAN RAFAEL, ARCÁNGELES (II)

—La variedad de miembros de la Obra, todos con idéntica vocación, es una muestra del amor de Dios.

—Con la obra de San Gabriel, el Señor ha querido mostrar que el matrimonio es un camino divino en la tierra.

—Los Supernumerarios se santifican en el propio lugar de trabajo y en el seno de la propia familia.

EL AMOR de Dios Nuestro Señor por los hombres desborda toda previsión y límite. Y el Opus Dei es una muestra de ese infinito amor. Si con la Obra se han abierto todos los caminos divinos de la tierra a todos los hombres —porque ha hecho ver que todas las tareas nobles pueden ser ocasión de un encuentro con Dios, convirtiendo así los humanos quehaceres en trabajos divinos—, bien os puedo también asegurar —decía nuestro Padre— que el Señor, por la labor de San Gabriel, llama con llamada vocacional a multitud de hombres y de mujeres, para que sirvan a la Iglesia y a las almas en todos los rincones del mundo<sup>1</sup>.

Al celebrar la fiesta de los tres Arcángeles, queremos considerar la variedad y la hermosura de esta

familia sobrenatural que constituimos. *No lo digo por decir* —comentaba nuestro Fundador— *cuando hablo de que la Obra es una familia divina y humana, en la que sucede, como en las familias naturales a las que ha bendecido el Señor con abundancia, que tienen muchos hijos: y hay unos hermanos más altos, otros más bajos, unos más morenos, otros más rubios (...). Y luego están los parientes: unos más próximos, otros más lejanos, y los amigos de la familia.*

*Hijos míos, ocurre exactamente igual en la Obra: los Numerarios, los Agregados y los Supernumerarios; los Agregados y Supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, formamos una sola familia, todos con una sola e idéntica vocación. Y además están a nuestro lado esos parientes a los que queremos tanto: los Cooperadores, algunos con ideas tan distintas de las nuestras, o que vienen de los incrédulos o de los sinfe; y luego, tantos amigos y tantos colegas que de alguna manera participan de nuestra familia (...). ¿No es encantador? Dan ganas —¿veis cómo hacéis oración?— de agradecer al Señor esta maravilla, esta unidad y esta variedad; este parecido tan claro y esta personalidad tan diferente; esta unión tan íntima, y este modo de vivir tan diverso. Considerad despacio esta bondad de Dios<sup>2</sup>.*

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 1.

(2) De nuestro Padre, *Meditación*, 5-III-1963.

Amor de predilección ha tenido el Señor con su Obra, queriéndola abierta para acoger en su seno a multitudes, como El hizo en su paso por la tierra. *Daos cuenta* —escribió nuestro Fundador— *de que el Santo Evangelio nos presenta, a las gentes que rodeaban al Señor, como distribuidas en círculos concéntricos, cada vez más amplios. Por una parte, está ese gentío numeroso del pueblo; más cerca de Jesús, se encuentra la gran multitud de los discípulos, turba discipulorum eius (Xuc. VI, 17); y, más allegado aún, pegado a El, el pequeño grupo de los doce (...).*

*Notad, hijos míos, cómo vivimos nosotros el Santo Evangelio. Las almas que el Señor acerca a su Obra manifiestan diferentes disposiciones de ánimo, presentan muy variadas circunstancias de vida y reciben —en cada caso— una especial vocación de Dios. La distinta variedad de miembros que hay en el Opus Dei tiene por objeto dar a cada uno su lugar concreto, según esa diversidad de situaciones personales*<sup>3</sup>. Todos llamados a la santidad, todos con la misma vocación de entrega total en el Opus Dei, pero en circunstancias que determinan una disponibilidad diferente para las tareas apostólicas y de formación.

HA QUERIDO el Señor que la llamada a la santidad resonara con nueva fuerza en los oídos de todos

los cristianos. Por medio del Opus Dei, ha venido a recordar que todos los estados y situaciones honestas de la vida son aptos para buscar a Dios y para encontrarle; que también el matrimonio —para los que son llamados a este camino— es verdaderamente una vocación divina.

*La mayor parte de mis hijos Supernumerarios* —escribió nuestro Padre— *viven en el estado matrimonial y, para ellos, el amor y los deberes conyugales son parte de la vocación divina. El Opus Dei ha hecho del matrimonio un camino divino, una vocación. Llevo más de treinta años, tratando de meter en el alma de tantas gentes el sentido vocacional del matrimonio; y enseñando —esto no lo digo yo, lo ha definido la Iglesia— que la virginidad, y también la castidad perfecta, es superior al matrimonio, hemos exaltado el matrimonio hasta hacer de él una vocación. ¡Qué ojos llenos de luz he visto más de una vez cuando, creyendo —ellos y ellas— incompatibles en su vida la entrega y un amor noble y tímido, me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!*<sup>4</sup>.

*A nosotros no nos asusta el amor humano, el amor santo de nuestros padres, del que se valió el Señor para darnos la vida. Este amor —decía nuestro Padre— lo bendigo yo con las dos manos. No admito que ninguno de mis hijos deje de tener un*

(3) De nuestro Padre, *Cana*, 29-DC-1957, nn. 6-7.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 10.

*gran amor al santo Sacramento del matrimonio. Por eso, cantamos sin miedo las canciones del amor limpio de los hombres, que son también coplas de amor humano a lo divino; y quienes hemos renunciado a ese amor de la tierra, por el Amor, no somos solterones: tenemos el corazón jugoso.*

*Os digo a vosotros, hijas e hijos míos, que habéis sido llamados por Dios para formar un hogar, que os queráis, que os tengáis siempre el amor ilusionado que os tuvisteis cuando erais novios. Pobre concepto tiene del matrimonio, que es un ideal y una vocación, el que piensa que la alegría se acaba cuando empiezan las dificultades y contratiempos que la vida lleva consigo.*

*Es entonces cuando el amor se enreda, cuando se hace más fuerte que la muerte: forti est ut mors dilectio fCant. VIII, 6). Las torrenteras de las penas y de las contradicciones no son capaces de apagar el verdadero amor: os une más el sacrificio generosamente compartido —aquae multae non potuerunt extinguere caritatem fCant. VIII, 7)— y las muchas dificultades, físicas o morales, no podrán apagar el cariño.*

*Vuestro matrimonio será, de ordinario, muy fecundo. Y, si Dios no os concede hijos, dedicaréis vuestras energías con mayor intensidad al apostolado, que os dará una fecundidad espiritual espléndida. El Señor suele coronar a las familias*

*cristianas con corona de hijos, os he dicho muchas veces. Recibidlos siempre con alegría y agradecimiento, porque son regalo y bendición de Dios y una prueba de su confianza<sup>5</sup>.*

LA VOCACIÓN al Opus Dei como Supernumerario está abierta a todo tipo de personas: *hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, todos pueden caminar por esta vía y hacer un apostolado individual y el apostolado colectivo que se les señale<sup>6</sup>. Basta con que estén dispuestos a llevar el fermento de Cristo a su vida ordinaria, después de haber sido llamados por Dios.*

*Vuestra eficacia, hijos míos —escribía nuestro Padre—, será consecuencia de vuestra santidad personal, que cuajará en obras responsables, que no se esconden en el anonimato. Cristo Jesús, Buen Sembrador, nos aprieta —como al trigo— en su mano llagada, nos inunda con su sangre, nos purifica, nos limpia, ¡nos emborracha! Y luego, generosamente, nos echa por el mundo uno a uno, como deben ir sus hijos del Opus Dei, esparcidos: que el trigo no se siembra a sacos, sino grano a grano<sup>7</sup>.*

Como los demás miembros de la Obra, los Supernumerarios buscan su santificación personal y

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, nn. 53-54.

(6) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 10.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 16.

hacen apostolado en las circunstancias ordinarias de su existencia; entre otras, en el seno de la familia que habitualmente Dios les llama a formar.

Es ésta la principal tarea apostólica de los Supernumerarios. *Vuestro primer apostolado —insistía nuestro Fundador— está en el hogar: la formación que os da el Opus Dei os lleva a valorar la belleza de la familia, la obra sobrenatural que significa la fundación de un hogar, la fuente de santificación que se esconde en los deberes conyugales. Aunque, conscientes de la grandeza de vuestra vocación matrimonial —así: ¡vocación!—, sentís una especial veneración y un profundo cariño hacia la castidad perfecta que sabéis que es superior al matrimonio (cfr. Matth. XIX, 11 ss; I Cor. VU, 25<sup>10</sup>, Conc. Trid., sess. XXIV, can. 10) y, por eso, os alegráis de verdad, cuando alguno de vuestros hijos, por la gracia del Señor, abraza ese otro camino, que no es un sacrificio: es una elección hecha por la bondad de Dios, un motivo de santo orgullo, un servir a todos gustosamente por amor de Jesucristo<sup>8</sup>.*

Un apostolado sin fronteras pueden realizar los Supernumerarios, en sus familias y en la sociedad. Escribió nuestro Fundador: *al ejercitar esa labor apostólica individual, procuráis acercar —a las personas que tratáis— a los medios colectivos de*

*formación espiritual y doctrinal que la Obra organiza —retiros espirituales, conferencias, círculos, etc.— y a la dirección espiritual con nuestros sacerdotes: porque esos medios son eficacísimos —necesarios— para completar la atención de esas almas, que cada uno de vosotros cuidáis, sirviéndoos de vuestra vida profesional, del lugar que ocupáis en el mundo, de vuestra situación familiar; sirviéndoos de todo, porque todo es medio de apostolado<sup>9</sup>.*

A San Gabriel, que anunció a María su vocación de Madre de Dios, encomendamos esta labor espléndida que realiza la Obra. Y pedimos al Señor: *haz que nuestras oraciones asciendan hasta ti, por manos de los ángeles, como el incienso aromático<sup>10</sup>.*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 53.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 16.

(10) *AdVesp., Preces.*

520

29 de septiembre

SAN MIGUEL, SAN GABRIEL Y  
SANRAFAEL, ARCÁNGELES (III)

—La labor de San Rafael, semillero de la Obra, precede, acompaña y sigue necesariamente a todas las labores.

—Es preciso realizar una abundante labor de San Rafael.

—Frutos sobrenaturales de esta labor.

*LA OBRA de San Rafael es el semillero del Opus Dei. Es el medio ordinario, con que cuenta la gracia de Dios —y descuidarlo sería tentar al Señor, obligarle a conceder gracias extraordinarias—, para preparar las futuras vocaciones<sup>1</sup>.*

La necesidad de la labor de San Rafael está grabada en lo más hondo de nuestras almas. Por eso, con la ayuda del Arcángel San Rafael, a quien acudimos hoy con especial confianza, procuramos realizar abundantemente este apostolado básico de la Obra.

*Muchas veces os he hecho notar, hijos míos —son palabras de nuestro Padre—, que no hemos realizado ninguna labor nuestra, entre tantos apostolados del Opus Dei, sin que haya precedido, acompañado y seguido a esa labor la obra de San*

*Rafael. ¡Es algo vital! No sólo porque es, en sí, un apostolado espléndido, sino porque todos tenemos la ilusión de aumentar el número de hermanos en esta gran familia. Para eso hemos de tomar a los chicos jóvenes, con el fin de darles en la primera juventud los medios para la lucha ascética, y les sea así más fácil recibir la llamada de Dios. ¡Hijos míos, esto es para nosotros tan necesario como la respiración!; si no, nos ahogamos, no es posible vivir. Somos una familia cristiana y lo que no podemos hacer es cegar las fuentes de la vida.*

*Padre, me diréis, ¿no hay muchas vocaciones que vienen defuera de esa labor? Sí, hijos míos. Las habrá siempre. Pero el caudal más numeroso debe venir de ahí. Ese es el camino y no hay otro. Insistid en vuestra oración personal, para que el Señor os haga comprender y amar esta realidad; enseñadlo a vuestros hermanos y hermanas. Hemos de pedir a la Santísima Virgen y a los Patronos de esta labor —San Rafael y San Juan Apóstol— la ayuda del cielo para que todos comprendamos la necesidad urgentísima y absoluta, sin excepción de ningún estilo, de comenzar y de continuar —sin una solución de continuidad, sin un vacío— este trabajo apostólico, que es básico y debe reunir todas las características del buen fundamento (...).*

*Vosotros, hijos míos, sabréis repetir esto y mucho más a todos los que vengan detrás, y con más obligación cuando yo muera. Lo he dicho*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 7.

*siempre, tantas, tantas veces (...). Pedid al Señor esas luces que iluminen la inteligencia de vuestros hermanos, de vuestras hermanas, y empujen su voluntad. Y así la Obra tendrá vocaciones en más abundancia aún, porque ahora tenemos ya la posibilidad deformarlos muy bien. Y cuantos más haya, más fácilmente se forman<sup>2</sup>.*

*Sin embargo, aunque deseamos que el Señor promueva muchas y buenas vocaciones, os insisto en que buscamos en primer lugar la mejora espiritual de todas las almas —sin excepción—, que con buena voluntad se acercan a nuestro apostolado.*

*Por esto, no dejamos que se marche nadie, por el hecho de que no de esperanzas de servir para la Obra. Tenemos siempre presente que, aunque sólo algunos recibirán de Dios esta gracia particular, nos interesan todas las almas<sup>3</sup>.*

A LA VISTA de cuanto el Señor espera de nuestra labor apostólica, sentimos la necesidad de acudir a Dios en petición humilde, y lograr de El la fecundidad sobrenatural que desarrolle y amplíe toda la labor de San Rafael.

Ha de ser la nuestra una petición sincera, que vaya acompañada de obras, para que se cumpla lo que

(2) De nuestro Padre, Meditación, 5-III-1963.

(3) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 10.

*pedimos al Señor. Nuestra oración, nuestro clamar: ¡Señor, Señor!, va unido al deseo eficaz de cumplir la voluntad de Dios<sup>4</sup> y acompañada de una dedicación seria, sacrificada, para que la obra de San Rafael realice su cometido y llegue a mucha gente.*

*No caben excusas para atenuar este deber. La obra de San Rafael se hace contra viento y marea, si fuera necesario. ¿Y cómo se comienza esta labor? ¿Como se puede! ¿Y dónde se comienza? ¿Donde se puede! Hijos míos, estamos cansados de hacer la obra de San Rafael en casas de amigos, en hoteles, en dos habitaciones que se alquilan..., ¡de cualquier forma! ¡Pero se hace! Es para nosotros tan imprescindible como respirar, os he dicho antes. ¿Cómo creéis que comencé yo? Comencé en casa de mi madre con tres chicos (...).*

*Hijos míos, nunca dejé de dar un Círculo de San Rafael porque viniera una sola persona, cuando esperaba siete, ocho o nueve. Más de nueve, nunca, porque cuando llegábamos a ese número, más o menos, partíamos el Círculo en dos, para que hubiera afán de proselitismo entre los que asistían (...).*

*Hijos míos, convenceos de que no importan vuestras flaquezas, si lucháis por superarlas. Y, si queréis seguir sirviendo a Nuestro Señor, lucharéis procurando formar a la juventud y tratando*

(4) De nuestro Padre, Meditación La oración de los hijos de Dios, 4-IV-1955.



*de que esa juventud reciba la doctrina: y habrá vocaciones. Esa labor, ese trabajo, os dará fortaleza: para volver, para estar serenos, para seguir luchando. Que muchas cobardías son fruto de la comodidad, de esa desaprensión, de esa insensatez, que algunas veces se nos mete en la vida.*

*Tened iniciativas, con libertad y responsabilidad. Sacad adelante la labor de San Rafael contando con las peculiaridades de unos y de otros, de este país y de aquel otro, siempre dentro del espíritu de nuestro trabajo apostólico*<sup>5</sup>.

SOBRENATURALES son los medios de la labor de San Rafael, sobrenaturales también los frutos de ese apostolado con la juventud, que llegan con abundancia cuando lo hacemos bien: almas jóvenes que encuentran a Cristo en su camino, y se sienten arrastradas a una vida auténticamente cristiana.

*Como primer fruto espiritual de la labor que se hace con los chicos, se consigue que tengan, generalmente ya desde el comienzo, una conveniente frecuencia de sacramentos. Y con el buen aprovechamiento de los medios de la obra de San Rafael, reciben una sólida formación doctrinal, aprenden a ser almas de oración, a vivir en presencia de Dios en medio de los quehaceres ordina-*

(5) De nuestro Padre, Meditación, 5-III-1963.

*rios de cada día, a dar sentido cristiano a su trabajo —intelectual o manual— y a tener espíritu de sacrificio.*

*En una palabra, se les enseña a llevar una vida de piedad recia y honda, a amar de modo singular a la Trinidad Beatísima, a la Santísima Virgen, a la Santa Iglesia, al Papa, a la Obra; y a manifestar —con su conducta— que buscan una unidad de vida, luchando para que sus obras se acomoden a su fe, sirviéndose de su trabajo como medio y ocasión de apostolado*<sup>6</sup>.

Es una renovación de las personas y, a través de ellas, de la sociedad entera. La labor de San Rafael forma a la gente con espíritu abierto, sobrenatural y decidido: cristianos, que conocen lo que vale su fe y cuánto les exige el Señor. *Nuestra obra de San Rafael es un remanso de trabajo generoso y de paz, aun en medio de todos los apasionamientos nacionales e internacionales*<sup>7</sup>.

De esa labor generosa llegarán muchas vocaciones para la Obra. El Señor lo quiere así, y suscita en las almas de muchos, formados al calor del espíritu de la Obra, la aspiración *a una vida de entrega con diversos matices, pero siempre la misma y total*<sup>8</sup>.

Además de los medios sobrenaturales y del trabajo personal necesario, el Señor cuenta también con

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 5.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 1.

(8) De nuestro Padre, *Crónica* VII-62, p. 14.

el tiempo para hacer su labor en las almas. Es necesario tener paciencia, pues *el reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, y duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo. Porque la tierra produce fruto ella sola: primero hierba, después espiga, y por fin trigo maduro en la espiga. Y en cuanto está a punto el fruto, enseguida mete la hoz, porque ha llegado la siega*<sup>9</sup>.

*Hijos míos —insistía nuestro Padre—, meted en vuestro corazón y en los corazones de todos vuestros hermanos el deber inexcusable de esta labor. Ponedla siempre bajo la advocación de Santa María, Sedes Sapientiae, Spes nostra, de San Rafael y de San Juan (...). Este proseütismo es absolutamente necesario para la vitalidad, el desarrollo y la eficacia de nuestra Obra*<sup>10</sup>.

(9) Marc. IV, 26-29.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 5-III-1963.

# Octubre

521

2 de octubre  
ANIVERSARIO  
DE LA FUNDACIÓN DEL OPUS DEI (I)

—Acción de gracias en el aniversario de la fundación del Opus Dei.

—Fortaleza y fidelidad de nuestro Padre para realizar la Obra que Dios le encomendó.

—Renovar la decisión de ser santos.

HOY SE cumple un nuevo aniversario de la fundación de la Obra. En nuestra oración, llena de agradecimiento al Señor y a la Santísima Virgen por este gran regalo que han hecho a la Iglesia y a la humanidad entera, deseamos manifestar los mismos sentimientos que albergaba el alma de nuestro Fundador en otro aniversario semejante. Sus palabras de entonces son ahora el cauce de este rato de conversación con Dios.

*Vamos al primer punto de nuestra meditación. Desde que Tú comenzaste, Señor, a manifestarte a mi alma, a los quince o dieciséis años; desde que a los dieciséis o diecisiete supe ya de algún modo que me buscabas, sintiendo los primeros impulsos de tu Amor, pasaron muchos años... Después de poner yo tantas dificultades, por comodidad y por cobardía —lo he dicho muchas veces, y he pedido perdón a mis hijos—, rompió la Obra en*

*el mundo, aquel 2 de octubre de 1928 (...).*

*Sólo yo sé cómo hemos empezado. Sin nada humano. No había más que gracia de Dios, veintiséis años y buen humor. Pero una vez más se ha cumplido la parábola de la pequeña simiente: y hemos de llenarnos de agradecimiento a Nuestro Señor. Ha pasado el tiempo y el Señor nos ha confirmado en la fe, concediéndonos tanto y más de lo que veíamos entonces. Ante esta realidad maravillosa en todo el mundo —realidad que es como un ejército en orden de batalla para la paz, para el bien, para la alegría, para la gloria de Dios—; ante esta labor divina de hombres y de mujeres en tan diferentes situaciones, de seglares y de sacerdotes, con una expansión encantadora que necesariamente encontrará puntos de aflicción, porque siempre estamos comenzando; tenemos que bajar la cabeza, amorosamente, dirigirnos a Dios y darle gracias. Y dirigirnos también a Nuestra Madre del Cielo, que ha estado presente, desde el primer momento, en todo el camino de la Obra.*

*Hemos de sonreír siempre. Hemos de sonreír en medio de la dureza de algunas circunstancias, repitiendo al Señor: gratias tibi, Deus, gradas tibi! Aprovechad estos momentos de vuestra oración para recorrer el mundo, para ver cómo van las cosas. Es preciso que vivamos la caridad, que impulsemos las labores, que formemos a la gente. Recorred —os decía— todas las Regiones del mundo. Deteneos*

*especialmente en aquella que debe estar más en vuestro corazón; deteneos con hacimiento de gracias, poniendo en actividad, con vuestra oración, a los Santos Angeles Custodios<sup>1</sup>.*

RECORDANDO los comienzos de la Obra, escribíó nuestro Padre: *no me interesaba ser fundador de nada. Siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones: me habéis de entender el sentido en el que afirmo esto, ya que nunca se me ha pasado por la cabeza poner obstáculos al Espíritu Santo, y lo que digo no quiere ser peyorativo para nadie, pues respeto y amo a todos, y todas las antiguas fundaciones, lo mismo que las de los siglos inmediatos, me parecen actuales. Ciertamente nuestra Obra —la Obra de Dios— venía a hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad de almas contemplativas, en medio de, todos los quehaceres temporales, santificando todas las tareas ordinarias de los hombres: amando el mundo, que huía del Creador; poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades terrenas, en las que los hombres están comprometidos.*

*El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños —ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum (Prov. VIH, 30 y 31); jugando en todo tiempo, jugando por el*

(1) De nuestro Padre, Meditación En un 2 de octubre, 2-X-1962.

orbe de la tierra—, viendo en los comienzos mi resistencia y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar —sin ningún fundamento— que podría haber en el mundo instituciones que no se diferenciaban de lo que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada<sup>2</sup>.

Hoy damos gracias, de modo especial, por la fortaleza y fidelidad de nuestro Fundador para llevar a cabo, desde el primer momento, el encargo recibido del Señor. Padre, ¿realmente comenzó la Obra el 2 de octubre de 1928? Sí, hijo mío, se comenzó el día 2 de octubre de 1928. Desde ese momento no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.

Me puse a trabajar, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incomprensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad.

Tenía yo veintiséis años —repito—, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los

hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más.

El Señor dispuso los acontecimientos para que yo no contara ni con un céntimo, para que también así se viera que era El. ¡Pensad cómo hice sufrir a los que vivían a mi alrededor! Es justo que aquí dedique un recuerdo a mis padres. ¡Con qué alegría, con qué amor llevaron tanta humillación! Era preciso triturarme, como se machaca el trigo para preparar la harina y poder elaborar el pan; por eso el Señor me daba en lo que más quería... ¡Gracias Señor! Porque esta hornada de pan maravillosa está difundiendo ya el buen olor de Cristo (II Cor. 11, 15) en el mundo entero: gracias por estos miles de almas que están glorificando a Dios en toda la tierra. Porque todos son tuyos<sup>3</sup>.

LLEGAMOS al tercer punto de nuestra meditación y, en este tercer punto, no soy yo el que os

(2) De nuestro Padre, Carta, 14-IX-1951, n. 3.

(3) De nuestro Padre, Meditación En un 2 de octubre, 2-X-1962.

*propone determinadas consideraciones: sois vosotros quienes habéis de enfrentaros con vosotros mismos, ya que el Señor nos ha escogido para la misma finalidad y, en vosotros y en mí, ha nacido toda esta maravilla universal. Este es el momento en que cada uno debe mirarse a sí mismo, para ver si es o no es el instrumento que Dios quiere: una labor personalísima, una labor íntima y singular de vosotros con Dios.*

*Convenceos, hijos míos, de que el único camino es el de la santidad: en medio de nuestras miserias —yo tengo muchas—, con toda nuestra alma, pedimos perdón. Ya pesar de esas miserias, sois almas contemplativas. Yo lo entiendo así, no considero sólo vuestros defectos: puesto que contra ese lastre reaccionamos constantemente, buscando al Señor Dios nuestro y a su bendita Madre, procurando vivir las Normas que os he señalado. Como una necesidad, vamos a Dios y a Santa María —a nuestra Madre—, tenemos trato constante con ellos; ¿no es esto lo propio de las almas contemplativas?*

*Cuando me desperté esta mañana, pensé que querríais que os dijera unas palabras y debí ponerme colorado, porque me sentí abochornado. Entonces, yendo mi corazón a Dios, viendo que queda tanto por hacer, y pensando también en vosotros, estaba persuadido de que yo no daba todo lo que debo a la Obra. El, sí; Dios, sí. Por eso hemos*

*venido esta mañana a renovar nuestra acción de gracias. Estoy seguro de que el primer pensamiento vuestro, en el día de hoy, ha sido también una acción de gracias.*

*El Señor sí que es fiel. Pero, ¿y nosotros? Debéis responder personalmente, hijos míos. ¿Cómo se ve, cada uno, en su vida? No pregunto si os veis mejor o peor, porque a veces creemos una cosa y no somos objetivos. A veces el Señor permite que nos parezca que andamos hacia atrás: nos cogemos entonces más fuerte de su mano, y nos llenamos de paz y de alegría. Por eso, insisto, no os pregunto si vais mejor o peor, sino si hacéis la Voluntad de Dios, si tenéis deseos de luchar, de invocar la ayuda divina, de no poner nunca un medio humano sin poner a la vez los medios sobrenaturales.*

*Pensad si procuráis agrandar el corazón, si sois capaces de pedirle al Señor —porque muchas veces no somos capaces o, si pedimos, lo pedimos para que no nos lo conceda—, si sois capaces de pedirle, para que os lo conceda, ser vosotros los últimos y vuestros hermanos los primeros; ser vosotros la luz que se consume, la sal que se gasta. Esto hay que pedir: saber fastidiarnos nosotros, para que los demás sean felices. Este es el gran secreto de nuestra vida, y la eficacia de nuestro apostolado (...).*

*Hijos míos, no me quiero alargar. Ayudadme a llenarme de gratitud y de reconocimiento a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo. Y a la*

*Madre de Dios y Madre nuestra, que nos ha concedido sonrisas maternas siempre que las hemos necesitado. Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era, decía gritando, cantando, ¡como podía!, unas palabras que seguramente, si no las habéis pronunciado con la boca, las habéis paladeado con el corazón: ignem veni mittere in terram et quid voló nisi ut accendatur? (Xuc. XII, 49); he venido a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Y la contestación: ecce ego quia vocasti me! (I Sam. ///, 8), aquí estoy, porque me has llamado. ¿Se lo volvemos a decir ahora, todos, a nuestro Dios?*

*Somos sólo una pobre cosa, Señor, pero te amamos mucho, y deseamos amarte mucho más, porque somos hijos tuyos. Contamos con todo tu poder y con toda nuestra miseria. Reconociendo nuestra miseria, iremos como los hijos pequeños a los brazos de nuestra Madre, al regazo de la Madre de Dios, que es Madre nuestra, y al Corazón de Cristo Jesús. Recibiremos toda la fortaleza, todo el poder, toda la audacia, toda la generosidad, todo el amor que Dios Señor nuestro guarda para sus criaturas fieles. Y estaremos seguros, seremos eficaces y alegres, y habremos cumplido —con esa fortaleza divina— la Santa Voluntad de Dios, con la ayuda de Santa María<sup>4</sup>.*

(4) De nuestro Padre, Meditación En un 2 de octubre, 2-X-1962.

522

## 2 de octubre ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DEL OPUS DEI (II)

—Misión de los Angeles en la vida de los hombres.

—Los Angeles Custodios esperan nuestro trato de amistad.

—Modos prácticos de vivir la devoción a los Santos Angeles Custodios.

LA MISA de hoy recoge en el Evangelio estas palabras del Señor: *no despreciéis a ninguno de estos pequeños, porque os aseguro que sus Angeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial*<sup>1</sup>.

El hecho de que el Opus Dei fuese fundado el día en que la Iglesia celebra la festividad de los Santos Angeles Custodios, es una señal clara de que el Señor quiere que acudamos especialmente a su intercesión y los tengamos como aliados en nuestra tarea apostólica. *Dios me enseñó, con el Evangelio del día —predicaba nuestro Padre en una fecha como la de hoy—, a dejarme guiar por los Santos Angeles Custodios y a hacerme como un niño: porque los niños son sencillos, no tienen doblez, y necesitan de su padre, como yo necesito de mi Padre Dios.*

(1) Év. [Matth. XVIII, 10].

***Por sus inspiraciones aprendí que hay que entregarse generosamente a la mortificación y a la penitencia, sabiendo darse de verdad, viviendo con heroísmo: que hay que cortar, si es preciso, una mano, o arrancar un ojo, si escandalizan, si son ocasión de descamino. Con esta claridad de visión, doy gracias al Señor por su Obra<sup>2</sup>.***

Es constante la veneración con que la Iglesia honra a los Santos Angeles Custodios. Necesitamos verdaderamente de ellos; por eso reza el salmo: *mandó a sus Angeles que te guardaran en todos los caminos* <sup>3</sup>. Y comenta San Bernardo: *¡cuánta reverencia deben infundirte estas palabras, cuánta devoción deben inspirarte, cuánta confianza deben darte! Reverencia por su presencia junto a ti, devoción por su benevolencia, confianza por su custodia. Anda siempre con toda circunspección, como quien tiene presentes a los Angeles en todos sus caminos. En cualquier parte, en cualquier lugar, aun en el más oculto, ten reverencia al Ángel de la Guarda. ¿Cómo te atreverías a hacer en su presencia lo que no harías estando yo delante? ¿O dudas acaso de que esté presente porque no lo ves? ¿Qué sería si le vieras? (...). Advierte que no sólo por la vista se comprueba la presencia de las cosas (...). Si consultas a la fe, ella te prueba que no te falta la presencia del Ángel (...). Están presentes para tu bien; no sólo están contigo, sino para tu defensa.*

(2) De nuestro Padre, Homilía, 2-X-1968.

(3) Ps. XC, 11.

*Están presentes para protegerte, están presentes para provecho tuyo* <sup>4</sup>.

En la Obra hemos experimentado patentemente la ayuda de los Santos Angeles Custodios. Cada uno de nosotros, personalmente, ha recibido también tantas veces su ayuda en la vida espiritual, en el apostolado y en tantos pequeños servicios. Sabemos que, en los primeros tiempos de la Obra, nuestro Padre *no tenía dinero —porque todo lo que tenía lo entregaba para la obra apostólica— y no podía, por ejemplo, arreglar el reloj, que le era necesario para llegar a punto a las diversas partes de Madrid donde ejercía su labor de almas. Se encaraba entonces con su Ángel Custodio, y le pedía que le arreglase el reloj; y él reloj —sin milagrerías (...)—se ponía en marcha. Nuestro Padre, con ese motivo, empezó a llamar a su Ángel Custodio el relojerico* <sup>5</sup>.

*Oh Dios —rezamos hoy con la Iglesia—, que con providencia inefable te dignas enviar a tus Santos Angeles para nuestra guarda; concede a los que te imploran que seamos siempre defendidos por su protección, y gocemos eternamente de su compañía* <sup>6</sup>.

***NO ES fácil que yo pueda olvidar aquel sonar de campanas, el 2 de octubre de 1928: las campanas de Nuestra Señora de los Angeles.***

(4) San Bernardo, *Sermo in Psalmo* 90, 12.

(5) *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 19.

(6) Orar.



*Hijos míos, en vuestro trabajo, en vuestra lucha interior, en vuestro caminar por ese camino cuesta arriba y con dificultades, sabed que no estáis solos. Tenéis la gracia del Señor, tenéis la ayuda de nuestra Madre la Virgen Santísima, y tenéis a los Santos Angeles Custodios*<sup>7</sup>.

Desde el primer momento de nuestra vocación, hemos aprendido en la Obra a buscar la amistad y el trato con el Ángel de la Guarda. Nos anima nuestro **Padre: bebe en la fuente clara de los "Hechos de los Apóstoles": en el capítulo XII, Pedro, por ministerio de Angeles libre de la cárcel, se encamina a casa de la madre de Marcos. —No quieren creer a la criadita, que afirma que está Pedro a la puerta. "Ángelus eius est!"—¿será su Ángel!, decían.**

**—Mira con qué confianza trataban a sus Custodios los primeros Cristianos. —¿Y tú?**<sup>8</sup>.

Hemos de mantener con nuestro Ángel una auténtica amistad. Su inteligencia, de distinta naturaleza que la humana y muy superior a ella en perfección, está abierta a nuestras palabras y a nuestra confianza, pero es preciso que —de algún modo— le hagamos saber todo cuanto queremos decirle. Los Angeles no pueden leer en el interior de los corazones. Por esta razón, es necesario que con palabras, deseos interiores u otros signos, manifestemos lo que queremos de ellos.

(7) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

(8) *Camino*, n. 570.

Es opinión común de los teólogos que los cuerpos sociales —naciones, ciudades, corporaciones, etc.—, por su misma relación con la felicidad eterna de los hombres, tienen también un Ángel Custodio, y que todos los tabernáculos donde Cristo está sacramentalmente presente quedan protegidos y custodiados por sus Angeles. La Obra y todos los Sagrarios de nuestros Centros tienen el suyo, y es Costumbre nuestra que, *en el despacho de los Directores locales, haya una representación del Ángel Custodio con las palabras de la Escritura: Deus meus misit angelum suum (Dan. VI, 22). Es una Costumbre que tiene por objeto meter, en el corazón de todos los que gobiernan, y en el de mis hijos todos, una devoción práctica, real y constante, al Ángel Custodio de la Obra, y al de cada Centro, y al de cada uno*<sup>9</sup>.

Hemos de hacernos muy amigos de los Angeles Custodios, pues necesitamos su continua protección. *Aunque somos pequeños y nos resta aún un camino grande y peligroso, ¿qué temeremos teniendo tales guardianes? Ni pueden ser vencidos ni engañados, y mucho menos pueden engañar los que nos guardan en todos nuestros caminos. Fieles son, prudentes son; ¿de qué temblamos? Sigámosles, juntemonos a ellos y perseveraremos bajo la protección del Dios del cielo. Considera cuánta necesidad tienes de esta protección, y de esta custodia en todos tus caminos*<sup>10</sup>.

(9) De nuestro Padre, Meditación En un 2 de octubre, 2-X-1962.

(10) San Bernardo, *Sermo in Psalmo* 90, 12.

¿Qué esfuerzo ponemos para tener verdadera amistad con nuestro Custodio, nuestro compañero en la lucha ascética y en la labor apostólica? *Ten confianza con tu Ángel Custodio, escribió nuestro Padre. —Trátale como un entrañable amigo —lo es— y él sabrá hacerte mil servicios en los asuntos ordinarios de cada día* ".

HABLANDO de la devoción a los Santos Angeles Custodios, decía una vez nuestro Fundador: *Deus meus misit angelum suum. Siento necesidad de explicároslo. Por años he experimentado la ayuda constante, inmediata, del Ángel Custodio, hasta en detalles materiales pequeñísimos. El trato y la devoción a los Santos Angeles Custodios está en la entraña de nuestra labor, es manifestación concreta de la misión sobrenatural de la Obra de Dios* ".

Aliado de nuestra santificación, el Ángel Custodio nos procura una ayuda constante. *Te pasmas porque tu Ángel Custodio te ha hecho servicios patentes. —Y no debías pasmarte: para eso le colocó el Señor junto a ti*<sup>14</sup>. El suple nuestra ignorancia o nuestro descuido, y nos alienta en las dificultades de cada jornada. Nuestra vida transcurre en medio de la calle, en el trabajo y en las ocupaciones propias de cada uno; siempre en continuo trato con compañeros, amigos y

(U) Camino, n. 562.

(12) De nuestro Padre, Meditación En un 2 de octubre, 2-X-1962.

(13) Camino, n. 565.

tantas otras personas, a las que deseamos llevar ese *bonus odor Christi*<sup>14</sup>, característico de la vida cristiana. Sin la compañía del Ángel de la Guarda, nuestra misión sería mucho más difícil: *¿que hay en ese ambiente muchas ocasiones de torcerse?* —*Bueno. Pero, ¿acaso no hay también Custodios?*<sup>15</sup>.

La presencia del Ángel de la Guarda da un tono sobrenatural a nuestra actuación. *Si tuvieras presentes a tu Ángel y a los Custodios de tus prójimos evitarías muchas tonterías que se deslizan en la conversación*<sup>16</sup>. Muchas tentaciones desaparecen acudiendo al Ángel Custodio, pues *no permitirá que seas tentado más allá de tus fuerzas, sino que te llevará en sus manos, para que pases por encima de los tropiezos (...). Todas las veces, pues, que veas levantarse alguna tentación o la amenaza de alguna tribulación, invoca a tu guarda, a tu conductor, al protector que Dios te señaló para el tiempo de la necesidad y de la aflicción (...). No duerme ni dormita, aunque por un poco de tiempo disimule algunas veces, no sea que con mayor peligro te separes de sus manos, si ignoras que ellas te sustentan*<sup>17</sup>.

También para dirigirnos al Señor, es nuestro Custodio valioso aliado: podemos emplear siempre el servicio amistoso del Ángel, porque él contempla la faz de Dios y sabe presentarle nuestras oraciones, nuestros

(14) II Cor. H, 15.

(15) Camino, n. 566.

(16) Camino, n. 564.

(17) San Bernardo, Sermo in Psalmo 90, 12.

buenos deseos, nuestras necesidades... Nuestro Padre nos dice: *gustosamente harían su oficio los Santos Angeles Custodios con aquella alma que les decía: "Angeles Santos, yo os invoco, como la Esposa del Cantar de los Cantares, «ut nuntietis ei quia amore langueo» —para que le digáis que muero de Amor»*<sup>18</sup>.

Los Angeles Custodios son también poderosísimos colaboradores en el apostolado. Comparten con nosotros el afán de acercar las almas a Dios. El Custodio de un amigo es nuestro cómplice en la labor apostólica, porque desea ardientemente santificar a la persona que se le ha confiado. *Sábetelo al menos* —escribe San Bernardo— *que esta alma vive siempre bajo la vigilante tutela de los Angeles, que tienen por ella un amor celoso semejante al de Dios y se preocupan de conservarla intacta*<sup>19</sup>. Entre los medios sobrenaturales que nuestro Padre aconsejaba para la labor de San Rafael, señalaba precisamente el trato habitual con los Custodios: *habéis de procurar ganáros al Ángel Custodio de aquél, a quien queráis atraer, porque el Ángel Custodio es siempre un gran cómplice. — Conozco casos verdaderamente hermosos*<sup>20</sup>.

Al acabar la oración, pedimos hoy con renovado convencimiento: *Madre mía Inmaculada, San José mi Padre y Señor, Ángel de mi guarda: interceded por mí.*

(18) Camino, n. 568.

(19) San Bernardo, *Sermo in Cántico Canticorum* 39, 5.

(20) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 13.

523

## 2 de octubre ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DEL OPUS DEI (III)

- La Obra viene a cumplir la Voluntad de Dios.
- La entraña de la Obra es la santificación a través del trabajo profesional.
- Dios cuenta con nuestra cooperación para hacer el Opus Dei en la tierra.

**CARÍSIMOS:** *En mis conversaciones con vosotros repetidas veces he puesto de manifiesto que la empresa, que estamos llevando a cabo, no es una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios; de la que formamos parte por elección divina —ego elegi vos (Ioann. XV, 16)—, con el fin de que seamos en el mundo imitadores de Jesucristo Señor Nuestro, sicut filii carissimi, como hijos queridísimos (Ephes.*

V, 1)(...).

La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre, *para resolver la situación lamentable de la Iglesia en España desde 1931.*

*Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez*

*primera el día de los Santos Angeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho*<sup>1</sup>.

Celebramos un nuevo aniversario de la fundación del Opus Dei y deseamos vivirlo muy unidos a nuestro Padre, al Padre y a todos nuestros hermanos, agradeciendo al Señor su gran misericordia y el amor inmenso que nos ha manifestado llamándonos a su Obra.

Recordando aquellos momentos de la fundación, decía nuestro Padre: *el Señor quiso poner esta semilla maravillosa de su Obra en el corazón de aquel pobre sacerdote, para que comenzara en la oscuridad, sin ruido, pero decididamente, tozudamente. Porque el Señor —lo dice la Escritura— ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; ha escogido a los flacos del mundo para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que no eran nada, para destruir a las que son (I Cor. I, 27-28); y ciertamente busca también instrumentos que, dentro de su pequeñez, tengan los suficientes defectos para poder sacarles provecho, para que se pueda ver con mayor claridad que la Obra es suya. Yo tenía y sigo teniendo el defecto de las gentes de mi tierra: soy tozudo.*

*Hijos míos, ¿qué voy a deciros en el día de hoy, que es para nosotros día de acción de gra-*

*cías? Que hemos de levantar el corazón al Señor. Yo lo hago con la boca y con el corazón; vosotros ahora, sin ruido de palabras; pero todos hemos de levantar el corazón a Dios Nuestro Señor y decirle: gratias tibi, Deus, gratias tibi! ¡Dadle las gracias con toda el alma!, porque se ha dignado buscarnos como un granito de sal, como un poquito de luz, para poner toda la sal suya, toda la luz suya, y lograr estas maravillas en el servicio de las almas, en servicio de la Iglesia, en todo el mundo*<sup>2</sup>.

*HIJOS míos, al oído me venían aquellas palabras de Isaías, y no es la primera vez: dicite iustum quoniam bene (Isai. III, 10). ¿Qué les diré a mis hijos? ¡Diles que muy bien, que lo están haciendo muy bien! Padre, me preguntaréis, ¿no tengo aquel defecto, y aquel otro? Yo tengo muchos, hijos míos; pero con nuestros defectos, mientras luchemos por quitarlos, somos almas de vida interior, llevamos camino de santidad, somos gratos a Dios y hacemos divinos todos los caminos de la tierra.*

*No hay en el mundo una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar. ¡No hay ningún trabajo que no debamos santificar y hacer santificante y santificador! Esta es*

(1) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-111-1934, nn. 1-7.

(2) De nuestro Padre, *Meditación*, 2-X-1964.

la entraña de la Obra, mis hijos. A la vuelta de dos mil años, hemos recordado a la humanidad entera que el hombre ha sido creado ut operaretur (Genes. 1/, 15), para que trabajara; y nosotros tenemos obligación de trabajar, cada uno donde deba —en su tarea ordinaria en medio del mundo, en su oficio o en su profesión—, con una gran alegría, con un gran entusiasmo, con optimismo; sacando el bien de todo, porque omnia in bonum!, todas las cosas son para bien.

Hijos míos, demos gracias a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, demos gracias a Nuestra Señora. ¡Y abrid el corazón de par en par! El corazón y los brazos: ¡los dos en la Cruz; no un brazo, éste o el otro, los dos! Que en nuestro pecho caben todas las almas, sin distinción de razas, de lenguas, o de fe. ¡Amamos a todas las almas! No hacemos discriminación, no la hemos hecho nunca. Y anhelamos que esta sal y esta luz que Jesús ha puesto en nuestra vida, sirva para dar también la llamarada de luz y el sabor de la sal de Cristo a la vida de todos los hombres (...).

Hijas e hijos míos, hoy es una jornada de alegría. Algunos me preguntaréis: Padre, ¿y aquel 2 de octubre de 1928...? Aquel día, el Señor, en su Providencia, quiso que en el seno de la Iglesia Santa, de la Iglesia Católica que, por ser romana es universal, naciera esta pequeña simiente que

hoy está produciendo frutos en tantos miles de corazones de todas las razas, de tantos países.

Hemos de dar gracias por esto al Señor, gracias a nuestra Madre Santa María, gracias a los Santos Angeles Custodios, que son nuestros cómplices maravillosos en todas las labores de apostolado. Y después mucha humildad, hijos míos, mucha humildad: ¡y mucho amor a la libertad, a la libertad personal de cada uno! Aquí estamos, Señor mío, por una razón muy sobrenatural; para mí, es la más sobrenatural: ¡porque nos da la gana!, ¡porque libremente hemos querido corresponder a tu llamada!<sup>3</sup>.

LA OBRA está saliendo adelante a base de oración, escribía nuestro Padre en 1940; de mi oración —y de mis miserias— que a los ojos de Dios fuerza lo que exige el cumplimiento de su Voluntad; y de la oración de tantas almas —sacerdotes y seglares, jóvenes y viejos, sanos y enfermos—, a quienes yo recurro, seguro de que el Señor les escucha, para que recen por una determinada intención que, al principio, sólo sabía yo. Y, con la oración, la mortificación y el trabajo de los que vienen junto a mí: éstas han sido nuestras únicas y grandes armas para la lucha.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1964.

*Así va —así irá— la Obra haciéndose, creciendo, en todos los ambientes: en los hospitales y en la universidad; en las catequesis de los barrios más necesitados; en los hogares y en los lugares de reunión de los hombres; entre los pobres, los ricos y las gentes de la más diversa condición, para hacer llegar a todos el mensaje que Dios nos ha confiado.*

*Una misión que la Obra se ha lanzado a cumplir derechamente, con generosidad, sinceramente, sin subterfugios ni mecenazgos humanos, sin recurrir —valga el ejemplo— al continuo salto en busca del sol que más calienta o de la flor más rica y vistosa: el sol está en nuestro interior y la labor se realiza —como ha de ser— en la calle, y se dirige a todos.*

*En estos años del comienzo, me lleno de profunda gratitud hacia Dios. Y al mismo tiempo pienso, hijos míos, en lo mucho que nos queda por recorrer hasta sembrar en todas las naciones, por toda la tierra, en todos los órdenes de la actividad humana, esta semilla católica y universal que ha venido a esparcir el Opus Dei.*

*Por eso, sigo apoyándome en la oración, en la mortificación, en el trabajo profesional y en la alegría de todos, mientras renuevo constantemente mi confianza en el Señor: universi, qui sustinent e, non confundentur (Ts. XXIV, 3); ninguno de los*

*que ponen en Dios su esperanza será confundido*<sup>4</sup>.

*Han pasado los años —pocos aún para una institución que ha de durar, con la gracia de Dios, mientras haya hombres sobre la tierra—, y ya se dejan sentir las bendiciones divinas en tantos lugares. De este modo, cada vez resultan más ciertas aquellas palabras de nuestro Padre: tiene hoy la Obra fragancia de campo cuajado (cfr. Genes. XXVII, 27) y —ante la fecundidad de la labor— no hace falta fe, para darse cuenta de que el Señor ha bendecido a manos llenas nuestro trabajo. Hace años que, haciendo oración, con agradecimiento al Señor, cantaba yo a la Obra aquella copla de mi tierra: capullico, capullico, / ya te estás volviendo rosa: / ya se está acercando el tiempo, / de decirte alguna cosa. Hijos míos, hoy tenéis en vuestras manos unas bellísimas rosas, espléndidas, aunque tengan espinas. Este es el momento de no dormirse, de vibrar, para recoger —y entregarla a Jesucristo y a su Iglesia Santa— la cosecha ganada con tanto esfuerzo*<sup>5</sup>.

*La Virgen Santísima, Reina de los Angeles y Madre del Opus Dei, bajo cuyo manto ha nacido y se ha desarrollado la Obra, mantendrá siempre vivo en nuestro corazón el ardiente afán de emplear todas nuestras fuerzas en la realización del Opus Dei sobre la tierra.*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, nn. 32-33.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 9.

524

7 de octubre

## NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

—El Rosario es oración muy querida por la Virgen Santísima.

—Como los enamorados, no nos cansamos de repetir a la Virgen las mismas palabras.

—Contemplar la vida del Señor y de su Madre Santísima en los misterios del Santo Rosario.

POCAS devociones son tan gratas a nuestra Madre del Cielo como el rezo del Rosario, recomendado por Ella misma y por los Romanos Pontífices en innumerables ocasiones. Al celebrar hoy a la Virgen bajo esta advocación, nos maravillamos una vez más ante el favor con que María acoge las súplicas de los cristianos, cuando son respaldadas por el rezo de esta plegaria.

Haciendo eco a esta antigua costumbre cristiana, nuestro Padre nos encareció desde el principio el rezo del Rosario como el mejor camino para llegar a una intimidad filial con Nuestra Señora. *¿Quieres amar a la Virgen? —Pues ¡trátala! ¿Cómo? —Rezando bien el Rosario de Nuestra Señora* <sup>1</sup>.

Con el Rosario pretendemos rendir honor a María Santísima: el honor que le es debido, conforme a la exce-

(1) *Santo Rosario*, prólogo.

lencia de su ser y de su misión; honor singular, honor superior, honor que lamenta no poder jamás igualarse con el que el Señor le ha rendido y que el plan divino, que también descansa sobre Ella, merecería; honor que Ella misma presagió, cuando profetizó que todas las generaciones la llamarían bienaventurada <sup>2</sup>. Oración preferida de la Virgen, el Santo Rosario es plegaria que infaliblemente llega a su corazón de Madre y le hace derramarse en copiosas gracias. *No dejéis de inculcar con todo cuidado la práctica del Rosario* —decía el Papa Pablo VI—, *la oración tan querida de la Virgen, (...) por medio de la cual los fieles pueden cumplir de la manera más suave y eficaz el mandato del Divino Maestro: "pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán"* (Matth. VII, 7).

Vuestro Rosario es una escalera, y vosotros la subís en común, escalón a escalón, acercándoos al encuentro con la Señora, que quiere decir al encuentro con Cristo. Porque ésta es una de las características del Rosario, la más importante y la más hermosa de todas: una devoción que, a través de la Virgen, nos lleva a Cristo. Cristo es el término de esta larga y repetida invocación a María. Se habla a María para llegar a Cristo. Ella lo trajo al mundo: es la Madre del Señor. Nos introduce hasta El si somos devotos suyos <sup>3</sup>.

La Virgen gusta de ser invocada con el rezo del Rosario que, según la etimología de la palabra, es una

(2) Pablo VI, *alloc.*, 11-X-1963.

(3) Pablo VI, *alloc.*, 10-V-1964.

corona de rosas, costumbre encantadora que en todos los pueblos representa una ofrenda de amor y un símbolo de alegría<sup>4</sup>. £5 el modo más excelente de oración meditada, constituida a manera de mística corona en donde la salutación angélica, la oración dominical y la doxología de la Augusta Trinidad se entrelazan con la consideración de los más altos misterios de nuestra fe; en él, por medio de muchas escenas, la mente contempla el drama de la Encarnación y de la Redención de Nuestro Señor<sup>5</sup>.

Meditación de los misterios y oración vocal son los elementos que componen el Rosario. Este modo de rezar exige una atención especialísima por parte del hombre, pues no sólo requiere que procure dirigir su espíritu hacia Dios, sino que se abisme en la meditación de lo que contempla, de suerte que saque de ella normas de buen vivir y alimento de su piedad<sup>6</sup>.

EN EL Rosario practicamos la oración vocal. ¿Qué oraciones más aptas y más divinas podremos hallar? La primera es aquella plegaria que brotó de los labios del mismo Redentor cuando sus discípulos le pidieron: "enseñanos a orar"; es la súplica que contiene todo lo referente a la gloria de Dios y que resuelve todas nuestras necesidades corporales y espirituales. ¿Cómo es

posible que el Padre Eterno no nos socorra y atienda, si usamos las mismas palabras que nos enseñó su Hijo? <sup>7</sup>. Podemos pedir lo que queramos: por una labor apostólica, por un amigo, por una necesidad personal o ajena. Y mientras con la boca recitamos el Padrenuestro y el Avemaria, podemos unirnos de corazón a las intenciones del Padre.

La otra oración es la salutación angélica, que empieza con el elogio del Arcángel Gabriel y de Santa Isabel a la Santísima Virgen, y termina con una súplica piadosa por la que imploramos que la Santísima Señora no nos abandone ahora ni en la hora de nuestra muerte<sup>8</sup>.

Por cariño y delicadeza con nuestra Madre, rezaremos cada avemaria con atención, con íntimo deseo de honrarla. Despacio —nos señala nuestro Padre—. —Mira qué dices, quién lo dice y a quién. —Porque ese hablar de prisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteo de latas.

Y te diré con Santa Teresa, que no lo Hamo oración, aunque mucho menees los labios<sup>9</sup>.

De este modo, la oración vocal nunca es repetición rutinaria de las mismas palabras. ¡Qué lejos del camino de la verdad andan aquéllos que desprecian como fastidiosa esta plegaria, por la constante repetición de las mismas preces! (...). A éstos hay que hacer notar, en primer lugar, que la piedad —lo mismo que el amor— no se

(4) Pío XII, *alloc.*, 16-X-1940.

(5) Juan XXIII, *Litt. ene. Grata recordatio*, 26-DC-1959.

(6) León XIII, *Litt. ene. lucunda semper*, 8-X-1894.

(7) Pío XI, *Litt. ene. in gravescentibus malis*, 29-IX-1937.

(8) *Ibid.*

(9) *Camino*, n. 85.



*cansaderepetirconfrecuencialasmismaspalabras, porque el fuego de la caridad que las inflama hace que contengan siempre algo nuevo*<sup>10</sup>. Es verdad que en el Rosario decimos siempre lo mismo; pero *¿no se dicen siempre lo mismo los que se aman?... ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios? —Además, mira: antes de cada decena, se indica el misterio que se va a contemplar. —Tú... ¿has contemplado alguna vez estos misterios? "*

*DAOS cuenta, hijas e hijos míos, de que tenemos en el Opus Dei pocos actos de piedad a los que hayamos de acudir juntos, y pocas oraciones vocales prescritas para todos. Esto es así porque huimos del anonimato, porque queremos un trato con Dios cara a cara, directo, sin miedo, que es la oración que no se cuaja en ruido de palabras: en conversación de hijo, de hermano, de amigo.*

*Oración, que se expresa frecuentemente en una mirada: mirarle y sentirse mirado; otras veces, en considerar la grandeza de Dios y nuestra pequeñez; otras, en contarle minuciosamente lo que El sabe muy bien, aquello que nos puede y nos debe*

*agobiar, que es gloria suya, que no es interés nuestro, porque El tiene más empeño que nosotros*<sup>11</sup>.

También debe ser personal nuestro modo de considerar los misterios del Rosario. Por eso, nuestro Padre nos dio sólo unas reglas generales. *Se trata de decir diez jaculatorias, una por cada misterio: preferiblemente, cinco por la mañana y cinco por la tarde. Basta una breve consideración del misterio, que dé lugar a unas palabras —con el corazón, internamente—: una jaculatoria, que puede ser un texto de la Sagrada Escritura, una jaculatoria ya conocida, o cualquier otra cosa que venga a la mente y al corazón en aquel momento. No importa que sea siempre lo mismo: lo importante es que hagamos diariamente un poco de oración sobre los misterios del Rosario*<sup>12</sup>.

La contemplación personal es lo que anima el Rosario, lo que hace posible que, con las mismas palabras, cada uno exprese su sentir más íntimo. *El Santo Rosario es como un apretón de manos, como un saludo. La intensidad del apretón de manos depende del cariño que se tenga a la persona. Es una cosa personal*<sup>14</sup>, decía nuestro Padre. El gesto externo es siempre el mismo, pero posee matices diferentes en cada ocasión. Lo mismo sucede con el rezo del Rosario: con palabras iguales, cada uno manifiesta a la Virgen

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 69.

(13) De nuestro Padre, 5-XI-1966.

(14) De nuestro Padre, *Crónica*, 1967, p. 111-112.

(10) Pío XI, Litt. ene. *Ingravescentibus malis*, 29-IX-1937.

(11) *Santo Rosario*, Prólogo.

sus propósitos, su cariño personal de hijo pequeño.

Es una oportunidad que el Señor nos ofrece para acrecentar nuestra vida de contemplativos en medio del mundo; y es, al mismo tiempo, una muestra más del espíritu de libertad que empapa la vida entera de la Obra. Cada uno puede cumplir esta Norma como quiera. Se trata de contemplar las escenas de la vida del Señor y de su Madre. *Contemplándolas, entramos en comunicación íntima de pensamientos y de sentimientos con la doctrina y la vida de Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, que vino a la tierra para redimir, para instruir, para santificar: en el silencio de la vida oculta, hecha de oración y de trabajo; en los dolores de su bendita Pasión; en el triunfo de la Resurrección y en la gloria del Cielo, donde ahora está sentado a la derecha del Padre, siempre asistiendo y vivificando por el Espíritu Santo a la Iglesia que El fundó*<sup>15</sup>.

Contemplación luminosa y rápida de la vida del Señor y de María. Contemplación personal. *Oiremos sus pláticas de familia. Veremos crecer al Mesías. Admiraremos sus treinta años de oscuridad... Asistiremos a su Pasión y Muerte... Nos pasmaremos ante la gloria de su Resurrección... En una palabra: contemplaremos, locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos y cada uno de los instantes de Cristo Jesús*<sup>16</sup>.

(15) Juan XXIII, *Epist. apost.*, 29-IX-1961.

(16) Santo Rosario, Prólogo.

525

## 11 de octubre ANIVERSARIO DEL "NIHIL OBSTAT" DE LA SANTA SEDE

—El Señor guió a nuestro Padre a lo largo de todo nuestro itinerario jurídico.

—La Santa Sede dio en 1943 el *nihil obstat* para la erección diocesana de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

—Con todos sus límites, aquella solución provisional constituyó un gran paso en el camino jurídico de la Obra, por el que damos gracias a la Virgen Santísima.

ESCRIBIÓ nuestro Fundador en una de sus Cartas que el *Opus Dei* es *una novedad, antigua como el Evangelio, que hace asequible a personas de toda clase y condición —sin discriminación de raza, de nación, de lengua— el dulce encuentro con Jesucristo en los quehaceres de cada día. Novedad bien sencilla, como son las nuevas del Señor. Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso —parece que decía—, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cristo.*

***En la historia de nuestro camino jurídico dentro de la vida de la Iglesia, aparece con mucha claridad este juego divino del que os hablo. No he tenido que andar calculando, como jugando al ajedrez; entre otras cosas porque nunca he pretendido averiguar la jugada de otro, para poder dar jaque mate después. Lo que he tenido que hacer es dejarme llevar<sup>1</sup>.***

Hoy agradecemos especialmente al Señor uno de esos hitos de nuestro itinerario jurídico, que tuvo lugar el 11 de octubre de 1943, festividad entonces de la Maternidad divina de María: el *nihil obstat* de la Santa Sede para la erección canónica de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Desde el principio de la Obra, nuestro Fundador se preocupó sobre todo de formar bien a las vocaciones que el Señor iba mandando. Además, *sabía que había de encontrar un estatuto jurídico que fuese su camino y su defensa, protegiendo así el carisma fundacional que había recibido del Señor y que —con su gracia— deseaba transmitir fidelísimamente a sus hijos (...). Por eso, desde 1928 ó 1929, nuestro Fundador pedía ya por la solución jurídica —que sería su intención especial durante muchos años—, aun sin saber exactamente en qué iba a consistir<sup>2</sup>.*

Hablando de los primeros años del Opus Dei,

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, nn. 4-5.

(2) Del Padre, *Tertulia*, 28-XM982.

nuestro Padre afirmaba que *la Obra salió con el deseo de santidad, que es una de las señales de la llamada divina, y con el afán de superarse. No digo la realidad, sino el deseo de ser santos. Estábamos todos muy encendidos, sin una aprobación orgánica de la Iglesia.*

*Comenzaba por no hablar de la Obra a los que venían junto a mí: les ponía a trabajar por Dios, y ya está. Es lo mismo que hizo el Señor con los Apóstoles: si abris el Evangelio, veréis que al principio no les dijo lo que quería hacer. Los llamó, le siguieron, y mantenía con ellos conversaciones privadas; y otras, con pequeños o grandes grupos...*

*Así me comporté yo con los primeros. Les decía: venid conmigo... Y algunos no saben con certeza cuándo pidieron la admisión. Enseguida nacieron los primeros medios de formación, con naturalidad, como una exigencia de la vida misma<sup>3</sup>.*

Así se vivió en la Obra en los primeros tiempos. Nuestro Padre no tenía prisa en obtener la aprobación formal de la autoridad eclesiástica —aunque siempre desarrolló su labor con el aliento y el cariño del Obispo de Madrid, donde la Obra había nacido—, porque en el ordenamiento canónico entonces vigente no existía ninguna figura jurídica adecuada a la naturaleza del Opus Dei. Dócil a la Voluntad de Dios, siempre a la escucha

(3) De nuestro Padre, *Tertulia*, 3-1-1967.

de las inspiraciones del Espíritu Santo, nuestro Fundador trabajaba sin descanso, mientras esperaba lleno de confianza el momento más oportuno para dar los pasos convenientes en el camino jurídico del Opus Dei.

CON EL comienzo de los años 40, la labor de la Obra cobró nuevo auge. Llegaron abundantes vocaciones, que había que formar adecuadamente, y las actividades apostólicas se extendieron por muchas ciudades de España. Por otra parte, el Señor permitió entonces una dura campaña de calumnias contra nuestro Padre y contra la Obra. Para hacer callar a los calumniadores, el Obispo de Madrid-Alcalá, Mons. Eijo y Garay, que conocía bien el origen sobrenatural del Opus Dei y tenía gran veneración a nuestro Fundador, le instó a pedir la conveniente aprobación diocesana escrita, pues la aprobación oral la tenía desde los comienzos mismos de la Obra. Fue así cómo, el 19 de marzo de 1941, el Opus Dei fue aprobado como Pía Unión.

Aquella aprobación no podía resolver todas las dificultades de orden jurídico, aparte de que no cesaron las contradicciones. El número de vocaciones aumentaba constantemente y era preciso proporcionarles una sólida formación doctrinal, así como la específica atención espiritual. Para eso, era indispensable disponer de sacerdotes bien formados en el espíritu del Opus Dei, que pudieran dedicarse a la atención pastoral de sus hermanos y de sus actividades apostólicas en cualquier parte del mundo.

Después de considerar mucho el asunto en la oración, de estudiar y de pedir consejo a personas expertas, nuestro Fundador no llegaba a una solución que permitiese contar con sacerdotes que, procedentes de los miembros laicos del Opus Dei, y sin cambiar su condición secular, quedarán adscritos a la Obra y al servicio de sus apostolados.

Fue el Señor quien le dio esa solución, durante la Misa, el 14 de febrero de 1943: la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Quedaba una tarea por hacer: plasmar la luz recibida de Dios en términos jurídicos. Nuestro Padre preparó la documentación necesaria y envió a Roma a don Alvaro con el encargo de dar a conocer la Obra en la Santa Sede y sondear la posible erección de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. En Roma, donde fue recibido por el Santo Padre Pío XII, don Alvaro encontró una buena acogida.

Como consecuencia de esas perspectivas favorables, en junio de 1943, el Obispo de Madrid pidió ya oficialmente a la Santa Sede el *nilhil obstat* requerido por el derecho canónico para la erección diocesana de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que permitiría la adscripción de los futuros sacerdotes y su completa dedicación a los fines propios de la Obra. La Santa Sede concedió esa autorización el 11 de octubre de 1943, y siete días más tarde, el 18 de octubre, fiesta de San Lucas, lo comunicó al Obispo de Madrid, que inmediatamente lo hizo saber a nuestro Padre. Algunas semanas después, el 8 de diciembre del mismo año, fiesta de la Inmaculada Con-

cepción, Mons. Eijo y Garay procedió a la erección canónica de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Nuestro Padre manifestó siempre su gratitud al Señor por los sucesivos pasos que iba dando la Obra en el camino jurídico, porque palpaba en cada uno de ellos la mano paternal de Dios. El paso que se dio en esta ocasión fue grande: la Santa Sede ponía sus manos sobre la Obra —la *appositio manuum*, como le gustaba repetir a nuestro Padre—, otorgándole un *nil obstat* que en la práctica comportaba una primera sanción pontificia.

También nosotros, al conmemorar un nuevo aniversario de este *nil obstat* de la Santa Sede, nos unimos a la gratitud de nuestro Fundador, cuando recordaba *cómo nos había guiado el Señor, en 1943, haciendo que diéramos unos pasos que han sido providenciales, para arropar a la Obra —criatura nueva— con unas aprobaciones eclesíásticas in scriptis, necesarias para la ordenación de nuestros sacerdotes, y para evitar que la maledicencia, con que algunos se ensañaban contra el Opus Dei, hiciera daño a nuestro camino*<sup>4</sup>.

HABLANDONOS de aquella primera vez que la Santa Sede puso sus manos sobre la Obra<sup>5</sup>. nuestro Fundador nos comentaba años después: *yo era muy joven y vuestro hermano Alvaro, que estaba a mi lado, me dijo: Padre, estará contento, porque maña-*

*na es la Virgen del Pilar. Y yo le contesté: fiesta por fiesta, todas las de la Virgen me conmueven, me parecen estupendas; pero, puestos a escoger, prefiero la de hoy, la Maternidad. No sabía entonces que la Madre de Dios había intercedido por esta Obra de Dios, y se había dado la primera aprobación*<sup>6</sup>.

La solución a la que se llegó en 1943 era provisional y se concretaba en la transformación de una pequeña parte del Opus Dei —los sacerdotes y algunos miembros laicos en preparación para el sacerdocio— en una "Sociedad de vida común sin votos", a tenor de una de las disposiciones del Código de Derecho Canónico entonces vigente, que expresamente señalaba que los miembros de tales Sociedades no eran religiosos. El resto de la Obra —es decir, la inmensa mayoría de los varones laicos y las mujeres, cristianos corrientes— quedaba como una obra propia, unida e inseparable de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Muchas veces repitió nuestro Padre que *el Opus Dei pasaba como una cosa secundaria: como una asociación propia e inseparable de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, cuando la realidad es que ninguna de estas dos partes de nuestra Obra es secundaria. Son principales las dos*<sup>7</sup>.

Eran pasos que costaban a nuestro Fundador, porque sabía muy bien que *no era eso* lo que Dios le había pedido el 2 de octubre de 1928; pero, al mismo tiempo, guiado por el Maestro interior, se daba cuenta de que era

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 5.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 1 I-X-1964.

(6) *Ibid.*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 29-XII-1947/14-IM966, n. 160.

la única manera posible entonces de asegurar la debida atención espiritual a las numerosas vocaciones que el Señor enviaba a su Obra. Ya llegaría el momento de conseguir mejores soluciones. Como escribió en una de sus Cartas, se trataba entonces de estar *dispuestos a ceder* en las palabras, *siempre que en el mismo documento se afirme, de manera precisa, la verdadera substancia de nuestro camino*<sup>8</sup>.

Con su característico buen humor, hablando de las dificultades de nuestro itinerario jurídico, de ese *conceder sin ceder, con ánimo de recuperar*, que guió siempre todos sus pasos, comentaba en cierta ocasión: *cuando se sepa todo, con el transcurso de los años, veréis qué caminos tiene el Señor. Nuestro itinerario va a resultar como el que señala gráficamente la fiebre de un enfermo...*<sup>9</sup>.

Ahora, cuando el Señor ha hecho que la veste jurídica se adapte perfectamente al espíritu de la Obra, mediante la erección del Opus Dei en Prelatura personal, nos maravillamos de los caminos que sigue la Providencia para la realización de sus planes y agradecemos una vez más a la Santísima Virgen su continua protección sobre la Obra, como se puso claramente de manifiesto un día como hoy, hace ya tantos años, cuando la Iglesia celebraba su Maternidad divina.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 14-11-1944, n. 11.

(9) De nuestro Padre, *Tertulia*, 14-11-1962.

526

## 12 de octubre NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

—La advocación mañana del Pilar nos habla de la fortaleza que la Virgen presta a los apóstoles de su Hijo.

—Repetir las jaculatorias que nos enseñó nuestro Padre: *Domine, ut videam!*, *Domina, ut sit!*

—La ayuda de la Virgen en la reevangelización de la sociedad.

*TODAS las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María*<sup>1</sup>. Así se expresa nuestro Padre en una de sus homilías, animándonos a sacar partido de todas las conmemoraciones litúrgicas marianas para aumentar nuestro amor a la Virgen Santísima.

La fiesta de hoy, Nuestra Señora del Pilar, recuerda una de las muchas intervenciones de Santa María en favor de sus hijos. Una antigua tradición, transmitida oralmente desde tiempos remotos, asevera que Santiago el Mayor, uno de los Apóstoles de Jesucristo, fue el primero en llegar hasta los confines occidentales de Europa —el *finis terrae*, la actual península ibérica— para predicar el Evangelio. Los

(1) De nuestro Padre, *Amigos de Dios*, n. 274.

frutos de su dedicación al ministerio apostólico eran escasos. Desalentado, estaba a punto de abandonar la empresa, cuando el Señor quiso que su Santísima Madre —que aún vivía en carne mortal— se le apareciese junto a las orillas del río Ebro: le llenó de ánimos, asegurándole que sus trabajos no quedarían estériles. Para recuerdo de tan memorable intervención, dejó en tierras de Aragón el pilar o columna sobre la que se había aparecido, que se conserva en Su Basílica de Zaragoza.

En esta *historia de una maravillosa advocación mañana, tan ligada al inicio de la evangelización de España*<sup>2</sup>, vemos reflejada la creencia universal de la Iglesia en la eficaz ayuda de la Virgen a los Apóstoles de su Hijo. Así nos la presenta un antiguo escrito atribuido a un Padre de la Iglesia, al narrar la vida de Nuestra Señora después de la Ascensión de Cristo: *era Ella la feliz esperanza de los cristianos de entonces y de siempre; hasta el fin del mundo será Mediadora y fortaleza de los creyentes. Pero entonces su preocupación y su empeño eran más intensos, para corregir y consolidar la nueva ley del Cristianismo, de modo que fuese glorificado el nombre de Cristo (...). Los santos Apóstoles la habían tomado como guía y maestra; le hacían saber cualquier problema que se les presentase, y de Ella recibían propuestas y consejos sobre lo que convenía hacer, hasta el punto de que los que se*

(2) De nuestro Padre, *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Zaragoza, 1976.

*hallaban próximos a Jerusalén volvían para verla*<sup>3</sup>.

Esta es la actitud de nuestra Madre con quienes dedican su vida a la extensión del Reino de Dios: los consuela en sus dificultades, los impulsa al apostolado, los llena de alegría con los frutos que Ella alcanza mediante su intercesión poderosa. Por nuestra parte, hemos de colocar siempre a la Virgen en el corazón de todas las tareas apostólicas, pues —como recuerda nuestro **Padre**— *muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva*<sup>4</sup>.

*Dios todopoderoso y eterno, que en la gloriosa Madre de tu Hijo has concedido un amparo celestial a cuantos te invocan con la secular advocación del Pilar: concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en la caridad*<sup>5</sup>.

LA ADVOCACIÓN de Nuestra Señora del Pilar tiene unas resonancias particulares para los hijos de Dios en el Opus Dei, porque ante esta imagen venerada en Zaragoza rezó innumerables veces nuestro Fundador.

(3) *Vida de María*, n. 99, atribuida a San Máximo el Confesor, en "Testi mariani del primo millennio", Città Nuova, Roma 1989, vol. II, pp. 261-262.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

(5) Misa de Nuestra Señora del Pilar (para algunos lugares), *Oral*.

*La devoción a la Virgen del Pilar —escribió nuestro Padre— comienza en mi vida, desde que con su piedad de aragoneses la infundieron mis padres en el alma de cada uno de sus hijos. Más tarde, durante mis estudios sacerdotales, y también cuando cursé la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza, mis visitas al Pilar eran diarias. En marzo de 1925 celebré mi primera Misa en la Santa Capilla (...). He tenido luego muchas pruebas palpables de la ayuda de la Madre de Dios: lo declaro abiertamente como un notario levanta acta, para dar testimonio, para que quede constancia de mi agradecimiento, para hacerfe de sucesos que no se hubieran verificado sin la gracia del Señor, que nos viene siempre por la intercesión de su Madre<sup>6</sup>.*

Entre los sucesos de la historia de la Obra especialmente relacionados con esta advocación mañana, destaca la oración diaria de nuestro Padre en la Basílica del Pilar, durante muchos años, pidiendo luces a Dios por intercesión de Santa María, para conocer la Voluntad divina. *Desde que sentí aquellos barruntos de amor de Dios* —contaba en una ocasión—, *dentro de mi poquedad busqué realizar lo que El esperaba de este pobre instrumento. Esos barruntos de amor de Dios me llevaron al sacerdocio. Y, entre aquellas ansias, rezaba, rezaba, rezaba en oración continua. No cesaba de repetir: Domine, ut sit!, Domine,*

(6) De nuestro Padre, *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Zaragoza, 1976.

*ut videam!, como el pobrecito del Evangelio, que clama porque Dios lo puede todo. ¡Señor, que vea! ¡Señor, que sea! Y también repetía, con un latín de baja latinidad, pero lleno de confianza hacia mi Madre del cielo: Domina, ut sit!, Domina, ut videam! La Santísima Virgen siempre me ha ayudado a descubrir los deseos de su Hijo<sup>7</sup>.*

También nosotros deseamos conocer muy bien lo que Dios espera de cada uno, para ponerlo inmediatamente en práctica. Si en ocasiones estamos como a oscuras, si no atinamos a descubrir los designios concretos y personales que el Señor abriga para cada uno de sus hijos, el remedio seguro es acudir a la Santísima Virgen, haciendo nuestras una vez más esas jaculatorias que nuestro Padre rezó con gran confianza hasta el final de su vida: *Domine, ut videam!, Domina, ut sit!*

Señor, Madre nuestra: *que veamos con la luz del alma, con claridad, con sentido sobrenatural, las cosas de la tierra: las que nos parecen grandes y las que nos parecen pequeñas, porque todas se engrandecen cuando hay amor y visión sobrenatural. Que veamos con la luz de nuestra inteligencia, con claridad de ideas<sup>8</sup>.*

*A JESÚS siempre se va y se "vuelve" por*

(7) De nuestro Padre, Homilía, 2-X-1968.

(8) De nuestro Padre, 25X11-1975.



*María* <sup>9</sup>, escribió nuestro Padre hace muchos años. Esta realidad puede aplicarse tanto a las personas singulares como a las colectividades. Por eso, el camino para la reevangelización de la sociedad requiere —hoy como hace siglos— la asistencia maternal de Santa María. Una de las tareas apostólicas más necesarias es fomentar la devoción a la Virgen en las personas a quienes tratamos.

Este es el consejo que nos dejó nuestro Fundador en un escrito sobre la Virgen del Pilar: *si se abandonan las numerosas devociones marianas, muestras del amor a Nuestra Señora, ¿cómo lograremos los hombres, necesitados siempre de concretar nuestro amor con frases y con gestos, expresar el cariño, la gratitud, la veneración a la que con su fiat —hágase en mí según tu palabra— nos ha convertido en hermanos de Dios y herederos de su gloria?*

*Si se debilita en el alma del cristiano el trato con María, se inicia un descamino que fácilmente conduce a la pérdida del amor de Dios. La Trinidad Santísima dispuso que el Verbo bajara a la tierra, para redimirnos del pecado y restituirnos la condición sobrenatural de los hijos de Dios; y para que viéramos a Dios en carne como la nuestra, para que admirásemos la demostración palpable, tangible, de que todos hemos sido llamados a ser partícipes de la naturaleza divina (II Petr. I, 4). Y este endiosamien-*

*to, que la gracia nos confiere, es ahora consecuencia de que el Verbo ha asumido la naturaleza humana, en las purísimas entrañas de Santa María.*

*Nuestra Señora, por tanto, no puede desaparecer nunca del horizonte concreto, diario, del cristiano. No es indiferente dejar de acudir a los santuarios que el amor de sus hijos le ha levantado; no es indiferente pasar por delante de una imagen suya, sin dirigirle un saludo cariñoso; no es indiferente que transcurra el tiempo, sin que le cantemos esa amorosa serenata del Santo Rosario, canción de fe, epitalamio del alma que encuentra a Jesús por María.*

*Ahora entendemos el sentido profundo del Pilar. No es, ni ha sido nunca, ocasión para un sentimentalismo estéril: establece una base firme en la que se asienta una norma de conducta cristiana, real y sólida. En el Pilar, como en Fátima y en Lourdes, en Einsiedeln y en Loreto, en la Villa de Guadalupe y en esos miles de lugares que la piedad cristiana ha edificado y edifica para María, se educan en la fe los hijos de Dios.*

*La historia del Pilar nos remonta a los comienzos apostólicos, cuando se iniciaba la evangelización, el anuncio de la Buena Nueva. Estamos todavía en esa época. Para la grandeza y la eternidad de Nuestro Señor, dos mil años son nada. Santiago, Pablo, Juan y Andrés y los demás apóstoles caminan junto a nosotros. En Roma se asienta Pe-*

(9) Camino, n. 495.

dro, con la vigilante obligación de confirmar a todos en la obediencia de la fe. Cerrando los ojos, revivimos la escena que nos ha relatado, como en una carta reciente, San Lucas: todos los discípulos, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración, con María, la madre de Jesús (Act. I, 14).

*El Pilar es signo de fortaleza en la fe, en el amor, en la esperanza. Con María, en el cenáculo, recibimos al Espíritu Santo: de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplaba y llenó toda la casa donde se habían reunido (Act. II, 2). El Paráclito no abandonará a su Iglesia. Nuestra Señora multiplicará en la tierra el número de los cristianos, convencidos de que vale la pena entregar la vida por Amor de Dios*<sup>10</sup>.

(10) De nuestro Padre, *La Virgen del Pilar*, en "Libro de Aragón", Zaragoza, 1976.

527

## 18 de octubre SAN LUCAS EVANGELISTA

- Pedir el parecer de otros es norma de buen gobierno, de prudencia.
- Necesidad de un clima de confianza para desarrollar bien cualquier labor.
- Ser objetivos, viendo los acontecimientos y personas en su verdadero relieve.

LUCAS, médico de Antioquía, buen conocedor de la lengua griega, como atestiguan sus escritos, fue discípulo del Apóstol San Pablo y compañero suyo en numerosos viajes. Es el Evangelista que mejor nos ha dado a conocer la infancia de Jesús. Tanto su Evangelio como los Hechos de los Apóstoles son el fruto de un trabajo llevado a cabo por una persona que busca, inspirada por Dios, la información exacta y verdadera. *Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros —escribe en el prólogo de su Evangelio— (...), me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos, escribírtelo de forma ordenada, distinguido Teófilo, para que conozcas la indudable certeza de las enseñanzas que has recibido* '.

El ejemplo de San Lucas nos recuerda que la

(1) Luc. I, 1-4.

buena información, el conocimiento cabal de todo cuanto entra en nuestra competencia, es imprescindible para santificarnos en cualquier labor. Todos los hombres somos limitados por naturaleza, y precisamos del consejo y ayuda de los demás. Por eso, desconfiar del propio juicio, contrastarlo con otras personas, y especialmente con quienes tienen misión y gracia para aconsejarnos, es siempre una imprescindible norma de prudencia.

En el Opus Dei, esta forma de actuar ha quedado institucionalizada desde hace muchos años. *Está dispuesto que en todas nuestras casas y Centros, en todas nuestras actividades, haya un gobierno colegial, porque ni vosotros ni yo nos podemos fiar exclusivamente de nuestro criterio personal<sup>2</sup>. Me da mucha alegría —escribe nuestro Padre— que améis el gobierno colegial y que tengáis horror a la tiranía. No tiene por qué conceder Nuestro Señor luces a una persona que no ha sabido formar a sus colaboradores. El gobierno colegial es manifestación de humildad, porque significa que cada uno no se fia de su propio juicio<sup>3</sup>.*

El apegamiento al propio criterio y a la propia voluntad es una verdadera enfermedad espiritual, *tanto más perniciosa cuanto más disfrazada está<sup>4</sup>*. Y esto en cualquier labor a que nos dediquemos, lo mismo si

es de mucha responsabilidad como si tiene aparentemente poca importancia. *No os fiéis fácilmente del propio juicio* —repite nuestro Fundador—: *como el metal precioso se pone a prueba —necesita la piedra de toque—, nosotros hemos de ver si nuestro juicio es oro fino —en lo humano y en lo sobrenatural— teniendo en cuenta el parecer de los demás, especialmente de quienes tienen gracia de estado para ayudarnos<sup>5</sup>.*

PARA trabajar según requiere el espíritu de la Obra, es menester que haya a nuestro alrededor un clima de confianza. *No olvidéis esa insistencia mía en la confianza*, repitió nuestro Padre muchas veces: *sólo así se puede ir adelante. Nuestra labor se desarrolla a base de confianza: cum fide, confé<sup>6</sup>.*

Este ambiente de confianza mutua y de cariño fue una característica de la vida de los primeros cristianos, pues la caridad del Espíritu Santo les hacía sentir la gozosa realidad de que formaban parte de una misma familia. San Lucas lo pone de manifiesto en varios pasajes del libro de los Hechos, donde se refleja la vida de la primitiva Iglesia.

Sin una verdadera confianza mutua, en efecto, no hay posibilidad de convivencia y, mucho menos, de

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 28.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 29-K-1957, n. 61.

(4) San Bernardo, *In Pascha sermo* 3,3.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 50.

(6) De nuestro Padre, *Crónica* VIII-66, p. 6.

afanes comunes. *Tened muy en cuenta que, en la Obra, el gobierno funciona a base de confianza. Todos en el Opus Dei tienen con sus Directores una franqueza, fraterna y filial a la vez, sin temores ni recelos; porque saben que sería un gran mal, para sus almas y para la eficacia del apostolado, que —por un falso respeto o por la cobardía de evitarse una reprensión— admitieran un pensamiento de miedosa timidez, ante los que mandan: no tengáis miedo a nada o a nadie, y especialmente no tengáis miedo los Directores, porque esto sería impropio de un hijo de Dios.*

*Si no hay confianza, nacen pronto la inquietud, el desconcierto, la falta de serenidad y de ponderación. Desde el principio, procuré formar a vuestros hermanos en ese ambiente de familia, y también a los chicos de San Rafael que trataba.*

*Acostumbraba decir: más os creo, a cada uno de vosotros, que a cien notarios unánimes, que me afirmasen lo contrario. Y de este modo de actuar se han seguido muchos bienes: para cada uno, para la Obra, para los apostolados que desarrolla. Porque esa confianza es finura de caridad<sup>7</sup>.*

*Cada persona, en la medida en que es responsable de sus actos— y en la Obra todos debemos serlo—, tiene completo derecho a que se confíe en ella: no excluyáis a nadie de vuestra confianza —enseñaba*

*nuestro Fundador—, hasta que se demuestre que no la merece<sup>8</sup>. Es ese clima lo que estimula la responsabilidad y mueve a obrar con lealtad. Y, además, evita que alguien pueda sentirse herido injustamente. Prefiero que me engañe un canalla a que a noventa y nueve personas les haga yo una ofensa. Me he dejado engañar muchas veces, siempre que con eso no perjudicara a nadie. Es preferible eso a mostrar desconfianza a quien no la merece<sup>9</sup>.*

*A esta confianza que nos otorga la Obra, debemos corresponder con un abandono confiado en los Directores: debemos facilitar, a quienes tengan la misión de formarnos, el conocimiento de todas nuestras circunstancias personales, no podemos tener miedo de que sepan cómo somos<sup>10</sup>. De esta manera podrán realizar su tarea con más facilidad y mayor eficacia, podrán hacer mejor el oficio de Buen Pastor que el Padre les ha encomendado; y cada uno de nosotros sabrá de esa alegría profunda y serena que nace de haberse entregado plena y confiadamente como el barro en manos del alfarero<sup>11</sup>, único capaz de convertir una masa de tierra informe —que eso somos cada uno, llenos de flaquezas—, en vasos de santificación<sup>12</sup> para el servicio de Dios.*

(8) De nuestro Padre, Crónica VIII-66, p. 8.

(9) *Ibid.*, p. 9.

(10) De nuestro Padre, Carta, 24-111-1931, n. 41.

(11) *Ierem.* XVIII, 6.

(12) *Rom.* IX, 21.

(7) De nuestro Padre, Carta, 29-DC-1957, n. 53.

PARA servir a Dios con eficacia, necesitamos objetividad, realismo, considerar las cosas como son y a la luz de la Voluntad divina. Nuestro Padre nos recomendaba *estar siempre en la presencia de Dios, para que el Señor, con su luz, evite juicios apresurados, imprudentes, debidos a la superficialidad o al orgullo personal*<sup>13</sup>.

También en este punto, San Lucas es un buen ejemplo para todos los cristianos. Antes de escribir, se informa con cuidado de los hechos que desea narrar, confronta unas fuentes con otras, y ordena adecuadamente su relato para alcanzar la finalidad formativa que se ha propuesto al redactarlo.

Hemos de ser objetivos al enjuiciar una situación, al dar los datos que nos piden, al exponer el estado de nuestra alma, al informar sobre alguna labor o actividad concreta. *No os asuste ver las deficiencias, pero ved también el aspecto positivo* —aconsejaba nuestro Padre—. *Lo que parezca más tremendo en la vida, nunca suele ser tan negro. Por eso os he dicho en más de una ocasión: si sois objetivos, no seréis pesimistas; y si os entrara el pesimismo, deberíais enseguida puntualizar buscando el motivo con humildad, porque así podréis poner remedio y volver a la serenidad y a la esperanza*<sup>14</sup>.

Inspirados por Dios, los evangelistas muestran de continuo su voluntad de ser plenamente objetivos.

(13) Instrucción, 31-V-1936, nota 56.

(14) Ibid., nota 127.

Nos hablan con toda sencillez de los defectos de los Apóstoles y, al mismo tiempo, nos muestran también sus cualidades, su deseo sincerísimo de seguir muy de cerca a Jesucristo. San Lucas, cuando describe acontecimientos tan señalados como el nacimiento de Jesús o el comienzo de su ministerio público, se preocupa de recoger los datos históricos necesarios: época, lugar, nombres de las autoridades civiles y religiosas del momento, fechas...

Para ser objetivos, nuestro Fundador aconsejaba *tomar las precauciones humanamente razonables*, oyendo las dos campanas<sup>15</sup>; es decir, teniendo en cuenta todas las fuentes de datos que sirven para enjuiciar una situación. *Nunca olvidéis, hijos, que no se puede ser justo si no se conocen bien los hechos, si no se oyen tanto las campanas de un lado como las del otro, si no se sabe —en cada caso— quién es el campanero*<sup>16</sup>.

Este deseo de alcanzar la verdad, de juzgar rectamente, nos lleva a vivir con esmero la caridad y la comprensión con nuestros hermanos; a no enjuiciar precipitadamente los hechos; a encontrar siempre una disculpa, porque no conocemos la razón última de sus intenciones. Si nos esforzamos por querer a los demás, irradiaremos confianza y seremos apoyo y fortaleza para las personas que tenemos alrededor. Al

(15) De nuestro Padre, Instrucción, 31-V-1936, n. 39.

(16) De nuestro Padre, Carta, 16-VIM933, n. 9.

reprender, cuando sea necesario, lo haremos con verdadero cariño, porque corregir bien no es cuestión de técnica, sino fruto de un amor sincero que engendra comprensión, rompe barreras e identifica. Y estaremos siempre dispuestos a rectificar nuestra opinión, a valorar las nuevas circunstancias que se presenten. *¿Habéis visto alegría más grande —para mí es una alegría inmensa—, que la alegría de rectificar, la alegría de pedir perdón, la alegría de reconocer: "me equivoqué y cambio de parecer"? ¡Qué bonito es esto! Así seréis, así son mis hijos*<sup>17</sup>.

Santa María, de cuyos labios debió de escuchar el evangelista San Lucas la narración de la infancia de Jesús y tantos detalles de la vida del Señor, nos enseñará a conocer de verdad a quienes nos rodean y a ayudarles con cariño.

(17) De nuestro Padre, Homilía, 26-X-1960.

528

## 28 de octubre SANTOS SIMÓN Y JUDAS, APOSTÓLES

—En nuestro camino de apóstoles encontraremos dificultades.

—Las dificultades en el apostolado son siempre *de ordinaria administración*; no hay que concederles demasiada importancia.

—Las dificultades se superan siempre con la ayuda de Dios y constancia en la labor.

LA VIDA de los Apóstoles de Cristo fue un camino alegre pero sembrado de espinas, una senda marcada en su misma entraña por la Cruz: dificultades, persecuciones, injurias, sufrimientos... *Os entregarán a los tribunales —les había advertido el Señor—, os azotarán en sus sinagogas y seréis llevados ante los gobernadores y reyes por causa mía, para que deis testimonio ante ellos y los gentiles*<sup>1</sup>. Los Apóstoles Simón y Judas, parientes del Señor, cuya fiesta conmemoramos hoy, no fueron una excepción a esta regla. Según cuenta la Tradición, predicaron la doctrina de Cristo en Egipto, Mesopotamia y Persia, llevando la fe a una muchedumbre de personas e *ilustrando al mismo tiempo, con glorioso martirio, el santísimo nombre de Jesucristo*<sup>2</sup>.

El Evangelio viene a recordarnos, para que no

(1) *Matth. X*, 17-18.

(2) Breviario Romano de San Pío V, *Ad Mat.*, L IV.

nos extrañemos cuando lo sentimos en nuestra propia vida, que el apóstol es signo de contradicción entre los hombres. *No es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra*<sup>3</sup>. No debemos admirarnos, por tanto, de que alguna vez, al realizar nuestra tarea apostólica, veamos surgir dificultades y contradicciones. Nos lo advertía nuestro Padre: *os están naciendo en las manos —de esta planta divina que el Divino Sembrador ha sembrado— rosas hermosísimas, que llenan nuestras más profundas aspiraciones de servicio a Dios y a la Iglesia Santa. ¡Qué importa si alguna vez encontramos también espinas!*<sup>4</sup>: son la prueba de que nuestro apostolado es el de Cristo.

Las dificultades en la actividad apostólica pueden provenir del ambiente, de personas, de la escasez de medios. *Hasta los buenos se opondrán a vuestro trabajo*, nos escribía nuestro Padre: **discipuli autem increpabant eos (TVtath. XIX, 13); cuando los niños se acercaban a Cristo Jesús, los discípulos hacían lo posible para que no fueran; se tuvo que imponer el Señor diciendo: sinite párvulos et nolite eos prohibere ad me venire (Matth. XIX, 14), dejadlos que vengan.**

*Algunos os pondrán desde el principio una eti-*

(3) *Ioann. XV, 20.*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1944, n. 19.

*queta, la que se les ocurra: así aprenderéis vosotros a no poner una etiqueta a nadie. Las etiquetas se cambian porque, al pasar el tiempo, lo que parecía que no tiene valor, acaba siendo un tesoro. Y quizá os suceda —en más de una ocasión— lo mismo que me sucedió a mí, cuando sólo tenía juventud y buen humor: rezaba y, no me da vergüenza, lloraba.*

*Pero las contradicciones, soportadas por amor de Dios, traen siempre fecundidad: cuando orabas cum lacrimis... ego obtuli orationem tuam Domino (Tob. XII, 12); cuando orabas con lágrimas, yo —dice el Arcángel a Tobías— presentaba al Señor tu oración. Entonces se hace más realidad el sentido sobrenatural de nuestra entrega, porque se experimenta —en la carne y en el alma— aquella oblación que hemos hecho de nuestras vidas al Señor, que sube a El in odorem suavitatis (Ephes. V, 2)*<sup>5</sup>.

No debemos acobardarnos ante esas dificultades, como no se desalentaron los Apóstoles ante las persecuciones que padecieron. *Con vuestra paciencia —nos exhorta hoy la Iglesia— salvaréis vuestras almas*<sup>6</sup>.

MUCHAS veces, las dificultades —aun siendo objetivas— toman un cariz más acusado por una cierta

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 66.

(6) *Ad Nonam, Ant.*

tendencia a exagerar la magnitud del obstáculo. Contra este enemigo nos ponía en guardia nuestro Padre: *el pesimismo. Pueden padecerlo hombres que se saben hijos de Dios, pero a quienes, si se trata de una contradicción intensa, su soberbia o una especie de espíritu de cuerpo no les deja ver que son ut iumentum. Ya sabéis lo que digo del burro: cuantos más palos recibe, más trabaja. Nosotros hemos de tener tal espíritu que, si alguna vez hay alguna contradicción, no nos desalentemos*<sup>7</sup>.

Hemos de afrontar los obstáculos con serenidad y visión sobrenatural, y entonces quizá descubriremos que no son tan importantes como parecían a primera vista. *¡Dificultades! Las habrá siempre de un tipo o de otro, pero siempre se superan; son cosas de ordinaria administración, que venceréis con vuestro sacrificio, con vuestra oración y con vuestra alegría. Además, no olvidéis que contamos con la gracia de Dios, con el tiempo, con nuestra caridad y con nuestro trabajo. Las cosas cambian, el ambiente madura; y los que criticaban y se oponían, alaban y ayudan.*

*No sufráis si os llaman de cualquier manera: ¡tienen razón! Ha dicho el Señor por San Mateo: unus est bonus: Deus (Matth. XIX, 17); sólo Dios es bueno. A veces, hijos de mi alma, tenéis que acordaros de aquel exiit qui seminat seminare semen suum*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 9-VI-1960.

(Luc. VIII, 5) —*salió el sembrador a sembrar—, y considerar que ese derroche generoso de tirar a manos llenas el oro puro del trigo en las entrañas de la tierra, trae como consecuencia preocupaciones no pequeñas: la lluvia y la sequía, el sol o la niebla, el frío y el calor, todo puede ser perjudicial*<sup>8</sup>.

También encontraremos lógicamente dificultades en la labor de San Rafael. Puede suceder, sobre todo en los comienzos, que la semilla que echamos a manos llenas tarde en fructificar, o bien que las almas no respondan como quisiéramos. Otras veces *son salidas de tono —ellos dicen: meteduras de pata— de una de aquellas criaturas que acuden a nuestras casas, y puede suceder que el Director o la Directora no se hagan con el ambiente: quizá porque tienen una severa preparación y les falta experiencia; o porque es el suyo un trabajo Heno de fatiga, de esfuerzo, de paciencia, de sacrificio, de renuncia y —he de añadir— de profunda humildad. Debéis de estar dispuestos a no manifestaros airados por esas cosas, a pasarlas por alto con una sonrisa.*

*Ya os lo he dicho antes: dad a esos muchachos ocupaciones con responsabilidad, rezad por ellos, tratadlos con cariño y con comprensión —con caridad de Cristo—, y veréis qué cambios: los que eran obstáculo se hacen, en vuestras ma-*

(8) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 67.



*nos, como el barro en manos del alfarero, sicut lutum in manu figuli (Ierem. XVIII, 6), instrumentos fidelísimos* <sup>9</sup>.

Ante las dificultades en el apostolado, cuando se presenten, deberemos permanecer *siempre apacibles, y animosos (...). El éxito o el fracaso está en la vida interior. El éxito está en recibir con sosiego la Cruz de Jesucristo, en extender los brazos abiertos, porque para Jesús como para nosotros la Cruz es un trono, es la exaltación del amor* <sup>10</sup>.

*LA VIDA vuestra, hijos míos, cuando encontráis estos inconvenientes y los lleváis sonriendo con alegría, llenos de una caridad operante y en silencio, se llena de una sabiduría divina: quoniam sapientia aperuit os mutorum et linguas infantium fecit disertas fSap. X, 21). Después veréis cómo esa Sabiduría de Dios abre, a su tiempo, la boca de los mudos y da elocuencia a los que han procurado hacerse como niños.*

*Sé que tendréis siempre muy en cuenta aquel omnes enim filii Dei estis per fidem (Galat. III, 26); todos vosotros sois hijos de Dios por la fe. ¡Qué poder el nuestro! Poder de saberse y de ser hijos de Dios. Y si, a pesar de todo, creéis que el*

*fruto de vuestro trabajo es poco, traed a vuestra memoria las palabras de Isaías: electi mei non laborabunt frustra fIsai. LXV, 23), nunca mis elegidos trabajarán inútilmente.*

*Cada uno debe pensar: graecis ac barbaris, sapientibus et insipientibus, debitor sum (Rom. I, 14); yo tengo esta deuda de caridad y de servicio con el mundo entero, con todos los hombres, con los griegos y con los bárbaros, con los sabios y con los ignorantes. No hemos de desmayar, pues, ante éstas u otras dificultades. No es posible que, por dejadez nuestra, haya quien pueda decir al Señor: quia nemo nos conduxit (Matth. XX, 7), nadie nos ha llamado ".*

Las dificultades deben ser acicate para acrecentar el afán apostólico; nos deben servir para volver con más tesón y con más esfuerzo a las tareas que nos han encomendado, aumentando nuestra fe y nuestra confianza en Dios: nada se pierde de cuanto hacemos por El. Y como un buen Padre, nos ayudará cuantas veces sea preciso. A nosotros nos corresponde sólo *el esfuerzo de alzar la mano, para asirnos a la que Dios —con su gracia— nos tiende desde el cielo* <sup>11</sup>. Hemos de estar bien persuadidos de que todo se vence con la gracia divina. *Siendo instrumentos de Dios lo podemos todo —omnia possum in eo qui me con-*

(9) *Ibid.*

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 30.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 68.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 24.

**fortat/ (Philip. IV, 13): *¡todo lo puedo en Aquel que me conforta!—, porque El ha dispuesto, por su bondad, utilizar estos instrumentos ineptos. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, hacerse disponible, para que Dios cumpla —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora*<sup>B</sup>.**

Con la protección de la Virgen, a quien acudimos siempre con confianza, superaremos todas las dificultades, grandes o pequeñas, que puedan presentarse en nuestro apostolado; y mereceremos oír de Jesús las palabras que dirigía a sus Apóstoles: *cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, vosotros, los que me habéis seguido, también os sentaréis en doce tronos para juzgar a los hijos de Israel* <sup>14</sup>.

# Noviembre

(13) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1932, n. 86.

(14) *Matth.* XIX, 28.

529

1 de noviembre  
TODOS LOS SANTOS

—Celebramos la festividad de todos los que gozan ya de la visión de Dios.

—La Iglesia nos recuerda con esta fiesta que la santidad es asequible a todos.

—Para ayudarnos a alcanzar la santidad, debemos vivir la Comunión de los Santos.

EN UNA de las lecturas de la Misa de hoy, el Apóstol San Juan recuerda una de las visiones que tuvo en la isla de Patmos: *vi otro ángel que subía del Oriente, y llevaba el sello del Dios vivo. Con voz fuerte gritó a los cuatro ángeles a los que se les había encargado hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: no hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de Dios. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel (...).*

*Después de esto — sigue diciendo el Apóstol—, en la visión, apareció una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, vestidos con túnicas blancas, y con palmas en sus manos*<sup>1</sup>. En esta incontable muchedumbre, la

---

(\)L. I (Apoc.vn, 2-9).

Iglesia celebra a hombres y mujeres de toda edad y condición, que murieron en la paz de Dios y gozan ya de la felicidad eterna en el cielo. Su fiesta es particularmente entrañable para los que aún peregrinamos en la tierra, porque entre esa multitud que alaba sin cesar al Señor hay muchos hermanos nuestros, amigos y parientes, dispuestos a interceder por nosotros. *Hoy, queridísimos, con una alegría de solemnidad, celebramos la festividad de todos los santos, de cuya compañía se alegran los Cielos, por cuyo patrocinio se regocija la tierra, con cuyos triunfos es coronada la Iglesia*<sup>2</sup>.

Se nos ofrece hoy una ocasión para acrecentar nuestra esperanza, porque la mayoría de todos esos santos, cuyos nombres desconocemos, fueron personas que procuraron *dedicarse al cumplimiento perfecto de la Voluntad de Dios, sin apartarse de sus quehaceres ordinarios y de la condición y del estado de vida que tenían en el mundo (...) y la Iglesia, a algunas de ellas, las ha elevado a los altares.*

*La inmensa mayoría de esas almas, sin embargo, ha permanecido en la oscuridad, ha pasado en silencio, inobservada, sin que apenas pueda saberse hasta qué punto su vida santa ha sido ejemplo para otras personas y ha contribuido a manifestar la santidad de la Iglesia*<sup>3</sup>.

Nos sentimos animados ante el espectáculo que

(2) San Beda, *Sermo 18 de Sanctis*.

(3) De nuestro Padre, *Cana*, 11-III-1940, n. 23.

nos ofrece San Juan, y nuestros deseos de fidelidad y de santidad se encienden con ardor nuevo. *¡Qué glorioso es el reino en el que todos los santos se alegran con Jesucristo y, vestidos con estolas blancas, siguen al Cordero dondequiera que va!*<sup>4</sup>. También nosotros esperamos estar algún día junto a ellos, unidos para siempre con nuestros hermanos en la bienaventuranza del Cielo, adorando a Dios, y diciéndole: *la bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza pertenecen a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén*<sup>5</sup>.

*NOS HAS redimido con tu Sangre, Señor Dios, de toda tribu y lengua y pueblo y nación, y nos hiciste un reino para nuestro Dios*<sup>6</sup>.

Todos los cristianos estamos llamados a vivir plenamente las exigencias de la caridad. Lo vemos hecho realidad en la multitud cuya festividad celebramos hoy, hombres y mujeres que vivieron santamente en la tierra, muchos de ellos desconocidos del mundo, aunque no **de Dios**, porque *todos los bautizados, aun permaneciendo en su normal vida de trabajo en medio del mundo, pueden y deben santificarse y ser levadura poderosa de vida cristiana (cfr. I Cor. V, 6)*<sup>7</sup>.

(4) *Ad II Vesp., Ant. ad Magn.*

(5) *L I (Apoc. VII, 12).*

(6) *Ad II Vesp., Ant. 3.*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 23.

Se trata de una doctrina que Jesucristo dejó bien patente en el Evangelio: *sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*<sup>8</sup>. Una antigua enseñanza, que la Obra —como parte de la providencia de Dios en el cuidado de su Iglesia Santa y en la conservación del espíritu del Evangelio<sup>9</sup>— está recordando a todos los cristianos desde 1928. *Lo que el Señor quiere es que cada uno de vosotros, en las circunstancias concretas de su propia condición en el mundo, procure ser santo: haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra (I Thes. IV, 3); ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Santidad escondida muchas veces —sin brillo externo—, diaria, heroica: para corredimir con Cristo, para salvar con El las criaturas, para ordenar con El las cosas humanas.*

*Dios quiere servirse de vuestra santidad personal, buscada según el espíritu de la Obra, para enseñar a todos, de una manera peculiar y sencilla, lo que ya vosotros bien sabéis: que todos los fieles, incorporados a Cristo por el bautismo, están llamados a buscar la plenitud de vida cristiana*<sup>10</sup>.

El Evangelio nos concreta algunas exigencias de la **santidad**: *bienaventurados los pobres de espíritu*—dice el Señor a aquella muchedumbre que le escuchaba y a los hombres de todos los tiempos—, *porque de ellos es el rei-*

(8) *Matth.* V, 48.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 25.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 25.

*no de los cielos (...). Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*<sup>11</sup>. Las bienaventuranzas nos delinear el sendero que debemos seguir para ser santos. Un camino que discurre normalmente entre las cosas **del mundo, ya que la llamada a la santidad es universal en concreto y no exclusiva de unos pocos, ni de un estado de vida determinado, ni condicionada en general por el abandono del mundo: que cualquier trabajo, cualquier profesión, puede ser camino de santidad y medio de apostolado**<sup>12</sup>.

¡Qué alegría pensar en todos los santos del Cielo! Fueron como nosotros: con los mismos problemas y dificultades, con idénticas esperanzas, con iguales flaquezas. Si luchamos como ellos y somos fieles, podremos escuchar de labios del Señor, al final de nuestra vida, estas palabras tan consoladoras: *venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*<sup>13</sup>. Mientras tanto, roguemos con la Iglesia: *oh Dios, fuente de santidad, que has hecho refulgir las multiformes maravillas de tu gracia en los santos, concédenos que podamos celebrar con ellos tu grandeza*<sup>14</sup>.

**HAY MUCHAS** *almas alrededor de vosotros, y no tenemos derecho a ser obstáculo para su bien*

(11) *Ev. (Matth. V, 3-8).*

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 26.

(13) *Matth.* XXV, 34.

(14) *Ad Laudes, Preces.*

*espiritual. Estamos obligados (...) a ser santos, a no defraudar, no sólo a Dios por la elección de que nos ha hecho objeto, sino también a todas esas criaturas que tanto esperan de nuestra labor apostólica*<sup>15</sup>.

No estamos solos en nuestro camino de santidad: nos encontramos unidos a todos los cristianos —a los que triunfan ya en el Cielo, a los que se purifican en el Purgatorio y a los que peregrinan en la tierra— por una corriente de caridad que vivifica a los miembros de la Iglesia: la Comunión de los Santos. *Un cristiano no puede ser individualista, no puede desentenderse de los demás, no puede vivir egoístamente, de espaldas al mundo: es esencialmente social, miembro responsable del Cuerpo Místico de Cristo*<sup>16</sup>.

*Comunión de los Santos. —¿Cómo te lo diría? —¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la Comunión de los Santos para el alma*<sup>17</sup>. Tenemos obligación de vivirla especialmente con nuestros hermanos en la Obra: comunión de oraciones y de sacrificios, de intenciones y de afectos, que se funden y compenetran al unirse a las intenciones y deseos del Padre. *Vivid una particular Comunión de los Santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora del trabajo profesio-*

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 24-11-1931, n. 57.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n.37.

(17) *Camino*, n. 544.

*nal, la alegría y la fuerza de no estar solo*<sup>18</sup>.

Comunión de los Santos en la oración de unos por otros, desgranando a lo largo del día muchas oraciones para que la gracia acuda a restañar las heridas o a fortalecer al que más lo necesite. Se repetirá así, muchas veces, esa grata experiencia que nos narra nuestro Padre. *Hijo: ¡qué bien viviste la Comunión de los Santos, cuando me escribías: "ayer «sentí» que pedía usted por mí!"*<sup>19</sup>.

La generosidad en la penitencia y en la mortificación, ofrecida por el Padre, por nuestros hermanos, por las labores apostólicas, se verá estimulada si consideramos esta comunicación invisible de bienes espirituales. *Si sientes la Comunión de los Santos —si la vives—, serás gustosamente hombre penitente. —Y entenderás que la penitencia es "gaudium, etsi laboriosum" —alegría, aunque trabajosa—, y te sentirás "aliado" de todas las almas penitentes que han sido, son y serán*<sup>20</sup>.

El trabajo mismo de cada día contribuirá a que la vida divina se difunda en las almas de nuestros amigos y de otras personas que ni siquiera conocemos. *Así haremos ver que la Santa Iglesia —trabajando nosotros y enseñando a los demás a trabajar fraternalmente, lealmente, codo con codo con todos los hombres— es una realidad viva, que vive*

(18) *Camino*, n. 545.

(19) *Camino*, n. 546.

(20) *Camino*, n. 548.

*especialmente por sus santos, que nunca faltan en alguna parte de este Cuerpo Místico* <sup>21</sup>.

La Virgen, *Regina Sanctorum omnium*, nos ayudará a despertar en el corazón de todos los hombres esta universal exigencia de santidad, que es presupuesto de nuestro afán apostólico y de nuestra tarea corrientora en medio del mundo.

(21) De nuestro Padre, *Cana*, 11-III-1940, n. 7.

530

## 2 de noviembre CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

—Las almas benditas del Purgatorio se purifican para gozar de Dios.

—Podemos aliviar sus penas con nuestros sufragios.

—Especial deber de piedad con nuestros difuntos.

LA IGLESIA dedica hoy sus oraciones a nuestros hermanos difuntos. Es una verdad consoladora saber que, después de la muerte, no se rompen los lazos con quienes fueron nuestros compañeros de camino. Hasta que vuelva el Señor al fin del mundo, nos recuerda el Magisterio de la Iglesia, *unos están peregrinando en la tierra, otros se están purificando después de haber acabado esta vida, y otros gozan de la gloria (...). Pero todos, aunque en grado y de manera diferente, comulgamos en la misma caridad de Dios y del prójimo* <sup>1</sup>. Por esta razón, así como ayer nos alegrábamos al celebrar la multitud de bienaventurados del Cielo, hoy dedicamos nuestro recuerdo a quienes se purifican en el Purgatorio, *porque es santo y bueno el pensamiento de orar por los difuntos, para que se les perdonen los pecados* <sup>2</sup>.

(1) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 49.

(2) *In II Missa, L. I (II Mach. XII, 46)*.

La situación de estas almas es de sufrimiento y gozo al mismo tiempo. Si su tormento es grande, también su alegría es inimaginable. Dolor y felicidad se entretejen misteriosamente en el Purgatorio. La razón de esa alegría es su amor a Dios y la certeza de su salvación: han ganado la batalla, han decidido su destino para siempre. Son hijas e hijos de Dios que están a un paso de la gloria; por eso la tradición cristiana les llama  *benditas almas del Purgatorio*.

Hasta las mismas penas son allí fuente de alegría, porque las almas aceptan ese sufrimiento plenamente entregadas a la Voluntad divina. Con amor encendido, aunque todavía imperfecto, adoran el misterio de la santidad y justicia de Dios. Aman su propio dolor porque quieren purificarse, reparar las ofensas a su Señor. Consideran felicidad y bienaventuranza grande la posibilidad de esa dolorosa transformación, y en medio del sufrimiento están llenas de paz.

Una doble relación existe entre las almas del Purgatorio y nosotros, fruto de la Comunión de los Santos que nos une. Nosotros podemos ayudarles a salir pronto de aquel estado. *Me levantaré, pues, en su ayuda* — dice San Bernardo—; *interpelaré con gemidos, imploraré con suspiros, intercederé con oraciones, satisfaré con sacrificios, para que (...) Dios juzgue y convierta el trabajo en descanso, la miseria en gloria (...). Con éstos y otros oficios semejantes puede liquidarse su penitencia, desaparecer su trabajo, terminar su pena*<sup>3</sup>.

(3) San Bernardo, *Sermones varios*, 42, 6.

También ellas podrán interceder por nosotros. *Las ánimas benditas del purgatorio. —Por caridad, por justicia, y por un egoísmo disculpable —¡pueden tanto delante de Dios!— tenias muy en cuenta en tus sacrificios y en tu oración.*

*Ojalá, cuando las nombres, puedas decir: "Mis buenas amigas las almas del purgatorio..."*\*

HEMOS de ayudar a las almas del Purgatorio, como lo hace la Santa Madre Iglesia: aligerar su pena con nuestras oraciones y con afanes y realidades de reparación abundante.

Los sufragios en favor de ellas son un deber de caridad y, en muchos casos, de justicia. La Iglesia pide hoy insistentemente: *dales, Señor, el descanso eterno y brille sobre ellos la luz eterna*<sup>5</sup>. Es una oración grata a Dios, que desea aumentar el número de los bienaventurados. *Oh Dios, que quisiste que tu Unigénito, vencedor de la muerte, entrara glorioso en tu Reino celestial; te pedimos por tus hijos difuntos para que, vencedores también de la muerte, puedan contemplar para siempre a su Creador y Redentor*<sup>6</sup>.

Junto a la petición pública de la Iglesia, los fieles suman sus oraciones privadas; por ejemplo, como nos ha enseñado nuestro Padre, añadiendo al rezo del

(4) *Camino*, n. 571.

(5) *In II Missa, Ant. ad Intr* (cfr. IV Esdr. II, 34-35).

(6) *In III Missa, Orat.*



Rosario un Padrenuestro por las benditas almas del Purgatorio; con la recitación de un responso por los difuntos, con jaculatorias...

***Yo me imagino el Purgatorio —dijo alguna vez nuestro Padre— de una manera que no será muy teológica, pero que a mí me sirve y me llena de piedad. Me lo imagino como un lugar donde las almas, que necesitan purificarse de sus pecados antes de entrar en el Cielo, llegan y se ponen en cola: más cerca de la salida las que tienen menos que reparar. Y cuando llega un sufragio, se les aplica a todas por igual. ¿Por qué tiene que ir antes al Cielo el alma de uno que ha dejado mucho dinero para misas, mientras que la de una persona pobre se queda allí esperando, porque no tiene a nadie que ofrezca sufragios en la tierra? Prefiero pensar que el Señor reparte los sufragios entre todos, y que todas las almas del Purgatorio dan juntas un paso hacia la salida. Esto me parece más de acuerdo con la misericordia de Dios***<sup>7</sup>.

De todos los sufragios que podemos ofrecer, el más valioso es el Santo Sacrificio del Altar. Es dogma de fe que la Misa puede aplicarse por los difuntos<sup>8</sup>, para satisfacer la pena temporal debida por los pecados. La Iglesia, deseosa de que esos hijos suyos lleguen

cuanto antes al Cielo, permite hoy a todos los sacerdotes celebrar tres veces el Santo Sacrificio. Con amor de Madre, dispone además que del tesoro de gracias que posee —formado por los méritos de Cristo, de la Santísima Virgen y de los Santos—, puedan los fieles ganar indulgencias y aplicarlas también por los difuntos.

La penitencia personal, con lo que tiene de expiación por los pecados, puede ofrecerse igualmente en beneficio de los difuntos. La esperanza de que Dios atienda nuestros sufragios en favor de las almas del Purgatorio, se alimenta en la fe de que cuantos estamos unidos con Cristo formamos en El un solo Cuerpo.

*RECIBE, Señor, con bondad, las ofrendas que te presentamos por todos los que descansan en la paz de Cristo; que por este sacrificio, libres ya de la muerte, alcancen la vida eterna*<sup>9</sup>. A la hora de cumplir con el piadoso deber de rezar y ofrecer sufragios por los difuntos, hemos de tener especialmente presentes a nuestros hermanos en la Obra, ya que formamos una familia de vínculos sobrenaturales, más fuertes que los de la sangre, y que perdura más allá de la muerte.

En muchas ocasiones, nuestro Padre nos habló de aquellos mártires que dirigían su oración a Dios diciendo: *Señor, cuarenta hemos entrado en la batalla,*

(7) De nuestro Padre.

(8) Cfr. Concilio de Trento, sess. XXII, Decr. *De Ss. Missae sacrificio*, can. 3.

(9) *In 111 Missa, Orat. super oblata.*

*cuarenta coronas te pedimos. Nosotros —nos decía— debemos hacer esa oración de los cuarenta mártires. Yo les tenía mucha devoción, e incluso pensé hacer una fiesta de la Obra el día de esos santos. Pero no tenemos vocación de mártires (...). Mi devoción a aquellos mártires se refiere a su perseverancia corporativa, a su amor fraterno y al cariño con que rezaban unos por otros*<sup>10</sup>. La fraternidad y el cariño que nos unen en la tierra, se manifiestan en el propósito de poner los medios para que todos nuestros hermanos alcancen la santidad, el Cielo. Queremos llegar allí todos juntos, sin que falte uno solo. Si en la tierra rezamos y nos mortificamos unos por otros, hemos de hacerlo también por los que descansaron en el Señor, especialmente en el día de hoy. *Te pedimos humildemente —rezamos en la Misa— que tus siervos difuntos, purificados por estos misterios pascuales, participen ya en la gloria de Cristo resucitado*".

Nuestro Padre dispuso la celebración de sufragios cuando fallece algún hermano nuestro, y a lo largo del mes de noviembre ha querido que se ofrezcan un elevado número de Misas y de oraciones por los miembros de la Obra difuntos, por nuestros padres y nuestros bienhechores. Durante todo este mes, tendremos una especial ocasión de vivir esa unidad en la tierra, en el Purgatorio y en el Cielo. El cariño que tuvi-

mos a los que ya nos dejaron, sigue vivo después de la muerte. Por eso acudimos a visitar sus tumbas, donde yacen sus cuerpos en espera de la resurrección universal, y rezamos allí por su eterno descanso. Fueron fieles hasta el último momento, y el Señor les habrá recibido en su Gloria.

A la Virgen, que es *Ianua Coeli*, pedimos que estén abiertas las puertas del Cielo para quienes nos dejaron; y que, algún día, nos reunamos todos allí, ya para siempre.

(10) De nuestro Padre, Obras, 1967, pp. 307-308.

(11) *In II Missa, Postcom.*

531

### 3 de noviembre SAN SEVERINO, MÁRTIR

—Hay *un solo puchero* en el Opus Dei, un mismo espíritu para todos los miembros de la Obra.

—La unidad jurídica de la Obra.

—La unidad moral es unión de corazones, afectos e intenciones.

EN EL Opus Dei *estamos consummati in unum* (Ioann. XVII, 23): *tenemos un breve denominador común, que es la doctrina de la Iglesia y, dentro de ella, el espíritu característico de la Obra y la manera peculiar de ejercitar el apostolado en medio de la calle, buscando la santidad personal y la de todos los que nos rodean; y un numerador amplísimo, un mar sin orillas, conforme siempre a la geografía y al tiempo, en el que las diversas opiniones son y serán constantemente prueba de buen espíritu, manifestación patente de que —en el Opus Dei— no hay tiranos ni esclavos* <sup>1</sup>.

Al celebrar hoy la misa de San Severino Mártir, cuyas reliquias se guardan en el oratorio de San José, en Villa Tevere, la Obra entera medita la maravillosa

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 27.

realidad de nuestra unidad, que es condición de vida y de eficacia.

Nos une en primer lugar el espíritu que Dios ha querido para nosotros, la misma vocación a la santidad y al apostolado que todos hemos recibido. *Cada uno de nosotros* —resume nuestro Padre— *hace la consecratio mundi con una dedicación personal al servicio del Señor y, por El, al servicio de todas las almas sin exceptuar ninguna*, en el ejercicio de la propia profesión u oficio, en medio del mundo, *al que amamos*, cada uno en su propio estado <sup>2</sup>. Una vocación común que se manifiesta en una fisonomía espiritual bien precisa. *Al suscitar el Señor su Obra, nos ha dado una ascética, un espíritu plenamente secular y unos medios que no son como una adaptación de los métodos de las familias religiosas, sino específicos para nuestra situación en medio del mundo, que dan al Opus Dei una fisonomía espiritual propia* <sup>3</sup>.

Para darnos a entender de modo gráfico esa unidad espiritual, nuestro Fundador nos escribió: *es nuestra Obra, hijos míos, una familia sana, porque todos aspiramos —fieles a la común vocación al Opus Dei, que hemos recibido, igual los seglares que los sacerdotes— a la santidad propia de la vocación cristiana. Una familia sana no necesita más que un puchero —nadie tiene*

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 19-III-1954, n. 10.

(3) De nuestro Padre.

*especiales regímenes de comida—, porque en la familia donde hay un enfermo tienen que hacerse distintas comidas. Para la vida espiritual de los miembros de la Obra, no tenemos más que un solo aumento, un mismo espíritu: un solo puchero. El Opus Dei pide a todos sus miembros —sean o no sacerdotes— que tengan alma verdaderamente sacerdotal, y para eso les alimenta con un mismo espíritu ascético y apostólico<sup>4</sup>.*

Esta identidad de espíritu, por encima de cualquier diferencia nacional, social, cultural, etc., es uno de los pilares que sustentan la unidad de la Obra. En cualquier circunstancia, estado o situación, las Normas y Costumbres de nuestro plan de vida alimentan nuestros deseos de santidad y hacen posible que todos formemos un cuerpo vivo y sano, en constante crecimiento.

LA UNIDAD espiritual de la Obra se confirma hasta visiblemente por un resello característico, la unidad jurídica, que con la configuración como Prelatura personal —la intención especial de nuestro Fundador, por la que rezó ya desde el comienzo de la Obra— ha quedado más reforzada. En efecto, como otras estructuras eclesiales —jerárquicas, jurisdiccionales de tipo secular, la Prelatura del Opus Dei está integrada por una porción del Pueblo de Dios, en la que se encuentra representada la gran

*variedad de miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Como reflejo de la estructura de la Iglesia, en la Prelatura el sacerdote y el laico, el sacerdote y el laico común se hallan íntimamente unidos y mutuamente se exigen y complementan, para realizar todos —en unidad de vocación y de régimen— el fin de la Obra<sup>5</sup>.*

En la Bula *Ut sit*, por la que el Santo Padre Juan Pablo II erigió la Obra en Prelatura personal, se afirma explícitamente que el Señor ha querido el Opus Dei como *un organismo apostólico compuesto de sacerdotes y de laicos, tanto hombres como mujeres, que es al mismo tiempo orgánico e indiviso<sup>6</sup>*. Hoy es una buena ocasión para dar gracias a Dios por haber hecho tan hermosa a la Obra y por la fortaleza que otorgó a nuestro Fundador para defender los rasgos esenciales del Opus Dei, en momentos difíciles de su historia. *El camino de la unidad jurídica* —nos decía— *lo he querido vencer por amor a Jesús, por amor a mi Madre la Iglesia Romana, por amor a mi Madre Guapa la Obra, por amor a mi salvación, por amor a mis hijos en el Opus Dei. Ahí os he dejado escrito, en el Cortile Vecchio, en un pedazo de mármol, que lo leerán durante siglos vuestros hermanos, el recuerdo... Pero el Opus Dei, firme, compacto y seguro, se fortalecía y dilataba. ¡Firmes! ¡Compactos! ¡Seguros!<sup>7</sup>.*

(5) Del Padre, *Canas de familia* (2), n. 495.

(6) Juan Pablo II, Const. aposl. *Ut sit*, 28-XI-1982, proemio.

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 10.

Esta unidad de la Obra no queda mermada por la separación entre las tareas apostólicas y de formación de los hombres y las de las mujeres, que también responde a una precisa Voluntad divina. Por eso decía **nuestro Padre que las dos Secciones de la Obra son como dos borriquillos que tiran de un solo carro en la misma dirección. Tiran juntos, uniendo fuerzas en el mismo sentido: con unidad de espíritu, con una sola cabeza**<sup>8</sup>. Y añadía en otro documento: *todos sabéis —y lo habéis agradecido al Señor conmigo— con cuánta delicadeza se ha vivido siempre esta separación: gráficamente os he dicho en muchas ocasiones que es como si viviéramos a quinientos, a mil, a cinco mil kilómetros de distancia, sin dejar por eso de tener unidad de espíritu*<sup>9</sup>.

La conclusión es clara: *hemos de esmerarnos siempre, con la mayor delicadeza, en mantener esa realidad que nuestro Padre nos transmitió con su ejemplo y con su palabra: un modo de hacer (...) que tan eficaz se ha demostrado desde el principio, y que tantos bienes ha traído en servicio de la Iglesia y de las almas*<sup>10</sup>.

*CONSUMMATI in unum*<sup>n</sup>. Estas palabras del Señor, que reflejan unidad de corazones, sentimientos

(8) De nuestro Padre, Noticias VII-69, p. 76.

(9) De nuestro Padre, Carta, 19-11-1954, n. 12.

(10) Del Padre, *Canas de familia* (2), n. 497.

(11) oann, XVII, 23.

y afanes, están en el Sagrario del oratorio de Pentecostés, **en Villa Tevere, como una oración constante (...) que se levanta hacia el cielo desde el sagrario central de nuestra Obra**".

La identidad de vocación y de espíritu ha establecido entre nosotros lazos sobrenaturales mucho más fuertes que los de la sangre, un cariño fraterno que nos hace fuertes en medio de nuestra debilidad personal. *Así vivimos in caritate non ficta, con caridad sincera (II Cor. VI, 6), y vivimos también eadem caritatem habentes unánimes, idipsum sentientes; nihil per contemptum ñeque per inanem gloriam, sed in humilitate superiores sibi invicem arbitrantes, non quae sua sunt singuli considerantes, sed ea quae aliorum: teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos, no haciendo nada por disputar ni por vanagloria; sino que cada uno por humildad mirará como superiores a los otros, atendiendo cada cual, no solamente al bien de sí mismo, sino a lo que redunde en bien del prójimo (Philip. II, 2-4). Implete gaudium meum, llenadme de alegría (Philip. II, 2) —escribía nuestro Padre— y haced que ningún hijo mío —nadie en la Obra— sienta la crueldad de la indiferencia*".

La vida en familia es una ocasión constante para fomentar y practicar la unidad. Por eso debemos cuidar

(12) Instrucción, 31-V-1936, nota 123.

(13) De nuestro Padre, Instrucción, 8-XII-1941, n. 64.

todas sus manifestaciones, sabiendo que así podemos identificarnos más con el espíritu de la Obra y vivir delicadamente la caridad con nuestros hermanos. *Quereos sin reparos, sin simplezas, sin familiaridades, sin hacer grupitos* —exhortaba nuestro Fundador—; *de modo que no se note la simpatía o la antipatía. Es natural que unas personas nos caigan mejor que otras; no os asuste, no es ninguna cosa mala. Pero hay que evitar que se manifieste exteriormente. Y esto no es hipocresía, es caridad. También es perfección en el amor. Cuando elevamos al orden sobrenatural el cariño humano, haciéndonos centinelas vigilantes, para poner remedio a lo que puede dañar a la ciudad amurallada que formamos en Casa, estamos amando a la Obra*<sup>14</sup>.

Pertrechados con el equipaje del cariño fraterno auténtico, que se debe manifestar en detalles bien concretos, ninguna situación podrá separarnos de nuestros hermanos. *La dispersión para vosotros y para mí* —son palabras de nuestro Padre—, *para todos los que formamos parte de esta gran familia que es el Opus Dei, no es separación: estamos siempre unidos. No nos decimos adiós, ni hasta luego, porque en el Opus Dei hay una unidad real, maravillosa. Y la dispersión supone más unión, ya que cada uno de vosotros —en todos los rincones del mundo— será un motivo, una razón, un ins-*

(14) De nuestro Padre.

*truniento de cohesión y de unidad: unidad de inteligencias, unidad de corazones, unidad de voluntades*<sup>15</sup>.

Agradecemos a Santa María, Reina del Opus Dei, esta bendita unidad espiritual, jurídica y moral, que nos hace ser una sola cosa, un cuerpo vivo que late al unísono, con un solo corazón y una sola alma, en el seno del Cuerpo Místico de Cristo.

(15) De nuestro Padre, Noticias VI-57, p. 44.

532

## 9 de noviembre ANIVERSARIO DE LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DEL SALVADOR

—Los templos son símbolo de la presencia de Dios entre los hombres.

—En las iglesias y oratorios, Cristo mismo está presente en la Sagrada Eucaristía.

—Cariño y cuidado que hemos de poner en nuestros oratorios y en los actos de culto.

CUANDO el pueblo judío peregrinaba por el desierto, quiso Dios un lugar reservado para Sí, donde pudiera manifestar a Moisés sus designios y responder a las peticiones de los israelitas. *Yavé habló a Moisés, diciendo: (...) hazme un santuario para que Yo habite en medio de ellos. Os ajustaréis a cuanto voy a mostrarte como modelo del santuario y de todos sus utensilios*<sup>1</sup>. El Señor explicó a Moisés hasta los mínimos detalles de la construcción que deberían realizar: el Arca, la mesa de los panes, el altar de los holocaustos, el candelabro..., manifestaciones sensibles con las que hacía saber a su pueblo que vivía en medio de ellos, que estaba dispuesto a oír sus plegarias y atenderles en todo tiempo y ocasión.

Enseña San Pablo que *el Dios que hizo el mundo*

WExod.XXV, 1-9.

*y todo lo que hay en él, que es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos fabricados por hombre, ni es servido por manos humanas como si necesitara de algo el que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas*<sup>2</sup>. Sin embargo, ha querido que dediquemos templos a su culto, para manifestar visiblemente esa continua presencia suya entre los hombres y para facilitar nuestro encuentro con El.

En uno de sus más solemnes ritos, el de dedicación de un templo, la Iglesia recuerda este misterio del acercamiento de Dios a los hombres, que comenzó en el Antiguo Testamento y llegó a su plenitud con Jesucristo: *pondré en medio de ellos mi morada* —había dicho Dios por el Profeta Ezequiel—, *y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo*<sup>3</sup>.

El edificio material consagrado a Dios es símbolo de la Iglesia, que se perpetúa en la tierra con esas *piedras vivas y elegidas*<sup>4</sup>, que son los cristianos; símbolo también de la Jerusalén celestial, es decir, de la Iglesia triunfante del Cielo, donde no existirán ya construcciones humanas porque *el Señor Dios omnipotente es su templo, con el Cordero*<sup>5</sup>. Cuando al fin del mundo se renueven los cielos y la tierra, el tabernáculo celestial será el único y verdadero santuario en el que Dios morará junto a todos los justos gloriosamente resucitados, siendo para ellos vida y luz.

(2) Act. XVII, 24-25.

(3) Ezech. XXXVII, 27.

(4) Misa en la Dedicación de una iglesia, Orat.

(5) Apoc. XXI, 22.

Los dos significados están patentes en uno de los prefacios de la Misa de hoy, cuando la Iglesia nos invita a dar gracias a **Dios** *porque en esta casa visible que hemos construido, donde reúnes y proteges sin cesar a esta familia que hacia Ti peregrina, manifiestas y realizas de manera admirable el misterio de tu comunión con nosotros. En este lugar, Señor, Tú vas edificando aquel templo que somos nosotros, y así la Iglesia, extendida por toda la tierra, crece unida, como Cuerpo de Cristo, hasta llegar a ser la nueva Jerusalén celestial, verdadera plenitud de la paz*<sup>6</sup>.

CON LA llegada de Cristo a la tierra, las iglesias cristianas son plenamente el lugar de la presencia de Dios entre los hombres, porque el Hijo de Dios ha querido habitar en todos los Sagrarios. El templo cristiano tiene por centro un tabernáculo que jamás soñaron los hombres: Cristo mismo, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Además, sobre el altar de iglesias y oratorios se renueva el Sacrificio de la nueva y eterna alianza, la inmolación incruenta de la única Víctima del Calvario.

El templo, el lugar destinado al culto público, es casa de Dios porque allí está Jesús Sacramentado; no es de extrañar, por tanto, que nos esmeremos en adornarlo

del mejor modo posible; que lo cuidemos con esmero. Llegamos a Dios a través de los sentidos, y nuestros sentimientos nos pueden facilitar el camino. Por eso conviene que las imágenes muevan a devoción, que todo esté limpio y sea agradable... *El arte sagrado* —escribió **nuestro Padre**— *debe llevar a Dios, debe respetar las cosas santas; está ordenado a la piedad y a la devoción. Durante muchos siglos, el mejor arte ha sido el religioso, porque se sometía a esa regla; porque salvaba, en todo, la naturaleza propia de su fin. Esas imágenes modernistas, caricaturescas, son tan poco oportunas como las imágenes relamidas de pasta flora: lo feo y poco respetuoso es tan malo como lo untuoso y lo cursi.*

*Ninguno de estos dos extremos sirve para nuestra piedad. El arquitecto, el escultor, el pintor que quiera contribuir con su arte personal al culto divino, ha de atenerse a unas reglas claras. Con esto no digo que sea necesario pintar el cielo de rodillas, como Fra Angélico, pero sí que es preciso pintarlo con respeto, con unción, con devoción*<sup>7</sup>.

Para el cristiano, cualquier lugar es ocasión de encuentro con Dios, porque lo lleva siempre consigo, ya que su alma en gracia es templo del Espíritu Santo. Predicaba nuestro Fundador: *hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde*

(6) Aniversario de la dedicación de una iglesia, *Praef.*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 22.



*están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios a todos los hombres*<sup>8</sup>. Pero es también necesario y lógico que tratemos con especial cariño a Cristo en el Sagrario, donde ha querido quedarse como un eterno enamorado, aguardando siempre.

NUESTRO Fundador nos enseñó que, *cuando se proyecta una casa o cuando se adapta un edificio ya construido, para una labor nuestra (...), ante todo se ha de pensar en el sagrario*<sup>9</sup>. El oratorio ocupa siempre la parte más noble de nuestros hogares. En esa habitación, preparada con cariño, está presente Jesucristo; allí, en el sagrario, espera nuestras visitas, nuestras confidencias de amor, y también aquella petición confiada de los discípulos de Emaús: *mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata es iam dies*<sup>10</sup>; quédate a nuestro lado, porque te necesitamos. Sin esa presencia real del Señor en el Sagrario, experimentaríamos un vacío enorme en nuestra vida. Necesitamos acudir a El, arrodillarnos en su presencia, tenerle

siempre a nuestro lado como Dueño de la casa, como el que preside nuestro hogar.

La convicción de que el Señor está realmente presente en el sagrario nos lleva a buscar los objetos más preciados que podamos ofrecerle. *A Dios le daremos lo mejor, al culto divino —que ejercitamos, de ordinario, en pequeños oratorios— consagraremos con esfuerzo una atención, que haga imposible que le dediquemos el sacrificio de Caín: cuando un hombre a la mujer amada le regale, como muestra de afecto, un saco de cemento y tres barras de hierro —os tengo dicho—, haremos nosotros lo mismo con el Señor Nuestro, que está en los cielos y en nuestros Tabernáculos*<sup>11</sup>.

Por estas razones, nuestros oratorios son dignos y están siempre bien cuidados y limpios. No será habitual que haya en ellos mucha riqueza, pero ofrecemos al Señor lo mejor que tenemos y podemos obtener. *Sueño, hijas e hijos míos —escribía nuestro Padre hace muchos años— con esos oratorios, con esos sagrarios, que se repartirán por todos los rincones del mundo, para llevar este espíritu de Dios —de la Obra de Dios— a todas las almas. Y os pido que sigáis la costumbre, el modo de hacer del lugar donde estéis, en la parte material de los edificios. Pero me da mucha pena ver esas iglesias como garajes, esas imágenes que son una ca-*

(8) *Conversaciones*, n. 113.

(9) *Instrucción*, 31-V-1936, nota 93.

(10) *Luc.* XXIV, 29.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 28.

*ricatura, que son una burla: no las pongáis nunca en nuestros oratorios".*

Hace años, cuando nuestro Fundador iba de viaje por distintas naciones, encontraba a veces iglesias descuidadas. Solía comentar que comprendía con facilidad cualquier clase de pecado, debido a la flaqueza humana; pero que le era mucho más difícil entender la carencia de dignidad en las cosas y en los lugares del culto, porque esta falta denota —de un modo vivísimo— la ausencia de la fe y del amor. *Pienso* —solía decir— *que a las personas que ponen amor en todo lo que se refiere al culto, que hacen que las iglesias estén digna y decorosamente conservadas y limpias, los altares resplandecientes, los ornamentos sagrados pulcros y cuidados, Dios las mirará con especial cariño, y les pasará más fácilmente por alto sus flaquezas, porque demuestran en esos detalles que creen y aman".*

Pedimos a la Virgen Santísima que nos enseñe a tratar a Jesús con la misma delicadeza y cariño que Ella supo mostrarle en Belén, en Nazaret, y a lo largo de toda su vida.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 22.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 167.

533

## 18 de noviembre ANIVERSARIO DE LA DEDICACIÓN DE LAS BASÍLICAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

—La Iglesia es un misterio que es preciso contemplar con los ojos de la fe.

—El amor a nuestra Madre la Iglesia nos ayuda a entenderla mejor.

—Hemos de demostrar con palabras y obras nuestro amor a la Iglesia.

CONMEMORAMOS hoy el aniversario de la dedicación litúrgica de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma. Con este motivo, pedimos a Dios que socorra siempre a la Esposa Santa de su Hijo, confiada a la protección de estos Apóstoles: *para que, así como por ellos se inició la propagación del Evangelio, también por ellos, ahora y hasta el final de los tiempos, la Iglesia progrese en tu gracia celestial*<sup>1</sup>. Esta fiesta constituye, pues, una buena ocasión para que ahondemos en nuestro conocimiento de la Iglesia y en el amor que le profesamos.

*Hace falta que meditemos con frecuencia, para que no se vaya de la cabeza, que la Iglesia es un misterio grande, profundo,* escribió nuestro

(1) Orar.

**Padre. No puede ser nunca abarcado en esta tierra. Si la razón intentara explicarlo por sí sola, vería únicamente la reunión de gentes que cumplen ciertos preceptos, que piensan de forma parecida. Pero eso no sería la Santa Iglesia**<sup>2</sup>.

La Iglesia, enseña el Concilio Vaticano II, es como un sacramento, es decir, un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano<sup>3</sup>. Es un misterio, no sólo en el sentido de la profundidad escondida en su vida, sino en el sentido también de que es una realidad no tanto humana e histórica y visible, cuanto divina y superior a nuestra normal capacidad cognoscitiva<sup>4</sup>. Como **todas** las verdades sobrenaturalmente reveladas por Dios, no puede el hombre acercarse a Ella con la sola luz de la razón: hay que mirarla con los ojos de la fe. **En la Santa Iglesia los católicos encontramos nuestra fe, nuestras normas de conducta, nuestra oración, el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el Purgatorio —Iglesia purgante—, o con los que gozan ya —Iglesia triunfante— de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces Santo. Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia. La Iglesia, que nació bajo el manto de Santa María, y**

**continúa —en la tierra y en el cielo— alabándola como Madre**<sup>5</sup>.

LA IGLESIA es un misterio. Por eso, en primer lugar, hemos de pedir al Señor que nos aumente la fe: *adauge nobis fidem!*<sup>6</sup>. Sin fe es imposible profundizar en el misterio de Cristo y de su Cuerpo Místico.

Y junto a la fe, el amor. Pablo VI afirmaba: *si hay algún estudio, en donde el amor contribuye a la conquista de la verdad, creemos que es precisamente el estudio de la Iglesia: para conocer a la Iglesia hay que amarla. Después, estudiarla*<sup>7</sup>.

Son muchos los motivos que nos impulsan a amar a la Santa Iglesia: porque no tiene *mancha ni arruga* y se halla enriquecida por Dios con bienes celestiales<sup>8</sup>; porque es el Cuerpo Místico de Cristo<sup>9</sup>, y también su Esposa inmaculada<sup>10</sup>; porque es nuestra Madre. *A Ella se lo debemos todo. Ella nos ha engendrado a la vida nueva, a la vida de la gracia, que nos proporcionará la felicidad eterna. Nos ha dado la fe y con su magisterio nos la conserva íntegra y fecunda; nos ha dado la gracia; es la dispensadora de los sacramentos; nos ha dado la caridad (...); nos une, nos educa*

(5) De nuestro Padre, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

(6) *Luc.* XVII, 5.

(7) Pablo VI, *alloc.* 27-IV-1966.

(8) *Ephes.* V, 37; cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 6.

(9) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 7.

(10) Cfr. *Ibid.*, n. 6.

(2) De nuestro Padre, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

(3) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 1.

(4) Pablo VI, *alloc.* 27-IV-1966.

*en el amor, en el humanismo verdadero, en la comprensión y en la edificación de sí misma; nos guía, nos defiende, nos dirige por los caminos de la esperanza, nos anticipa el deseo escatológico de la vida futura y nos hace gustar anticipadamente su felicidad<sup>11</sup>.*

Ante tantos bienes como recibimos de la Iglesia, nuestra actitud ha de ser la del agradecimiento filial, junto con el deseo de *amar más a esta Madre Santa, que nos ha traído a la vida de la gracia y nos alimenta día a día con solicitud inagotable<sup>12</sup>*. Debemos sentirnos santamente orgullosos de pertenecer a la Iglesia; para lograrlo, nos puede servir la meditación de esta confidencia de nuestro Padre: *te quedaste muy pensativo al oírme comentar: quiero tener la sangre de mi Madre la Iglesia; no la de Alejandro, ni la de Carlomagno, ni la de los siete sabios de Grecia<sup>13</sup>*.

*HACE falta hoy repetir, en voz muy alta, aquellas palabras de San Pedro ante los personajes importantes de Jerusalén: este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, que ha venido a ser la principal piedra del ángulo; fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro: pues no se ha dado a los hombres*

otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos salvarnos (Act. IV, 11-12).

*Así hablaba el primer Papa, la roca sobre la que Cristo edificó su Iglesia, llevado de su filial devoción al Señor y de su solicitud hacia el pequeño rebaño que le había sido confiado. De él y de los demás Apóstoles, aprendieron los primeros cristianos a amar entrañablemente a la Iglesia<sup>14</sup>.*

Siempre es preciso amar a la Iglesia y demostrar ese amor con obras y con palabras. Sin embargo, hay momentos en los que esta actitud resulta más necesaria. No podemos ser ingenuos ni desamorados: *si amamos a la Iglesia no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de los hijos. La Iglesia, Esposa de Cristo, no tiene por qué entonar ningún mea culpa. Nosotros sí: mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa/ Este es el verdadero meaculpismo, el personal, y no el que ataca a la Iglesia, señalando y exagerando los defectos humanos que, en esta Madre Santa, resultan de la acción en Ella de los hombres (...).*

*El misterio de la santidad de la Iglesia —esa luz original, que puede quedar oculta por las sombras de las bajezas humanas— rechaza hasta el más mínimo pensamiento de sospecha o de duda*

(11) Pablo VI, *alloc.* 15-VI-1966.

(12) De nuestro Padre, Homilfa *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(13) *Surco*, n. 365.

(14) De nuestro Padre, *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

*sobre la belleza de nuestra Madre. Ni cabe tolerar, sin protesta, que otros la insulten. No busquemos en la Iglesia los lados vulnerables para la crítica, como algunos que no demuestran su fe ni su amor. No concibo que se viva un cariño verdadero a la propia madre, y que se hable de esa madre con despego*<sup>15</sup>.

Hemos meditado en nuestra oración *el misterio de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica. Es hora de preguntarnos: ¿comparto con Cristo su afán de almas? ¿Pido por esta Iglesia, de la que formo parte, en la que he de realizar una misión específica, que ningún otro puede hacer por mí? Estar en la Iglesia es ya mucho: pero no basta. Debemos ser Iglesia, porque nuestra Madre nunca ha de resultarnos extraña, exterior, ajena a nuestros más hondos pensamientos*<sup>16</sup>.

Confiamos nuestros afanes a la intercesión de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia. Y a la Santísima Virgen, *Mater Ecclesiae*, le pedimos que nos obtenga de su Hijo Jesús la gracia de ser, en todo momento, hijos fieles y buenos de nuestra Santa Madre la Iglesia.

(15) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(16) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

534

## 21 de noviembre PRESENTACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

—La Virgen estuvo totalmente dedicada al servicio de Dios.

—La vocación nos lleva a servir a Dios con humildad.

—Nuestra dedicación al servicio de Dios está siempre llena de alegría.

CONMEMORAMOS hoy la presentación de María en el Templo. Narran varios escritores cristianos antiguos que San Joaquín y Santa Ana llevaron a su hija al Templo de Jerusalén cuando tenía apenas tres años, para presentarla a Dios; y que allí estuvo hasta los doce años de edad, dedicada al servicio del Señor. Sin embargo, nuestra fe no necesita de ese colorido para venerar a María. Lo mismo que Jesús cuando fue presentado en el Templo, Nuestra Señora continuaría viviendo con sus padres una vida absolutamente normal. Donde Ella estaba —sujeta a sus padres, creciendo hasta hacerse mujer— allí estaba la *llena de gracia* ', con el corazón dispuesto para un servicio completo a Dios y a los hombres todos, por amor a Dios.

Este es el sentido de la fiesta de hoy. La liturgia

(1) *Luc.* I, 28.

nos invita a descubrir el destino singular de María, llamada a vivir —como ninguna otra criatura en el cielo o en la tierra— íntimamente unida a Dios. La Madre del Señor estaba predestinada eternamente para ocupar el lugar más cercano a la Santísima Trinidad. Con palabras del Antiguo Testamento, que la liturgia pone en sus labios, la Virgen puede decir: *desde el principio y antes de los siglos recibí yo el ser (...), y en el Tabernáculo santo ejercité mi ministerio ante su acatamiento. Y así fijé mi estancia en el monte Sión, y el lugar de mi reposo fue la ciudad santa, y en Jerusalén está mi trono. Yarraigué en un pueblo glorioso, y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fue en la plena reunión de los santos*<sup>2</sup>.

El Templo de Jerusalén era figura de Cristo, signo de la presencia divina en medio de su pueblo. *Destruid este templo y en tres días lo levantaré, dijo* Jesús en una ocasión. *Los judíos contestaron: ¿en cuarenta y seis años ha sido construido este templo, y tú lo vas a levantar en tres días? Pero El hablaba del templo de su cuerpo*<sup>3</sup>.

La entera vida de María está orientada hacia la Santísima Humanidad de Cristo, instrumento de la divinidad. Fue concebida sin mancha original, porque había de ser *Sagrario del Espíritu Santo*<sup>4</sup>. Su cuerpo santísimo es superior al templo de piedra: *templum*

*Domini*<sup>5</sup> —templo del Señor— le llama la liturgia, porque en Ella *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*<sup>6</sup>. La fiesta de la Presentación de María expresa de modo pleno la absoluta pertenencia de la Virgen a Dios, la completa dedicación de su alma y de su cuerpo santísimos al misterio de la Salvación, que es el misterio del acercamiento del Creador a la criatura.

TAMBIÉN nosotros hemos puesto al servicio de Dios nuestro trabajo, nuestros deberes familiares, profesionales y sociales: la vida entera. *La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado.*

Nos sumus servi Dei caeli et terrae (*I Esdr. V, 11*), *somos siervos del Dios de los cielos y de la tierra. Y toda nuestra vida es eso, hijas e hijos míos: un servicio de metas exclusivamente sobrenaturales*<sup>7</sup>.

El Señor nos ha llamado con una vocación orientada por completo a la salvación de las almas —ser santos y trabajar por la santidad de los demás—, sin sacarnos de nuestro sitio, cada uno en el propio esta-

(2) Eccli. XXIV, 14-16.

(3) Ioann. II, 19-21.

(4) In II Vesp., Ant. ad Magnif.

(5) bñg.

(6) Ioann. I, 14.

(7) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1943, n. 1.

do, en el ejercicio de una actividad profesional que es servicio humano, apostolado e instrumento de apostolado. Con nuestra dedicación al Señor, personal y libérrima, *queremos servir, nos sentimos honrados de hacerlo y estamos convencidos de que no podríamos imitar a Cristo, como es nuestro único deseo, si prescindieramos de ese afán. El Señor, hijos míos, vino para eso a la tierra —filius hominis non venit ministrare sed ministrare (Matth. XX, 28); el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir— y todo el que quiera seguirle no ha de pretender otra línea de conducta*<sup>8</sup>.

Ese afán de servicio nos mueve a entregarnos en la Obra con disponibilidad total de nuestra persona y de nuestros talentos. *Para servir, servir, repetía nuestro Padre. El lugar, en el que somos más eficaces, es aquél en el que nos han puesto los Directores Mayores: ésa es la voluntad de Dios.*

*Y en ese lugar —y no en otro, que acaso nos parezca más apropiado por nuestras disposiciones, o por nuestras aptitudes, o quizá por nuestro capricho—, en ese lugar, es donde la gracia de Dios nos ayudará con mayor eficacia*<sup>9</sup>.

Una cosa hemos de procurar, por tanto, para que nuestro servicio sea eficaz: la gracia del Señor. Y para lograrla, se precisa la disposición humilde del alma,

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 2.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 10.

porque *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*<sup>10</sup>. Humildad, porque la gracia de Dios es lo único que puede potenciar nuestros talentos humanos para trabajar en la obra divina de la Redención. *Un hermano vuestro —decía nuestro Padre— puede ser barrendero y ser muy santo delante de Dios, y tener una eficacia extraordinaria. Otro puede tener una cátedra o ser ministro o presidente de una República y, si es tan santo como el barrendero, tendrá el mismo mérito, ni más ni menos: si es menos perfecto, desde luego valdrá menos. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría. Todos son de mucha categoría*<sup>11</sup>.

EN EL Evangelio contemplamos una clara afirmación de la entrega de Santa María al servicio de Dios, de su fidelidad en el cumplimiento de la Voluntad divina. Una mujer, entusiasmada, grita su alabanza a Cristo con ese movimiento espontáneo del corazón que, al amar a Jesús, lleva a honrar también a su Madre: *¡bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Pero El replicó: bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan*<sup>12</sup>.

Si María es digna de alabanza, lo es ante todo

(10) *Iacob.* IV, 6.

(11) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, pp. 973-974.

(12) *Ev. (Luc. XI, 27-28).*

por su amor libre y personal a Dios; porque supo oír su palabra y entregarse generosamente a su cumplimiento, declarándose la *esclava del Señor*. Ese es el principal motivo que hace dichosa a la Santísima Virgen. Nosotros, cuando somos fieles, tenemos también como recompensa la dicha de sabernos hijos de Dios, el *gaudium cum pace* que alcanza quien escucha la palabra de Dios y la cumple.

La vida de la Virgen nos enseña a servir a Dios humilde y calladamente, sin buscar aplausos ni recompensas. *¡Qué humildad la de mi Madre Santa María! —No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni —fuera de las primicias de Cana— a la hora de los grandes milagros.*

*—Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, "iuxta crucem Iesu" —junto a la cruz de Jesús, su Madre*<sup>13</sup>. Le pedimos que nos haga amantes del *sacrificio escondido y silencioso*<sup>14</sup>, ahora que tantas almas se niegan a servir a Dios y a los hombres; que nos enseñe a servir calladamente, con alegría, con abnegación, en cualquier sitio donde nos encontremos.

*Con el espíritu que habéis recibido —escribió nuestro Fundador—, con alegría grande, disponeos a ir donde os ¡lame el servicio de la Iglesia Santa de Dios. Y, en cualquier lugar, la naturalidad de vuestra vida —hombres y mujeres cristianos— os*

(13) *Camino*, n. 507.

(14) *Camino*, n. 509.

*hará instrumentos eficacísimos para sobrenaturalizar todas las actividades terrenas, también en los lugares donde la Iglesia esté perseguida o donde no se conozca el nombre de Jesús, y —unidos en la labor de todo el Cuerpo Místico— restauraréis todas las cosas en Jesucristo (cfr. I Cor. XV, 27 y 28; Ephes. I, 10). No olvidéis que no trabajo esperando paga en este mundo. Pero el Señor es tan bueno, que me la da: ¡vuestra fidelidad!*<sup>15</sup>.

Convencidos de que nuestra misión es sobrenatural —añadía nuestro Padre—, *os sentiréis dichosísimos sacrificándoos para que se realice*<sup>16</sup> la Obra de Dios en la tierra. Y la alegría que ese servicio nos proporciona ya ahora, se eternizará en la felicidad incomparable y sin fin del cielo.

*Al recordar, Señor, la gloria de la Santísima Virgen María, llena de gracia —rezamos hoy con la Iglesia—, te pedimos nos concedas, por su intercesión, participar también de la plenitud de tu gracia*<sup>17</sup>.

(15) De nuestro Padre, *Cana*, 31-V-1943, n. 61.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 19-11-1934, n. 49.

(17) *Orat.*



535

## 27 de noviembre ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DEL ABUELO

—En el hogar de lo Abuelos, comenzó nuestro Padre a vivir las virtudes cristianas.

—La fortaleza del Abuelo fue escuela de fortaleza y de perseverancia para nuestro Padre.

—Nuestro agradecimiento al Abuelo.

*DE OBRA y de palabra honra a tu padre, para que venga sobre ti su bendición* K Se cumple un nuevo aniversario de la muerte del Abuelo, y un deber de cariño y de filial y piadoso agradecimiento nos mueve a recordarle con agradecimiento, porque de él se sirvió el Señor, junto con la Abuela, para dar la vida y educar a nuestro queridísimo Fundador.

El Abuelo nació en Fonz, un pueblo de la provincia de Huesca, cercano a Barbastro, el 15 de octubre de 1867, y murió en Logroño, el 27 de noviembre de 1924, cuatro años antes de la fundación del Opus Dei. No llegó a conocer los planes que Dios reservaba para su hijo y, sin embargo, toda su vida fue un servicio abnegado del que la Providencia divina se valió para disponer a nuestro Padre, desde pequeño, a la misión que le había deparado.

El hogar de los Abuelos fue así la buena tierra que hizo posible la respuesta generosa de nuestro Fundador a la llamada de Dios. *Nuestro Señor fue preparando las cosas* —nos dijo en alguna ocasión— *para que mi vida fuese normal y corriente, sin nada llamativo.*

*Me hizo nacer en un hogar cristiano, como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares que practicaban y vivían su fe, dejándome una libertad muy grande desde chico, y vigiándome al mismo tiempo con atención. Trataban de darme una formación cristiana, y allí la adquirí más que en el colegio, aunque desde los tres años me llevaron a un colegio de religiosas, y desde los siete a uno de religiosos* <sup>2</sup>.

Los Abuelos educaron a nuestro Padre en un profundo respeto a la libertad, enseñándole a administrarla bien. *Nunca me imponían su voluntad* <sup>3</sup>, nos contaba. Conocemos también algunos ejemplos de esa preocupación de los Abuelos: *me tenían corto de dinero, cortísimo, pero Ubre* <sup>4</sup>. Con un profundo sentido de la vida cristiana, inculcaron en sus hijos, desde muy pequeños, junto con una piedad auténtica, un gran amor a la verdad, a la sencillez y a la naturalidad.

Del Abuelo recibió nuestro Fundador, además, un constante ejemplo de laboriosidad. Le vio gastarse

(2) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

incansablemente, día tras día, en la pequeña industria que poseía en Barbastro, mientras se dedicaba con cariñoso empeño al bien espiritual y material de la familia que Dios le iba dando, y a promover el bienestar y la formación cristiana de los que le rodeaban; trabajaba sin regatear esfuerzos y con alegría. Nuestro Fundador recordaba, entre otros rasgos más destacados del Abuelo, esa preocupación por el bienestar de las personas que trabajaban a sus órdenes, para los que todos los años organizaba cursos de conferencias cuaresmales, y retiros; y contaba anécdotas sobre su comprensión y su espíritu caritativo con todos, especialmente con las comunidades religiosas de la ciudad, a las que colmaba de limosnas y de regalos. *Era muy limosnero*, solía resumir, cuando hablaba de él.

También del Abuelo aprendió nuestro Padre a llevar con serenidad las contradicciones grandes o pequeñas de la vida, sin impaciencia, con buen humor. *No le recuerdo jamás con un gesto severo; le recuerdo siempre sereno, con el rostro alegre. Y murió agotado: con sólo cincuenta y siete años murió agotado, pero estuvo siempre sonriente*<sup>5</sup>. Esta actitud, fruto de la piedad cristiana, ha sido también el modo de actuar de nuestro Padre ante las dificultades, que el Señor no ha escatimado en el camino de la Obra; callar, rezar, trabajar, sonreír: un programa de vida sobrenatural, que también sus hijos deseamos vivir personalmente.

*DIOS honra al padre en los hijos*<sup>6</sup>, se lee en la Sagrada Escritura. El Señor quiso rendir honra grande al Abuelo, multiplicando su descendencia con una familia universal, de lazos más firmes que los de la sangre. Y si bien el Abuelo no llegó a conocer que su hijo sería *la primera piedra de esa nueva arca de la alianza, a la que vendrían gentes de muchas naciones, de muchas razas, de todas las lenguas*<sup>7</sup>, con su vida ordinaria contribuyó grandemente a hacer realidad la Obra de Dios, preparando el instrumento que el Señor, con tanta confianza, le había encomendado.

La Providencia pidió mucho a los Abuelos, y ellos supieron amar generosa y abnegadamente la Voluntad divina, llevando sin una queja todas las pruebas que el Señor quiso enviarles. El Espíritu Santo preparaba así aquel hogar que habría de ser escuela de vida cristiana para nuestro Padre.

*Yo he hecho sufrir siempre mucho a los que tenía alrededor*, nos decía en ocasiones. *No he provocado catástrofes, pero el Señor, para darme a mí, que era el clavo —perdón, Señor—, daba una en el clavo y ciento en la herradura. Y vi a mi padre como la personificación de Job. Perdieron tres hijas, una detrás de otra, en años consecutivos, y se quedaron sin fortuna. Yo sentí el zarpazo de*

(6) *Eccli.* III, 3.

(7) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

(5) De nuestro Padre, Noticias IV-68, p. 18.

*mis pequeños colegas; porque los niños no tienen corazón o no tienen cabeza, o quizá carecen de cabeza y de corazón...*

*Yfuimos adelante. Mi padre, de un modo heroico, después de haber enfermado del clásico mal —ahora me doy cuenta— que según los médicos se produce cuando se pasa por grandes disgustos y preocupaciones. Le habían quedado dos hijos y mi madre; y se hizo fuerte, y no se perdonó humillación para sacarnos adelante decorosamente. El, que habría podido quedar en una posición brillante para aquellos tiempos, si no hubiera sido un cristiano y un caballero, como dicen en mi tierra (...).*

*Le vi sufrir con alegría, sin manifestar el sufrimiento. Y vi una valentía que era una escuela para mí, porque después he sentido tantas veces que me faltaba la tierra y que se me venía el cielo encima, como si fuera a quedar aplastado entre dos planchas de hierro<sup>8</sup>.*

Fue una providencia de Dios. El Opus Dei debía nacer en el más absoluto desamparo, sin ningún asidero terreno en el que apoyarse. *Mi padre se arruinó totalmente, y cuando el Señor quiso que yo comenzara a trabajar en el Opus Dei, yo no tenía ni una virtud, ni una peseta; no tenía más que la gracia de Dios y buen humor. ¿Veis que bueno fue eso?*

*Ahora quiero más a mi padre, y doy gracias a Dios de que no le fuera nada bien en los negocios, porque así se lo que es la pobreza; si no, no lo hubiera sabido. Tengo un orgullo santo: amo a mi padre con toda mi alma, y creo que tiene un cielo muy alto porque supo llevar toda la humillación que supone quedarse en la calle, de una manera tan digna, tan maravillosa, tan cristiana<sup>9</sup>.*

EL MODO generoso y magnífico con que el Abuelo afrontó los reveses económicos y las demás contradicciones de la vida, quedaría hondamente grabado en el ánimo de nuestro Padre. *Era mi padre tan maravilloso, que supo tener una serenidad inmensa y llevar la contradicción con paz cristiana y de caballero. Jesús mío, que estás escondido en la Hostia Santa —decía en una ocasión— te doy gracias porque a mi padre le fue mal en sus cosas, y así pude conocer la pobreza; y te pido por favor que a estos hijos míos les bendigas, y a todos y en todo les vaya bien. Y si alguna vez la contradicción llega, que vayan a buscar —en el Sagrario y en Santa María (...)— el poder y la fortaleza para salir adelante<sup>10</sup>.*

En ese clima familiar de generosidad, cariño y fortaleza, maduró la llamada que Dios comenzaba a

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 18-V-1970.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 27-V-1970.

(8) *Ibid.*

dirigir a nuestro Padre. Primero aquel suave requerimiento, que sacudió lo más íntimo de su ser: un barrunto de amores divinos, que empezó a sentir desde los quince o dieciséis años. *Yo nunca pensé en hacerme sacerdote* —recordaba—, *nunca pensé en dedicarme a Dios. No se me había presentado el problema porque creía que eso no era para mí. Pero el Señor iba preparando las cosas, me iba dando una gracia tras otra, pasando por alto mis defectos, mis errores de niño y mis errores de adolescente...* <sup>n</sup>.

El Abuelo fue siempre dócil a la Voluntad de Dios; respetó y amó con generosidad el camino que el Señor trazaba para su hijo, cuando oyó sus confidencias. *A él le debo la vocación*, afirmó muchas veces nuestro Fundador, porque aceptó y favoreció su decisión de entregarse a Dios en el sacerdocio. *Un buen día* —nos contaba, recordando aquellos momentos— *le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. El tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me contestó: hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos. Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré. Y me llevó a hablar con un sacerdote amigo suyo, el abad de la colegiata de Logroño* <sup>n</sup>.

(11) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

(12) *Ibid.*

No quiso Dios, sin embargo, que el Abuelo tuviera la dicha de ver a su hijo en el altar. El Señor le llamó pocos días después de que nuestro Padre recibiera el subdiaconado, cuatro meses antes de su ordenación sacerdotal en Zaragoza. Marchó al Cielo, cumplida ya su tarea en la tierra, cuando nuestro Fundador se orientaba definitivamente por ese camino sacerdotal que culminaría con la fundación de la Obra. Hoy, aniversario de su fallecimiento, pedimos su intercesión por esta familia de la Obra que —junto con la Abuela— tanto contribuyó a formar. *Benedictio patris firmat domos filiorum* <sup>13</sup>, la bendición paterna afianza la casa de los hijos. La atención y cariño de los Abuelos, que velan por nosotros desde el Cielo, es un tesoro bendecido por Dios, que llenará nuestras almas en los momentos de alegría y en los momentos de dolor; que nos confirmará en este aspecto —tan unido a nuestra vocación— de que somos familia, donde nadie puede sufrir en soledad.

Antes de terminar nuestra oración, recordamos que en algunos lugares se celebra hoy a la Santísima Virgen bajo la advocación de la Medalla Milagrosa. El Abuelo le tenía mucha devoción: falleció después de haber saludado con la mirada a su imagen. Y no podemos olvidar que en esta misma fecha del año 1982 se anunció la erección del Opus Dei en Prelatura personal: una caricia que nuestra Madre quiso hacernos en una de sus fiestas.

(13) *Eccli.* III, 11.

536

28 de noviembre  
ANIVERSARIO DE LA ERECCIÓN DEL  
OPUS DEI EN PRELATURA PERSONAL (I)

—La erección pontificia de la Prelatura del Opus Dei constituye uno de los capítulos de la *historia de las misericordias de Dios*.

—Nuestro Padre, dócil al querer de Dios, abrió a lo largo de su vida el cauce jurídico de la Obra.

—El espíritu del Opus Dei ha quedado esculpido gracias a la vida santa de nuestro Padre.

CUANDO el pueblo de Israel pasó el Jordán y hubo entrado en la tierra que Dios le había prometido, mandó el Señor a Josué que levantara un monumento con doce piedras tomadas del lecho del río. Y dijo Josué a los israelitas: *cuando un día os pregunten vuestros hijos: ¿qué significan para vosotros esas piedras?, les responderéis: las aguas del Jordán se abrieron ante el arca de la Alianza de Yavé (...); y esas piedras serán para siempre jamás un memorial para los hijos de Israel*<sup>1</sup>.

También en la vida de la Obra, que es *la historia de las misericordias de Dios*, se manifiesta una particular Providencia divina. Por eso nos gusta conocer los hechos que jalonan su camino entre los hombres. Es *una maravilla tan estupenda* —comentaba una vez nuestro Fundador—, *que es muy bueno desear*

---

(1) *los. TV, 6-7.*

*conocerla. Lo he dicho siempre, de palabra y por escrito; y eso que sufro recordando tantos sucesos buenos de estos cuarenta y cuatro años. De bastantes no sabréis nada, porque he procurado que no quedase rastro; pero conoceréis los suficientes para vibrar muchísimo y dar muchas gracias a Dios*<sup>2</sup>.

Dentro de la historia de la Obra, la que se refiere a nuestro itinerario jurídico constituye un motivo especial de acción de gracias: ¡resulta tan evidente la intervención de Dios y de su Madre Santísima para prepararnos *un camino seguro*! Hoy, al conmemorar un nuevo aniversario de la erección pontificia de la Prelatura—la *intención especial* por la que nuestro queridísimo Padre rezó y trabajó durante muchos años—, nuestro agradecimiento ha de manifestarse, entre otras cosas, en el esfuerzo por mantener siempre vivo el recuerdo de las maravillas que Dios ha obrado en favor nuestro. Estas fechas más señaladas —verdaderos jalones de nuestro camino— constituyen una ocasión privilegiada para tomar conciencia más clara de la divinidad de nuestra vocación y no olvidar lo que en cierta ocasión nos decía nuestro Padre: *el Señor ha sacado adelante la Obra a pesar de disponer de instrumentos tan malos como yo. Pero, a veces, me viene al corazón la pena de pensar que quizá se puede coger todo eso —no sucederá, desde luego, a los*

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 14-VI-1972.

*hermanos vuestros más antiguos— y verlo, sí, con cariño y con entusiasmo, pero como se contempla un hallazgo de arqueología, una pieza antigua. Espero que se den cuenta de que aquello es un río de lágrimas, un montón de sangre, y de oración, y de sacrificio*<sup>3</sup>.

EN EL Libro de los Proverbios, al hablar de la creación, se ponen en boca de la Sabiduría divina las siguientes palabras: *estaba yo con El como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome con El en todo tiempo; recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres*<sup>4</sup>.

Comentando estas palabras inspiradas —*ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum*—, nuestro Padre solía decir que al Señor le gusta jugar con sus hijos los hombres. Y en una de sus Cartas afirma que *en la historia de nuestro camino jurídico dentro de la vida de la Iglesia, aparece con mucha claridad este juego divino del que os hablo. No he tenido que andar calculando, como jugando al ajedrez; entre otras cosas porque nunca he pretendido averiguar la jugada de otro, para poder dar jaque mate después. Lo que he tenido que hacer es dejarme llevar*<sup>5</sup>.

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 14-VI-1972.

(4) Prov. VIII, 30-31.

(5) De nuestro Padre, Carta, 25-1-1961, n. 5.

Ese dejarse llevar, esa docilidad al Espíritu Santo, fue una característica esencial de la existencia de nuestro Fundador. Desde que experimentó los primeros barruntos de la llamada divina, se mostró plenamente disponible para cumplir la Voluntad de Dios. Su vida de aquellos años puede resumirse en dos jaculatorias, que repetía incansablemente: Domine, ut videam!; Domina, ut sit! Luego, cuando le llegó con toda claridad la luz del Señor, se puso a trabajar sin descanso. Con la gracia de Dios, fueron llegando las primeras vocaciones. Nuestro Padre *comprendía la necesidad de formar bien a esas almas que Dios escogía, y sabía que había de encontrar un estatuto jurídico que fuese su camino y su defensa, protegiendo así el carisma fundacional que había recibido del Señor y que —con su gracia— deseaba transmitir fidelísimamente a sus hijos. Pero entonces, en la legislación de la Iglesia, no existían normas adecuadas. Por eso, desde 1928 ó 1929, nuestro Fundador pedía ya por la solución jurídica —que sería su intención especial durante muchos años—, aun sin saber exactamente en qué iba a consistir (...), aunque tenía muy claras las líneas maestras por donde debía ir*<sup>6</sup>.

Más de cincuenta años duró *el largo peregrinar de la Obra por el desierto* —así se expresó alguna vez nuestro Fundador refiriéndose a nuestro itinerario jurídico—, hasta que el Señor nos hizo entrar en la *tierra prometida*. Como los antiguos Patriarcas, que se fueron

(6) Del Padre, Tertulia, 28-XII-1982.

de este mundo sin ver cumplidas las promesas divinas, pero creyendo firmemente en que se realizarían, nuestro Padre creyó y esperó en Dios contra toda esperanza humana: *contra spem, in spem credidit*<sup>7</sup>. Con su oración y su sacrificio, con su trabajo, con su vida entera fue abriendo el cauce de la Obra, dando lugar a que se cumpliera la promesa del Señor: *allí, en la región desierta e intransitable (...) habrá una senda y camino real, que será camino santo*<sup>8</sup>. Nuestro Fundador dejó la Obra de Dios perfecta y acabada, aunque sin haber visto la sanción jurídica que convenía a su naturaleza y a su espíritu, que él mismo había preparado. Para que sus hijos pudiéramos transitar cómodamente por esta senda, ofreció incluso no ver en la tierra la sanción jurídica definitiva por parte de la Iglesia. Fue como la última piedra de su entrega, la coronación de su sacrificio hasta la total identificación con Jesucristo en la Cruz. De este modo concluyó su labor en la tierra, bien unido a la oración de Cristo: *he acabado la obra, cuya ejecución me has encomendado*<sup>9</sup>.

EL LARGO itinerario que la Obra tuvo que recorrer hasta ver hecha realidad su configuración jurídica definitiva dio ocasión a que nuestro Fundador manifestara de modos muy diversos su insomne vigilancia

O) Rom. IV, 18.

(8) /sm.XXXV, 1 y 8.

(9)/oarni. XVII, 4.

para proteger y defender los rasgos genuinos del Opus Dei. Con palabras de la Sagrada Escritura, decía muchas veces: *hijos, mientras los demás duermen, cor meum vigilat* (Cant. V, 2), yo *no vivo*<sup>10</sup>. Y así, hablando a sus hijos del espíritu que Dios le había entregado el 2 de octubre de 1928, nuestro Padre podía asegurar: *en la vida nuestra, el camino está perfectamente señalado: no hay nada que no esté... ¡esculpido!*<sup>11</sup>. Esculpido como se talla una joya, para sacarle hasta el último reflejo; pero también como se trabaja la piedra para construir un edificio inalterable ante el transcurso de los siglos, para gloria de Dios y servicio de las almas.

*Lainadecuación de las anteriores configuraciones jurídicas de la Obra a la realidad de nuestro camino movía a nuestro Padre a una perseverante acción de vigilancia, que se concretaba en continuas aclaraciones llenas de vigor, en actos de prudencia en el gobierno, en gestiones ante la autoridad eclesiástica, en advertencias y disposiciones de Padre y Buen Pastor. Fue una larga lucha de nuestro Fundador, para soslayar los peligros y confusiones que conllevaba el encajonamiento forzado de la Obra en un marco jurídico inadecuado.*

*Este continuo desvivirse de nuestro Fundador trajo como consecuencia que la fisonomía de la Obra, su espíritu, su fin, sus modos de apostolado peculiares que-*

*darán—como le gustaba decir—esculpidos con rotundos y vigorosos trazos, que la configuraban netamente, sin ambigüedades respecto a su identidad y de acuerdo con una clarísima singularidad fundacional.*

*Con razón nos comentaba nuestro Padre, poco antes de marcharse al Cielo: tenéis por delante tanto camino recorrido, que ya no os podéis equivocar. Con lo que hemos hecho en el terreno teológico —una teología nueva, queridos míos, y de la buena— y en el terreno jurídico; con lo que hemos hecho con la gracia del Señor y de su Madre, con la providencia de nuestro Padre y Señor San José, con la ayuda de los Angeles Custodios, ya no podéis equivocaros, a no ser que seáis unos malvados (Tertulia, 19-11-1975)*<sup>12</sup>.

Al agradecer hoy a la Trinidad Beatísima la configuración jurídica de Prelatura personal, que tan bien se adapta y responde al espíritu de la Obra, renovamos el deseo de permanecer siempre fidelísimos a nuestra vocación. Confiamos este propósito a la Santísima Virgen: Madre nuestra —le decimos—, ya que con tu intercesión poderosa nos has preparado un camino adecuado, consérvalo limpio de obstáculos, para que nada, ni en nosotros mismos ni a nuestro alrededor, nos aparte lo más mínimo del Amor de tu Hijo. *Cor Mariae dulcissimum, iter serva tutum!*

(10) De nuestro Padre, Meditación, 15-11-1963.

(11) De nuestro Padre, Meditación, 2-X-1956.

(12) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, nn. 6-7.



537

## 28 de noviembre ANIVERSARIO DE LA ERECCIÓN DEL OPUS DEI EN PRELATURA PERSONAL (II)

—Hoy damos gracias a Dios por la solución jurídica definitiva de la Obra.

—El motivo profundo de nuestro agradecimiento a Dios.

—Con el reconocimiento jurídico definitivo, nos llegaron toda clase de bienes: *omnia bona pariter cwn illa!*

*OS ACONSEJO que llevéis una vida de acción de gracias. Mirad, todo lo que tenemos —poco o mucho— se lo debemos al Señor. No hay nada bueno que provenga de nosotros. Si alguna vez os llenáis de soberbia, dirigid la vista a lo alto y veréis que, si algo noble y limpio hay en vosotros, se lo debéis a Dios (...). ¡Qué bonito es lo que decimos cada día en las Preces! Podéis emplearlo como jaculatoria: gratias tibi, Deus, gratias tibi! Porque, si damos las gracias, Dios nos entregará más; pero si nuestra soberbia se apropia de lo que no es nuestro, nos cerraremos para recibir la ayuda del Señor'.*

Hoy, aniversario de la erección pontificia de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, es para nosotros día de acción de gracias. Y como nos decía el

Padre en aquella memorable ocasión, estas palabras de nuestro Padre parecen escritas *para expresar lo que deseamos manifestar al Señor en estos momentos. Todos, a una con nuestro Fundador, elevamos el corazón a la Santísima Trinidad, con un encendido cántico de acción de gracias y con el propósito decidido de llevar una vida de acción de gracias, una vida entera agradeciendo lo bueno que el Señor ha sido con nuestro Padre y con toda la Obra.*

*El Te Deum que hoy alzamos a Dios no puede ser la flor de un día de júbilo. Ha de tener, como letra perenne, esos endecasílabos de Amor de Dios en que nuestro Padre deseaba que convirtiéramos la prosa de cada día. Es decir, este nuevo y solemne reconocimiento de la Obra por parte de la Iglesia ha de imprimir en nosotros, para siempre, la fuerte marca de almas agradecidas.*

*Como os acabo de recordar con palabras de nuestro Padre, hemos de llevar una vida de acción de gracias. Así daremos cumplimiento cabal a la aspiración que el Señor fijó en el alma de nuestro Fundador: Dios nos ha concedido tantas misericordias, ut in gratiarum semper actione maneamus!, para que perseveremos siempre en acción de gracias a la Trinidad Beatísima, de quien todo bien procede<sup>2</sup>.*

Al considerar la magnitud y la importancia de los dones recibidos de Dios —hoy, de modo particular, la configuración jurídica definitiva de la Obra—, com-

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 19-111-1971.

(2) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 2.

prendemos que las palabras son bien poca cosa para manifestar los sentimientos de gratitud filial que nos embargan. Es una buena ocasión para renovar nuestro *compromiso de amor* a Dios en el Opus Dei y aumentar nuestra unión afectiva y efectiva con el Padre y sus intenciones. De este modo, desde el Cielo, nuestro Fundador podrá decir de cada uno de nosotros: *pienso que sois Opus Dei y se me rompe el corazón de gozo, en acción de gracias: porque sé que vais a ser fieles*<sup>3</sup>.

*GRATIAS tibi, Deus, granas tibi!*, nos enseñó a repetir nuestro **Padre. Dad gracias al Señor por lo bueno que ha sido con vosotros, conmigo y con todos.** .

*Si hacéis un favor a una persona, y os da las gracias, ¿no estáis más inclinados a seguir ayudándola? Pensad lo que hará el Señor, que nos quiere tanto, si ve que le agradecemos todo lo que hace por nosotros, todo lo que nos ha dado, hasta esos beneficios que no conocemos*<sup>4</sup>.

Agradecemos a Dios la culminación del camino jurídico de la Obra. En la Carta que nos escribió con esta ocasión, el Padre nos impulsaba a considerar *el motivo profundo de nuestro agradecimiento, cómo ha de manifestarse esta gratitud en nuestra vida, y qué*

*hemos de hacer para perseverar en una continua acción de gracias (...).*

*El motivo profundo de nuestro agradecimiento no se reduce solamente al paso importantísimo de la aprobación por el Papa de la configuración jurídica que, para el Opus Dei, quería nuestro Fundador, sino que se fundamenta en todo lo que este acto pontificio ha comportado para nosotros, a lo largo de estos años intensos, duros, felices, de espera y de unión con Dios. **La Obra, firme, compacta y segura,** bien unida a nuestro Padre en la misma intención, ha rezado, ha sufrido, ha esperado, ha trabajado. Y esto ha significado un inmenso bien, para el Opus Dei, y para la Iglesia entera, pues únicamente nos mueve el espíritu de servicio a esta buena Madre.*

*Pero, sobre todo, estos años guardan el tesoro de un denso quehacer de Dios en el alma de nuestro Fundador y en la historia de toda la Obra. Dios tomaba constantemente la iniciativa, demostrando una multiforme actividad en el corazón y en la mente del Padre, y de la que nosotros, sus hijas e hijos, nos hemos beneficiado. ¡Dios **se ha lucido!**, ha hecho **una de las suyas**, con su constante y apretado trabajo, conduciendo a nuestro Fundador —y a la Obra, que era una sola realidad con su vida— con su paso divino.*

*Contemplad, pues, en toda su grandeza y profundidad, el inmenso caudal de favores divinos que hemos de agradecer, y el modo santo con el que nuestro Padre ha*

(3) De nuestro Padre, n. 260.

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 1088.

*secundado esta acción de Dios, palpitante de gracias y de llamadas. A pesar de nuestras miserias personales, la Obra ha caminado al **paso de Dios**. Nuestro Padre ya cogió este compás heroicamente desde los comienzos: en medio de una soledad acompañada por Dios, le tocó afrontar lo más duro de estos repechos por donde el Señor nos dirigía. Lo nuestro era seguirle, todos a una, ajenos quizá a las espinas que se clavaban en su alma a cada paso.*

*Ved, principalmente, por tanto, al agradecer esta nueva caricia de la Iglesia, el conjunto enorme de beneficios divinos que el Opus Dei ha recibido de la misericordia de Dios durante estos largos años; fijaos en el constante y silencioso quehacer del Señor en el Padre y en la Obra. Así nos reafirmaremos en la profunda persuasión de que **la Obra**, como repetía nuestro Padre, **no la han inventado los hombres**, sino que **es de Dios**.*

*Hijos míos, mirando desde esta perspectiva cuanto heñios vivido, veo con luminosa claridad que se ha cumplido a la letra lo que nuestro Fundador afirmaba, al referirse a la aprobación de la solución jurídica de la Obra. Aseguraba que con esa configuración jurídica definitiva vendrían omnia bona pariter cum illa (Sap. VII, 11), que con ella nos llegarían toda clase de bienes. Y aquí están ya muchísimos delante de nuestros ojos; un cúmulo inmenso de bienes hemos conseguido ya. Pensadlo, para agradecerlo a Dios<sup>5</sup>.*

(5) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, nn. 3-4.

*OMNIA bona pariter cum illa!* Al hilo de las palabras del Padre, estamos agradeciendo al Señor los bienes que nos han venido junto con la configuración jurídica definitiva de la Obra. *La relación de estos bienes y lecciones del Señor podría continuar hasta formar un interminable elenco. Vosotros los iréis descubriendo, al hilo de vuestra meditación, en vuestra propia alma, que es donde el Señor ha ido escribiendo estas páginas de misericordia.*

*Pensad, por ejemplo, que —mirando la luminosa trayectoria de santidad de nuestro Fundador— hemos aprendido a trabajar cara a Dios, sin esperar pagos terrenos. Hemos aprendido a querer a quienes, por el motivo que fuera, no entendían o no querían entender nuestro camino. Hemos aprendido a tener paciencia y el perdón fácil cuando algunos —movidos por el diablo o ingenuamente equivocados— nos calumniaban con perseverantes campañas denigratorias. El Señor nos ha confirmado en nuestro amor grande por todos los que trabajan por El, comprendiendo y estimando muy de veras la generosidad y el sacrificio de tantas almas buenas —sacerdotes, religiosos y religiosas, seglares— que sirven a la Iglesia. El Señor nos ha urgido a querer cada día más al Papa: ¡cuántas largas horas de oración de nuestro Padre por el Romano Pontífice y qué inyección de romanidad infundía en toda la Obra! Hemos sentido la urgencia y el deber de rezar más intensamente por todos los Obispos y nos hemos entregado, con afán de unidad, en el servicio a las diócesis donde trabajamos<sup>6</sup>.*

(6) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 25.

Con la erección de la Prelatura por parte del Papa, y la correspondiente sanción pontificia de sus estatutos, *se ha confirmado y reforzado (...) la unidad jurídica de la Obra —de los sacerdotes y laicos, y de las dos Secciones— bajo la dirección y régimen del Padre, como Prelado Ordinario, con potestad de jurisdicción*<sup>7</sup>. Al mismo tiempo, *junto con esa fortalecida unidad jurídica, de organización y de régimen, se han reconfirmado y protegido para siempre nuestro espíritu y ascética netamente seculares, y los modos específicos propios del apostolado del Opus Dei*<sup>8</sup>.

*¡Cuántos bienes, hijos míos! ¡Cuántos bienes ha supuesto para la Obra este largo camino! ¡Cuánto quehacer divino en nosotros que tratábamos, impulsados por nuestro Padre, de atesorarlo en el espíritu como una suma inmensa de riquezas! Por esto, nuestra acción de gracias, que se apoya en tan profundos y abundantes motivos, ha de discurrir a lo largo y a lo ancho de nuestro esfuerzo diario por ser fieles a nuestra vocación divina. Saquemos, de toda esta larga enseñanza del Señor, la misma conclusión que extraía nuestro Padre, al considerar todo lo que el Señor ha ido haciendo en su Obra: **un cántico de acción de gracias tiene que ser la vida de cada uno, porque toda la doctrina de San Pablo se ha cumplido: has buscado medios completamente ilógicos, nada aptos, y has extendido la labor por el***

(7) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 47.

(8) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 48.

*mundo entero. Te dan gracias en toda Europa, y en puntos de Asia y África, y en toda América, y en Oceanía. En todos los sitios te dan gracias (De nuestro Padre, Tertulia, 19-11-1975). Hijos míos, os insisto con nuestro Padre: **no tenemos motivos más que para dar gracias** (Ibid)<sup>9</sup>.*

Como también nos enseñó nuestro Padre, hacemos llegar nuestro agradecimiento a Dios por manos de la Santísima Virgen, *Regina Operis Dei*, que tanta parte ha tenido en el buen término del itinerario jurídico de la Obra.

(9) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 26.

538

28 de noviembre

ANIVERSARIO DE LA ERECCIÓN DEL  
OPUS DEI EN PRELATURA PERSONAL (III)

—Oración de nuestro Padre y de muchas otras almas por la intención especial.

—Esa oración estuvo avalorada por el sacrificio.

—La Obra ha recorrido el camino para alcanzar la intención especial muy unida al Señor y a su Santísima Madre.

LA HISTORIA de nuestro itinerario jurídico, culminada el 28 de noviembre de 1982 con la erección de la Prelatura del Opus Dei por parte del Papa Juan Pablo II, es la historia de la oración, del sacrificio, del trabajo y de la fidelidad de nuestro queridísimo Fundador a lo que Dios le había encomendado el 2 de octubre de 1928. *La Obra está saliendo adelante —escribía en 1940— a base de oración: de mi oración —y de mis miserias— que a los ojos de Dios fuerza lo que exige el cumplimiento de su Voluntad; y de la oración de tantas almas —sacerdotes y seglares, jóvenes y viejos, sanos y enfermos—, a quienes yo recurro, seguro de que el Señor les escucha, para que recen por una determinada intención que, al principio, sólo sabía yo* <sup>1</sup>.

Durante su vida entera, nuestro Fundador rezó

con gran intensidad por lo que constituía su *intención especial*. A él se unieron fervorosamente sus hijas y sus hijos, y otras muchas personas en todo el mundo, ofreciendo todos los momentos de la vida por esa intención: la sonrisa y el llanto, la alegría de un trabajo bien hecho y las dificultades de la tarea cotidiana, la vida familiar y la acción apostólica, el dolor, la enfermedad y hasta la muerte. La oración de nuestro Fundador fue como la piedra caída en el lago, de que nos habló en *Camino*, que va produciendo círculos concéntricos cada vez más anchos, hasta alcanzar lugares remotos y fuerza insospechada.

Hoy, al celebrar un nuevo aniversario de la erección de la Prelatura, queremos considerar, *en primer lugar, la eficacia de tantos millares de días y noches de densa y continua oración. Sí, hijas e hijos* —nos escribía entonces el Padre—, *conviene que no olvidemos que nuestro Padre rezó día y noche por esta intención. Movilizó toda la Obra, pidiendo plegarias y mortificaciones: que os unáis a la intención de mi Misa; que os unáis a mi intención, era el estribillo de sus conversaciones. Mendigó esta misma limosna por medio mundo, provocando una manifestación general de corazones que rezan. Dios nos llevaba —y con nosotros a centenares de millares de otras almas— por caminos de perseverante y tenaz oración. Omnes erant perseverantes unanimitèr in oratione (Act 1, 14): el Señor ha hecho, con la complicidad de nuestro Padre (...), que esto se cumpliera a la letra en la Obra.*

(1) De nuestro Padre, *Carla*, 11-III-1940, n. 32.

Gratias tibi, Deus, gratias tibi! *Ese clamor de oración unánime ha marcado a la Obra para siempre, desde el momento de su fundación. Dios nos ha demostrado, con esta acción suya en la vida de nuestro Padre, que todo en la Obra ha de salir a base de oración y de mortificación confiadas y filiales, perseverantes. Que todo ha de ir precedido, acompañado y seguido por estos medios; que sin oración no hay Opus Dei*<sup>2</sup>.

PARA hacer la Obra, nuestro Padre acudió, también heroicamente, a la mortificación, *la oración de los sentidos*<sup>3</sup>, como le gustaba decir. *¿Qué puede hacer una criatura que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos... Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplina, llevando el compás*<sup>4</sup>.

Dios no ahorró a nuestro Padre sufrimientos físicos y morales de todo tipo —en su persona, en su honra, en su familia...—, para hacerle capaz de cumplir la misión que le había señalado. Nuestro Fundador se abrazó con amor a la Cruz, con la alegría de saberse corredentor con Cristo e instrumento de una obra sobrenatural. Y, al mismo tiempo, supo infundir este

mismo espíritu en las personas que tenía cerca. Hijas e hijos suyos, y también muchos enfermos a quienes atendía sacerdotalmente, aportaron la carga de sus dolores aceptados con espíritu cristiano. Nos lo contaba nuestro mismo Padre en una ocasión: *fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios (...). Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios (...).*

*Estas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor. Y formar a los primeros que venían, hablándoles con una seguridad completa de todo lo que se haría, como si ya estuviera hecho...*<sup>5</sup>.

Este espíritu, con la gracia de Dios y con nuestra correspondencia, no puede perderse en la Obra. Todos deseamos seguir con fidelidad las huellas de nuestro Padre, que *gastó felicísimamente su paso por la tierra en la labor de transmitir con acendrada fidelidad el mensaje que Dios le había comunicado, dirigido a todos los hom-*

(2) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 5.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 9.

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 19-11-1975.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 19-II-1975.

bres y mujeres. Pero, antes y sobre todo, lo encarnó en su propia vida. Aquí se encuentra la raíz de la fecundidad espiritual de cada uno de los instantes de su existencia.

*En medio de una lucha constante para vencerse y sobreponerse a sí mismo, nuestro Padre nunca dijo que no a Dios Nuestro Señor. Correspondió con fidelidad plena a las gracias que había recibido. No sólo aceptó, sino que amó los dolores y penas que le enviaba su Padre-Dios, convencido de que eran una prueba de cariño y una garantía de la abundancia de frutos. De este modo, por hallarse íntimamente unidos a la Santa Cruz, los sufrimientos de nuestro Padre —que jamás se sintió víctima, que entendió el positivo valor de la purificación— se han convertido en savia vivificante que ha fertilizado y ha llenado de flores y de frutos este árbol del Opus Dei<sup>6</sup>.*

REMEMORANDO los años en los que nuestro Fundador suplicaba a Dios por la intención especial, el Padre nos hacía en 1982 unas consideraciones que serán siempre actuales, porque sólo con oración y mortificación saldrá la Obra adelante.

**Clama, ne cesses!**, pedía el Señor. Y nuestro Padre le hacía eco con su voz y la dirigía a los hombres, consumiendo sus días en una constante vigilia de oración y de catequesis. Toda la Obra vibraba con este mismo clamor, que en nosotros ha grabado a fuego dos verdades funda-

*mentales: que hemos de ser **almas contemplativas en medio del mundo**, y que la Obra es una gran catequesis, **una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad**.*

La exigente acción de Dios en el alma de nuestro Padre y su heroica correspondencia nos trasmitían a cada uno de nosotros, sus hijas e hijos, deseos ardientes de santidad. Bastantes hijas e hijos de la fidelidad de nuestro Padre están ya en el Cielo. Muchos más peregrinamos por la tierra, saboreando toda esta carga divina, de peso y poder incomparablemente más fuertes que los de nuestras miserias personales.

En una palabra, Dios nos ha traído por los caminos que nos convenían, para urgimos a ser santos. A nosotros toca ser también, siguiendo las huellas de nuestro Padre, buenos borriquillos suyos, que mantienen bien trazado el surco que esta honda acción divina y la correspondencia de nuestro Padre han abierto. Dios lo ha ido disponiendo todo del mejor modo, para que seamos santos, porque esto espera de nosotros, como lo espera la humanidad entera.

**Si Deus nobiscum, quis contra nos?** Otro paso del Señor en el alma de nuestro Padre. Cuando los golpes se aceptan **como el martilleo del artista, que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo...**, jamás falta entonces la ayuda de la fortaleza divina para sostenemos y concedernos su apoyo. Soy yo, no temáis (Marc VII, 50), parece susurrarnos en el alma. La confirmación de estar cumpliendo la Voluntad de Dios confería a nuestro Fundador

(6) Del Padre, Carta, 8-IX-1988, n. 20.

*un gran sosiego en medio de tan duros trabajos. Su firme serenidad—que venía de lo alto—se contagiaba beneficiosamente a toda la Obra, como un río de paz, que nos habitaba para ser precisamente sembradores de paz y de alegría, aun en medio de la tolvanera que levantaban los fuertes vientos del tiempo o nuestras miserias personales.*

*Dios estaba no ya detrás sino entre nosotros, obrando sin cesar. Gratias tibi, Deus!, porque nunca nos has abandonado, porque has combatido por nosotros y con nosotros. Ninguna trapacería del diablo ha podido ni podrá nada contra este querer del Señor, tan patente y tan misericordioso. Gratias tibi!*

*Con el Señor, también su Madre —¡Ella nunca se separa de su Hijo!— se ocupaba amorosamente de la Obra, para madurar frutos de santidad y sostenernos con su mano por el camino. Ella se mostraba a nuestro Padre como el **thronum gloriae** al que deberíamos acudir con plena y filial confianza —adeamus cum fiducial—, para conseguir misericordia de la Trinidad —**ut misericordiam consequamur**—, de manera que nuestras propias insuficiencias individuales no constituyeran un obstáculo para andar, en santidad de vida, el sendero que el Señor nos marcaba<sup>7</sup>.*

Pidamos al Señor en este aniversario que nos conceda sus gracias, de modo que sepamos hacer el Opus Dei en nosotros y a nuestro alrededor, siguiendo fidelísimamente las huellas de nuestro santo Fundador.

(7) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, nn. 9-12.

539

## 30 de noviembre SAN ANDRÉS APÓSTOL

—El Apóstol San Andrés llegó a identificarse plenamente con Jesucristo.

—Para llegar a ser *ipse Christus*, debemos desentendernos de problemas personales y preocuparnos de los demás.

—El olvido de sí exige abnegación y espíritu de sacrificio.

*CAMINANDO Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, que echaban la red al mar, pues eran pescadores. Y les dijo: seguidme, y os haré pescadores de hombres. Ellos, al instante, dejaron las redes y le siguieron<sup>1</sup>. Desde ese momento, Andrés no se separó del Maestro. Durante tres años le acompañó por todos los caminos de Palestina, aprendiendo a su lado la abnegación, la entrega personal al servicio de los demás, el olvido de sí.*

*Si alguno quiere venir en pos de mí —dijo Jesús un día—, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame; pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará. Porque ¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?<sup>2</sup>. Bien entendieron los Apóstoles estas palabras de Jesucristo. Tan pronto como el Maestro subió a los*

(1) *Ev. (Matth. IV, 18-20).*

(2) *Matth. XVI, 24-26.*



Cielos, una vez recibido ya el Espíritu Santo, se dispersaron con el afán de extender la Iglesia a todos los lugares de la tierra. Andrés predicó el Evangelio en Grecia, y en la ciudad de Patrás sufrió martirio, muriendo clavado en una cruz, a semejanza de su divino Maestro. Tanta era su ansia de identificarse con El, que *cuando fue conducido al lugar del martirio*, según cuentan los presbíteros de Acaya, testigos de su muerte, *viendo la cruz en lontananza comenzó a exclamar: ¡oh cruz buena, que fuiste embellecida por los miembros del Señor; tantas veces deseada, solícitamente querida, buscada sin descanso y ardientemente preparada con el deseo! Recíbeme de entre los hombres y llévame junto a mi Maestro, para que por tu medio me reciba Aquél que por ti me redimió*<sup>3</sup>.

Dos días permaneció colgado de la cruz, e incluso allí siguió predicando la fe de Jesucristo. Al fin entregó su alma a Dios y fue a reunirse con Aquél a quien había entregado su vida entera, un día ya lejano, a orillas del lago de Tiberíades.

La generosidad de este Apóstol nos invita a pensar si nuestra entrega es también total, exclusiva, como fue la suya; si de verdad nuestro único afán es identificarnos con Jesucristo. *A la Obra* —escribió nuestro **Padre**— **no venís a buscar nada: venís a entregaros, a renunciar, por amor de Dios, a cualquier ambición personal. Todos tienen que dejar**

*algo, si quieren ser eficaces en Casa y trabajar como Dios nos pide, como un borrico fiel, ut iumentum! La única ambición del borrico fiel es servir, ser útil; el único premio que espera es el que le ha prometido Dios: quia tu reddes unicuique iuxta opera sua (Ps. LXI, 13), porque el Señor premia a cada uno según sus obras*<sup>4</sup>.

LA VOCACIÓN que hemos recibido exige que dejemos de lado todas las preocupaciones personales para dedicarnos íntegramente al servicio de las almas. *Nosotros tenemos una vida interior particular, propia, en parte común sólo a nosotros. Característica de esa vida interior de los miembros de la Obra, que ha de darnos a cada uno un modo particular de ver las cosas, es procurar activamente la santidad de los demás. No amamos a Dios si nos dedicamos a pensar sólo en nuestra propia santidad: hay que pensar en los demás, en la santidad de nuestros hermanos y de todas las almas*<sup>5</sup>.

Los obstáculos que un alma puede encontrar para seguir a Jesucristo, cualesquiera que sean sus manifestaciones, tienen su último origen en el desordenado amor de sí mismo. Ese egoísmo se revela, por ejemplo, en el monólogo interior. Allí los propios inte-

(4) Del Padre. *Carta*, 9-1-1932, n. 85.

(5) De nuestro Padre, *Meditación Señal de vida interior*, 3-III-1963.

(3) Breviario Romano, *In festo S. Andreae, Ad Mat.*, L, VI.

reses y aspiraciones se desorbitan; se fraguan los conflictos o se agrandan; la objetividad se difumina, el yo sale siempre enaltecido. Un alma que aspire a la santidad, debe esforzarse por salir de esa subjetividad enraizada. Abrirse, que no es lo mismo que disiparse. Buscar en el fondo del corazón al interlocutor divino, Dios, que habita en el alma por la gracia.

Otra manifestación del egoísmo es la excesiva preocupación por la salud, la profesión, el descanso, el futuro... En un alma entregada a Dios, esa actitud no tiene sentido. *No pongas tu yo en tu salud, en tu nombre, en tu carrera. Mío, tuyo, mío, tuyo... ¡Si tú no tienes nada! Si te has entregado de veras, es lo nuestro, lo de Dios, lo de todos. Mío, mío, mío... ¡Qué cosa tan molesta! Cuando a lo largo del día te sientas, quizá, humillado —porque no olvidas que la soberbia es lo peor del fomes peccati—; cuando sientas que tu criterio debería prevalecer: que tú, que tú, que tú, y lo tuyo, y lo tuyo... ¡muy mal! Estás matando el tiempo y estás necesitando que matemos tu egoísmo*<sup>6</sup>.

El olvido de sí es una condición indispensable para la santidad. *Dios nos pide que el afán apostólico llene nuestros corazones, que nos olvidemos de nosotros mismos, para ocuparnos —con gustoso sacrificio— de la humanidad entera*<sup>7</sup>. Sin esta dis-

posición, ni alcanzaríamos la verdadera santidad, ni seríamos auténticamente eficaces. *En nuestra tarea nadie tiene tiempo para pensar en sí mismo, para andar con preocupaciones personales: hemos de ocuparnos solamente de la gloria de Dios y del bien de las almas*<sup>8</sup>.

El olvido de sí no es simplemente un remedio ascético, sino un don divino que transforma radicalmente el alma, haciéndola entender y amar por Dios, con Dios y en Dios. El olvido de sí presupone una progresiva disminución del yo, según aquella aspiración del Precursor: *conviene que El crezca y que yo mengüe*<sup>9</sup>, que los Apóstoles supieron realizar en su vida. Esa sustitución es obra del Espíritu Santo, pero exige la cooperación personal de cada uno. No se pierde el entender humano, sino que se perfecciona con la fe y con la visión sobrenatural; ni se ahogan los afectos, que se purifican y aprestan al servicio de Dios y de los hermanos; ni la voluntad se anula, al contrario, se robustece y afirma en el bien.

*El resumen que saco siempre al final del día —decía nuestro Padre—, al hacer mi examen, es pauper servus et humilis! Y esto cuando no he de decir: Josemaría, Señor, no está contento de Josemaría. Pero, como la humildad es la verdad, son muchas las veces que —lo mismo que os sucede a*

(6) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(7) De nuestro Padre, Carta, 24-11-1930, n. 22.

(8) De nuestro Padre, Carta, 8-VIII-1956, n. 8.

(9) Ioann. III, 30.

***vosotros— pienso: Señor, ¡si no me he acordado para nada de mí, si he pensado sólo en Ti y, por Ti, me he ocupado sólo en trabajar por los demás! Entonces nuestra alma de contemplativos exclama con el Apóstol: vivo autem iam non ego: vivit vero in me Christus (Galat. //, 20); no soy yo el que vivo, sino que vive en mí Cristo***<sup>10</sup>.

PARA llegar al olvido de sí es preciso fomentar el espíritu de de mortificación y de servicio. *Desnudaos del hombre viejo con sus acciones, y vestios del nuevo, de aquél que por el conocimiento se renueva según la imagen del que le creó*<sup>11</sup>. No es posible en esta vida mortal liberarse por completo de esa criatura vieja y sus concupiscencias; la egolatría, el amor desordenado a uno mismo, será siempre un enemigo con el que habremos de librar batalla. Pero tenemos la seguridad de la victoria final, aunque no falten derrotas parciales, si nos aplicamos a usar las armas de la mortificación interior: no consentir ningún pensamiento, imagen o recuerdo que centre de modo egoísta la atención ajena o propia sobre nosotros mismos. No sólo hemos de rechazar los pensamientos que de algún modo generan complacencia desordenada en el propio yo, sino también los excesivamente amargos o dolorosos,

que provienen de un espíritu más humillado que humilde y roban la paz íntima, propia del ánimo realmente contrito.

Ese detenerse interiormente en problemas personales no es sólo una pérdida de tiempo. A veces, manifiesta una concupiscencia de uno mismo, insidiosa y obsesionante, más difícil de arrancar que los pensamientos de impureza, en cuanto que cuesta más admitir su existencia o reconocer su mala raíz. Pensar en uno mismo es, por lo menos, fuente de desamor y de numerosas omisiones en el servicio de las almas. Si no se ataja el egoísmo, el amor propio desemboca en una forma de hipocresía tanto más difícil de desenmascarar, cuanto que todo lo cubre bajo una aparente rectitud.

Mortificación interior, pues; seria, sacrificada, constante. Puede parecer difícil, pero es una tarea de amor. Además, no luchamos solos: tenemos la gracia de Dios, la protección amorosa de la Virgen y de San José, la asistencia de nuestro Ángel Custodio, la ayuda de nuestros hermanos.

***Hay que saber deshacerse, saber destruirse, saber olvidarse de uno mismo; hay que saber arder delante de Dios, por amor a los hombres y por amor a Dios, como esas velas que se consumen delante del altar, que se gastan alumbrando hasta vaciarse del todo. Yo os llevo, hijos míos, por caminos más altos, porque son caminos de***

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 90.

(11) CO/OÍ. III, 9-10.

*continuidad. Y quiero para mis hijos, como penitencia, que sepan darse. Sólo sabremos darnos a Dios, si nos olvidamos de nosotros mismos y servimos a los demás. Será verdaderamente éste un camino divino, porque está fundamentado en la humildad. Y Dios lo premia.*

*Cuando la naturaleza de cada uno se revela con todas sus miserias, El viene. El Señor extiende entonces su mano poderosa, todopoderosa, sobre ese alma que se ha entregado de este modo, y le da, le asegura su vocación, su santidad, su cielo de amor.*

*A mí, el amor me parece más que el cielo; realmente se identifican, pero me suena mejor amor, y me agarro con fuerza al amor de Dios. Hijos míos, vale la pena que nos olvidemos de nosotros mismos, y que nos preocupemos generosamente de los demás".*

Vale la pena animarse a luchar, acogernos a la Cruz del Señor, con la misma disposición del Apóstol San Andrés. En ella, Jesucristo nos ha dado la mayor muestra de amor, muriendo para darnos la Vida. Allí encontraremos, además, la asistencia amorosa de nuestra Madre Santa María, que todo lo sabe hacer sencillo y amable.

(12) De nuestro Padre, Meditación, 16-11-1964.

540

30 de noviembre

NOVENA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (I)

—Durante la Novena a la Inmaculada, hemos de tratar más a la Santísima Virgen.

—La Virgen es Madre nuestra y debemos acudir a Ella con confianza.

—Como manifestación de cariño filial, procuraremos ofrecer cada día a Nuestra Señora algún pequeño obsequio.

COMIENZA hoy la Novena a la Inmaculada, una Costumbre de la Obra que cada uno de nosotros se dispone a poner en práctica del modo más adecuado a sus circunstancias personales, pero siempre *poniendo mayor diligencia en la oración, en el cumplimiento de los deberes profesionales y en las pequeñas mortificaciones voluntarias, haciendo todo con amor filial a la Santísima Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, y Madre nuestra* '. Además, cada uno puede proponerse demostrar su cariño a la Virgen con pequeños detalles que le ayuden a tratarla más y a difundir la devoción mañana entre sus amigos. Los días de la Novena a la Inmaculada son jornadas de particular intensidad apostólica, que aprovecharemos para despertar en muchos corazones el amor filial a Santa María, quizá adormecido o entibiado durante años.

(1) De *Spiritu*, Roma 1990, n. 93.

Se da en nuestra época, quizá de modo más llamativo que en otros momentos, una tendencia a exaltar y admirar la vida de personajes famosos que, por una u otra razón, se convierten en modelo para muchas personas, que sienten oscuramente la necesidad de un ideal y de alguien que encarne y plasme ese ideal en su propia **vida**. *La gente va a la búsqueda del tipo, del modelo, del figurín; de aquél o de aquella que generalmente encarna una forma de vivir. Esto viene a confirmar que la pedagogía de la Iglesia, que propone a los hombres un ideal —¡y qué ideal!—, no es una pedagogía anacrónica e inadecuada, sino que responde plenamente a las aspiraciones escondidas y siempre agudas que existen en el corazón.*

*Si se preguntara a la juventud, a todos: ¿no sentís deseos de belleza, de grandeza, de dignidad moral, de heroísmo, de bondad, de una interpretación justa y exhaustiva de la definición del hombre?, la respuesta sería: sí, sí; nosotros nos proponemos alcanzar y apreciar esos ideales. Pero ¿dónde buscarlos? La Iglesia pone ante todos (...) la invitación a mirar a María, a Aquella que personifica verdaderamente la original y auténtica idea de lo que el hombre es: imagen de Dios<sup>2</sup>.*

Este es el fin que nos proponemos durante la Novena a la Inmaculada: hacer que el rostro siempre hermoso de la Virgen resplandezca ante los ojos de quienes nos rodean, que descubran su cariño de Ma-

dre y que, a su vez, la quieran con toda el alma. *Indudablemente, el camino real que debemos recorrer para llegar a la santidad y copiar en nosotros mismos, según las propias fuerzas, la perfección absoluta del Padre celestial, es la imitación de Jesucristo. Pero si la Iglesia Católica ha proclamado siempre una verdad tan sacrosanta, ha afirmado también que la imitación de la Virgen María, lejos de distraer los ánimos del fiel seguimiento de Cristo, hace éste más amable, más fácil<sup>3</sup>.*

Durante estos días, pediremos especialmente a Nuestra Señora por esas personas que tratamos más intensamente, por quienes reúnen condiciones para recibir la llamada a la Obra. Haremos más intensa nuestra oración y nuestra mortificación, y nos llenaremos de audacia sobrenatural en el proselitismo, porque la Virgen —lo sabemos bien, y es una experiencia continuamente renovada— está especialmente dispuesta en estos días a obtener de su Hijo Jesucristo toda la gracia que necesitan para entregarse a Dios en el Opus Dei.

LA VIRGEN es Madre de Dios y de cada uno de nosotros: es éste el fundamento de nuestra inquebrantable confianza; nuestras plegarias serán siempre atendidas por María. *Así es, porque así lo quiso el Señor. Y el Espíritu Santo dispuso que quedase*

(2) Pablo VI, Homilía, 15-VIII-1966.

(3) Pablo VI, Exhort. apost. *Signum magnum*, 13-V-1967.

*escrito, para que constase por todas las generaciones: estaban junto a la Cruz de Jesús, su Madre, y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre, y al discípulo que El amaba, que estaba allí, dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después, dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre. Y desde aquel punto el discípulo la tuvo por Madre (Ioann. XIX, 25-27).*

*Juan, el discípulo amado de Jesús, recibe a María, la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre (Himno lit. Ave Maris Stella)<sup>4</sup>.*

Muchas veces hemos meditado en nuestra oración los favores recibidos de manos de la Virgen; seguramente recordamos ahora el cuidado maternal con que nos ha dispensado muchos servicios concretos. Por eso, es justo que le demos gracias, que elevemos nuestro corazón hasta Ella y le renovemos nuestro propósito de seguir de cerca y fielmente a su Hijo Jesucristo.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

*Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente como la Madre de Jesús acompaña a su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con El, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado.*

*Pensemos, por ejemplo, en el relato de las bodas de Cana. Entre tantos invitados de una de esas ruidosas bodas campesinas, a las que acuden personas de varios poblados, María advierte que falta el vino (cfr. Ioann. II, 3). Se da cuenta ella sola, y enseguida. ¡Qué familiares nos resultan las escenas de la vida de Cristo! Porque la grandeza de Dios convive con lo ordinario, con lo corriente. Es propio de una mujer, y de un ama de casa atenta, advertir un descuido, estar en esos detalles pequeños que hacen agradable la existencia humana: y así actuó María.*

*Fijaos también en que es Juan quien cuenta la escena de Cana: es el único evangelista que ha recogido este rasgo de solicitud maternal. San Juan nos quiere recordar que María ha estado presente en el comienzo de la vida pública del Señor. Esto nos demuestra que ha sabido profundizar en la importancia de esa presencia de la Señora. Jesús sabía a quién confiaba su Madre: a un discípulo que la había amado, que había aprendi-*

*do a quererla como a su propia madre y era capaz de entenderla*<sup>5</sup>.

Podemos quizá preguntarnos si también merecemos, como Juan, el cuidado de Nuestra Señora; si la amamos con todo el corazón, si correspondemos a sus desvelos maternales. ¿Qué muestras de cariño —esos detalles sencillos que agradan a todas las madres— tenemos con Ella durante el día?

**INVOCAD a la Santísima Virgen**, repetía nuestro Padre; *no dejéis de pedirle que se muestre siempre Madre nuestra —monstra te esse Matrem!— y que nos dé, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepamos ir a Dios y llevarle muchas almas*<sup>6</sup>.

La maternidad espiritual de María con los hombres es doctrina de fe que llena nuestro corazón de alegría y de seguridad. *Después de haber participado en el sacrificio redentor del Hijo, y de modo tan íntimo que mereció ser proclamada por El Padre no sólo del discípulo Juan, sino del género humano representado de algún modo por él, la Santísima Virgen continúa ahora, desde el Cielo, cumpliendo su función maternal de cooperadora en el nacimiento y en el desa-*

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 141.

(6) *De nuestro Padre*, n. 281.

*rollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos. Es ésta una verdad muy consoladora que, por libre beneplácito de Dios sapientísimo, forma parte integrante del misterio de la salvación humana; por tanto, debe ser considerada de fe por todos los cristianos*<sup>7</sup>.

Se aproxima una fiesta grande de la Virgen y es lógico que deseemos ofrecerle cada día, como preparación para esa fiesta, algún obsequio: el esfuerzo por cumplir mejor nuestro deber, una mortificación o un nuevo detalle de piedad en el trato con Ella, alguna meta apostólica bien concreta... Serán, sin duda, cosas pequeñas, pero con ellas alcanzaremos una sonrisa de nuestra Madre, que está siempre mirándonos, pendiente de nosotros, sus hijos queridísimos. *Todos los años —contaba nuestro Fundador en cierta ocasión—, durante el mes de mayo, el rector de un viejo seminario acostumbraba a recorrer las habitaciones, cuando ya los seminaristas se habían retirado a descansar, llamando a las puertas, una a una. Y al abrirse los cuartos, el rector iba entregando a aquellos muchachos una rosa, para que se la ofrecieran a la Santísima Virgen. Cuando algún seminarista, por faltas de disciplina o de estudio, no había sido durante el día buen hijo de la Madre del Cielo, el rector golpeaba también su*

(7) Pablo VI, Exhort. apost. *Signum magnum*, 13-V-1967.

*puerta y, al abrirle, le decía: hoy, tú... no puedes llevar una rosa a la Virgen*<sup>8</sup>.

Eso es lo que queremos hacer nosotros durante estos días de la Novena a la Inmaculada: ofrecer a Nuestra Señora una rosa de obras hechas en su servicio. ¡Ojalá podamos decir cada noche, al llegar la hora del examen: aquí tienes, Madre, este obsequio que he procurado ganar hoy para Ti! Y Ella, desde su trono del Cielo, sonreirá feliz, al ver en esos esfuerzos la realidad de nuestra entrega.

# Diciembre

---

(8) De nuestro Padre.



541

1 de diciembre  
NOVENA  
A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (II)

—La Sagrada Escritura prefigura de diversos modos el papel de la Virgen María en la historia de la salvación.

—Desde el momento de la Anunciación, la Virgen se entregó a la persona y a la obra de su Hijo.

—Culto que debemos a la Virgen María.

LA HISTORIA del hombre sobre la tierra es testimonio constante de la verdad de aquellas palabras de San Pablo: *Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad* <sup>1</sup>.

Después de crear el mundo de la nada, Dios formó al primer hombre y, por decreto libre de su Voluntad, le elevó al orden de la gracia. A este amor generoso y paterno del Creador, el hombre respondió con el pecado original, rebelándose ante el precepto divino y perdiendo, como justo castigo a su desobediencia, el estado de santidad y justicia en que había sido constituido. Pero *el coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, fue maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo, que nace de Dios y teje con el hombre*

---

(1) 1 Jim. II, 4.

*una admirable y múltiple conversación* <sup>2</sup>.

En esa historia de misericordia y de salvación, un papel único corresponde a la Virgen Santísima, criatura singular elegida por Dios desde la eternidad como Madre suya, adornada de todas las gracias y preservada inmune del pecado original. Ya en el momento mismo de la caída en el Paraíso, cuando Dios se encara con Adán y Eva para castigar su falta, la figura de la Madre del Redentor comienza a delinearse en la Sagrada Escritura. Se dirige el Señor a Satanás, que —bajo la figura de serpiente— ha instigado a nuestros primeros padres a pecar, y le dice: *pongo enemistad entre ti y la Mujer, entre tu linaje y el suyo* <sup>3</sup>. Una luz de esperanza se enciende ante el género humano desde el instante mismo en que por primera vez pecamos.

La promesa divina de salvación se fue precisando en el curso de los siglos, mediante nuevas revelaciones del Señor. Los profetas sostienen las esperanzas mesiánicas de Israel, y anuncian el misterio de una Virgen que *concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Enmanuel* <sup>4</sup>. Por amor suyo, el Señor Dios está dispuesto a perdonar y a favorecer a los hombres; y así, la Escritura Santa recoge la historia de Judit, en quien la Iglesia reconoce una de las alusiones más claras a la Virgen María. Después de haber sido librados por ella del poder asirio, los hijos de Israel la aclaman con

estas palabras: *Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de Israel; tú, honra de nuestra nación (...). Bendita seas del Señor omnipotente por siempre jamás* <sup>5</sup>.

Durante muchos siglos, los judíos aguardaron a esa mujer de la casa de David que engendraría al Mesías y traería la salvación a la tierra. *Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de El la salvación. Finalmente —nos enseña la Iglesia—, con Ella misma, hija de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se instaura la nueva Economía, al tomar de Ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado mediante los misterios de su humanidad* <sup>6</sup>.

LA VIRGEN María, por su participación íntima en la historia de la salvación, reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe <sup>7</sup>. Por eso, la contemplación de su vida puede ayudarnos a conocer mejor al Señor, a amarle más, para penetrar con mayor hondura en los misterios que El mismo nos ha revelado, y a los que está ligada nuestra salvación.

Desde que Dios le dio a conocer su Voluntad, la Virgen María *se convirtió en Madre de Jesús y, al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno*

(2) Pablo VI, Litt. ene. *Ecce iam suam*, 6-VIII-1964.

(3) *Genes.* III, 15.

(4) *Isai.* VII, 14.

(5) *ludith* XV, 9-10.

(6) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 55.

(7) *ibid.*, n. 65.

*la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente*<sup>8</sup>. La vida entera de María quedó transfigurada por el hecho único de la Encarnación: todos sus pensamientos, sus cuidados, sus preocupaciones, sus deseos, son para ese Hijo de Dios y suyo que va a redimir a los hombres de sus pecados. Nada había en la Virgen que no estuviera orientado a Jesús: *concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el Templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la Cruz, cooperó de forma enteramente singular a la obra del Salvador con la obediencia, la fe y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas*<sup>9</sup>.

Al cuidar y servir a Cristo, la Virgen servía también a todos los cristianos, miembros del Cuerpo Místico de su Hijo. Según afirman concordemente los Padres de la Iglesia, el Cuerpo Místico se formó en el seno de María cuando dio su consentimiento a la Encarnación que el Arcángel le anunciaba. *¡Oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya —"fiat"— nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria.—¡Bendita seas!*<sup>10</sup>.

*Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde que prestó fielmente su*

*asentimiento en la Anunciación, mantenido sin vacilar al pie de la Cruz, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan en la tierra, y se hallan en ansiedad y peligros hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora*".

Además, la Virgen es el espejo sin mancha en el que se mira la Iglesia entera, llamada a alcanzar en sus miembros la santidad que posee María. *Como ya enseñó San Ambrosio — expone el segundo Concilio Vaticano—, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo (cfr. In Ev. Luc. expos. 2, 1). Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, la Santísima Virgen la precedió presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre*<sup>12</sup>.

SI LA Virgen es la criatura más santa que jamás ha existido; si es cooperadora estrechísima en la obra de la Redención, modelo de la Iglesia y Madre de todos los

(8) *Ibid.*, n. 56.

(9) *Ibid.*, n. 61.

(10) *Camino*, n. 512.

(11) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 62.

(12) *Ibid.*, n. 63.

cristianos, a quienes continuamente dispensa la gracia de su Hijo, es lógico que la honremos con cariño, y que a Ella acudamos cuando nos vemos débiles y necesitados.

Madre de Dios y de los hombres, Virgen perpetua, Inmaculada, Madre de la Iglesia, Corredentora, Asunta al Cielo, Reina y Medianera de la gracia: éstas son las prerrogativas que la Iglesia reconoce en María y que fundamentan el culto especialísimo que le debemos tributar. *María* —enseña el Concilio Vaticano II—, *ensalzada por la gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial (...). Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo*<sup>13</sup>. El culto debido a la Virgen es de hiperdulía, es decir, de una veneración especialísima, muy por encima del culto rendido a los Angeles y Santos.

**En la Obra, ¡cuántas devociones a la Virgen tenemos durante el día, desde la mañana hasta la noche!**<sup>14</sup>. Porque *nosotros hemos estado siempre —como Jesús— pegadicos a su Madre, María, la Madre de Dios, que ha sido la Madre del Opus Dei, la Reina del Opus Dei, nuestra hermosura*<sup>15</sup>. ¿Quién

(li) *Ibid.*, n. 66.

(14) De nuestro Padre, Noticias X-60, p. 19.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1959.

va a ser tan mal hijo, tan desagradecido, que se atreva a regatear el honor y cariño que debe a su Madre? ***¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la titeratura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!...***

**—Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:**

***Dios te salve, María, Hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!***<sup>16</sup>.

Acudimos ahora a la Virgen pidiéndole que se lleve a término en cada alma la redención obrada por su Hijo, de modo que todos los hombres y mujeres de la tierra conozcan a Jesucristo y lleguen a ser hermanos suyos. Y así, en unión con toda la Iglesia, ofrecemos súplicas a la Madre de Dios y Madre de todos los hombres para que Ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el Cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo, hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, formando un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad<sup>17</sup>.

(16) Camino, n. 496.

(17) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 69.

542

2 de diciembre

NOVENA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (III)

—La Santísima Virgen llevó una vida ordinaria.

—Sólo Dios conoce la verdadera importancia de todos los acontecimientos, personas y trabajos.

—Hemos de servir gustosos a la Iglesia en el lugar que los Directores nos han señalado.

MUCHOS siglos habían pasado desde que Dios, en el umbral del Paraíso, prometiera a nuestros primeros padres la llegada del Mesías; cientos de años en los que la esperanza de Israel —depositario de la divina promesa— se centraba en aquella Virgen, del linaje de **David**, *que concebirá y dará a luz un hijo, a quien llamará Emmanuel, Dios con nosotros* <sup>1</sup>.

Con la Inmaculada Concepción de María, la aurora de la salvación comenzó a despuntar entre los hombres. *Oh Sol de justicia* —reza la Iglesia—, *a quien la Virgen Inmaculada precedió como aurora llena de luz: haz que caminemos siempre en la luz de tu visita* <sup>2</sup>. Nos gozamos con todos los cristianos, porque la Santísima Virgen es *Ianua coeli* —puerta del cielo—, porque el Cielo bajó a la tierra a través de su carne purísima, y

(1)/sañ. VII, 14.

(2) *In solemnitate Immaculae Conceptionis B.M.V., Ad Laudes, Preces.*

porque a Dios llegamos a través de Ella. El Creador quiso necesitar de una criatura humana, de una mujer, para hacerse hombre y vivir nuestra misma vida. *Desde la eternidad fui predestinada, y desde antiguo, antes de que la tierra fuese hecha. Aún no existían los abismos, y yo estaba ya concebida; aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no estaban asentados los montes sobre su pesada mole, aún no había collados, cuando yo había ya nacido* <sup>3</sup>.

No sabemos la fecha del nacimiento de Santa María. Vio la luz en una ciudad de Galilea, en el hogar de Joaquín y Ana, un día cuya significación permaneció oculta a los hombres. Nadie se percató del alcance de lo que estaba ocurriendo. Dios actúa con esa naturalidad, burlando los juicios de los hombres, que muchas veces van en busca de lo extraordinario. Nadie supo en la tierra del nacimiento de la que iba a ser Madre de Dios; sólo en el Cielo hubo fiesta grande, porque comenzaba el alba de nuestra redención.

Después, durante muchos años, la Virgen pasa oculta. Su naturalidad es un ejemplo de vida cristiana. *Desde hace casi treinta años* —escribía nuestro Padre hace mucho tiempo— *ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a*

(3) *Prov. VIH. 23-25.*

*santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección del cristiano. Considerémoslo una vez más, contemplando la vida de María*<sup>4</sup>.

*¿DE DONDE viene, pues, la sabiduría y dónde hallar la inteligencia? Se oculta a los ojos de todos los vivientes*<sup>5</sup>. Sólo Dios ve en toda su realidad nuestra vida, sólo El sabe con plenitud cómo se engarzan unos acontecimientos con otros. Los planes divinos son inescrutables: nosotros los conocemos fragmentariamente, como si contempláramos el revés de un espléndido tapiz. El Señor contempla en cambio con claridad el dibujo, el colorido, el significado de toda la pieza.

Todos los hombres tienen una misión que cumplir; para eso ha querido Dios que vinieran a esta tierra. No importa que sean pobres o ricos, sabios o ignorantes, poderosos o débiles. Sucesos que los hombres juzgan sin importancia, son decisivos en la historia que el Todopoderoso va escribiendo en el mundo; personas corrientes, oscuras, desconocidas, son instrumentos eficacísimos en las manos del Señor, medios poderosos para atraer la misericordia divina.

Os *recordaré una anécdota*, escribió nuestro Fundador en una de sus Cartas: *se dirigía espiritualmente con un sacerdote, allá por los años 1927 a*

(4) *Es Cristo que pasa*. n. 148.

(5) *Job* XXVIII, 20-21.

*1931, una pobre mujer, retrasada mental, ignorante y sin cultura, pero de una exquisita finura de alma. La llamaban Enriqueta la tonta. Tenía entonces gran fama en España un diario, rabiosamente anticatólico, dirigido por un grupo de intelectuales, que estaba causando un gran daño a las almas y a la Iglesia. Un día ese sacerdote —firme en la fe, y sin más armas— pidió a aquella pobre-cilla: desde hoy, hasta que te diga, vas a rezar por una intención mía. La intención era que aquel periódico dejara de publicarse, y al poco tiempo se volvió a cumplir lo que dice la Escritura: quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes (7 Cor. I, 27); que Dios escogió a los necios según el mundo, para confundir a los sabios: aquel periódico se hundió, por la oración de una pobre tonta, que siguió rezando por la misma intención, y de la misma manera se hundieron un segundo y un tercer diario, que sucedieron al primero y que también hacían gran daño a las almas*<sup>6</sup>.

En cualquier trabajo, en cualquier situación pueden los hombres influir en el curso de la historia, correspondiendo a Dios con la santidad de su vida. Es ésta una enseñanza capital del espíritu de la Obra, que nos lleva a realizar con deseos de santidad cualquier tipo de tarea, pues todas son importantes a los ojos de Dios. *Todos mis hijos* —escribe nuestro Padre— *tie-*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950. n. 12.

*nen una llamada constante de Dios para realizar con perfección su trabajo ordinario; llevan una vida como la de sus iguales, pero cuentan con la vocación, con toda la gracia del Señor para ser, en el lugar que ocupan, sal y levadura. El hijo mío que cumple su deber ordinario, que no busca cosas extraordinarias, se santifica. Lo extraordinario no lo deseamos, no nos hace falta. El gran milagro, la gran prueba, maravillosa y celestial de la divinidad de nuestra empresa, es que andemos cada día los mismos pasos, y que les demos, también cada día, sentido nuevo, luz distinta, vibración renovada: ¡ése es nuestro gran descubrimiento!*

*Por tanto, hijos míos, lo sobrenatural de nuestra vocación ha de manifestarse en el cumplimiento acabado —perfecto— del deber diario, haciendo de nuestro trabajo, un trabajo profesional santificado y santificante. Si sabemos responder a la llamada, nuestra vida es ordinaria y extraordinaria a la vez. Porque el gran milagro, la gran cosa extraordinaria, es nuestra vida ordinaria<sup>7</sup>.*

Los planes divinos no pueden ser medidos con inteligencia humana. ¿Quién pensaba en aquel lejano momento cuando vino al mundo la Virgen María —una niña más entre las hijas de Israel— que llegaba con Ella la plenitud de los tiempos y que el Reino de los cielos comenzaba a estar sobre la tierra?

(7) De nuestro Padre, Noticias VII-67, p. 43.

*CUANDO asentaba los cimientos de la tierra, con El estaba yo concertándolo todo; y me deleitaba cada día jugando en su presencia en todo tiempo; jugando con el globo de la tierra, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres<sup>8</sup>. Dios juega con nosotros como un padre con sus hijos pequeños. Para cada uno tiene pensamientos de felicidad, sentimientos de ternura. Esta confianza nos da la seguridad espléndida de que, siendo fieles en el lugar, estado y profesión donde su Sabiduría nos ha colocado, seremos felices y responderemos a su Providencia amorosa. ¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?*

*No es otra la razón del malestar del mundo. —Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!<sup>9</sup>.*

Hemos encontrado nuestro sitio, nuestra posición exacta ante Dios, al venir a la Obra y poner todo nuestro empeño para realizarla en la tierra. *El lugar, en el que somos más eficaces, es aquél en el que nos han puesto los Directores Mayores: ésa es la voluntad de Dios.*

*Y en ese lugar —y no en otro, que acaso nos*

(8) Prov. VIII. 29-31.

(9) Camino, n. 832.

*parezca más apropiado por nuestras disposiciones, o por nuestras aptitudes, o quizá por nuestro capricho—, en ese lugar, es donde la gracia de Dios nos ayudará con mayor eficacia* <sup>10</sup>.

Dios nos ha mostrado el papel que debemos realizar en la obra de la salvación, y ha dado a nuestra vida un sentido preciso. Misión nuestra es cumplir fielmente ese papel, llenos de alegría, santificándonos en el lugar que nos corresponde. No puede ser de otra manera, porque no es por nuestros talentos humanos, por nuestra actuación, aunque sea brillante en algún campo de la actividad humana, por lo que servimos para hacer la Obra de Dios sobre la tierra. Somos útiles a los ojos de Dios, en la medida en que estamos unidos al Señor a través de su Obra. Por eso nos dice nuestro Padre: *que seáis como esos grandes brillantes, que se quedan donde los colocan—cualquiera que sea el puesto— sin protestar, sin soberbia* <sup>11</sup>.

No nos importan las consideraciones humanas, ni el pobre juicio de los hombres. Nos basta la certeza de que Dios mira con amor nuestra vida entera, y de que actuamos siempre cara a El, protagonistas de una historia que contemplan los cielos y la tierra. *Hermanos míos, nos dice San Pablo, estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor,*

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 10.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, nota 9.

*sabiendo que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor* <sup>12</sup>.

En estos días de preparación a la solemnidad de la Inmaculada, pedimos a Santa María la humildad de perseverar en nuestro sitio, para hacer allí la Obra que Dios nos ha confiado, y hacerla sin añoranzas de aplausos humanos, sabiendo pasar inadvertidos, movidos sólo por el amor.

(12) I Cor XV, 58.



543

3 de diciembre

NOVENA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (IV)

—María cuida continuamente de la Iglesia.

—La Virgen Santísima nos enseña a preocuparnos de los demás.

—Durante estos días, María nos alcanza gracias especiales para intensificar el apostolado.

COMIENZA ya el cuarto día de la Novena a la Inmaculada, que estamos procurando vivir muy cerca de la Virgen, cuidando especialmente el trato con Ella en las Normas y renovando nuestro afán apostólico. Es lógico que sea así, porque la devoción a la Virgen despierta necesariamente *en las almas cristianas el impulso sobrenatural para obrar como domesticati Dei* (Ephes. //, 19), *como miembros de la familia de Dios.*

*Seguramente también vosotros —escribe nuestro Padre—, al ver en estos días a tantos cristianos que expresan de mil formas diversas su cariño a la Virgen Santa María, os sentís más dentro de la Iglesia, más hermanos de todos esos hermanos vuestros. Es como una reunión de familia, cuando los hijos mayores, que la vida ha separado, vuelven a encontrarse junto a su madre, con ocasión*

*de alguna fiesta. Y, si alguna vez han discutido entre sí y se han tratado mal, aquel día no; aquel día se sienten unidos, se reconocen todos en el afecto común K*

La Virgen ha sido siempre imán poderoso para atraer los corazones de los cristianos, consumándolos en la unidad<sup>2</sup> y manteniéndolos muy cerca de Jesucristo. Su presencia silenciosa se adivina en la vida del Señor, detrás de cada detalle del Evangelio. Es fácil imaginar cómo prepararía a su Hijo los medios imprescindibles para sus caminatas apostólicas, cuando —seguido de los Doce— se desplazaba de un lugar a otro por los caminos de Palestina. Más tarde, al estallar en toda su crudeza el drama del Calvario, la Virgen se hace presente, asistiendo a Jesús en sus últimos momentos sobre la tierra, y fortaleciendo la debilidad de los Apóstoles con su fe y su esperanza inquebrantables, durante los días que el Cuerpo de su Hijo permaneció en el sepulcro.

*Pensemos ahora en aquellos días que siguieron a la Ascensión, en espera de la Pentecostés. Los discípulos, llenos de fe por el triunfo de Cristo resucitado y anhelantes ante la promesa del Espíritu Santo, quieren sentirse unidos, y los encontramos cum María Madre Iesu, con María, la Madre de Jesús (cfr. Act. I, 14). La oración de los discípulos acompaña a la oración de María:*

(1) *¿i Cristo que pasa*, n. 139.

(2) Cfr. Act. I, 14.

*era la oración de una familia unida-*

*Esta vez quien nos transmite ese dato es San Lucas, el evangelista que ha narrado con más extensión la infancia de Jesús. Parece como si quisiera darnos a entender que, así cor<sup>110</sup> María tuvo un papel de primer plano en la Encarnación del Verbo, de una manera análoga estuvo presente también en los orígenes de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo<sup>3</sup>.*

*MARÍA edifica continuamente la Iglesia, la auna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen y rtf> sentirse más vinculados a los demás miembros de<sup>3</sup> Cuerpo Místico, más unidos también a su cab<sup>eza</sup> visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: ornees cum Petro ad Iesum per Mariam!, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en I<sup>a</sup> fe> descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque I<sup>a</sup> Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos (cfr. Matth. XXVIU 19)<sup>4</sup>.*

La fraternidad humana universal, ese ideal por el que suspiran tantos hombres en la tierra, ha sido ya realizado por Jesucristo. Tomando nuestra naturaleza

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 141.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 139.

humana íntegramente, con todas sus limitaciones y flaquezas a excepción del pecado<sup>5</sup>, el Señor se ha unido en cierto modo —como gustan de señalar los Padres de la Iglesia— con todos y cada uno de los hombres. La profunda herida abierta por el pecado de origen en la naturaleza humana, que, transmitida de generación en generación, es causa última de toda insolidaridad y enemistad, fue curada y cancelada por la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesucristo. El Señor ha abrogado todas las diferencias que nos separaban, haciéndonos hijos de Dios por el Bautismo, partícipes en la filiación divina que El posee en plenitud de naturaleza. Ya no hay lugar para el rencor ni el odio entre los hombres, porque todos somos realmente hermanos en Cristo Jesús, hijos de María Santísima, unidos por lazos de fraternidad sobrenatural, mucho más estrechos que los de la sangre o los de la común naturaleza.

*No se puede tratar filialmente a María y pensar sólo en nosotros mismos, en nuestros propios problemas. No se puede tratar a la Virgen y tener egoístas problemas personales. María Ueva a Jesús, y Jesús es primogenitus in multis fratribus, primogénito entre muchos hermanos (Rom. VIH, 29). Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido que con el de entregarnos al servicio*

(5) *Cfr. Hebr. IV, 15.*

de los demás. *Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas.*

*De este modo —escribe nuestro Padre—, hasta esas facetas que podrían considerarse más privadas e íntimas —la preocupación por el propio mejoramiento interior— reo son en realidad personales: puesto que la santificación forma una sola cosa con el apostolado. Nos hemos de esforzar, por tanto, en nuestra vida interior y en el desarrollo de las virtudes cristianas, pensando en el bien de toda la Iglesia, ya que no podríamos hacer el bien y dar a conocer a Cristo, si en nosotros no hubiera un esfuerzo sincero por vivir las enseñanzas del Evangelio.*

*Impregnados de este espíritu, nuestros rezos, aun cuando comiencen por temas y propósitos en apariencia personales, acaban siempre discurrendo por los cauces del servicio a los demás. Y si caminamos de la mano de la Virgen Santísima, Ella hará que nos sintamos hermanos de todos los hombres: porque todos somos hijos de ese Dios del que Ella es Hija, Esposa y Madre.*

*Los problemas de nuestros prójimos han de ser nuestros problemas. La fraternidad cristiana debe encontrarse muy metida en lo hondo del alma, de manera que ninguna persona nos sea*

*indiferente. María, Madre de Jesús, que lo crió, lo educó y lo acompañó durante su vida terrena y que ahora está junto a El en los Cielos, nos ayudará a reconocer a Jesús que pasa a nuestro lado, que se nos hace presente en las necesidades de nuestros hermanos los hombres*<sup>6</sup>.

SI TODOS los hombres formamos parte de la familia de Dios, si hemos sido hechos hijos suyos en Jesucristo, ya no podemos desentendernos de las necesidades de quienes son, por designio divino y por la gracia, nuestros hermanos.

Este es el ejemplo que nos da Jesucristo en el Evangelio. Pero hemos de abrir bien los ojos para valorarlo y, sobre todo, pedir su ayuda para imitarlo. *Cuando somos de verdad hijos de María, comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María*<sup>7</sup>.

No podemos abandonar ni un instante nuestra

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 145.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 146.

preocupación apostólica; debe ser siempre vida de nuestra vida, aspiración continua de nuestro corazón. *Llenar de luz el mundo, ser sal y luz* (cfr. Matth. V, 13-14): así ha descrito el Señor la misión de sus discípulos. *Llevar hasta los últimos confines de la tierra la buena nueva del amor de Dios. A eso debemos dedicar nuestras vidas, de una manera o de otra, todos los cristianos.*

*Diré más, escribe nuestro Padre. Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres. En la medida en que progresáis, atraed a los demás con vosotros — escribe San Gregorio Magno—; desead tener compañeros en el camino hacia el Señor* (Hom. in Evang. 6,6)<sup>8</sup>.

Quizá sea hoy un buen día para que renovemos nuestro afán apostólico, para que concretemos otra vez las metas que nos propusimos al comenzar la Novena a la Inmaculada, para hacer un poco de balance y ver si vamos cumpliendo esos objetivos. *Porque los hombres estamos expuestos a dejarnos llevar del sueño del egoísmo, de la superficialidad, desperdigando el corazón en mil experiencias pasajeras, evitando profundizar en el verdadero sentido de las realidades terrenas. ¡Mala cosa ese sueño, que sofoca la dignidad del hombre y le hace esclavo de la tristeza!*

(8) £5 Cristo que pasa, n. 147.

*Hay un caso que nos debe doler sobremanera: el de aquellos cristianos que podrían dar más y no se deciden; que podrían entregarse del todo, viviendo todas las consecuencias de su vocación de hijos de Dios, pero se resisten a ser generosos. Nos debe doler porque la gracia de la fe no se nos ha dado para que esté oculta, sino para que brille ante los hombres* (cfr. Matth. V, 15-16); *porque, además, está en juego la felicidad temporal y la eterna de quienes así obran. La vida cristiana es una maravilla divina, con promesas inmediatas de satisfacción y de serenidad, pero a condición de que sepamos apreciar el don de Dios* (cfr. Ioann. IV, 10), *siendo generosos sin tasa.*

*Es necesario, pues, despertar a quienes hayan podido caer en ese mal sueño: recordarles que la vida no es cosa de juego, sino tesoro divino que hay que hacer fructificar. Es necesario también enseñar el camino a quienes tienen buena voluntad y buenos deseos pero no saben cómo llevarlos a la práctica. Cristo nos urge. Cada uno de vosotros ha de ser no sólo apóstol, sino apóstol de apóstoles, que arrastre a otros, que mueva a los demás para que también ellos den a conocer a Jesucristo*<sup>9</sup>.

Pongamos estos deseos en manos de la Virgen, pidiéndole que nos muestre la mejor manera de llevarlos a la práctica.

(9) Es Cristo que pasa, n. 147.

544

4 de diciembre

NOVELA

## A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (V)

—El espíritu de la Obra y la vida de infancia espiritual.

—El trato filial con la Virgen María nos enseña a ser pequeños y nos conduce hasta Jesús.

—Cuidar el trato con la Virgen en las Normas y Costumbres marianas.

*DELANTE de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años.*

*Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides '.*

No se trata de una ficción, sino de una profunda realidad, que la cercanía de una fiesta de la Virgen nos invita a considerar de nuevo, porque Ella ha contribuido a que naciéramos a la vida de la gracia. Cuando Jesús mantiene aquella conversación nocturna con Nicodemo y afirma que *quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de los cielos*<sup>2</sup>, está significando un nuevo nacimiento por obra de la gracia, que nos hace hijos de Dios. Nicodemo no entiende las palabras del Señor, y por eso pregunta: *¿cómo puede un hombre*

*nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer?*<sup>3</sup>. Sólo a la luz de Dios puede entenderse este misterioso nacimiento, que no produce en quienes lo experimentan una pérdida de la madurez humana, sino —por el contrario— una madurez espiritual que lleva al trato más íntimo con Dios. *Camino de infancia. —Abandono. —Niñez espiritual. —Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cristiana*<sup>4</sup>, escribió nuestro Padre. Y así, *la infancia espiritual no es memez espiritual, ni «blandenguería»: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios*<sup>5</sup>.

El que se siente niño delante de Dios, reconoce que por sí mismo nada puede; que, ante el misterio de la paternidad divina con los hombres, sólo cabe una actitud de confianza ilimitada en el Señor, y de desconfianza en las propias fuerzas; un abandono total en las manos de Dios, que libra el alma de la maraña de complicaciones que a menudo teje la soberbia, y la hace sencilla y abierta, con más facilidad para tratar al Señor. *La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei. Todos los hombres son hijos de Dios. Pero un hijo puede reaccionar, frente a su padre, de muchas maneras. Hay que esforzarse —decía nuestro Fundador— por ser hijos que*

(1) *Camino*, n. 860.(2) *Ioann.* III, 3.(3) *Ibid.*, 4.(4) *Camino*, n. 853.(5) *Camino*, n. 855.

*procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con El que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!*

*Un hijo de Dios trata al Señor como Padre. Su trato no es un obsequio servil, ni una reverencia formal, de mera cortesía, sino que está lleno de sinceridad y de confianza. Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a El, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia<sup>6</sup>.*

**CONSIDEREMOS** atentamente este punto porque nos puede ayudar a comprender cosas muy importantes, ya que el misterio de María nos hace ver que, para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños. En verdad os digo —exclamó el Señor dirigiéndose a sus discípulos—, que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos (TVIatth. XVIII, 3)<sup>7</sup>.

(6) Es Cristo que pasa, n. 64.

(7) Es Cristo que pasa, n. 143.

Ha querido Dios facilitarnos el camino de la infancia espiritual, y para eso nos ha dado una Madre en el Cielo. No pasó María por nuestra tierra dejando sólo a las generaciones posteriores el recuerdo de su destino singular y de su grandeza. La Virgen sigue viviendo ahora, en cuerpo y alma, y es Madre de nuestra vida como cristianos, de esta existencia nuestra que el Bautismo ha renovado. Madre que necesitamos continuamente, a cuyo regazo debemos acudir con total confianza, porque en la vida sobrenatural es absoluta nuestra indigencia: nada podemos hacer sin la gracia, que Dios dispensa por manos de María. *Nuestra tierra envió al cielo un regalo precioso* —dice San Bernardo acerca de la Asunción de la Virgen—, *y así, dando y recibiendo, se asocia en trato feliz de amistades lo humano a lo divino, lo terreno a lo celestial, lo ínfimo a lo sumo. Porque allá ascendió el fruto sublime de la tierra, de donde descienden las preciosísimas dádivas y los dones perfectos.*

*Subiendo a lo alto, la Virgen bienaventurada otorga bienes a los hombres. ¿Cómo no iba a hacerlo? No le falta poder, ni querer, pues es reina de los cielos y misericordiosa; y, además, es Madre del Hijo Unigénito de Dios. Nada puede darnos idea más adecuada de su grandeza, poderío y piedad que considerar cómo las entrañas de María están impregnadas de exquisita caridad, puesto que allí descansó corporalmente durante nueve meses la misma caridad que procede de Dios<sup>8</sup>.*

(8) San Bernardo, *In Assumptione B.M.V. sermo 1, 2.*

Jamás ahondaremos bastante en el misterio del Corazón materno de la Virgen, que desde el Cielo sigue cuidando de nosotros. *Al marcharme* —son palabras que San Juan Damasceno pone en boca de María— *no os abandono, sino que os socorreré aún más con mi intercesión ante Dios*<sup>9</sup>. Con la seguridad de que somos ayudados por nuestra Madre, recorreremos con paso firme el camino de la vida. Junto a la Virgen experimentamos con mayor intensidad el privilegio de nuestra filiación divina: sabernos hijos de María, hermanos, por tanto, del Verbo encarnado, es fuente insondable de serenidad, de confianza, de alegría; prenda de la plena unión con Jesucristo que nos aguarda en el Cielo.

*Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana* —nos enseña nuestro Padre—, *para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante.*

*La fe católica ha sabido reconocer en María un signo privilegiado del amor de Dios: Dios nos llama ya ahora sus amigos, su gracia obra en nosotros, nos regenera del pecado, nos da las fuerzas para que, entre las debilidades propias de quien*

(9) San Juan Damasceno, *In Dormitione B.M.V.* homilía 2, 8.

*aún es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo. No somos sólo naufragos a los que Dios ha prometido salvar, sino que esa salvación obra ya en nosotros. Nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansia la luz pero que gime entre las angustias de la oscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre*<sup>10</sup>.

Contemplemos a la Virgen María, que nos escucha llena de amor desde el Cielo. ¿Qué mejor senda podemos recorrer para llegar a Jesús? ¿Quién como nuestra Madre puede enseñarnos a ser niños delante de Dios?

*EL PRINCIPIO del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima. Así lo escribí hace ya muchos años, en el prólogo a unos comentarios al Santo Rosario, y desde entonces he vuelto a comprobar muchas veces la verdad de esas palabras. No voy a hacer aquí muchos razonamientos, con el fin de glosar esa idea: os invito más bien a que hagáis la experiencia, a que lo descubráis por vosotros mismos, tratando amorosamente a María, abriéndole vuestro corazón, confiándole vuestras alegrías y vuestras penas, pidiéndole que os ayude a conocer y a seguir a Jesús* ".

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 143.

Desde que recibimos la llamada a la Obra, comenzamos a tratar filialmente a la Virgen Santísima. *¡Cuántas devociones a la Virgen tenemos durante el día, desde la mañana hasta la noche!*<sup>12</sup>. Son las Normas mañanas, que tantas ocasiones nos brindan para tratar a Nuestra Señora: contemplación de los misterios del Rosario, rezo del Ángelus, miradas y saludos a imágenes de María, jaculatorias, las tres Avemarias de la noche...: Normas de piedad filial, detalles de cariño, como los que cualquier buen hijo tiene con su madre de la tierra. *Hay muchas otras devociones marianas que no es necesario recordar aquí ahora. No tienen por qué estar incorporadas todas a la vida de cada cristiano —crecer en vida sobrenatural es algo muy distinto del mero ir amontonando devociones—, pero debo afirmar al mismo tiempo que no posee la plenitud de la fe cristiana quien no vive alguna de ellas, quien no manifiesta de algún modo su amor a María.*

*Los que consideran superadas las devociones a la Virgen —escribe nuestro Fundador—, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre; el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo, que nos santifica con su gracia* <sup>n</sup>.

(12) De nuestro Padre, Noticias X-60, p. 19.

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

Los días de la Novena a la Inmaculada son ocasión excelente para que nos detengamos a considerar cómo cumplimos las Normas marianas de nuestro plan de vida; si las hacemos con devoción, sin prisas; si procuramos poner cariño en cada una, buscando a nuestra Madre en el rezo de las Avemarias del Rosario, en la contemplación de los gozos, los dolores y las glorias de su vida, en el saludo que —lejos de toda rutina— le dirigimos a mediodía, con las mismas palabras que pronunció el Arcángel en Nazaret.

Durante estos días podemos seguir con más fidelidad el consejo que nos da nuestro Padre: *poneos muy cerca de vuestra Madre al cumplir las Normas y al observar las Costumbres, al vivir y practicar nuestro espíritu, al hacer vuestras labores apostólicas, al pegar el fuego del proselitismo. Debéis estar siempre unidos a Dios, pero buscando la unión con Dios junto a su Madre bendita* <sup>14</sup>. De ese examen personal nacerá quizá el propósito de cuidar más alguna Norma mañana durante estos días de la Novena, para que, en el día de su fiesta, podamos ofrecer a la Virgen un buen regalo de hijos pequeños.

(14) De nuestro Padre.



545

5 de diciembre

NOVENA

## A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (VI)

—La visita a los pobres de la Virgen es medio imprescindible en la labor de San Rafael.

—Con las visitas a los pobres tratamos de formar a las almas en el sentido de la caridad cristiana.

—Es una tradición que nunca se interrumpirá en la Obra.

ENTRE los *medios tradicionales, que no han de faltar nunca* ' en la labor de San Rafael, nuestro Fundador enumera la catequesis y las visitas a los pobres de la Virgen. Estos medios, junto con otros que podrán ser muy variados, de acuerdo con las circunstancias de lugar y de tiempo, *permitirán acercar a nuestro apostolado un gran número de personas jóvenes. No olvidéis que nos interesan todas las almas: hemos de abrirnos en abanico, para llevar la luz de la buena doctrina a todas partes* <sup>2</sup>.

Refiriéndose a las visitas a los pobres de la Virgen, nuestro Padre nos ha narrado que *comenzó esta delicadeza de caridad muy pronto, con los primeros pasos de la Obra* <sup>3</sup>. Y también ha dejado escrito que *el Opus Dei nació entre los pobres de Madrid,*

(1) De nuestro Padre, *Cana*, 24-X-1942, n. 45.

(2) De nuestro Padre, *Cana*, 24-X-1942, n. 45.

(3) De nuestro Padre, *Cana*, 24-X-1942, n. 41.

*en los hospitales y en los barrios más miserables: a los pobres, a los niños y a los enfermos seguimos atendiéndolos* <sup>4</sup>.

Nacieron estas visitas en la primera hora, cuando no se contaba con medios materiales de ninguna clase. *Comenzó a vivirse en el año 1931, en Madrid, en la época en que aún no teníamos ninguna residencia y el Padre reunía a los muchachos en casa de la Abuela, o los llevaba al «Sotanillo», un tranquilo bar de la calle de Alcalá, muy cercano a la plaza de la Independencia* <sup>5</sup>. También sabemos cómo eran aquellas visitas de los primeros tiempos. *Poníamos cariño humano y sobrenatural, cuando las hacíamos, y empezamos a llamar pobres de la Virgen, a las personas que íbamos a visitar. Al chico que no tenía ninguna preocupación de apostolado, le reventaba ir, y no iba. Y de este modo se hacía ya una selección. Las señas nos las proporcionaban los párrocos de los suburbios. No íbamos más que una vez a cada casa, les llevábamos un poco de dinero, algo divertido para leer, unos dulces de los que no podían comer más que los ricos. Siempre se les dejaba un paquete con algo que quizá no habían visto en la vida. Pero no se trataba de hacer un labor continuada con ellos, sino con los chicos que hacían las visitas* <sup>6</sup>.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 57.

(5) *Instrucción*, 9-I-1935, nota 135.

(6) De nuestro Padre, *Tertulia*, 12-XI-1960.

Las visitas a los pobres de la Virgen tienen un sentido profundamente humano y cristiano: queremos llevar un poco de alegría y de cariño a personas que muchas veces no han oído nunca una palabra amable, ni han recibido el gesto fraternal de una asistencia cristiana. *Se han desfigurado tanto y se ha hecho tanta sátira de ciertas manifestaciones deterioradas de la caridad benéfica, que a algunos les parecen arcaísmos determinadas obras propias del espíritu cristiano. Por eso quiero que entendáis bien —y que hagáis entender— el hondo significado sobrenatural y humano de estos medios, tal como los hemos vivido desde el principio*<sup>7</sup>.

TODOS han de tener claro que *con estas sencillas visitas no vamos a resolver ningún problema social*<sup>8</sup>, porque no tienen esta misión. *Explicadlo así a los chicos*, escribió nuestro Padre; *se trata de llevar un pequeño regalo extraordinario que conforte a un pobre, a un enfermo, a alguno que está solo; hacer que pase un rato agradable, prestarle quizá algún pequeño servicio, y nada más.*

*Lo entenderán enseguida, si van teniendo vida interior; y si además saben que hacemos esto también para honrar a nuestra Señora*<sup>9</sup>.

(7) De nuestro Padre, Carra, 24-X-1942, n. 43.

(8) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 41.

(9) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 41.

No se trata de resolver un problema social. Cada uno de nosotros, individualmente o asociado con otros, en uso personal de su libertad responsable y movido por su conciencia cristiana bien formada, pondrá en práctica los medios idóneos para ayudar a resolver éste y otros problemas. *No tratamos tampoco con estas visitas de despertar superficiales inquietudes sociales. Se trata —ya lo he dicho— de acercar esta gente joven al prójimo necesitado. Nuestros chicos de San Rafael ven —de una manera práctica— a Jesucristo en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el que padece la soledad, en el que sufre, en el niño*<sup>10</sup>.

Al mismo tiempo que contribuye a su formación, esta costumbre —*obra de misericordia, bendecida por Jesucristo*<sup>11</sup>—, les hace recordar la vida de la cristiandad primitiva.

En los primeros tiempos de la Iglesia, atender a las viudas y a los huérfanos, consolar al afligido, aliviar las necesidades de los pobres eran características claras de haber comprendido en su integridad el mensaje evangélico<sup>12</sup>. *Y no es justo que manifestaciones del auténtico espíritu cristiano queden arrinconadas, porque algunos las han convertido en gesto ostentoso y frívolo, o en sedante para sus remordimientos de conciencia*<sup>13</sup>. Nuestros amigos aprenderán a querer más a la Virgen Santísima, en cuyo honor realizamos

(10) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 42.

(11) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 43.

(12) Cfr. I Tim. V, 10; Act. XXIV, 17; II Cor. VIII y ss.

(13) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 43.

esta obra de misericordia. *Ella es Madre, Madre de Dios y nuestra Madre, y conoce lo que unos corazones jóvenes quieren significar, con estos mínimos actos de amor a sus hermanos necesitados*<sup>14</sup>.

Con las visitas a los pobres se facilita además una primera selección, imprescindible para que los muchachos se acerquen íntimamente al calor de la Obra: quien no tiene preocupación efectiva por los demás, no posee tampoco las condiciones necesarias para tomar parte en la obra de San Rafael, y menos para recibir la vocación al Opus Dei. *Este contacto con la miseria o con la humana debilidad es una ocasión de la que suele valerse el Señor, para encender en un alma quién sabe qué deseos de generosas y divinas aventuras. A la vez, sensibiliza a los más jóvenes, para que tengan siempre entrañas de justicia y de caridad*<sup>15</sup>.

LA VISITA a los pobres de la Virgen es *una tradición que no se interrumpirá nunca en la Obra*<sup>16</sup>. *Tened presente* —escribe nuestro Fundador— *que, cualesquiera que sean las circunstancias del país, siempre podremos practicar esta afectuosa caridad: pauperes enim semper habetis vobiscum* (Ioann. XII, 8); *siempre habrá pobres, siempre*

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 41.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 41.

(16) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 57.

*habrá alguien más necesitado —aunque se logre que la mayoría del pueblo tenga un mínimo de bienestar material—, que reciba con alegría un pequeño obsequio extraordinario, algo que ordinariamente no puede permitirse, y que es, de modo especial, como el vehículo por el que le llega un poco de delicadeza y de fraterna compañía*<sup>17</sup>.

Incluso en los países más desarrollados, siempre existen estratos de población que padecen alguna necesidad. *Me atrevo a decir que, cuando las circunstancias sociales parecen haber despejado de un ambiente la miseria, la pobreza o el dolor, precisamente entonces se hace más urgente esta agudeza de la caridad cristiana, que sabe adivinar dónde hay necesidad de consuelo, en medio del aparente bienestar general*<sup>18</sup>.

Es cierto que el Estado suele ocuparse de aliviar las necesidades más primarias, de promover el progreso social. Pero *la generalización de los remedios sociales contra las plagas del sufrimiento o de la indigencia —que hacen posible hoy alcanzar resultados humanitarios, que en otros tiempos ni se soñaban—, no podrá suplantar nunca, porque esos remedios sociales están en otro plano, la ternura eficaz —humana y sobrenatural— de este contacto inmediato, personal, con el prójimo: con aquel pobre dé un barrio cercano, con aquel otro enfermo que vive su dolor en*

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 44.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 44.

*un hospital inmenso; o con aquella otra persona —rica, quizá—, que necesita un rato de afectuosa conversación, una amistad cristiana para su soledad, un amparo espiritual que remedie sus dudas y sus escepticismos*<sup>19</sup>. En efecto, *a veces, en la labor de San Rafael, las visitas a los pobres no consisten en ir a los pobres vergonzantes, porque no siempre es fácil encontrarlos, sino a los pobres a quienes falta el cariño el calor de la amistad humana buena*<sup>20</sup>.

La experiencia de estos años muestra cómo esta tradición *no solamente no se ha interrumpido, sino que, gracias a Dios, se ha ido enriqueciendo con nuevos matices y nuevas tareas de caridad. Por ejemplo, visitar para ayudar espiritualmente a quienes, aunque no sean pobres desde el punto de vista material, están aislados, están solos: se les visita para llevarles un poco de amistad, un poco de calor humano, para que, con palabras del Padre, no sientan la amargura de la indiferencia*<sup>21</sup>.

El amor a nuestra Madre la Virgen, que canta en el *Magnificat* cómo el Señor se compadece de las miserias humanas —*esurientes implevit bonis*<sup>11</sup>, llenó de bienes a los hambrientos—, nos estimula a cuidar bien este medio de formación que vivimos en su honor.

(19) De nuestro Padre, *Caná*, 24-X-1942, n. 44.

(20) De nuestro Padre, *Crónica*, 1967, pp. 498-499.

(21) *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 86.

(22) *Luc.* I, 53.

546

## 6 de diciembre SAN NICOLÁS DE BARÍ (I)

—El Señor quiere que utilicemos, junto a los medios sobrenaturales, medios humanos para nuestra labor de almas.

—Los medios económicos son necesarios en toda empresa apostólica.

—Nuestro trabajo personal es el camino principal para obtener esos medios materiales.

PARA extender el Reino de Dios, es necesario confiar plenamente en la omnipotencia divina, vivir vida de fe, de esperanza y de amor. *No llevéis nada para el viaje, ni bastón, ni alforjas, ni pan ni dinero; ni tengáis dos túnicas*<sup>1</sup>. En una ocasión los discípulos han de partir así, sin nada, para que adviertan gráficamente que no son suyos los éxitos; que no se deben a sus cualidades personales las conversiones, ni los milagros, ni la aceptación de la doctrina.

También el Opus Dei comenzó así: sin medios humanos, con el apoyo exclusivo de los medios sobrenaturales: *porque en estos primeros tiempos* —escribía nuestro Padre—, *de la misma manera que el Señor envió a sus discípulos, envió yo a mis hijos a abrir nuevas obras de apostolado: tan pobres como los primeros discípulos, con la bendición que*

(1) *Luc.* IX, 3.

*el Señor les da desde el cielo y la que yo les doy en la tierra*<sup>2</sup>.

De este modo el Señor condujo a su Obra, sirviéndose de la fidelidad de nuestro Fundador y de nuestros hermanos mayores. *Todo ha ido adelante con oración y buena penitencia. No había medios humanos*<sup>3</sup>. Esta carencia absoluta de los primeros tiempos se ha vuelto a repetir en los comienzos de muchas labores. Se ha hecho así bien presente que en nuestro apostolado, lo primero, lo único absolutamente necesario, son los medios sobrenaturales. *Si hace falta* —repetía nuestro Padre—, *se comienza como se ha comenzado siempre: con una absoluta carencia. Se va con lo que se puede. Eso es muy bonito. Pero yo entiendo que el Señor quiere que, ahora que ya podemos algo, no lo hagamos así. Ahora se hará con el mismo espíritu, con el mismo afán de esperanza y amor con que hemos comenzado siempre las labores en todas partes —con el mismo espíritu, no digo con más porque no es posible—, pero con más medios humanos*<sup>4</sup>.

No emplear los medios que están al alcance de nuestro trabajo y esfuerzo, cuando hay posibilidad de obtenerlos —sin perder nunca de vista su carácter de instrumentos—, sería una equivocada manera de entender aquellas palabras del Señor: *buscad el reino de*

*Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura*<sup>5</sup>, porque supondría pedir manifestaciones extraordinarias de la providencia divina, que el Señor no tiene por qué conceder, cuando nos facilita los medios humanos. *Una persona que no se esforzara por hacer lo que está de su parte, esperándolo todo del auxilio divino, tentaría a Dios*<sup>6</sup>.

LA NECESIDAD de utilizar medios materiales para el apostolado fue ilustrada por Cristo a los discípulos poco antes de su Pasión, después de haberles hecho aprender la lección del abandono en la Providencia divina. *En aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó algo? Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsa llévela, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela*<sup>7</sup>. También Nuestro Señor, para realizar su misión divina, quiso servirse a menudo de medios terrenos: los haberes de aquellas pobres gentes que le seguían, unos cuantos panes y peces, un poco de barro...

Es necesario emplear medios materiales en las tareas de apostolado, porque no trabajamos entre ángeles sino entre hombres, en el seno de una sociedad estructurada según unas leyes que regulan el uso

(2) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 43.

(3) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 199.

(4) *Ibid.*

(5) *Luc.* XII, 31.

(6) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 53, a. 4 ad 1.

(7) *Luc.* XXII, 35-37.

de los medios materiales. *Nadie puede extrañarse de que el Opus Dei necesite medios materiales para su labor. Como realiza su tarea sobrenatural de santificación entre hombres y para hombres, ha de usar también (...) un mínimo de medios materiales* <sup>8</sup>. Estos medios humanos son al mismo tiempo ocasión de que muchas personas presten su ayuda generosa y así colaboren y participen en los apostolados de la Obra.

Los apostolados del Opus Dei persiguen exclusivamente el mejoramiento espiritual y humano de la gente, y es por tanto justo que reciban el apoyo y la ayuda necesaria. Así lo entienden muchas personas, incluso no católicas o apartadas de la Iglesia, que obtienen un gran beneficio espiritual al prestar su colaboración. *Solicitando de estas personas su ayuda económica y sus horas de trabajo profesional en servicio de las empresas apostólicas que sostenemos —que siempre tienen, además, una eficacia humana—, las colocamos en el corazón de nuestras labores y les brindamos la posibilidad de ser brazo de Dios para realizar su Obra entre los hombres* <sup>9</sup>.

Si sabemos procurar los medios materiales, también impulsaremos a otros a que lo hagan. Nuestra actuación será así convincente, porque tendrá la fuerza del ejemplo. Son muchos los que nos miran con cariño;

los que agradecen nuestro trato fraterno; los que nos comprenden, porque también nosotros les comprendemos; los que nos ayudan generosamente, para que llevemos a cabo nuestras labores apostólicas. Y la amistad de esas almas, leal, sincera, nos llena de alegría. *Decid a esos grandes amigos nuestros, que he llamado cooperadores —escribió nuestro Padre—, que es conveniente que se coordinen con vosotros, para proporcionar a la Obra los instrumentos necesarios desde el comienzo, y facilitar la tarea apostólica: que con el dinero de ellos y el de otras personas, católicas o no, asegurando un prudente interés económico y sin que haya posibilidad de pérdidas —porque el instrumento material estará siempre en sus manos—, participarán de nuestros bienes espirituales y obtendrán para ellos y los suyos las más grandes bendiciones del Señor* <sup>10</sup>.

EL PRIMER medio humano que debemos poner en práctica es el trabajo, pues *no podemos tentar a Dios exigiéndole que haga milagros, cuando se puede y se debe emplear el trabajo profesional, noble y limpio, para obtener los medios económicos necesarios* ". Nuestro Padre dispuso que, *a todos los que vienen a la Obra, se les pregunte con qué*

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 31-V-1954, n. 35.

(9) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, pp. 201-202.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 56.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 196.

*trabajo cuentan para sostenerse; aunque sean jóvenes, aunque estén estudiando: siempre podrán hacer algo dando clases, encargándose de realizar traducciones, o cosas semejantes* <sup>12</sup>.

Es grande el crecimiento de las labores apostólicas de la Obra, y muchas las necesidades que este crecimiento lleva consigo. *El Opus Dei y sus hijos no necesitan dinero, porque trabajan, cada uno en su tarea profesional, y se sostienen sobradamente; pero, para nuestras obras corporativas, cuanto más nos ayuden, mejor serviremos a las almas* <sup>13</sup>.

Conscientes de estas necesidades, pedimos al Señor, por intercesión de San Nicolás, que sepamos trabajar mucho y bien, que nos enseñe a enfocar nuestro trabajo de modo que rinda económicamente, que esté remunerado al máximo. Es un derecho que exigimos como cualquier padre de familia, y es de justicia su satisfacción, puesto que trabajamos como el que más: nuestra vocación nos lleva a cumplir nuestro trabajo con perfección humana.

Si es necesario, cambiamos de trabajo para aumentar nuestros ingresos. Quizá algunas veces, las necesidades apostólicas aconsejen que nos quedemos con un trabajo peor remunerado, pero aun así hacemos el esfuerzo de buscar los medios para aumentar las posibilidades económicas de esa tarea. Esta preocupación eco-

nómica es característica bien precisa de nuestra vocación cristiana: somos personas corrientes, que saben cuánto cuestan las cosas y el valor del dinero que emplean. Por otra parte, siempre hemos de tener presente que, para nosotros, el sostenimiento económico es camino de santidad, pues exige poner en práctica diversas virtudes: laboriosidad y valía, para poder exigir; fortaleza, para no transigir en trabajos que no rindan lo suficiente; responsabilidad, para sentir en toda su fuerza las necesidades de nuestra familia sobrenatural...

Que nuestra Madre —*Regina Opeas Dei*— interceda por nosotros para que sintamos siempre el peso de las necesidades económicas de la Obra. Ella nos ayudará a rendir, a sacar el máximo partido de nuestras dotes naturales, de esos talentos que el Señor nos ha confiado, y de los que nos pedirá cuentas.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 12.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 34.

547

6 de diciembre

## SAN NICOLÁS DE BARÍ (II)

—Queremos vivir el desprendimiento de los bienes temporales, siguiendo el ejemplo de Cristo.

—El espíritu de pobreza consiste en estar desasido de las cosas.

—Señales del auténtico desprendimiento.

LA FIESTA de San Nicolás de Barí es buena ocasión para meditar sobre la virtud cristiana del desprendimiento de los bienes materiales. En efecto, para tener el corazón libre y lleno de Dios, el Señor nos enseñó a estar desasidos de los bienes terrenos, viviendo el espíritu de pobreza. *Carísimos: bien sabéis cuál ha sido la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por medio de su pobreza*<sup>1</sup>.

Toda la vida de Jesús lleva el sello del desprendimiento efectivo: nace en un pesebre, habita durante muchos años en una pequeña aldea, viviendo de su trabajo; y cuando empieza su predicación, El mismo nos dice que no tiene ni esos cobijos de que la naturaleza provee a las raposas y a las aves del cielo. Carece hasta de lo indispensable: *no tiene dónde reclinar su cabeza*<sup>2</sup>, y en ocasiones se alimenta de lo que buena-

(1) 11 Cor. VIII, 9.

(2) Matth. VIII, 20.

mente encuentra por el camino: unas espigas de trigo o unos higos silvestres, y aun eso no siempre, porque a veces el árbol es estéril<sup>3</sup>... Parece como si el Señor quisiera darnos a entender, una vez más, que la carencia de medios humanos no es impedimento para quien sirve a Dios, que es Señor de la creación entera. La pobreza de Jesucristo forma parte de la economía redentora, y es consecuencia y condición del amor.

También en su enseñanza quiso el Señor manifestar la importancia de esta actitud interior. A propósito del pasaje del joven rico, que pregunta a Jesús qué debe hacer para alcanzar la vida eterna, nuestro Padre comentaba así las palabras de Cristo: *vende cuanto tienes, dalo a los pobres... Hijos míos, el desprendimiento —¿veis?— es capital. Vosotros y yo no hemos hecho como aquel pobre muchacho: his ille auditis contristatus est, quia dives erat valde* (TMarc. X, 22); *él, oyendo esto, se entristeció, porque era muy rico. Todos hemos dejado lo que teníamos, y a gusto, para seguir libremente al Señor. Lo mismo da que fuera mucho o que fuera poco, porque lo hemos dejado todo con igual intensidad: lo que teníamos y lo que puede llegar a tener una juventud maravillosa como la vuestra. Y con alegría, hijos; no queremos nada propio. Decídselo cada uno al Señor: Dios mío, por tu amor te doy todo, nada quiero mío, todo es tuyo.*

(3) Cfr. Matth. XII, 1.



*Y vamos a ver en San Mateo algo que nos encantará, puesto que estamos decididos a vivir desprendidos (...). Id y contad a Juan —dice el Señor a aquellos discípulos que le ha enviado el Bautista— lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres (Matth. XI, 4-5). ¿Ves? Entre tantos grandes milagros que dan a conocer la fisonomía de Cristo, El mismo nos señala éste: pauperes evangelizantur, los pobres son evangelizados. Y tú y yo, ¿vamos a no entender la pobreza?, ¿vamos a no vivir nuestro desprendimiento personal, vamos a no saber defender los medios que la Obra necesita para servir a la Iglesia, para trabajar por las almas... ?*

*Hijos míos, habéis escuchado lo que nos dice el Señor; sus palabras a mí me remueven por dentro. Luego amaremos el desasimiento, lo amaremos con predilección. Porque cuando el espíritu de pobreza se resquebraja, es que va mal toda la vida interior<sup>4</sup>.*

TODOS los cristianos tenemos obligación de vivir este desprendimiento de los bienes temporales, cada uno de acuerdo con sus peculiares circunstancias

(4) De nuestro Padre, Meditación, 7-III-1962.

y su específica vocación. El Señor nos ha mirado como al joven rico, con ojos de amor, invitándonos a seguirle renunciando a todas las cosas. Por eso, *los miembros del Opus Dei —como todos los cristianos— han de imitar y amar la vida de Jesucristo que, "siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro" (II Cor. VIII, 9)<sup>5</sup>. Haciéndolo así, se consigue que, libres de ataduras terrenas, vivan más fácilmente en intimidad con Dios y puedan dar testimonio de desprendimiento en medio de los quehaceres del mundo<sup>6</sup>.*

El desasimiento es, sobre todo, una demostración viva de amor de Dios: vivir desprendidos de las cosas temporales es adorar a Dios, reconocer su poder y su dominio sobre todas las criaturas. Vivir sin apearnos a lo terreno, es adherirnos, *opere et veníate<sup>7</sup>*, con obras y de verdad, a la doctrina, al ejemplo, a la vida de Jesucristo, ofreciendo *hostias espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo<sup>8</sup>*. Un acto positivo de renuncia, independientemente de las razones de conveniencia que pueden aducirse, es una ofrenda en sí misma agradable a Dios y, unida a Jesucristo, alcanza una virtud corredentora.

Cada uno de nosotros ha de procurar responder a esta exigencia divina, comprendiendo cada vez mejor el sentido sobrenatural de la pobreza y esfor-

(5) Catecismo, 5ª ed., n. 115.

(6) *Ibid.*

(7) I Ioann. III, 18.

(8) I Petr. II, 5.

zándose en aprender a vivirla, según el espíritu que hemos recibido de Dios: *puesto que somos hombres de la calle, que se han de santificar en su trabajo profesional y que, con ese quehacer temporal, ganan el sustento propio y sostienen los apostolados*<sup>9</sup>.

Nuestro desprendimiento no ha de ser llamativo, aunque está lleno de consecuencias prácticas, que es preciso aceptar con amor. Porque *se trata de vivir pobres y de sonreír, de que pase inadvertida nuestra condición, tanto en la salud como en la enfermedad*<sup>10</sup>.

Todo esto exige una disposición interior llena de visión sobrenatural: *vivir en este mundo con sentido realista, pero como peregrinos que van de camino hacia la morada eterna*<sup>11</sup>. Y en el Catecismo de la Obra se concreta que *todos los miembros del Opus Dei han de vivir totalmente desprendidos de las cosas que usan, y han de trabajar con rectitud de intención, sin un desordenado afán de lucro; amarán, como venidas de las manos de Dios, las incomodidades, estrecheces y privaciones con que pueden encontrarse; se preocuparán de contribuir personalmente, con su trabajo, a remediar con justicia y caridad la indigencia material y espiritual de tantas personas, y abandonarán en el Señor todas sus preocupaciones*<sup>12</sup>.

(9) Catecismo, 5ª ed., n. 116.

(10) De nuestro Padre, Crónica X-62, p. 10.

(11) Catecismo, 5ª ed., n. 117.

(12) Ibid.

PARA ayudarnos en este terreno, nuestro Fundador nos dio unos criterios concretos, que nos permiten discernir lo que en cada caso nos pide el espíritu de la Obra. Porque el desasimiento, que tiene un sentido eminentemente sobrenatural, no se puede medir de modo exclusivo por criterios económicos, ni por la mayor o menor cuantía de gastos, ni por razones de simple oportunidad y conveniencia. *De la pobreza te diré que cuando tú, en cualquier circunstancia, vaciles, y no tengas con quién consultar, porque no sabes si hacer así o asá, no olvides el criterio claro que te he dado: nosotros somos padres de familia numerosa y pobre. Y verás cómo aciertas*<sup>13</sup>.

Por eso, no dejaremos nunca de hacer personalmente pequeños arreglos en nuestros hogares; procuraremos ser parcos al adquirir cosas de uso personal... Y, sin embargo, con corazón de padre y de madre, sabremos buscar los medios necesarios cuando se trate de cuidar a un enfermo, o de proporcionar la mejor formación espiritual a nuestros hermanos, o de conseguir lo necesario para que las casas donde vivimos tengan aire de hogar cristiano, acogedor y limpio.

*Hijos míos, es preciso concretar. Otras veces os he dicho que es preciso aprender a vivir la virtud de la pobreza; para eso nos pueden ayudar unas palabras que tengo recogidas en una vieja ficha.*

*Había escrito hace muchos años: (...) seña-*

(13) De nuestro Padre, Meditación, 8-II-1959.

íes de la verdadera pobreza: primero, no tener cosa alguna como propia. Y recuerdo haber conocido a determinada persona, a quien le gustaba vestir bien: gastaba una enormidad en trajes; pero cuando llegaba a su casa, tiraba las prendas por cualquier lado, y explicaba así la razón: no soy yo para la ropa, sino que la ropa es para mí. Tú, hijo mío, debes pensar si a veces no te pasa un poco lo mismo. Las cosas se deben gastar, sí, pero sabiendo que no hemos de maltratarlas, que es preciso hacerlas durar, porque no son nuestras: son un medio para nuestra santidad personal y para el apostolado.

Y había escrito en esa ficha: segundo, no tener cosa alguna superflua (...).

Y, finalmente, la tercera señal: no quejarse cuando falta lo necesario. Y cuando falte, ¿qué?, ¿llorar?: ¡no! ¿Reírnos? Quizá tampoco; pero estar alegres por dentro, muy alegres. Ahora es más difícil que nos falte lo necesario; antes hemos carecido de lo más imprescindible durante muchos años. Pero si un día llega de nuevo afaltar, estad contentos, hijos míos, fétices; seguros de que, si os abandonáis en las manos de Dios, saldrán adelante todos los apostolados, y la santidad de vuestros hermanos y la vuestra <sup>14</sup>.

---

(14) De nuestro Padre, Meditación, 7-IÜ-1962.

Hemos de procurar corresponder a este desvelo de nuestro Fundador con un afán muy grande por mejorar, personalmente, el modo de vivir esa virtud. Si sacáis el convencimiento de que la pobreza es una virtud capital para ser santos en el Opus Dei, para ser felices aquí, en la tierra, y para ganar un cielo muy grande, habremos hecho una buena oración. Pedídselo a la Virgen Santísima, y así Ella pondrá en nuestro corazón un amor grande a este desprendimiento que el Señor quiere de nosotros <sup>15</sup>.

---

(15) De nuestro Padre, Meditación, 7-ÜI-1962.

548

6 de diciembre

## SAN NICOLÁS DE BARÍ (III)

—La Obra es una familia numerosa y pobre, con necesidades económicas grandes.

—Todos los miembros de la Obra se mantienen económicamente a sí mismos y colaboran en las labores apostólicas.

—Debemos fomentar la generosidad de muchas personas, para que nos ayuden a sostener las labores apostólicas.

HOY ES la festividad de San Nicolás de Barí, uno de los Santos Intercesores de la Obra, a quien nuestro Fundador encomendó la solución de las dificultades económicas que puedan presentarse en el apostolado. *Un día* —nos contaba en cierta ocasión— *estaba en el Patronato Real de Santa Isabel, del que era Rector (...). Iba a celebrar la Misa, y tenía unos apuros económicos tremendos; dije: como San Nicolás es el santo de las dificultades económicas, y el santo de casar las incasables... ¡si me sacas de esto, te nombro Intercesor! Pero antes de subir al altar, me arrepentí y añadí: y si no me sacas, te nombro igual. El apuro económico era grande; materialmente quizá sería poco; pero sería el que hoy supondrían bastantes millones*<sup>1</sup>.

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 7-IV-1968.

Siempre ha sido así: el Opus Dei es una familia numerosísima que, a pesar del trabajo de todos sus hijos, no alcanza a resolver los problemas económicos que los apostolados plantean. *La Obra ha sido pobre desde sus comienzos, y lo será siempre, ya que el Señor no dejará nunca de pedirnos más labores apostólicas, más iniciativas, más gastos de dinero y de personas en su servicio*<sup>2</sup>. *Nunca tendremos el dinero suficiente para dilatar la tarea con la rapidez que el Señor nos da a entender. ¡Nos llaman de tantas partes, sin que por falta de medios económicos podamos ir enseguida!*<sup>3</sup>.

Siempre andaremos escasos de recursos, porque el apostolado de la Obra no tiene fronteras. *Pero aprovechó la ocasión, que me proporciona lo que os acabo de decir* —escribió nuestro Fundador—, *para dar gracias al Señor Dios Nuestro, porque la Obra será siempre pobre: siempre necesitará más de lo que tenga, si ha de cumplir sus fines apostólicos, por muy abundantes que parezcan nuestros medios a los extraños.*

*Sois muchos los que, al pedirme la bendición para extender esta batalla de amor por el mundo, habéis recibido como medio material —con el que habíais de comenzar la labor— la señal de la cruz, una imagen de Nuestra Señora y una sonri-*

(2) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 873.

(3) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-DC-1950, nota 200.

sa (...). *Nada más, o poco más, se os ha podido dar ordinariamente*<sup>4</sup>.

*Naturalmente, cuanto más se extienda la Obra, más necesidad habrá de medios terrenos, que siempre trataremos de santificar. No hay en la tierra nadie que haga algo, y no emplee los medios humanos, por noble que sea el fin. En nuestro caso, he de señalar un detalle muy particular: que esos medios materiales, que empleamos para servir a Nuestro Señor, no son ni serán nunca del Opus Dei, a no ser por muy rara excepción*<sup>5</sup>.

Sólo con la colaboración de muchas personas que nos quieren, y con el trabajo de todos sus miembros, la Obra puede promover en todo el mundo sus labores apostólicas. *Siempre seremos pobres* —repite nuestro Padre—. *Nunca tendremos los suficientes medios económicos para atender a todas las obras, porque aunque trabajemos mucho, los apostolados aumentan siempre gracias a Dios, en proporción mayor: y esto sucederá siempre. Por eso, nuestra pobreza está llena de verdad: la vivimos... La vivimos gustosamente, porque Dios quiere que practiquemos esta virtud; y, al mismo tiempo, el Señor nos ayuda, obligándonos a ser pobres, porque no tenemos posibilidad de vivir de otra manera (...), porque falta y faltará siempre el dinero que gozosamente destinamos a las obras de apostolado*<sup>6</sup>.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 15.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 50.

(6) *Instrucción*, 8-XII-1941, nota 82.

*COMENZÓ la Obra por querer de Dios, y por querer de Dios se va desarrollando, a base de una gran fe en el Señor, que dará el incremento si somos fieles. Pero esta pobreza real, y el amor a la pobreza, no excluyen que nosotros intentemos poner los medios humanos lógicos, según la doctrina paulina; esforzándonos como si todo dependiera de nosotros, y acudiendo a Dios, como si todo dependiera de El. Y el primer medio humano, que es al mismo tiempo una santa y santificante obligación moral, es el trabajo: si quis non vult operari, nec manducet, si alguno no quiere trabajar, que no coma (II Thes. III, 10)*<sup>7</sup>.

Una consecuencia fundamental de la pobreza, vivida según el espíritu del Opus Dei, es la responsabilidad por ser autosuficientes económicamente: sostenernos con nuestro trabajo y colaborar al mantenimiento de las labores apostólicas. *Cada uno de mis hijos* —decía nuestro Padre— *tiene muy claro el criterio: lo primero y más importante es cumplir las Normas de vida, que son camino seguro de santidad; y al mismo tiempo —simultánea e inseparablemente— sostenerse, valerse por sí mismos en lo económico, y ayudar a sostener la casa en donde vive o el Centro a que pertenece*<sup>8</sup>.

Hemos de ser generosos para gastarnos sin tasa en el servicio del Señor. Sobre cada uno de nosotros pesan las cargas de toda la Obra y hemos de respon-

(7) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 200.

(8) De nuestro Padre.

der a esa confianza del Señor, que se apoya en nosotros. Con nuestro trabajo profesional, intenso y sacrificado, como el de cualquier padre o madre de familia numerosa, nos mantendremos económicamente, sin consentir nunca —ni en nosotros ni en los demás— una actitud irresponsable, propia de quien vive a costa de otros.

Nuestro Fundador fue tajante en este punto, con una claridad que trae los ecos de la doctrina y de la predicación de San Pablo <sup>9</sup>. *Es fundamental, en el espíritu de la Obra, que sintamos la responsabilidad de la pobreza. Por eso, todos hemos de trabajar profesionalmente y ganar, por lo menos, lo suficiente para vivir y para ayudar a sostener nuestros apostolados.*

*Sería una error —y un error grave, porque sus consecuencias también lo son— que, a alguno de mis hijos, se le permitiese hacerse gravoso a la Obra, con cualquiera de las formas del señoritismo. No hemos de ser señoritos, hemos de ser señores, con el señorío de los hijos de Dios. Conozco, hijos míos, vuestro buen espíritu. Sabéis muy bien que, en nuestra vida, lo divino y lo humano están muy íntimamente unidos —imitamos a Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre—, y lo mismo que el descuido de un simple detalle material bastaría para indi-*

*caros que hubo una falta de amor de Dios, también sabréis descubrir ese defecto en la raíz misma de algunos datos económicos deficitarios* <sup>10</sup>.

*LOS QUE lleváis poco tiempo en Casa, lo mismo que los que llevan mucho, habéis podido experimentar que la pobreza del Opus Dei está llena de verdad, que la vivimos. Tanto que, a pesar del empeño que ponen mis hijos en su trabajo profesional, no podríamos sacar adelante las obras apostólicas sin la ayuda de esas personas, que de alguna manera podemos llamar cooperadores de la Obra ».*

No llegamos y, sin embargo, el Señor espera siempre más de la Obra. Por eso, es preciso movilizar a mucha gente para lograr con su ayuda los medios materiales que exigen las labores apostólicas. La formación que el Opus Dei proporciona a tantas personas de toda edad y condición, les lleva también a aumentar su generosidad, a disponerse con espíritu abierto a servir al Señor, colaborando con su entrega personal y con la aportación de los medios de que dispongan.

Debemos fomentar este buen espíritu en todos aquellos amigos que de una u otra manera conocen **nuestras labores. Es de justicia que quienes se benefi-**

**cio)** De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 74.

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 54.

(9) Cfr. II27ie\$. III, 7-15.

cian de los medios de formación que proporciona la Obra, respondan generosamente, en la medida de sus posibilidades, para ayudar a mantener, impulsar o crear diversas tareas apostólicas.

Desde el principio, nuestro Padre nos enseñó la conveniencia de que también la gente joven aporte su ayuda a la labor. Es muy conveniente que el sostenimiento de los Centros de San Rafael, al menos en parte, *cargue sobre los mismos muchachos o muchachas, y sobre sus familias, sobre sus padres, a quienes hemos de procurar tratar siempre, haciéndoles colaborar (...).*

*Por eso, aparte de los donativos pequeños o grandes que los chicos o sus familias quieran entregar en las manos del Director o del Secretario de la casa, conviene que haya en lugar discreto una hucha, para que cada uno sin espectáculo y pasando inadvertido eche lo que pueda, lo que su espíritu de generosidad le dicte<sup>12</sup>.*

Con nuestro trabajo personal, con las aportaciones de los Supernumerarios y la colaboración de los Cooperadores, conseguiremos los medios económicos y materiales indispensables para realizar, con hondura y eficacia, el apostolado que el Señor nos pide. *No obstante, debemos procurar también que el Estado subvencione económicamente nuestras obras cor-*

*porativas, porque de ningún modo es contrario a la justicia ni al recto orden. Todos los Estados suelen subvencionar a los ciudadanos que dirigen obras docentes o de beneficencia, etc.: por eso, si nos ayudan, no puede decirse que sea un privilegio para nosotros —del que aborrecemos—, sino, por el contrario, un derecho razonable: porque con esas labores apostólicas formamos a la juventud, ayudamos a los necesitados, preparamos buenos ciudadanos, y llevamos a cabo otras tareas semejantes que redundan en servicio y en bien de toda la sociedad<sup>13</sup>.*

El ejemplo de Nuestra Señora, que llevó una vida de trabajo constante, nos empujará a trabajar con intensidad para obtener los medios económicos que necesitan las labores apostólicas; y, con la intercesión de San Nicolás, muchas personas se sentirán movidas a colaborar, con su aportación generosa, en la extensión del Reino de Dios sobre la tierra.

(12) De nuestro Padre, *Caná*, 24-X-1942, n. 26.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1950, n. 13.

549

6 de diciembre

NOVENA

## A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (VII)

—Jesucristo es nuestro modelo para vivir la santa pureza.

—Todos hemos de luchar.

—Medios para conservar la santa pureza.

*QUE JESUCRISTO es el modelo nuestro, lo sabéis perfectamente; no sólo porque lo habéis oído y lo habéis meditado con frecuencia, sino también porque lo habéis enseñado a tantas almas y lo habéis recordado a vuestros hermanos, usando también, cuando era conveniente, ese medio maravilloso de la corrección fraterna.*

*Jesús es el modelo. Lo ha dicho El: discite a me (Matth. XI, 29), aprended de Mí. Y hoy, hijos míos, quiero hablaros de una virtud que sin ser la única ni la primera, sin embargo es como la sal de la vida nuestra, como una piedra de toque para el alma apostólica: la virtud de la santa pureza. Ciertamente, la caridad es la virtud más alta; pero la castidad es virtud sine qua non, imprescindible; y cuando se falta a ella, si no se lucha, se acaba ciego; no se ve nada<sup>1</sup>.*

(1) De nuestro Padre, Meditación, 8-III-1962.

En la proximidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen, no puede faltar en nuestra meditación el tema de la santa pureza, virtud que continuamente hemos de aprender a vivir y enseñar a las personas que tratamos, teniendo siempre presente el ejemplo de Jesús y de María. Lo haremos, como en otras ocasiones, siguiendo la falsilla de una antigua meditación predicada por nuestro Padre.

*Jesucristo, Señor Nuestro, a lo largo de su vida terrena, ha sido cubierto de improperios, le han maltratado de todas las maneras posibles. ¿Recordáis? Le dicen que es un revoltoso y que está endemoniado. En otra ocasión interpretan mal las manifestaciones de su Amor infinito, y le llaman amigo de pecadores.*

*Más tarde, a El, que es la penitencia y la templanza, le echan en cara que se siente a la mesa de los ricos. Y le llaman fabri filius (Matth. XIII, 55), hijo del trabajador, del carpintero, como si fuera una injuria. Y permite que le digan que es comilón y bebedor... Deja que le acusen de todo, menos de que no es casto. Les ha tapado la boca porque quiere que nosotros tengamos ese modelo maravilloso de pureza, de limpieza, de luz, de amor que sabe quemar todo el mundo para purificarlo<sup>2</sup>.*

Esa tarea corresponde a los que queremos vivir

(2) De nuestro Padre, Meditación, 8-III-1962.



de acuerdo con nuestra dignidad de hijos de Dios. Es una tarea urgente, porque en todas partes se ha introducido una mentalidad hedonista que es diametralmente opuesta al espíritu cristiano. La búsqueda del placer como objeto y fin de la vida pugna por penetrar entre los mismos hijos de la Iglesia. Virtudes cristianas, como la castidad, la modestia y el pudor, se ven ridiculizadas y consideradas por muchos como algo arcaico. Resulta más actual que nunca aquella afirmación de nuestro Fundador, escrita en los años 30: *hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia.*

—Y esa cruzada es obra vuestra<sup>3</sup>.

ALGUNOS, por ahí, oyen hablar de castidad y se sonríen. ¡Tanta gente hace esto! Pero yo les solía decir a los primeros que vivían a mi lado: considerad que hay un reino mineral; que hay también un reino vegetal en el que, a la existencia, se ha añadido la vida: y después hay un reino animal, que está formado por seres con sensibilidad y movimiento, casi siempre.

Y les hacía ver, de un modo quizá poco académico, pero gráfico, que deberíamos hablar de otro reino, el hominal, el reino de los hombres:

(3) Camino, n. 121.

*porque el hombre tiene esa maravillosa inteligencia, chispazo de la inteligencia divina, que le hace discurrir por su cuenta, y esa maravillosa libertad, que le hace aceptar o rechazar lo que quiera.*

Pues, en este reino de los hombres, os diré que —para una persona normal— el problema del sexo ocupa un cuarto o quinto lugar. Primero están los problemas de la vida espiritual, la que cada uno tenga; después, muchas cosas que interesan al hombre o a la mujer corriente: su padre, su madre, su hogar, sus hijos. Más tarde, su profesión. Y allá, en cuarto o quinto término, viene el impulso sexual. Por eso, cuando he conocido personas que en este punto tenían grandes problemas, he pensado que no eran personas normales: son pobres desgraciados, enfermos en todo caso. Y solía decir —con esto había un momento de risa y de broma, entre los chicos a quienes hablaba— que me dan tanta pena como un pobre niño con la cabeza gorda, gorda, de un metro de perímetro. Son personas desgraciadas, a las que hay que tener compasión, y que no son —por desgracia— ni más hombres ni más mujeres (...).

Que la castidad es posible y que es fuente de alegría, lo sabéis igual que yo; también sabéis que exige de vez en cuando un poquito de lucha. Vamos a dejar hablar a San Pablo: me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero al

**mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?** (Rom. VII, 22-24). *Grita tú más, hijo mío, si te hace falta, pero no exageremos: sufficit tibi gratia mea! (II Cor. XII, 9), te basta mi gracia, nos dice Dios Nuestro Señor.*

*Algunas veces he visto relucir los ojos de un deportista, ante los obstáculos que debe superar. ¡Qué victoria! ¡Mira cómo los domina! Así nos mira Dios Señor Nuestro, que ama nuestra lucha. Siempre seremos vencedores, porque nos da además todo el poder de su gracia. Y no importa entonces que haya lucha, porque El no nos abandona.*

*Y te pregunto, hijo mío: ¿cómo vives tú esta lucha? Sabes que la lucha, si la pones desde el principio, ya está vencida; ¡lucha enseguida, en cuanto sientas los primeros chispazos de la pasión, y aun antes! Habla también enseguida, también mejor antes, si es posible: si habláis claro, no seréis vencidos. Ya sabéis que un acto y otro forman un hábito, una inclinación, una facilidad. Por eso hay que luchar para lograr un hábito bueno: el hábito de la virtud, el hábito del amor, el hábito de saber mortificarse y de vivir para el Amor de los amores (...).*

*Vamos a pedirle a la Madre de Dios que nos obtenga la humildad y la sinceridad de hablar inmediatamente. Si os pasa cualquier cosa, hablad enseguida. Que no quede allí ese foco de podredumbre. Cuando el agua corre, es limpia; cuando no se la deja correr, forma un charco lleno de porquería repugnante, el agua deja de ser potable y es un caldo de bichos. Y en las almas pasa igual.*

*Madre mía, a mí y a estos hijos míos danos ese don bendito de la humildad en la lucha, que lleva a ser sinceros, que hace llegar a la victoria. Basta luchar, hijos míos. Si luchamos, Dios nos da la gracia y venceremos*<sup>4</sup>

*MIRAD lo que escribe San Pablo a Timoteo: te ipsum castum custodi (I Tim. V, 22); para que este- mos siempre vigilantes, decididos a custodiar ese tesoro que Dios nos ha entregado*<sup>5</sup>. La vocación a la Obra nos otorga una gracia particular para vivir con sentido apostólico la virtud de la pureza; pero, a su vez, esa gracia nos impone una correspondencia también particular, que debe manifestarse en el cuidado exquisito con que protegemos y guardamos esta virtud.

*Hijos míos, no tengáis miedo a esas soñita-*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 8-HI-1962.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

*dones torpes del ambiente. La consideración de que Satanás, el enemigo de nuestra alma, y el mundo, y la carne, son un perro que ladra mucho, pero que no nos puede morder, porque está atado con una buena cadena, os consolará. No nos podrá morder, si no nos acercamos, si ponemos en práctica los medios de que disponemos.*

*En primer lugar, la sinceridad: una sinceridad salvaje —si es preciso— en la dirección espiritual. Aunque no haya obligación de contar las faltas al Director, os aconsejo que —además de decirlo en Confesión— lo digáis también en la Confidencia.*

*Guarda de los sentidos y del corazón: el flechazo existe, y nosotros hemos de guardar el corazón sólo para Dios, con la ayuda de la Señora. Que no se nos cuele el barro dentro, disfrazado de curiosidad, de experiencia de la vida, de arte o de ciencia...*

*Mortificación: es preferible dejar un charquito de sangre en el suelo, que meter la pata. Si alguna vez viene una tentación muy fuerte, se cogen las disciplinas, aun sin permiso, y veréis cómo se acaba.*

*Y sobre todo, además de la oración y la recepción piadosa de los sacramentos, el amor a la Señora. Rezad bien, bien, esas tres Avemarias de la pureza por la noche, antes de acostaros. Vosotros, con vuestra castidad, tenéis que purifi-*

*car el mundo y todo lo que haya a vuestro alrededor, como aquel Rey de la leyenda que convertía en oro cuanto tocaba (...). Acudid a María, y Nuestra Madre, que es también modelo encantador de la santa pureza, nos ayudará a guardar intacto nuestro amor.*

*Tota pulchra es Maria, et macula originali non est in te. La veo pura y sencilla, cuando el Arcángel comunica su embajada; maravillada ante la nueva que le anuncian. Y aquella Niña, ante el prodigio de que Ella va a ser Madre de Dios, todavía se enfrenta filial y confiadamente con el Altísimo: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? (Luc. 7, 34). Sólo cuando San Gabriel le responde que no se hará por obra de varón, sino por un prodigio extraordinario, y que irán juntas su virginidad y su maternidad divina; sólo entonces la Madre nuestra, la Reina de la pureza, la que custodiará siempre los corazones de mis hijos y mi pobre corazón, sólo entonces pronuncia el fiat.*

*Hijo mío, mira si es purísima Santa María. Esta es la condición maravillosa que puso para ser Madre de Dios: conservar su pureza inmaculada<sup>6</sup>.*

(6) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

550

7 de diciembre

NOVENA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN (VIII)

- El Señor espera que demos frutos de vida sobrenatural.
- La oración se manifiesta necesariamente con hechos concretos de apostolado y proselitismo.
- Espíritu de mortificación y metas diarias para vivir nuestra vocación apostólica.

**MUCHAS** veces nos ha hablado Jesucristo de la necesidad de dar fruto en la vida interior y en el apostolado: *Yo soy la vid y mi Padre el labrador. Todo sarmiento que en Mí no lleve fruto, lo cortará; y a todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé todavía más fruto* K La vida de su Madre Santísima, que venimos considerando durante estos días, es también un ejemplo que nos empuja a ser proselitistas, a procurar —por todos los medios a nuestro alcance— que la gracia de la vocación fructifique en otras muchas almas.

Narra el Evangelio que, en cierta ocasión, regresando Jesús a la ciudad, *tuvo hambre; y viendo una higuera junto al camino se acercó a ella, y no hallando más que hojas, le dijo: nunca jamás nazca fruto de ti. Y la higuera quedó seca al instante* <sup>2</sup>. Nuestro Padre

comentaba: *no era tiempo, pero se acerca a tomar la fruta. Cristo Señor nuestro sabía que no era tiempo de higos; y sin embargo, al ver que el árbol era estéril, aun teniendo aquella apariencia de fecundidad y aquellas hojas, le dice: nunca jamás coma ya nadie fruto de ti* (Marc. XI, 14). *Y es, hijos míos, que no hay excusa para el que no aprovecha el tiempo. ¡Son fuertes las palabras de Señor: nunca jamás darás fruto. Nadie tomará fruto de ti!*

*¡Cómo se quedarían los discípulos, oyendo hablar así a la Sabiduría de Dios! Pero... ¿es posible? Y, sin embargo, la razón es evidente: no hay excusas para dejar de dar fruto: yo... es que no he recibido la formación necesaria; yo... es que estuve enfermo; yo... es que no tengo cualidades.*

*Hijos míos, hemos de ser árbol que dé fruto. Que otros hay que, cuando se acercan a ellos las criaturas, no sirven de provecho: tienen solamente hojas. Hemos de dar fruto, fruto que sacie el hambre de las almas, porque tenemos todos los medios sobrenaturales y la doctrina suficiente; porque —si queremos— estamos en condiciones de vivir, con la gracia del Señor, a pesar de nuestra miseria, una vida capaz de iluminar y de arrastrar a otros: la vida de Cristo en nosotros* <sup>3</sup>.

No podemos ser como aquella higuera estéril,

(1) Joann. XV, 1-2.

(2) Matth. XXI, 18-19.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

que no pudo saciar el hambre del Maestro. Hemos de dar fruto: frutos de vida sobrenatural, de santidad, de amor de Dios. *¡Ay del que se adorna con las hojas de un falso apostolado, del que ostenta el follaje de una aparente vida fecunda, sin tener fruto! Parece que aprovecha el tiempo, pero es éste un árbol estéril*<sup>4</sup>. Frutos de vida sobrenatural: son la señal inequívoca de que seguimos a Cristo, de que tratamos de vivir bien unidos al Maestro.

CON LA vocación, nos ha dado el Señor la gracia para hacer un abundante proselitismo entre cuantos nos rodean. Lo hemos meditado mucho en estos días, y hemos procurado encender nuestro corazón pidiendo a la Virgen especialmente la vocación de algunos **amigos nuestros**. *Quien hace proselitismo, consigue vocaciones; quien hace poco proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones. Si no hay vocaciones, falta amor de Dios. ¿Está claro?*<sup>5</sup>.

El Señor ha plantado la semilla de nuestra vocación personal, como la viña de que habla el profeta Isaías, *en un fértil recuesto. La cavó y le quitó las piedras (...). ¿Qué cosa podría yo haber hecho de mi viña, que no hiciera? ¿Cómo, esperando que me diese uvas,*

*dio agrazones? Voy a deciros ahora lo que haré de mi viña. Destruiré su albarrada, y será ramoneada. Derribaré su cerca, y será hollada. Quedará desierta, no será podada ni cavada, crecerán en ella los cardos y las zarzas*<sup>6</sup>. Si alguna vez vemos que no ha habido fruto, o que ese fruto ha sido menguado, diremos, como el labrador de la parábola: *Señor, déjala todavía este año, cavaré alrededor y echaré estiércol, a ver si así da fruto; si no, entonces la harás cortar*<sup>7</sup>. Y ha de ser una decisión firme, decidida, que se traduzca en obras: *¿he manifestado con hechos mi espíritu de proselitismo?* Hechos nos pide el Señor: la realidad de nuestra oración, la realidad de nuestra entrega generosa, la realidad de nuestra actuación proselitista; porque **entendemos el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio**<sup>8</sup>.

Tenemos que rezar, acudir a Dios en petición humilde, para lograr de El lo que es una gracia especialísima e inmerecida. Ha de ser la nuestra una petición sincera, que responda a una auténtica unidad de vida; una petición esperanzada que alzamos al Señor con los labios, con el corazón, y también con nuestras obras, con el empeño de realizar una abundante labor de proselitismo.

Oración y actividad apostólica tienen que ir, por tanto, muy unidas. Sin estar penetrada de oración, la

(4) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1956.

(5) De nuestro Padre, Crónica 111-66, p. 11.

(6)/sai. V, 1-6.

(7) Luc. XIII, 8-9.

(8) De nuestro Padre, Instrucción, 19-111-1934, n. 28.

actividad quedaría convertida en activismo. *Yo mido la eficacia de las labores —decía nuestro Padre—, por el grado de santidad que alcanzan los que las realizan. Las tareas corporativas son siempre medio, nunca fin. El fin de la labor de las hijas y de los hijos de Dios en su Opus Dei es, de una parte, la santificación personal, y de otra, fomentar la perfección cristiana en el mundo. Universidades, residencias universitarias, una escuela hogar... ¿Esos son fines? No. Del mismo modo que la pala y la azada no son fin del campesino, sino medios para labrar la tierra*<sup>9</sup>. Y lo mismo sucede con el apostolado individual: *me daría mucha pena —escribió también nuestro Fundador—, si un hijo mío me hablara sólo de sus éxitos profesionales. Puede y, a veces, debe hablar: pero lo que quiero oír de vosotros es un recuento de los frutos de vuestro apostolado, de las vocaciones que promovéis, de las almas que acercáis a Dios. Si no, no creería en la sinceridad de vuestro afán de apóstoles*<sup>10</sup>.

LA ACTUACIÓN apostólica exige abnegación, espíritu de sacrificio: necesita una entrega diaria, hecha de mil detalles. Lo vemos en la vida de la Virgen, que vivió plenamente unida a su Hijo; con su oración, con su desvelo de Madre, con su trabajo constante. De nuestro Padre, Tertulia, I-VIII-1962.

(10) De nuestro Padre, *Cana*, 15-X-1948, n. 31.

te preparaba y acompañaba la labor apostólica de Cristo.

La primera manifestación de generosidad, que hemos de vivir en el proselitismo, es ese espíritu de sacrificio que lleva consigo el ejercicio del apostolado, con sus exigencias de tiempo, de dedicación, de renuncia a proyectos personales —grandes o pequeños—, en favor de los demás. *A vuestra unidad de vida —son palabras de nuestro Fundador—, debe corresponder una magnanimidad espontánea, renovada cada día, que ha de estar patente y se ha de manifestar en todas las cosas, de manera que —como fieles soldados de Cristo Jesús en el mundo— sepáis ofrecerlos en holocausto, diciendo de veras: con plena sinceridad, con alegría, me he entregado, Señor, con todo lo que tengo* (7 Par. XX7X, 17).

*Esta ha de ser vuestra preparación, para el apostolado continuo que Jesús nos pide, como es continuo el latir del corazón* ".

Si deseamos que el afán proselitista sea una realidad diaria, necesitamos prever y adelantarnos a los pequeños acontecimientos de cada jornada, de modo que cada mañana llevemos, entre las demás cosas que ocupan nuestro pensamiento, unas cuantas metas proselitistas, precisas y determinadas. Pueden parecer pequeñas esas metas, pero no lo son porque exigen

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, nn. 3-4.

verdadera renuncia, olvidarse de sí mismo y pensar en los demás, vencer la pereza, aprovechar el tiempo; exigen espíritu de sacrificio para llegar a constituir una realidad vivida día tras día; exigen constancia, para renovar ese plan diario y ver en la oración cuál es el mayor partido que podemos sacar a cada situación de nuestra jornada.

Conviene además que nos examinemos frecuentemente —hoy, víspera de la Inmaculada, con mayor motivo—, de modo que veamos los hechos concretos en que se ha manifestado nuestro afán de almas, porque el apostolado, como toda nuestra vida, está hecho de cosas pequeñas, y si faltasen es que no sería real. ***Hay que decir en la charla: he hecho esto, he pensado lo otro, he rezado tanto, me he mortificado, he preparado esta visita. Y si tu hermano no te lo pregunta, debes decírselo lo mismo***<sup>11</sup>.

Acudimos a Santa María, pidiéndole con nueva fuerza que mantenga siempre encendido en nuestra alma ese afán divino que nos lleva a buscar vocaciones, a hablar de Dios a muchísimas personas; sin conformarnos con la labor ya hecha, antes bien, con el deseo eficaz de llegar a todas las almas.

551

## 8 de diciembre INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (I)

—En su Inmaculada Concepción, la Santísima Virgen ha sido adornada con todas las gracias y dones sobrenaturales.

—El amor a la gracia de Dios nos llevará a huir siempre del pecado.

—La Confesión frecuente aumenta en nuestras almas la gracia divina.

*DIOS te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita Tú entre las mujeres*<sup>1</sup>. Así saluda el Arcángel San Gabriel a la Santísima Virgen, cuando le anuncia que ha sido elegida para ser Madre de Dios. Es la escena que hoy, solemnidad de la Inmaculada, contemplamos en el Evangelio de la Misa. ***Podía haberle saludado de mil maneras distintas*** —comenta nuestro Padre—, ***pero lo hace recordándole la cosa más importante para un alma cristiana: que es gracia plena, la criatura que goza de una particularísima intimidad con el Señor, porque está repleta de su gracia***<sup>2</sup>.

¡Llena de gracia! En la Virgen, preservada del pecado original en el mismo instante de su Concep-

(1) *Allel.* (Luc. I, 28).

(2) De nuestro Padre, Meditación, 25-111-1954.

(12) De nuestro Padre, Crónica V-63, p. 11.

ción, por decreto eterno de la Trinidad Beatísima, la gracia de Dios no encuentra obstáculos de ningún tipo. Tanta es la abundancia de dones y prerrogativas con que el Señor quiso enriquecer a su Madre, que los cristianos de todos los tiempos, ante la incapacidad de alabarla como se merece, han debido recurrir a un torrente de imágenes que sólo bosquejan pobremente la perfección de Santa María. Ella es *más hermosa que la hermosura, más ataviada que el mismo ornato, más santa que la santidad (...), la única convertida totalmente en domicilio de todas las gracias del Espíritu Santo y que, fuera de Dios, es superior a todos; más hermosa, perfecta y santa por naturaleza que los mismos querubines y serafines, y que toda la muchedumbre de los ángeles*<sup>3</sup>.

No nos puede maravillar este derroche de dones celestiales, en un alma tan sensible y dócil a la acción divina. Para comprenderlo un poco, nuestro Fundador nos invitaba a considerar lo que el Señor hace con nosotros, que tantas veces le ofendemos, perdonándonos incansablemente como el padre del hijo pródigo<sup>4</sup>. *Si procede así con el que le ha ofendido —añadía—, ¿qué hará para honrar a su Madre, inmaculada, Virgo fidelis, Virgen Santísima siempre fiel?*

*Si el amor de Dios se muestra tan grande cuando la cabida del corazón humano —traidor,*

*con frecuencia— es tan poca, ¿qué será en el Corazón de María, que nunca puso el más mínimo obstáculo a la Voluntad de Dios?*<sup>5</sup>.

*LA MATERNIDAD divina de María es la raíz de todas las perfecciones y privilegios que la adornan. Por ese título, fue concebida inmaculada y está llena de gracia, es siempre virgen, subió en cuerpo y alma a los cielos, ha sido coronada como Reina de la creación entera, por encima de los ángeles y délos santos. Más que Ella, sólo Dios*<sup>6</sup>.

También nosotros somos amados por Dios, que nos ha hecho hijos suyos. Al adoptarnos, ha puesto en nuestras almas su gracia, que nos asemeja a Cristo y nos hace santos. *El Señor te concede dones constantemente. Además de redimirte y de hacerte hijo suyo por el Bautismo, además de facilitarte los demás sacramentos, canales de la gracia, te ha regalado un tesoro grandísimo, el tesoro de la vocación, de la Uariada divina al Opus Dei; y en cada instante, si tú correspondes fielmente a esas gracias, te está dando una ayuda mayor.*

*Hijo mío, déjame que te pregunte: ¿tú amas la gracia de Dios? Me responderás que sí, que haces todo lo posible para no perderla nunca. Ya*

(3) Pío K, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854, n. 15.

(4) Cfr. iuc. XV, 11 ss.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 178.

(6) *Amigos de Dios*, n. 276.



*lo sé, pero ¿procuras que esa gracia se acreciente en tu alma, cada día? ¿Sabes corresponder con generosidad plena a las mociones del Señor? Hay unas palabras de Cristo en el Evangelio que son muy claras y que, a veces, a mí me causan turbación: al que tiene, se le dará más, y el que no tiene será privado incluso de aquello que parece que tiene (Marc. IV, 25). Si tú y yo, como nuestra Madre, correspondemos a la gracia, Dios nos dará una correspondencia aún mayor; si procuramos ser fieles a nuestra vocación, nos concederá más ayuda en cada instante y nos haremos cada día más santos. Un propósito firme, pues, de agradecer todos los dones que el Señor nos ha hecho.*

*Esto nos llevará a no permitir que se enturbie nuestra alma lo más mínimo, a abominar del pecado venial con todas nuestras fuerzas. ¿Que es poca cosa una mota en la cara? Quizá; pero doscientas, quinientas, mil..., ¡qué horror! Vosotros y yo hemos de fomentar la buena disposición de no ofender a Nuestro Señor nunca —a sabiendas— ni venialmente: de tal modo hemos de odiar el pecado venial deliberado, que habitualmente estemos dispuestos a rechazar hasta las cosas más menudas que puedan suponer un obstáculo al amor divino. Esto es amar de verdad la gracia de Dios, este tesoro soberano que nos viene del Cielo.*

*¡Llena de gracia!: lección de amor, de correspondencia, es la que nos da la Virgen. Dominus tecum! El Señor es contigo. Con la ayuda divina, también nosotros estaremos siempre junto a Dios, sin apartarnos de El; con la protección de Nuestra Madre del Cielo (...).*

*Sé bien, hijos míos, que si os detenéis en estas consideraciones que os voy haciendo, si las meditáis por vuestra cuenta, si traéis a vuestro entendimiento y a vuestra imaginación estas escenas del Evangelio y aprovecháis para tener un ratito de conversación con nuestra Madre, necesitaréis abrirle de par en par vuestra alma, y mostrarle hasta el fondo vuestro corazón, manifestarle vuestra conducta. Descubriréis aspectos de vuestra vida que exigen rectificación, y otros que van bien, pero que pueden ir mejor. Sacaréis nuevas luces, aprenderéis muchas cosas buenas en el trato con la Santísima Virgen. Adquiriréis mayor visión sobrenatural, para andar este camino del Opus Dei; y pediréis a nuestra Madre del Cielo esa luz, esa gracia que pasa por sus manos —desde el Corazón de su Hijo—, para todos los que formamos parte de esta gran familia.*

*Y entonces, como tú serás mejor y yo procuraré también serlo, los frutos de la Obra resultarán cada día mayores: habrá más vocaciones, más deseos de santidad en todos esos hijos e hijas de Dios en el Opus Dei, más alegría en el trabajo coti-*

*diano, más extensión de nuestras labores apostólicas: facetas, colores nuevos, de este impulso divino y radiante que es el Opus Dei en el mundo*<sup>7</sup>.

ENTRE los múltiples canales por los que la gracia divina llega a las almas, el sacramento de la Penitencia ocupa un lugar de privilegio. Allí, además de perdonarnos los pecados cuando los confesamos al sacerdote, verdaderamente contritos, el Señor nos infunde la gracia que fortalece nuestra debilidad. *Yo me Ueno de gozo* —nos decía nuestro Padre—, *me da mucha alegría confesarme porque sé que el Señor me vuelve a perdonar. Hago muy a gusto de hijo pródigo, y estoy persuadido de que, con la práctica piadosa de la Confesión, se aprende a tener más dolor, y por tanto más amor*<sup>8</sup>.

Para sacar mucho fruto de la Confesión frecuente, el examen ha de ser detallado, sin generalidades, procurando ir a la raíz de los pecados, de las faltas y omisiones. Ese esfuerzo sincero por detectar lo que puede alejarnos del Señor es indispensable para que la gracia penetre en el alma, la sane y la fortalezca, a la vez que mueve a la compunción. De la contrición nace el propósito decidido de luchar contra el pecado venial deliberado. Nunca se insistirá bastante en la necesidad de combatir esas *pequeñas raposas que destruyen la*

*viña*<sup>9</sup>, porque apagan el fervor de la caridad y debilitan todas las demás virtudes cristianas.

Esmerarse en la puntualidad, semana tras semana, constituye otra manifestación de nuestro deseo de aprovechar muy bien la gracia que nos obtiene la Santísima Virgen. *Es necesario hacer bien la Confesión. No recibáis nunca los sacramentos, concretamente el Santo Sacramento de la Penitencia, con rutina. Recibidlo siempre con piedad, con delicadeza y con fe actual. Agradecedlo después al Señor: porque un Dios que perdona es una maravilla de amor.*

*Ahora que hay por todas partes una propaganda diabólica contra el Sacramento de la Penitencia, no debéis retrasar nunca vuestra Confesión semanal. Preparadla bien, acudid a confesaros siempre que sea necesario o conveniente, porque lo precise vuestra alma. Esto agrada mucho a Nuestro Señor, porque es manifestación de amor, de humildad, de agradecimiento por haber instituido este maravilloso remedio sobrenatural para nuestra flaqueza*<sup>10</sup>.

*La gracia es abundante y Nuestra Señora es omnipotente en su intercesión. Cuando pide algo a Dios, su oración es siempre escuchada; por eso le llaman Omnipotencia suplicante. Pues esa gran*

(7) De nuestro Padre, Meditación, 25-111-1954.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 222.

(9) Cant. II, 5.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 9-1-1972.

*Señora y Madre nuestra, la Virgen, que ha sido la protectora del Opus Dei, lo será hasta el final. Si no la dejamos, no nos dejará.*

*Por tanto, hijo mío, lucha por corregir tus defectos, sigue adelante en tu camino, ama con locura a Santa María, y todo irá mejor. Será una hermosura tu labor, la labor de mis hijos del Opus Dei en el mundo entero<sup>11</sup>.*

552

8 de diciembre  
INMACULADA CONCEPCIÓN  
DE LA VIRGEN MARÍA (II)

—La Concepción Inmaculada de María es signo de la victoria de Cristo sobre el pecado.

—La santidad de María, modelo para la Iglesia y para todos los cristianos.

—Para librarnos de nuestros pecados y alcanzar la santidad, hemos de acudir a María.

*BENDITA tú, Virgen María, ante el Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra K Tú eres la gloria de Jerusalén, Tú la alegría de Israel, Tú la honra de nuestro pueblo<sup>2</sup>. Todo cuanto de hermoso puede decirse a una criatura, se lo decimos hoy a nuestra Madre, al festejar su Inmaculada Concepción.*

El pecado original, hecho histórico sucedido realmente en la tierra, fue un pecado de desobediencia a Dios cometido por nuestros primeros padres. *El primer hombre, Adán —declara solemnemente el Concilio de Trento—, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira y en la indignación de*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 25-111-1954.

(1) *Ad Laudes, Ant. 2.*

(2) *Ad II Vesp., Ant. 2.*

Dios y, por tanto, en la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio de aquél "que tiene el imperio de la muerte" (Hebr. //, 14), es decir, del diablo; y toda la persona de Adán, por aquella ofensa de prevaricación, fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma<sup>3</sup>.

Este pecado —sigue enseñando la Iglesia—, transmitido a todos por generación, es propio de cada uno<sup>4</sup>; por su causa todos nacemos privados de la amistad con Dios, sometidos a la muerte, al demonio y al pecado, nos vemos despojados de los preciosos dones con que Dios había dotado al hombre para que viviera en justicia y santidad. Y así, *contra el plan maravilloso de Dios, está el hombre pronus ad peccatum después de la primera caída, inclinado al mal*<sup>5</sup>.

Sin embargo, con la Concepción Inmaculada de María comienza definitivamente el tiempo de la Salvación: *las flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo de cantar ha llegado*<sup>6</sup>. En María Santísima se dan las primicias del Reino porque, desde el primer momento, es la *llena de gracia*<sup>7</sup>. Antes del nacimiento de Cristo, disfruta ya de los beneficios de la Redención, en una medida que ninguna otra criatura podrá jamás alcanzar.

Este privilegio singularísimo de María es el más

bello fruto de la obra redentora de su Hijo. Para nosotros, la Cruz es la victoria sobre el demonio, el pecado y la muerte, enemigos a cuyo imperio nacemos sujetos. Pero la Virgen, elegida desde la eternidad como Madre del Redentor, recibió los beneficios de la salvación en el mismo instante de ser concebida. El pecado que Cristo venía a borrar y que tenía encadenado al género humano, no contaminó la naturaleza de María. La Virgen no fue liberada, sino exenta de toda sujeción a Satanás. En Ella se recreó la Trinidad Santísima, como en una nueva Eva, cumpliendo así la promesa que hiciera en el Paraíso: *pondré enemistad entre ti y la mujer*<sup>8</sup>.

Nuestro corazón se alegra hoy, al considerar una vez más *que debe ser creída firme y constantemente por los fieles la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano*<sup>9</sup>.

*ME LLENA de gozo el Señor, mi alma se alegra con Dios, porque me ha vestido con traje de triunfo y me ha cubierto con túnica de victoria; porque me ha enjoyado como a una novia*<sup>10</sup>.

(3) Concilio de Trento, sess. V de peccato originali, can. 1.

(4) Pío XII, Litt. enc. *Human generis*, 12-VIII-1950.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 29-11-1964.

(6) *Cant.* II, 12.

(7) *Ev.* (Luc. I, 28).

(8) *L I* (Cenes. III, 15).

(9) Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854, n. 18.

(10) *Ant. adlntr.* (/sai.' LXI, 10).

¡Qué esplendorosa es la santidad de la Virgen María! ¡Qué gran belleza la de su alma! Los Padres de la Iglesia, extasiados ante el misterio de su Concepción Inmaculada, le dirigen los más encendidos elogios. *Dios te Salve María, llena de gracia, más Santa que los Santos, más excelsa que los cielos, más gloriosa que los Querubines, más digna de honor que los Serafines, más venerable que cualquier otra criatura. Dios te salve, paloma, que nos traes el fruto del olivo y nos anuncias el puerto de salvación que nos guarda del espiritual diluvio* <sup>11</sup>. Y la liturgia también la llama *Huerto cerrado, Fuente sellada, Lirio entre espinas, Paloma humilde y mansa que carece de la hiél del pecado* <sup>12</sup>.

La Iglesia, Esposa de Cristo, se contempla en María como en su modelo acabado. También Ella es *sin mancha ni arruga* <sup>13</sup>, y, sin embargo, *necesitada de purificación* <sup>14</sup> en sus miembros, porque somos pecadores. Por eso trata de imitar y seguir los senderos de la que es Madre y Ejemplo suyo.

*La Iglesia, contemplando la arcana santidad de la Virgen e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, al aceptar con fidelidad la palabra de Dios, también ella se convierte en Madre, pues con la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal, hijos concebidos del Espíritu Santo y nacidos*

(11) San Germán de Constantinopla, *In Praesentatione Deiparae sermo*.

(12) Cfr. *Ad I et II Vesp., Hymn.*

(13) *Ephes. V, 27.*

(14) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8.

*de Dios. También ella es la Virgen que guarda íntegra y pura la fe dada al Esposo, e imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme, la caridad sincera* <sup>15</sup>.

La santidad de la Virgen es, después de la de Cristo, el tesoro más rico que guarda la Iglesia. De su abundancia vivimos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Contemplando a María, se robustece nuestra fe en la Iglesia, que es siempre santa, a pesar de nuestras miserias personales. La Virgen Inmaculada es mucho más que un miembro excelso de la Iglesia. Subordinada a su Hijo, también Ella engendra espiritualmente a los cristianos a la vida de la gracia, y es por eso Madre nuestra.

*Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la Muerte de tu Hijo la preservaste de toda mancha de pecado; concédenos por su intercesión llegar a Ti limpios de todo mal* <sup>16</sup>.

*MIENTRAS que la Iglesia alcanzó ya la perfección en la Santísima Virgen, que la realiza sin mancha ni arruga (cfr. Ephes. V, 27), los cristianos están todavía en tensión para crecer en santidad, venciendo al pecado. Por*

(15) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 64.

(16) *Orat.*

*eso ponen sus ojos en María, que brilla ante la comunidad entera de los elegidos como modelo de virtudes*<sup>17</sup>.

La Iglesia necesita de nuestra santidad personal. El pecado original se nos ha perdonado en el Bautismo, pero sus consecuencias siguen vivas en nuestra alma: errores, torpezas, facilidad para realizar el mal, dificultad para hacer el bien... Y, sin embargo, no tenemos derecho a desanimarnos, porque contamos con la gracia omnipotente de Dios y la intercesión de Santa María. A nosotros toca sólo luchar sin desmayos, y recomenzar cuantas veces sea preciso. *Hijo, advierte nuestro Padre, debes pensar en tu vida y pedir perdón. A la vista de la pobre vida tuya, pedir perdón y hacer el propósito firme, firme, firme, concreto, determinado, de mejorar en esto y en aquello; en aquello que te cuesta; en aquello que habituahnente no haces como debes. Y lo sabes*<sup>18</sup>.

Alguna vez podremos sentir, de modo especialmente vivo, todo el sabor de aquella triste herencia de Adán; quizá entonces el amor propio quiera llevarnos al desaliento, presentándonos la santidad como una meta inaccesible, intentando llenar el alma de inquietud por nuestros pecados; una inquietud que no es de Dios, porque no desemboca en la humildad y en la paz. Sería entonces el momento de acudir con más confianza que nunca a María, para refugiarnos en su

santidad inmaculada: *todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. —No desconfíes. —Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma*<sup>19</sup>.

La protección de la Virgen, que es Madre amantísima, no nos faltará nunca, por grandes que sean nuestras miserias. *Si yo fuera leproso, mi madre me abrazaría. Sin tener miedo, me besaría las llagas. Pues, ¿y la Virgen Santísima? Mientras somos viadores, todo tiene remedio. Y el sentir que somos leporosos, que estamos llagados, nos hace gritar: ¡madre! Y la protección de nuestra Madre es como un beso en las heridas*<sup>20</sup>. Tenedle mucha devoción; ten siempre confianza en Ella. Y cuando te encuentres en un momento de apuro, rézale, invoca su ayuda. Apóyate en Ella, que es un asidero seguro: y te mantendrás firme<sup>21</sup>.

(19) Camino, n. 498.

(20) De nuestro Padre, Noticias XII-61, p. 27.

(21) De nuestro Padre.

(17) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 65.

(18) De nuestro Padre, Noticias XII-61, p. 43.

553

## 8 de diciembre INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (III)

—La Virgen, concebida sin pecado original y llena de gracia desde el primer instante, correspondió totalmente a la gracia de Dios.

—También nosotros hemos de corresponder a la gracia de Dios, luchando contra el pecado hasta el último instante de nuestra vida.

—Acudir a nuestra Madre del Cielo, para que nos ayude a vencer en las peleas diarias.

*BENDITO sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, pues en El nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor <sup>1</sup>. Estas palabras de San Pablo, que se recogen en la segunda lectura de la Misa de hoy, se cumplen de modo especialísimo en la Virgen Santísima. En Ella, obra maestra de Dios <sup>2</sup>, el Señor ha derramado a manos llenas las riquezas de su gracia, al elegirla desde la eternidad como Madre del Verbo encarnado. Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a El con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre*

(1) L. ¡KEphes. I, 3-4).

(2) *Amigos de Dios*, n. 292.

r

*de Dios y, por eso, Hija predilecta del Padre y Sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria que aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas <sup>3</sup>.*

Al celebrar hoy la Inmaculada Concepción de la Virgen, nos extasiamos una vez más ante este prodigio de la gracia que es María Santísima. *Dios, Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre. ¿Tú qué hubieras hecho si hubieras tenido que escogerla? Creo que tú y yo hubiéramos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por eso, después de la Santísima Trinidad, está María. Los teólogos hacen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no estar sujeta a Satanás: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios desde el primer instante. Y así es hermosa y pura y limpia en alma y cuerpo <sup>4</sup>.*

No pensemos, sin embargo, que nada tuvo que poner María de su parte. Si bien es cierto que la hermosura sobrenatural de su alma es don gratuito de Dios, también es cierto que la Virgen correspondió desde el primer momento con una entrega absoluta y generosa a la Voluntad de Dios, y mantuvo esta deci-

(3) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 53.

(4) De nuestro Padre, Obras, 1969, pp. 562-563.

sión a lo largo de toda su existencia. No le fueron ahorradas las pruebas y dificultades, pero todas las superó porque amaba a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas. ***La Virgen no sólo dijo fiat, sino que cumplió en todo momento esa decisión firme e irrevocable. Así nosotros: cuando nos aguijonee el amor de Dios y conozcamos lo que El quiere, debemos comprometernos a ser fieles, leales, y a serlo efectivamente. Porque no todo aquél que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino aquél que hace la voluntad de mi Padre celestial (Matth. VII, 21)***<sup>5</sup>.

LA SANTÍSIMA Virgen es la única criatura exenta del pecado original. Todos los demás nacemos con el pecado de origen, heredado de nuestros primeros padres. *Creemos* —afirmaba el Papa Pablo VI en el Credo del Pueblo de Dios— *que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (...). Así pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este senti-*

*do, todo hombre nace en pecado. Mantenemos pues, siguiendo al Concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno*<sup>6</sup>.

***¡Cuánta miseria! ¡Cuántas ofensas! Las mías, las tuyas, las de la humanidad entera...***

Et in peccatis concepit me mater mea! (Ps. L, 7). ***Nací, como todos los hombres, manchado con la culpa de nuestros primeros padres. Después..., mis pecados personales: rebeldías pensadas, deseadas, cometidas...***<sup>7</sup>. La enseñanza de la Revelación divina coincide con la experiencia personal de cada uno. *El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador*<sup>8</sup>. Es la triste herencia del pecado original, que, aunque perdonado por el Bautismo, deja en nosotros la inclinación al mal, exacerbada por los pecados personales.

No hay más remedio que luchar sin tregua, ***porque estamos inclinados al pecado, hemos nacido así: proni ad peccatum, inclinados al pecado. Y si no peleamos caeremos, y llevaremos una vida verdaderamente desgraciada. Seremos siempre derrotados, tendremos mentalidad de vencidos,***

(6) Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*. 30-VI-1968, n. 16.

(7) *Via Crucis*, IV estación, punto 2.

(8) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 13.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 173.



*tendremos un criterio que no es recto, y además nos sentiremos continuamente desgraciados.*

*En la guerra que cada uno de vosotros tiene que sostener, y yo también (...) —predicaba nuestro Fundador—, no hay más remedio que luchar hasta la última hora. ¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos que luchar, si no supiéramos que hay en el fondo de nuestro corazón todas esas miserias, que nos hacen capaces de todos los errores y de todos los horrores? A mí me dan tanta compasión las personas que se comportan mal, porque yo me puedo comportar peor, si no lucho.*

*Luego, ¡a luchar! y, con la gracia de Dios, a vencer; y con la victoria, la paz y la alegría. Hemos de estar felices y, si hemos sido vencidos, iremos a Dios Nuestro Señor y le diremos: Señor, he pecado contra el cielo y contra Ti (Luc. XV, 21). Cada uno, en el fondo del corazón, sabe cómo decir estas cosas. Y el Señor perdona —está la Confesión para eso—, y ¡otra vez a luchar! Sabéis que la guerra se decide en la última batalla, porque el que es derrotado en la última pelea, ése ha perdido la guerra. Sería una pena muy grande que, después de haber vencido muchas batallas, perdiéramos la postrera. Y como no sabemos cuál será la última, hay que procurar ganarlas todas.*

*No puedo vencer solo, y acudo a la Virgen, a mi Ángel Custodio; y a San José, a quien quiero*

*tanto, porque tiene una intimidad inigualable con Dios y con la Madre de Dios: le pido que me ayude a tratar al Señor y a su Madre, porque él es un buen Maestro; tiene mucha experiencia. Haced vosotros lo mismo<sup>9</sup>.*

*QUIZA ahora alguno de vosotros puede pensar que la jornada ordinaria, el habitual ir y venir de nuestra vida, no se presta mucho a mantener el corazón en una criatura tan pura como Nuestra Señora. Yo os invitaría a reflexionar un poco. ¿Qué buscamos siempre, aun sin especial atención, en todo lo que hacemos? Cuando nos mueve el amor de Dios y trabajamos con rectitud de intención, buscamos lo bueno, lo limpio, lo que trae paz a la conciencia y felicidad al alma. ¿Que no nos faltan las equivocaciones? Sí; pero precisamente, reconocer esos errores, es descubrir con mayor claridad que nuestra meta es ésa: una felicidad no pasajera, sino honda, serena, humana y sobrenatural.*

*Una criatura existe que logró en esta tierra esa felicidad, porque es la obra maestra de Dios: nuestra Madre Santísima, María. Ella vive y nos protege; está junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, en cuerpo y alma. Es la misma que*

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 15-X-1972.

*nació en Palestina, que se entregó al Señor desde niña, que recibió el anuncio del Arcángel Gabriel, que dio a luz a Nuestro Salvador, que estuvo junto a El alpie de la Cruz.*

*En Ella adquieren realidad todos los ideales; pero no debemos concluir que su sublimidad y grandeza nos la presentan inaccesible y distante. Es la Mena de gracia, la suma de todas las perfecciones: y es Madre. Con su poder delante de Dios, nos alcanzará lo que le pedimos; como Madre quiere concedérmolo. Y también como Madre entiende y comprende nuestras flaquezas, alienta, excusa, facilita el camino, tiene siempre preparado el remedio, aun cuando parezca que ya nada es posible.*

*¡Cuánto crecerían en nosotros las virtudes sobrenaturales, si lográsemos tratar de verdad a María, que es Madre nuestra! Que no nos importe repetirle durante el día —con el corazón, sin necesidad de palabras— pequeñas oraciones, jaculatorias. La devoción cristiana ha reunido muchos de esos elogios encendidos en las Letanías que acompañan al Santo Rosario. Pero cada uno es libre de aumentarlas, dirigiéndole nuevas alabanzas, diciéndole lo que —por un santo pudor que Ella entiende y aprueba— no nos atreveríamos a pronunciar en voz alta.*

*Te aconsejo —para terminar— que hagas, si*

*no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que Ella es Madre, considerarla de este modo, hablar así de Ella. Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único suyo en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quiérela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces.*

*Te aseguro que, si emprendes este camino, encontrarás enseguida todo el amor de Cristo: y te verás metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Sacarás fuerzas para cumplir acabadamente la Voluntad de Dios, te llenarás de deseos de servir a todos los hombres. Serás el cristiano que a veces sueñas ser: lleno de obras de caridad y de justicia, alegre y fuerte, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo.*

*Ese, y no otro, es el temple de nuestra fe. Acudamos a Santa María, que Ella nos acompañará con un andar firme y constante<sup>10</sup>.*

(10) *Amigos de Dios*, nn. 292-293.

554

## 10 de diciembre NUESTRA SEÑORA DE LORETO

—La Santa Casa de Nazaret, que —según una tradición— se conserva en Loreto, nos habla de la vida ordinaria de la Virgen.

—Hemos de hacer apostolado con nuestra vida corriente.

—Cuando está movida por el amor a Dios, la vida ordinaria adquiere una eficacia extraordinaria.

EL SANTUARIO de Nuestra Señora de Loreto guarda una reliquia de valor inestimable: la pequeña casa que, según una antiquísima tradición, sirvió de morada de la Santísima Virgen en Nazaret. A lo largo de los siglos, millones de peregrinos han acudido a rezar a aquel lugar que fue escenario del acontecimiento más importante que han visto los siglos: la Encarnación del Hijo de Dios en las virginales entrañas de Santa María.

También nuestro Fundador fue muchas veces peregrino a Loreto. En una de esas ocasiones, el 15 de agosto de 1951, acudió para impetrar la protección de la Virgen, en momentos especialmente difíciles de la historia de la Obra, y allí realizó por vez primera la consagración del Opus Dei al Corazón dulcísimo de María.

Muchas veces nos habló de la Misa que celebró aquel día, con la Santa Casa llena de personas que

habían acudido a honrar a la Virgen, y de su emoción al ser testigo de la devoción popular a Nuestra Señora. Y añadía: *atraía también mi atención el pensamiento de que en aquella Santa Casa —que la tradición, confirmada por la arqueología, asegura que es el lugar donde vivieron Jesús, María y José—, encima del altar, en lo que hace como de retablo, se ven escritas estas palabras conmovedoras: Hic Verbum caro factum est. ¡Cómo me gustaría volver a Loreto! Me voy a Loreto ahora con el deseo, a meterme en un rinconcito de aquella Santa Casa, y a decir y a contemplar aquel Hic Verbum caro factum est, porque Jesús que se hace carne, y es perfectus Deus, tiene que conmover a todos los cristianos*<sup>1</sup>.

Hoy, festividad de Nuestra Señora de Loreto, nos asomamos también nosotros al hogar de Nazaret, para contemplar la vida de Jesús, María y José, ser testigos de su quehacer y de sus rezos, escuchar sus charlas de familia o con los vecinos.

La primera conversación que recoge el Evangelio es la que María mantuvo con Gabriel, mensajero de Dios. Nos imaginamos la escena y oímos una vez más aquel diálogo sencillo y lleno de encanto. Ahora nos fijamos en un aspecto particular: a pesar del extraordinario mensaje del Arcángel, que anuncia a Nuestra Señora que va a ser Madre de Dios, la vida de

(1) De nuestro Padre, Meditación, 24-XII-1963.

María no cambió su curso normal, el mismo que había seguido hasta entonces. *No olvidemos* —nos advierte nuestro Padre— *que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora paso en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar*<sup>2</sup>.

Las semanas, las estaciones y los años se suceden en Nazaret con aparente monotonía. Cada jornada trae su propio afán, muy semejante al del día anterior o al del siguiente: caminatas hasta la fuente del pueblo para llenar el cántaro de agua fresca; moler la harina y preparar el horno para hacer el pan de la semana; disponer la comida de Jesús y de José, arreglar la casa, recoser la ropa, hilar la lana o el lino... *María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!*<sup>3</sup>.

UN DÍA murió José, el cabeza de familia en la Santa Casa de Nazaret. El Señor quiso darle el premio

a su vida fiel. Jesús había crecido y podía atender a la Virgen y cuidar de la casa. Debió de llorar María, y debió de llorar Jesús. ¡Tantos años compartiendo penas y alegrías, sobre todo alegrías! Y en la tranquila paz de aquel hogar, la Virgen continuó su tarea de siempre: cocinar y lavar cacharros, coser, moler y amasar la harina, ir por agua a la fuente, velar el reposo de Jesús y cuidarle: cada día con más amor. Luego, cuando Jesucristo, una vez cumplidos los treinta años, se alejó camino del Jordán, la Virgen prosiguió su vida de siempre, con el corazón atento —como todas las madres— al regreso del Hijo, después de una intensa actividad apostólica, para brindarle descanso y ro- dearle de atenciones.

Así vivió María en Nazaret: sin llamar la atención de parientes ni vecinos. Ni siquiera su dulzura y su delicadeza extrañaron; era como el rocío, que da frescura y color a los campos, y no se echa de ver. Y una tarde, como tantas otras, se fue al Cielo, donde su Hijo la esperaba: murió de amor, con la misma naturalidad con que había vivido.

*Eso es lo que explica la vida de Maria: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo no sea nunca banal sino que se manifieste lleno de contenido. María, nuestra Ma-*

(2) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

*dre, es para nosotros ejemplo y camino. Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos*<sup>4</sup>.

La vida ordinaria es el marco de nuestra acción apostólica, que penetra con su savia nuestro trabajo, nuestras relaciones familiares, profesionales y sociales. *El apostolado, para nosotros, es connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a nuestra actividad secular. Santificamos a los demás con el ejercicio de nuestra profesión, a través de la ordinaria convivencia con nuestros iguales, de la amistad, de las relaciones profesionales y sociales*<sup>5</sup>.

Actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: *¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás?*

Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a tra-

*vés de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones.*

San Juan conserva en su Evangelio una frase maravillosa de la Virgen (...): *la de las bodas de Cana. Nos narra el evangelista que, dirigiéndose a los sirvientes, María les dijo: haced lo que El os dirá (Ioann. //, 5). De eso se trata; de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis faceré?, Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Act. IX, 6)*<sup>6</sup>.

**EL APOSTOLADO cristiano** —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales—, es una gran catequesis en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina<sup>7</sup>.

La vida ordinaria y normal de cada uno se convierte así en algo de valor extraordinario, y de una efi-

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 148.

(5) De nuestro Padre, *Cana*, 6-V-1945, n. 41.

(6) *Es Cristo que pasa*, nn. 148-149.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

cacia inmensa. *No olvidéis, hijos míos* —escribió nuestro Padre—, *que lo que es para nosotros extraordinario, es ordinario para Dios, autor de las leyes que rigen el mundo físico y el mundo del espíritu.*

*No es milagro mayor que el sol se detenga un día en su carrera, que el milagro constante de que los astros describan habitual y regularmente el curso de sus órbitas. La providencia extraordinaria de Dios no es de naturaleza más admirable que la que llamamos providencia ordinaria*<sup>8</sup>.

Por medio del trabajo profesional ordinario, con el testimonio de una vida de cristianos corrientes, Cristo quiere llevar la Redención a todas las almas, sin exceptuar ninguna. Y nosotros, por vocación divina, estamos llamados a convertir la vida ordinaria en algo divinamente extraordinario, cuando procuramos hacer realidad, *unidas a las escenas de la muerte —del triunfo, de la victoria— de Jesús en la Cruz, aquellas palabras suyas: et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Ioann. XU, 32); cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí.*

*Unidos a Cristo por la oración y la mortificación en nuestro trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de nuestra vida sencilla de cristianos corrientes, obraremos esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado*

*sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres.*

*Así simplemente, trabajando y amando a Dios en la tarea que es propia de nuestra profesión o de nuestro oficio, la misma que hacíamos cuando El nos ha venido a buscar, cumplimos ese quehacer apostólico de poner a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades de los hombres: porque ninguna de esas limpias actividades está excluida del ámbito de nuestra labor, que se hace manifestación del amor redentor de Cristo*<sup>9</sup>.

Si acudimos a María y procuramos imitarla, obtendremos del Señor la gracia necesaria para descubrir a otras personas el valor insondable de lo cotidiano, donde Dios espera a las almas para enamorarlas y llevarlas por caminos de santidad y de apostolado. *Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios* —escribe nuestro Padre— *han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el que lo que El os dirá se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal*<sup>10</sup>.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 11-IIIM940, n. 12.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 4.

555

## 12 de diciembre

### NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

—En Guadalupe, la Santísima Virgen se manifiesta como Madre amorosa que se adelanta a las necesidades de sus hijos.

—La romería de nuestro Fundador a la *Villa* de Guadalupe, para pedir por la Iglesia y por la Obra.

—Confianza en la intercesión de nuestra Madre.

*¿QUIÉN es ésta que sube como naciente aurora, hermosa, como la luna, escogida como el sol? '.*

El 9 de diciembre de 1531, Nuestra Señora se apareció a un indio mexicano llamado Juan Diego y, según narran los documentos de la época, le habló así: *ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la inmediatez, el Dueño del cielo, el Dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada (...). Daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación. Porque yo en verdad soy vuestra Madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas stirpēs*

(1) *Cant.* VI, 9.

r

*de hombres, mis amadores, los que me clamen, los que me busquen, los que confíen en mí. Porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores<sup>2</sup>.*

Después de otras apariciones, la Santísima Virgen dio a Juan Diego una señal, para que las autoridades eclesiásticas creyeran en su mensaje: unas rosas florecidas en pleno invierno, que el indio colocó en su tilma. Al desplegar la prenda ante el Obispo de México, apareció milagrosamente grabada la imagen de Santa María que se venera en la Basílica de Guadalupe.

En esta advocación, Nuestra Señora se nos muestra como Madre llena de piedad hacia sus hijos pequeños. Y si todas las imágenes de la Virgen nos enamoran, ésta tiene para nosotros un sabor especial: por venerarla, nuestro Fundador realizó su primer viaje a América, en 1970. A sus pies, en la *Villa* de Guadalupe, rezó muchas horas durante nueve días seguidos, poniendo en manos de la Virgen las intenciones que abrigaba en su corazón.

*Hijas e hijos míos queridísimos*, nos dijo entonces: *os habréis preguntado por qué voy, en estos últimos años, de un santuario de la Santísima Virgen a otro, en una continua peregrinación a través de muchos países, que me da además ocasión de agradecer al Señor el poder conocer a miles de hijas e hijos suyos en el Opus Dei.*

*¿Qué pide el Padre? Pues el Padre pide a los*

(2) *Nican Mopohua* (relato escrito por Antonio Valeriano en idioma Náhuatl, hacia 1540-1545).

*pies de nuestra Madre Santa María, Omnipotencia suplicante, por la paz del mundo, por la santidad de ¡a Iglesia, de la Obra y de cada uno de sus hijas y de sus hijos.*

*Rogad, bien unidos a mi oración y, de modo particular, a las intenciones de mi Misa: así viviréis esta bendita unidad de la Obra entera, y os sentiréis fortalecidos para continuar, en cada momento con más amor y sacrificio, nuestra maravillosa siembra de paz y de alegría a lo largo y a lo ancho del mundo<sup>3</sup>.*

EN ESTE día queremos hacer nuestra oración con las mismas palabras que nuestro Fundador dirigía a la Virgen en su Basílica de Guadalupe. Nos impulsarán a no cejar en nuestra petición por la Iglesia, por la Obra, por todas las almas, que eran las intenciones de nuestro Fundador.

*Da mucha alegría contemplar con los ojos —físicamente— y con el entendimiento y con el corazón a esta Madre de Dios y Madre nuestra, que siempre está pendiente de sus hijos: ha vivido, ¡y vive!, para dar paz, felicidad y fortaleza a los demás. Nosotros venimos aquí a pedir con mucha confianza; a pedir y a sentirnos muy hijos de Dios, porque Ella es la Madre de Dios.*

(3) De nuestro Padre, n. 279.

*¿Habéis visto cómo corre la gente detrás de un personaje, de una reina? Se entusiasman todos con haberla visto pasar; y, si les mira, se llenan de un gozo que no cambiarían por nada del mundo; y lo cuentan, y lo repiten. El pueblo corre por un personaje de la tierra, Madre mía, ¡y Tú eres la Reina del cielo y déla tierra!*

*Venimos con mucho cariño, pero en ocasiones parece que no sabemos decirte nada: y eres —insisto— la Madre, la Reina que todo lo puede. Yo os aconsejo, en estos momentos especialmente, que volváis a vuestra edad infantil, recordando, con esfuerzo si es preciso —yo lo recuerdo claramente—, el primer acto vuestro en el que os dirigisteis a la Virgen, con conciencia y voluntad de hacerlo. Rezad ahora con la misma confianza de entonces, sirviéndoos, si es necesario, de aquellas oraciones ingenuas y piadosas que aprendisteis de labios de vuestras madres.*

*En España, hace tiempo —imagino que también ahora—, se decía: rezarle a la Virgen. Y cuando llegaba el mes de mayo, todos le llevaban flores; yo también lo hacía, lo mismo que este maravilloso pueblo mexicano. Señora nuestra, ahora te traigo —no tengo otra cosa— espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas.*

*¡Cuántos hijos míos, en todos los lugares del mundo, hoy mismo, te llevarán flores!, y se uni-*



*rán a esta petición mía que, con tanto dolor, te presento. No dejes de escucharnos pronto: ¡corre prisa! Y aquí, en este México por Ti bendito, donde hay rosas tan espléndidas durante todo el año, en este detalle material encontramos otro motivo para hablar contigo y para rogarte que consigas que, en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. He dicho de intento rosas pequeñas, porque es lo que me va mejor, ya que en toda mi vida sólo he sabido ocuparme de cosas normales, corrientes, y, confrecuencia, ni siquiera las he sabido acabar; pero tengo la certeza de que en esa conducta habitual, en la de cada día, es donde tu Hijo y Tú me esperáis.*

*Al recordar ahora ese primer hecho de infancia, cumplido con voluntad de rendirte homenaje, me resulta más fácil, Madre mía, cogerme de tu mano con audacia y con seguridad. Ahora hago lo mismo que entonces, aunque en esta tribuna de esta iglesia tuya estoy materialmente más alto que Tú —ya me entiendes lo que digo, porque bien sé que soy de hojalata pobre, y lo que ocurre siempre es que lo que no tiene valor flota, sube con facilidad hacia arriba; lo que es bueno, el oro, está oculto, sirve de base y fundamento—, perdóname, Madre mía, porque al hablar así sólo quiero supli-*

*carte que me veas, que me mires. Aquí estoy, porque ¡Tú puedes!, porque ¡Tú amas!*<sup>4</sup>.

*ASI rezaba nuestro Padre ante la Virgen de Guadalupe: evítanos todo lo que nos impida ser tus hijos, todo lo que intente borrar nuestro camino o adulterar nuestra vocación (...). Contra Ti no puede nada el diablo: ¿cómo no voy a contar con esta seguridad? Dios te salve, María, Hija de Dios Padre; Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo; Dios te salve, María, Templo de la Trinidad Beatísima, ¡más que Tú, sólo Dios!: ¡que se vea que eres nuestra Madre!, ¡lúcete!*

*Al Hijo, se ¡lega sólo por Ti; y, por el Hijo, al Padre y al Espíritu Santo, sintiendo la necesidad de vivir metido en el amor de las tres Personas divinas, que no dejan abandonadas a sus criaturas. He tenido que venir a México, para repetirte, con la boca y con el alma llenas de confianza, que estamos muy seguros de Ti y de todo lo que nos has dado, que estoy muy seguro de mis hijas y de mis hijos, y del camino firme que tu Hijo nos ha marcado.*

*No admitimos más ambición que la de servir a tu Hijo y, por El y con tu ayuda, a todas las almas. Ahora sí que te digo con el corazón encen-*

(4) De nuestro Padre, Oración personal en la Villa de Guadalupe, 20-V-1970.

*dido: monstra te esse Matrem/ Y no me contestes Tú: monstra te esse filium/; pues, aunque tengo conciencia de mi poquedad, yo no sé qué más puedo hacer. Si puedo algo más, ¡dilo, dilo!, y lo cumpliré con tu ayuda, porque solo no soy capaz.*

*Me remueven hondamente esas aclamaciones del canto que a Ti se dirigen en estos momentos, desde este templo: ¡faro esplendente!, ¡trono de gloria! Acudimos a tu intercesión aquí, porque eres trono y faro para encontrar a ese Hijo, que nos quieres entregar. Te amo todo lo que sé y puedo. Me he equivocado tantas veces en mi vida, pero te quiero con todas las fuerzas de mi alma. Dinos qué hemos de hacer y, con tu gracia, lo haremos.*

*Ya nos ves: hacemos lo que podemos. Venimos a querer al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; venimos a quererte a Ti. Sé fortaleza de nuestra vida, luz de nuestra oscuridad, salud de nuestras personales enfermedades espirituales, contra las que luchamos. Descansamos en Ti, confiamos en Ti.*

*Si un hijo pequeño le pidiera a su madre, es seguro que no habría madre que no se conmoviera. Te lo pide un hijo pequeño, un hijo al que gente ajena a la Obra puede maltratar y pisar, ¡y algunos se dan cuenta de que lo hacen!; no hay madre, insisto, que no se conmoviera, si su hijo le contara lo que yo te expongo con tanta esperanza. Escúchanos: ¡yo sé que lo harás!*

*¡Ruega por nosotros, los pecadores! No nos hemos trasladado hasta aquí para pedir hipócritamente: sabemos de qué pasta estamos hechos. ¡Ruega por nosotros, los pecadores!, que eso somos. Pero también sabemos que Tú eres Refugium peccatorum!, Auxilium christianorum!, y por eso te ruegan todos los cristianos con toda confianza, y por eso te rogamos nosotros, porque sólo Tú eres la fortaleza que nos une a tu Hijo, y no nos puedes abandonar<sup>5</sup>.*

*Tenemos la seguridad de que nuestra Madre del Cielo nos escucha siempre, como escuchó entonces la encendida oración de nuestro Fundador. Pero es preciso que nosotros correspondamos a sus desvelos maternos: que nos entreguemos de verdad, cada día con más amor, como nos pedía nuestro Padre a punto de terminar su romería a Nuestra Señora de Guadalupe: al Señor hay que darle el corazón entero. Jesús no se conforma con medios corazones. Ved si en vuestro corazón hay algún rincón que no es de Dios, y echad de allí lo que estorbe. Mirad que el Señor es celoso (...)\* ¡Lo quiere todo, todo! Somos suyos del todo, ¿verdad que sí? Y quien no se vea así, que limpie, que quite, que queme, ¡que raspe!..., hasta que el corazón quede como un rubí, ¡espléndido!, por medio del Corazón Inmaculado de Nuestra Madre Santa María de Guadalupe<sup>6</sup>.*

(5) De nuestro Padre, Oración personal en la Villa de Guadalupe, 20-V-1970.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 22-V-1970.

556

26 de diciembre

## SAN ESTEBAN PROTOMARTIR

—El martirio de San Esteban, que hoy nos recuerda la Iglesia, nos invita a ser testigos de la Verdad.

—Comprensión con el que yerra; intransigencia con el error.

—La práctica del apostolado de la doctrina: caridad y fortaleza.

*ESTEBAN, lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo*<sup>1</sup>. El número de los que creían en la doctrina de Jesucristo era cada vez mayor. Pero muchos, unos por obstinación, otros porque no conocían a Cristo o le conocían mal, rehusaron aceptar que Jesús era el Salvador. Impulsado por el Espíritu Santo, Esteban proclamó sin rodeos la verdad. Y aquéllos *trabaron disputa con Esteban, pero no podían contrarrestar a la sabiduría y al espíritu que hablaba en él. Entonces sobornaron a algunos, que dijese haberle oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios*<sup>2</sup>.

San Esteban fue el primer mártir del cristianismo; murió lleno del Espíritu Santo, rogando por los que le apedreaban. *Ayer, Cristo fue envuelto en pañales*

(1) *L. I* (Act. VI, &).

(2) *L. j* (Act. VI, 9-11).

*por nosotros; hoy, cubre El a Esteban con vestidura de inmortalidad. Ayer, la estrechez de un pesebre sostuvo a Cristo niño; hoy, la inmensidad del cielo ha recibido a Esteban triunfante. El Señor descendió para elevar a muchos; se humilló nuestro Rey, para exaltar a sus soldados*<sup>3</sup>.

Soldados de Cristo, como Esteban, hemos sido llamados para difundir la verdad y defenderla, cuando, donde y del modo que convenga; sin hipocresías, sin simulaciones, sin miedo. *No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma*<sup>4</sup>. dice el Señor. Aunque encontremos dificultades en nuestro camino, aunque alguna vez haya que padecer incluso persecución por el nombre de Cristo, nuestra actitud —con la ayuda de Dios— ha de ser una sola: resistir *firmes en la fe*<sup>5</sup>, dando testimonio de la verdad *aunque la verdad te acarree la muerte*<sup>6</sup>, como escribió nuestro Padre. *Aunque todo el mundo se hunda, aunque todo se pierda, aunque todo se agriete..., nosotros, no. Si somos fieles, tendremos la fortaleza del que es humilde, porque vive identificado con Cristo. Hijos, somos lo permanente; lo demás es transeúnte. ¡No pasa nada!*

*Padre, ¿y si me pegan dos tiros? ¡Santa cosa! No es nuestro camino, pero aceptaríamos la gracia del martirio como un mimo de Dios: no a*

(3) San Fulgencio de Ruspe, *Sermo* 3.

(4) *Matth.* X, 28.

(5) *I Petr.* V, 9.

(6) *Camino*, n. 34.

*nosotros, sino a nuestra familia del Opus Dei, para que ni siquiera por eso nos venza la soberbia. No nos faltará ese mimo..., pero pocas veces, porque no es el camino nuestro.*

*TRAJERON testigos falsos que afirmasen: este hombre no cesa de proferir palabras contra este santo lugar, y contra la Ley*<sup>8</sup>. ¡Cuántas veces la doctrina cristiana es desfigurada con mala fe! Tenemos el deber de vivirla y defenderla en toda su pureza, sin componendas; llenos de mansedumbre, con ansias de ganar a los que están en el error, conjugando la firmeza con una comprensión afectuosa.

*Caminemos en verdad y caridad, nos pide nuestro Fundador: nuestra fidelidad leal al depósito de la fe, al Magisterio de la Iglesia, nos hará portadores de verdad, veritatem facientes in caritate* (Ephes. IV, 15), *enseñando la doctrina del Evangelio con la caridad de Jesucristo.*

*Cuando no se pueda transigir, la intransigencia debe ser santa y, por tanto, lo será con la doctrina, no con las personas: de otro modo, no las podremos llevar a Dios, ni siquiera nos sería fácil tratarlas fraternalmente, como exige nuestra condición de cristianos. No se puede ceder en lo que es de fe: pero no olvidemos que, para decir la ver-*

*dad, no hace falta maltratar a nadie*<sup>9</sup>.

San Esteban afrontó la muerte en defensa de la verdad de Cristo, lleno de amor por los que le apedreaban. Siguió perfectamente el ejemplo de su Señor, que en la Cruz había rogado por los que le crucificaban. Dice San Fulgencio, en una de las lecturas del oficio divino de hoy: *nuestro Rey, siendo altísimo, bajó hasta nosotros en la humildad, pero no vino vacío a la tierra. Trajo a sus soldados un gran regalo, con el que no sólo los enriqueció copiosamente, sino que los confortó para una lucha invencible. Portó consigo el don de la caridad, para que los hombres fueran llevados al consorcio de la divinidad. Lo que trajo consigo, eso regaló a los suyos. No por eso quedó empobrecido; por el contrario, enriqueció de modo admirable la pobreza de los suyos, quedando El lleno de tesoros inagotables.*

*La misma caridad que trajo a Cristo desde el Cielo a la tierra, elevó a Esteban de la tierra al Cielo. La misma caridad que se mostró primero en el Rey, relució después en el soldado*<sup>10</sup>.

El apóstol de Cristo muestra un amor especial hacia los que ignoran y yerran, por cuanto él también está rodeado de flaqueza<sup>11</sup>. Somos hombres como los demás, y nada de lo que pueda afectar a otros nos es extraño. Y esa misma caridad, que nos lleva a comprender los errores de los otros, nos obliga a ser in-

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 67.

(10) *Ad Off. lect.*, L II (San Fulgencio de Ruspe, *Sermo* 3.

(11) *Hebr.* V. 2.

(7) De nuestro Padre, *Meditación Vivir para la gloria de Dios*, 21-XI-1954.

(8) *Acf.* VI, 13.

transigentes con el mismo error, con la falsa doctrina. *Si alguna vez excepcionalmente, por la desfachatez y violencia del interlocutor, hay que decir las cosas con energía, en este caso, para evitar que nuestras palabras hieran —irascimini et nolite peccare! (Ps. IV, 5; Ephes., IV, 26), aunque hablemos duramente, no nos dejemos llevar de la pasión—, habrá que echar enseguida sobre las heridas el bálsamo de la caridad, y curar, sanar, explicando que era necesario en aquel momento concreto proceder así* <sup>12</sup>.

LA OBRA de Dios es que creáis en Aquél que El ha enviado <sup>13</sup>, decía el Señor. Para obtener la salvación, hay que reconocer a Cristo como Mesías e Hijo de Dios, y aceptar su doctrina. Por eso, *si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón* <sup>14</sup>, como en cambio hicieron los enemigos de Cristo con Esteban: *se taparon los oídos, y después, arrojándolo fuera de la ciudad, le apedrearon* <sup>15</sup>.

¿Qué nos importa la reacción de los que no quieren adorar y doblar la rodilla ante el Señor que nos hizo <sup>16</sup>? ¿Acaso trabajamos con miras humanas? Aho-

(12) De nuestro Padre, Carta, 11 -III-1940, n. 67.

(13) Ioann. VI, 29

(14) Ad Invit. (Ps. XCIV, 7-8).

(15) I. I (Act. VII, 58-59).

(16) Ad Invit. (Ps. XCIV, 6).

*gar el mal en abundancia de bien* <sup>17</sup>, éste es el camino nuestro. La prudencia personal y las indicaciones de los Directores nos ayudarán a concretar los medios más adecuados en cada caso, que se apoyarán siempre en el amor. Jamás la defensa de la verdad nos debe llevar a faltar a la caridad. Porque todo lo que es verdadero, lo es en cuanto conduce a Dios, a Dios que es amor; y todas las cosas que existen, son verdaderas por la manifestación del amor de Dios.

*Esteban tenía por arma la caridad y con ella vencía en todas partes. Por amor de Dios no se cruzó de brazos ante los enfurecidos judíos; por amor del prójimo intercedía por los que le lapidaban; por amor argüía a los que estaban en el error, para que se corrigiesen; por amor rezaba por los lapidadores, para que no fuesen castigados. Apoyado en la fuerza de la caridad, venció la violenta crueldad de Saulo, y mereció tener por compañero en el Cielo, al que en la tierra tuvo como perseguidor* <sup>18</sup>.

Por amor estamos dispuestos a convivir con todos los hombres, cualesquiera que sean sus credos o sus ideas, pero también por amor queremos llevarlos al conocimiento de la doctrina verdadera. Si tuviéramos que pagar el precio de Esteban, recordaremos la promesa del Señor: *a todo aquél que me reconociere delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos* <sup>19</sup>.

(17) De nuestro Padre.

(18) Ad Off. lect., L. II (San Fulgencio de Ruspe, Sermo 3).

(19) Mat. X, 32.

Pensemos ahora en nuestra labor de apostolado. ¿No nos haría falta ser más valientes en ésta o en aquella situación concreta con la que nos vamos a enfrentar? ¿No tendríamos que acometer aquel encargo apostólico con mucha más audacia?

Acudamos a Santa María. Ella nos dará todo lo que pidamos: también, siempre que nos haga falta, *la gracia y la fortaleza del primero de los mártires*<sup>20</sup>.

(20) De nuestro Padre.

557

## 27 de diciembre SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA (I)

—A San Rafael y a San Juan encomendamos la labor apostólica con la juventud.

—La labor de San Rafael es siempre eficaz, si se ponen los medios que nuestro Padre nos señaló.

—Fidelidad a los modos específicos de la labor de San Rafael.

NUESTRO Padre nos enseñó que el fin inmediato de la obra de San Rafael es *la formación integral de todos los que toman parte en esta labor*<sup>1</sup>. Y ninguno puede desentenderse de tomar parte en ella. Precisamente hoy celebramos la fiesta del Apóstol San Juan, a quien nuestro Fundador encomendó —además de a San Rafael Arcángel— esta labor apostólica. Buen momento, pues, para considerarlo en nuestra oración personal.

La juventud es edad muy adecuada para una intensa formación, tiempo en el que se afirman la dirección y el sentido de la vida entera: tiempo de ideales en que el alma —vigorosamente receptiva— puede abrirse a la luz de la doctrina, al atractivo del amor, a la realización magnánima de empresas generosas. *Haced de modo que, en su primera juventud o en*

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 3.

*plena adolescencia* —escribió nuestro Padre—, *se sientan removidos por un ideal: que busquen a Cristo, que encuentren a Cristo, que traten a Cristo, que sigan a Cristo, que amen a Cristo, que permanezcan con Cristo*<sup>2</sup>. Es el mejor momento para cimentar la construcción del edificio espiritual que ha de durar toda la vida, para hacer, de esas personas que se acercan a la Obra, almas de vida interior, cristianos cabales que busquen ardientemente la santidad.

La obra de San Rafael ofrece los materiales adecuados para construir ese edificio incommovible y sólido de la vida cristiana. *Para lograr toda esta tarea formativa de la obra de San Rafael, contamos con una gran variedad de medios y de actividades apostólicas. Entre esos medios, algunos, que son ya tradicionales, se han usado con probada eficacia en bien de las almas desde los comienzos de nuestra Obra: los Cursos de Formación, la catequesis y las visitas a los pobres de la Virgen, las meditaciones, los retiros espirituales y —en general— los actos litúrgicos de piedad que se hacen en nuestras Residencias.*

*Estos medios son perennes y han de usarse siempre y en todo lugar, al realizar la labor de San Rafael: porque caracterizan este apostolado y dan vida a todas las demás actividades, que se desarrollan alrededor de esta labor de San Rafael*<sup>3</sup>.

Junto a esos medios tradicionales, caben otras

*muchas iniciativas que contribuyen a la formación personal o a la extensión de la tarea apostólica. ¡Hay tantas labores de todos los estilos, tantas manifestaciones externas que deben ponerse por obra y que son como redes para pescar —pesca divina— las almas de los que están alrededor de la obra de San Rafael! Ciertamente, entre esas manifestaciones externas, dos son obligatorias: la catequesis y la visita a los pobres; después hay actividades de deporte, de ciencia, de literatura, de cine, ¡de lo que queráis!, excursiones, y cien mil cosas más, pero siempre con una entraña hondamente apostólica: si no, no sirven*<sup>4</sup>.

Estos instrumentos pueden cambiar con el transcurso del tiempo, según los lugares y circunstancias, pero no los Cursos de Formación ni los demás medios específicos de la labor de San Rafael, que son cimiento y estructura de todo el edificio. *¡Hay que vivirlos, hijos míos!, clamaba nuestro Padre. Es preciso comenzar por ahí. Y hay que continuar con el mismo trabajo, y hay que seguir siempre con la misma labor*<sup>5</sup>.

*SEGÚN la gracia de Dios que me ha sido dada, puse los cimientos como sabio arquitecto*<sup>6</sup>, escribe San Pablo a los Corintios, *conforme a la potestad que el*

(4) De nuestro Padre, Meditación, 5-III-1963.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 5-III-1963.

(6) I Cor. III, 10.

(2) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 12.

(3) De nuestro Padre, Carta, 24-X-1942, n. 28.

*Señor me confirió para edificar, y no para destruir*<sup>7</sup>.

La fe nos hace ver como queridos por el Señor todos los medios tradicionales de la labor de San Rafael, capaces de cimentar una excelente edificación. Dios, que nos ha confiado una tarea inmensa de apostolado, de formación, nos ha proporcionado también los medios y, ordinariamente, une su eficacia a nuestro empeño por ponerlos en práctica hasta en los menores detalles.

*Debéis tener, hijas e hijos queridísimos* —escribió nuestro Fundador—, *una gran seguridad en la eficacia sobrenatural de vuestro trabajo apostólico: si empleáis fielmente los medios tradicionales, todo marchará bien. Puede haber en algún momento dificultades de un tipo o de otro, pero siempre se superan; son cosas de ordinaria administración, que venceréis con vuestro sacrificio, con vuestra oración y con vuestra alegría*<sup>8</sup>.

Es una convicción que podemos fomentar ahora, en nuestra oración: *nosotros somos colaboradores de Dios*<sup>9</sup>, y El no nos abandona en la empresa. Con esta convicción no habrá dificultades que puedan frenar nuestra acción: ni los comienzos pobres, ni la posible lentitud en el primer crecimiento y desarrollo de la labor, ni una posible apatía de la gente en algunos casos, ni la escasez de los medios materiales. Con esos obstáculos empezó a trabajar nuestro Fundador, y los

(7) II Cor. XIII, 10.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 28.

(9) I Cor. III, 9.

frutos han sido incalculables en todo el mundo.

La semilla que queremos sembrar en los corazones de la juventud es divina: *la semilla es la palabra de Dios*<sup>10</sup>, una simiente de primera calidad, cuya buena siembra sólo puede realizarse a través de los medios específicos de la labor de San Rafael. Es una semilla que siempre da fruto, si la siembra ha sido precedida, acompañada y seguida de todos los cuidados necesarios que requiere esa labor, que exigen tiempo y desvelo y, sobre todo, oración y mortificación.

Es una realidad que muchas veces hemos advertido al meditar la escena de la primera pesca milagrosa: el Señor dispone que se echen las redes para pescar; Simón vacila—*toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada*<sup>11</sup>—, pero responde: *en tu nombre echaré la red*<sup>12</sup>. Y comentaba nuestro Padre: *hay un sentido de plena seguridad en Jesucristo: porque Tú lo dices, porque Tú lo quieres, haré esto y cualquiera otra cosa que me mandes. Lo haré con confianza, sin miedo. Sin miedo, trabajaré, hablaré, y me afanaré en lo que sea necesario*<sup>13</sup>.

A todos puede decirnos nuestro Padre, con palabras de la Escritura Santa:  *mire cada uno cómo edifica*<sup>14</sup>\*, y vea si busca toda la eficacia sobrenatural de su esfuerzo en la fidelidad detallada a las normas de construcción.

(10) Luc. VIII, 11.

(11) Luc. V, 4-5.

(12) Luc. V, 5.

(13) De nuestro Padre, *Meditación*, 7-VIII-1968.

(14) I Cor. III, 10.



**TODOS** en la Obra hemos recibido un encargo bien preciso: contribuir a la extensión de la obra de San Rafael, lograr que al calor de su espíritu se formen los corazones y las inteligencias de muchas personas jóvenes. Se trata de una tarea sobrenatural, donde poco cuentan los medios humanos en comparación con los objetivos; por eso, hemos de estar persuadidos de que esa labor será eficaz, siempre que vivamos con fidelidad extrema los medios apostólicos recomendados por nuestro Fundador. Si, poniendo todos esos medios, los frutos tardasen en aparecer, sería el momento de renovar nuestra fe y nuestra humildad: fe para vivir con más empeño, si cabe, esos medios apostólicos; humildad para examinar cómo lo hemos hecho hasta entonces, y descubrir quizás algo que exige rectificación y mejora. Lo que nunca haremos será ceder a la tentación de acomodar el modo apostólico de la Obra a aparentes conveniencias, haciendo concesiones en algo que no nos pertenece.

A veces será preciso esperar algún tiempo, hasta que llegue la hora de recoger el fruto. *Ya se sabe: primero hay que roturar la tierra; luego, arar; luego, sembrar la simiente; después llega la cosecha*<sup>15</sup>. En ocasiones se cumple aquel refrán: *uno es el que siembra y otro es el que siega*<sup>16</sup>. Ante esta posibilidad, hijo mío, tú has de estar dispuesto a sembrar abun-

*dantemente, para que los que lleguen detrás de ti recojan con más abundancia. Y debemos sentirnos de antemano dichosos con aquellos hermanos nuestros que oirán las palabras que Jesucristo —Divino Sembrador— fes dirá por San Juan: ego misi vos meteré, quod vos non laborastis; alii laboraverunt et vos in labores eorum introistis (Ioann. IV, 38); yo os he enviado a segar lo que no labrasteis; otros hicieron la labranza, y vosotros habéis entrado en sus labores*<sup>17</sup>.

La semilla crece siempre y da fruto: *el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno*<sup>18</sup>. Sin fruto no queda nadie, porque el buen trigo —y el espíritu de la Obra lo es— produce siempre trigo bueno. Con nuestro empeño por hacer bien la labor de San Rafael, las almas mejoran, adquieren luces y virtudes para toda su vida, y por lo menos aumentan su trato con Dios y quedan unidas a la Obra por un lazo de amor, de cariño agradecido, que les lleva a cooperar en sus apostolados.

Acudimos una vez más a la Virgen, *Regina Apostolorum*, para que nos enseñe a vivir con fidelidad exquisita el espíritu y los modos apostólicos propios de la Obra.

(17) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1040.

(18) Marc. IV, 20.

(15) De nuestro Padre, Noticias, 1-62, pp. 18-19.

(16) Ioann. IV, 37.

558

27 de diciembre

## SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA (II)

—El Apóstol San Juan aprendió de Jesucristo la caridad fraterna.

—Hemos de practicar el *mandatwn novum* y enseñárselo a los chicos de San Rafael.

—Descubrir a Dios en los demás, nos llevará a vivir la caridad con todas las almas.

*ESTE es Juan, el que durante la última cena se recostó sobre el pecho del Señor. Bienaventurado Apóstol, a quien fueron revelados los secretos celestiales* <sup>1</sup>.

Entre las enseñanzas que el discípulo predilecto de Jesús aprendió del Maestro, ocupa un lugar especialísimo el mandamiento del amor fraterno, que el Señor subrayó en la Última Cena: *el precepto mío es que os améis unos a otros, como Yo os he amado a vosotros. Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* <sup>2</sup>.

Muchos años habían transcurrido desde que Juan, adolescente aún, conociera al Señor. Entonces tenía toda la impaciencia propia de los años mozos, que debería limar mediante el trato con Jesús, el paso del tiempo y su esfuerzo personal. Los Evangelios nos

permiten rastrear el cambio que se fue operando en aquel corazón enamorado del Señor.

De joven Juan era impetuoso, y hubo de recibir más de una reprimenda de Jesucristo. *Cuando estaba para cumplirse el tiempo en que Jesús había de salir del mundo, se puso en camino, mostrando un semblante decidido para ir a Jerusalén. Y despachó a algunos delante de sí para anunciar su venida, los cuales, habiendo partido, entraron en una ciudad de samaritanos a prepararle hospedaje; mas no quisieron recibirle, porque daba a conocer que iba a Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?* <sup>3</sup>. El Señor tuvo que calmar aquellos ánimos excitados: *volviéndose Jesús, los reprendió* <sup>4</sup>, dice el Evangelio. Fue necesaria una lección de caridad, de comprensión, que era el espíritu que el Señor traía a la tierra.

En otra ocasión, llegó el Apóstol joven, seguro de sí mismo, con la confianza de haber realizado una obra buena: *Maestro, hemos visto a uno que andaba lanzando los demonios en tu nombre, que no es de nuestra compañía, y se lo hemos prohibido*.<sup>5</sup> Nuevamente, Jesús tiene que enderezar aquellos sentimientos con una respuesta que es una enseñanza de apertura de corazón: *no se lo prohibáis, puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre podrá luego hablar mal de mí*.<sup>6</sup>

(3) *Iuc. X*, 51-54.

(4) *Ibid.*, 55.

(5) *Marc. DC*, 37.

(6) *Ibid.*, 38.

(1) *Ad Off. lect.*, *Ant.* 3.

(2) *Ioann. XV*, 12-13.

Jesús derrochó mucha paciencia con el discípulo amado; muchos esfuerzos hubo de hacer para encauzar aquel ímpetu mozo, a veces intolerante, y sembrar en su alma la semilla de la caridad. Pero Juan aprendió bien las lecciones del Maestro. Al final de su vida, repetirá incansablemente a los primeros cristianos lo que constituye como la esencia del mensaje evangélico: *carísimos, amémonos unos a otros porque la caridad procede de Dios, y todo el que ama es conocido de Dios y a Dios conoce. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor*<sup>7</sup>.

**QUEREOS mucho unos a otros, repetía nuestro Padre. Y al decir esto, os digo lo que está en la entraña del cristianismo: Deus caritas est (I Ioann. IV, 8), Dios es cariño. ¿Os acordáis de aquel Juan, patrono nuestro, que es también un buen modelo para aprender a amar a Jesucristo? Cuando estaba ya viejo, viejo, viejo, aunque él se debía sentir joven, joven; cuando quizá, porque el cuerpo ya no respondía, casi ni podía hablar, repetía a sus discípulos: filioli, diligite alterutrum (San Jerónimo, In epist. ad Calat. comm. 3, 6).**

**Hijos de mi alma, amaos los unos a los otros, que lo demás son pamplinas. Dejaos de simpatías y antipatías; nosotros obramos sobrenaturalmente. ¡Quereos! ¡Quereos de verdad!**<sup>8</sup>.

(7) I Ioann. IV, 7-8.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 19-11-1964.

Cuando los Apóstoles y discípulos de la primera hora habían muerto ya, Juan Evangelista seguía predicando a los fieles de Efeso y de toda el Asia Menor, habiéndoles sin cesar del precepto del Señor: *un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, y que del modo que Yo os he amado, así también os améis recíprocamente. Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros*<sup>9</sup>.

El *mandatum novum* de Jesús encontró un profundo eco en el corazón de nuestro Padre. A mí me enamoró de tal manera —nos dijo a menudo— *que, ya en la primera casa que tuvimos, hice poner un gran cartel, que se conserva, con este precepto del amor*<sup>10</sup>. Fue casi lo único que quedó indemne en la Residencia de Ferraz, destruida durante la guerra civil española, como un recordatorio vivo de la perennidad de este mandamiento, que nuestro Fundador comentaba que sigue siendo nuevo, porque los cristianos no lo ponen en práctica. *¡Aún es nuevo este precepto dominical!*, escribía en un antiguo documento. *No quiero detenerme en detalles. Bien sabéis que no exagero. Se ha hecho corriente oír —y ver cómo desgraciadamente se practica, aun por gentes de una piedad llamativa— se ha hecho corriente oír esta pregunta: ¿Quién es tu enemigo? Y esta contestación: el de tu oficio* ".

(9) Ioann. XIII, 34-35.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 15-IV-1954.

(11) De nuestro Padre, Instrucción, 9-I-1935, n. 108.

Hemos de enseñar a nuestros amigos, de modo especial a los que están cerca de la Obra, con obras concretas de servicio, que el cariño fraterno es signo distintivo de los verdaderos discípulos de Cristo. Lo escribía nuestro Fundador ya en el año 1935: *inculcad en nuestros chicos de San Rafael la necesidad de vivir el mandato de caridad, con todas sus consecuencias: ayuda mutua en lo espiritual, en el terreno científico, en lo económico, y en la vida de relación social. De tal manera, que se hagan realidad las palabras del Apóstol, que en lugar patente de nuestro oratorio se leen: alter alterius onera pórtate, et sic adimplebitis legem Christi: llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Galat. VI, 2)*<sup>12</sup>.

Esta delicadeza de caridad se debe manifestar en cualquier ambiente en que se desarrolle nuestro trabajo y, de modo especial, en los Centros dedicados a la labor de San Rafael. Siguiendo los pasos de nuestro Padre y de nuestros hermanos mayores, procuraremos, por ejemplo, que los muchachos encuentren siempre la posibilidad de recibir orientación en sus estudios o en su trabajo, mediante la atención llena de cariño de los estudiantes de cursos superiores o de otras personas que estén en condiciones de prestar esta ayuda.

(12) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 109.

***CAMINO de amor es el nuestro, hijos míos. De amor a Dios, nuestro Padre; de sincera, constante y delicada caridad fraterna. Siempre y en todo debéis vivir la caridad, porque también continuamente la caridad de nuestro Padre celestial es derramada en nuestros corazones (cfr. Rom. V, 5)***<sup>13</sup>.

Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, es un mentiroso. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle?<sup>14</sup> El Apóstol San Juan nos transmite la enseñanza de Jesucristo: que hemos de ver a Dios en nuestro prójimo. Toda la vida cristiana se resume en el precepto del amor, amor con obras, que no se reduce a un vago sentimiento humanitario: es preciso que medie Dios, y que el amor se haga realidad en el servicio concreto a los que están a nuestro lado.

La raíz de esta ley está en que Dios ama a sus criaturas. *En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó primero y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados*<sup>15</sup>. A los ojos de un cristiano, cualquier persona es siempre depositaria de toda la ternura divina. Hay algo divino en todas las almas, por poco relieve humano que puedan tener en el conjunto de la sociedad. Y ese algo de valor infinito es la vida de Jesucristo, que ha derramado toda su sangre en la Cruz por rescatarnos.

(13) De nuestro Padre, *Cana*, 11-III-1940, n. 6.

(14) *1 Ioann.* IV, 20.

(15) *1 Ioann.* IV, 10.

El espíritu de la Obra, de entraña evangélica y apostólica, nos exige vivir la caridad ordenada con todos los hombres, con ocasión del trabajo ordinario y de la convivencia. La caridad es virtud teologal, puesto que amamos con el amor de Dios: *quereos con amor sobrenatural, con amor eficaz, que ponga a Dios en todos los afectos y sobre todos los amores*<sup>16</sup>. Y así, decía nuestro Padre, *si eres de Cristo —¡todo de Cristo!—, para todos tendrás —también de Cristo—fuego, luz y calor*<sup>17</sup>.

Al vivir esta caridad fraterna, nuestro corazón necesitará muchas veces un punto de rectificación, para no movernos solamente en un plano natural. **Todo por Amor: per Iesum Christum Dominum Nostrum.** *Tú tienes que hacer las cosas por Jesucristo. Es bueno que tengas un corazón humano, pero si lo haces sólo porque es tal persona: ¡mal hecho! Aunque lo hagas también por él, hazlo sobre todo por Jesucristo*<sup>18</sup>.

Nuestra caridad estará purificada de ganga humana si no hay motivos que la desvirtúen en una solapada compensación; si sabe estar por encima de afinidades de carácter, de opinión; si no buscamos pago humano; si no nos mueve en nuestro servicio al prójimo cosechar una contrapartida de agradecimiento, de afecto, de aplauso.

(16) De nuestro Padre, Meditación, 29-IIM956.

(17) *Camino*, n. 154.

(18) De nuestro Padre, Meditación, 26-11-1961.

Ninguna criatura amó tan intensamente como la Virgen Santísima, que contempló a todas las almas a través de su Hijo. A Ella acudimos, para que ponga en nuestro corazón ese mismo amor de Dios, que se entrega abnegadamente a los demás. De este modo, *unidos en la caridad de Dios, consummati in unum floann. XVII, 23), viviendo el mandatum novum (Ioann. XIII, 34) del Señor, seremos luz y calor de Dios entre los hombres, y fuertes como una ciudad amurallada: frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma (Trov. XVIII, 19), el hermano ayudado por su hermano, es como una ciudad fortificada*<sup>19</sup>.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 11-11-1940, n. 6.

559

27 de diciembre

## SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA (III)

—Los muchachos de San Rafael deben formarse en un serio espíritu de trabajo.

—Fomentar las virtudes e ideales humanos de los chicos de San Rafael, para sobrenaturalizarlos.

—Con la labor de formación hacemos de los chicos de San Rafael almas de vida interior.

*EL JUSTO florece como la palmera, se yergue como el cedro del Líbano; plantado en la Casa del Señor, florece en los atrios de nuestro Dios* K La vida del Apóstol San Juan se gastó por entero en el servicio de Dios. A San Juan encomendamos, junto con San Rafael Arcángel, la labor de formación que realizamos con las personas jóvenes.

Hoy podemos recordar en nuestra oración el curso de su vida, y contemplar su vocación, el amor de predilección con que le amó el Señor al llamarle al apostolado, y su respuesta fiel cuando aún era un adolescente. En la historia de San Juan se entrevé el camino que pueden recorrer las personas que participan en la labor de San Rafael.

Desde joven, vivió Juan metido en un trabajo duro —las faenas de la pesca—, que exigía esfuerzo y competencia. También los chicos de San Rafael deben

formarse en un ambiente de trabajo. La laboriosidad es una virtud básica que debemos enseñarles desde el primer momento, porque sólo una persona que trabaja es capaz de comprender y vivir nuestro ideal. **Por eso, en el aspecto humano, inculcamos primero en las chicas y en los chicos de San Rafael un gran sentido de responsabilidad, haciéndoles ver la obligación grave que tienen de estudiar o de trabajar, y de santificarse en el cumplimiento de este fundamental deber.** Así fomentamos en los corazones jóvenes las virtudes humanas, que son base necesaria para cultivar las virtudes sobrenaturales<sup>2</sup>, y los preparamos para que pueda cuajar en ellos el amor de Dios, para que *plantados en la Casa del Señor* —como leemos en el salmo— lleguen a ser *fuertes como los cedros del Líbano*, a crecer en obras de servicio a la Iglesia y a todas las almas.

**Han de darse cuenta** —escribió nuestro Padre— *de que participan activamente en algo muy importante, porque vienen a disponerse, para ser después buenos padres de familia o —si Dios quiere— almas totalmente dedicadas a su servicio. Por eso, se les exige empeño, seriedad: un principio de compromiso, sentido de responsabilidad.*

*Si el estudiante sigue durante sus años de universidad desempeñando el papel del hijo de*

(1) Pí. II, 13-14.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 4.

familia pudiente, *de irresponsable o de infantiüizado, no se le puede pedir que se haga hombre de golpe* —cuando acaba sus estudios—, por el mero hecho de recibir un diploma o un título profesional.

*Cosa análoga se puede decir de chicos o de chicas de cualquier ambiente social: verdaderamente, una juventud abandonada es como un terreno inculto, que no produce sino espinas (San Juan Crisóstomo, In Matth. hom. 49, 6). Es ésta nuestra misión: formar hombres y mujeres cabales, cultivar ese terreno, para que fructifique*<sup>1</sup>.

ADEMÁS de ser un hombre trabajador, ya en su primera juventud Juan se hace discípulo del Bautista, aquel hombre de Dios que predicaba la conversión interior y la penitencia, que vivía sobriamente y preparaba los caminos del Señor.

Esta búsqueda de ideales nobles es camino bueno para la gente joven que tratamos. Debemos advertirles del peligro de conformarse con unas metas estrictamente personales, que acaban en el egoísmo. Puede ser que para conseguir sobresalir tengan que soportar dificultades y renunciaciones; pero si esa lucha no tiene más objetivo que el propio yo, es algo mezquino, tanto en el plano humano como en el sobrenatural.

Los chicos y chicas de San Rafael han de pensar

en los demás, ser generosos, llenar su alma de un ideal grande de servicio. *Fomentad en los muchachos todas sus ambiciones nobles, sobrenaturalizándolas* —era el consejo de nuestro Fundador—. *Dejadles: tienen razón: hay que ser... sabios, audaces, santos. Repetidles muchas veces, en todos los tonos, que no pueden quedarse en el montón: porque han nacido para caudillos*<sup>4</sup>.

Es preciso que no se forjen un ideal raquíutico, cómodo, sino un ideal profundamente cristiano. Y nosotros, al moverles a una vida más generosa, despertaremos en su corazón deseos de entrega y afanes de amor y de almas.

Si hay ambiciones nobles, resulta más sencillo sobrenaturalizarlas. En una persona que vive con planteamientos pequeños, que carece de interés real por cualquier cosa distinta de su placer o su diversión, es prácticamente imposible desarrollar una formación cristiana. Por eso escribió nuestro Padre: *hemos de hacer que los hombres no se mantengan en la idiotez de la frivolidad, en una idiotez que es inútil y siempre pehgrosa. Hemos de hacer, a lo largo de cada edad, que desarrollen los jóvenes su capacidad para enfrentarse con los problemas de este mundo, con un modo de hablar moratizador, que no sea amenazador pero que tenga la fuerza vital de arrastrar, que ponga en marcha una generación que no está encauzada*<sup>5</sup>.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 3.

(4) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 218.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 58.

Es una tarea urgente y apasionante, que la Iglesia necesita. Debe dolemos el espectáculo de tantas energías juveniles que se pierden e incluso se orientan mal, porque nadie les ha mostrado un ideal bueno. La gente joven está siempre dispuesta a perseguir ese ideal, si se les ayuda a descubrirlo en toda su hermosura. *Pensad que hasta los niños —de modo particular ahora— tienen pensamientos de aventura, de acción, de triunfo, de pasión. Pero no de aventuras del espíritu, que les son desconocidas o les resultan demasiado difíciles, o —lo que es peor— están incapacitados para descubrirlas.*

*Porque el estilo general de la civilización, que nos envuelve, ha alterado la visión de muchas cosas que podrían ser de otra forma, deberían estar orientadas por otro camino: es decir, por el sentido del trabajo santificado y santificador; por el sentido de la proyección personal de nuestras ilusiones sobrenaturales en el mundo del trabajo hecho con perfección; por la acción eficaz de la honradez eficiente y organizada.*

*Y haremos saber que no está cerrado, para encontrar a Dios, ningún camino noble y humano; sino que están preparados todos esos caminos para responder positivamente, si la juventud se sabe librar de la intoxicación que se difunde con soluciones materialistas de la vida<sup>6</sup>.*

**SEMBRADO** en el corazón de los jóvenes ese afán noble de servicio, es necesario que les ayudemos a sobrenaturalizar las virtudes humanas que han adquirido. *Haced de modo que, en su primera juventud o en plena adolescencia, se sientan removidos por un ideal: que busquen a Cristo, que encuentren a Cristo, que traten a Cristo, que sigan a Cristo, que amen a Cristo, que permanezcan con Cristo.*

*Se espera pacientemente que la gracia divina vaya actuando en las almas, que llegue la hora del encuentro con el Maestro, y que tengan la generosidad y la ternura de seguir su voz —veni, sequere me fMatth. XIX, 21 ); ven, sígueme—, renunciando a tantas cosas, lícitas para otros.*

*Desde el primer momento de la obra de San Rafael, en la labor que hacía —en casa de mi madre— con los primeros, me ha venido siempre a la memoria el hambre de verdad del Apóstol San Juan, que es la misma hambre que sienten los adolescentes y los jóvenes limpios de todos los tiempos, abriendo los ojos a las realidades del mundo.*

*Con ese deseo de saber acudían a la cátedra peripatética del Bautista. Pasó Jesús —respiiciens **Iesum ambulatem (Ioann. I, 36)**— y **el** Bautista exclamó: ecce Agnus Dei (Tbid.), he aquí el Cordero de Dios. Oyeron dos discípulos del Bautista —Juan y Andrés— estas palabras, et secuti sunt Iesum (Ioann. I, 31), y siguieron a Jesús.*

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 27.



*Después, ¿qué queréis?, les preguntó el Señor. Y la respuesta, no del todo lógica: Rabbi, ubi habitas? floann. I, 38); Maestro, ¿dónde vives? Les dijo Jesús: venite et videte floann. I, 39), venid y ved. Juan y Andrés fueron, vieron dónde habitaba, y se quedaron con El aquel día.*

*Larga debió ser la conversación y hondo se metió el amor en el corazón adolescente de Juan: porque, cuando más tarde —a la vuelta de los años— relata su divina aventura, aquella parte del Evangelio tiene el candor y el perfume de un diario afectuoso —hora autem erat quasi décima flbid.J, eran las cuatro de la tarde, escribe—, recordando el instante preciso, en el que videns eos sequentes se (Ioann. I, 38), viendo Jesús que le seguían, les invitó a acompañarle<sup>7</sup>.*

Nuestra labor de formación ha de proporcionar a esas almas la posibilidad de un encuentro personal con el Señor. De otro modo, habríamos trabajado en vano. Los chicos de San Rafael deben llegar a tener vida interior, vida de oración, amistad con Cristo. Un trato valiente y sincero, cara a cara con el Señor, que les disponga a responder a la llamada de Dios. Con la ayuda de nuestra amistad, comenzarán sintiendo *una atracción sincera hacia el espíritu del Opus Dei, una admiración humana —ante nuestro modo exclusivamente espiritual de enfocar y de resolver los pro-*

*blemas—, que servirá de base para inculcar en ellos ideas sobrenaturales, un gran amor a la libertad con responsabilidad personal, y un deseo que les jleba, al fin, a ser buenos cristianos y, quizá más tarde, a una entrega generosa al servicio de Dios como miembros de su Obra (...).*

*Por otra parte, hay muchos chicos a los que no se planteará nunca el problema de su vocación personal o de dedicación de ninguna clase. Pueden ser colaboradores o seguirán siendo sencillamente buenos amigos, que ayudarán gustosamente en nuestras tareas espirituales y humanas<sup>8</sup>. En cualquier caso es, sin embargo, cosa clara que los que vienen a formarse junto a nosotros sienten un cambio, una sacudida interior, que hará a muchos mudar su vida; y, a todos, despertar en su conciencia la obligación de tratar de vivir como católicos consecuentes<sup>9</sup>.*

San Juan tuvo a la Virgen Santísima en su casa, la trató filialmente, aprendió de Ella a ser fiel al amor de Jesucristo y recibió aliento para su vida de entrega. Tratemos también nosotros de encontrar en la devoción a nuestra Madre un nuevo impulso para realizar la labor de San Rafael con la intensidad y la hondura que el Señor desea.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 17 y 14.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, n. 17.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942, nn. 12-13.

560

## 28 de diciembre SANTOS INOCENTES

—El martirio de los Inocentes, testimonio de Cristo *non loquendo, sed moliendo*.

—Nuestro testimonio es el heroísmo del sacrificio escondido, alegre y silencioso.

—Testimonio con la vida y con la palabra.

JESUCRISTO acaba de llegar al mundo. No se han apagado aún los ecos del cántico de los Angeles, y la Iglesia nos vuelve a recordar que el pesebre es antesala de la Cruz, que el desamparo de Belén está ordenado al Gólgota. El sacerdote se reviste de rojo, el color de los mártires, por la muerte de aquellos Inocentes que dieron testimonio de Cristo, *non loquendo sed moriendo*<sup>1</sup>, no hablando, sino muriendo, como primicias para Dios y para el Cordero<sup>2</sup>.

Los Magos, después de adorar al Niño, avisados en sueños por un Ángel, marcharon a su país por otro camino. *Entonces Herodes viéndose burlado, se irritó sobremanera*<sup>3</sup>, *Hijos míos*, comenta nuestro Padre: *mirad en el Evangelio el chasco de Herodes y su disgusto cuando los Reyes Magos no vuelven para contarle dónde está el Rey de los judíos, a decirle*

(1) Orar.

(2) Apoc. XIV, 4.

(3) Ev. (Matth. II, 16).

*dónde está aquel Niño envuelto en pañales. Y se indigna, y comete un estrago (...).*

*También en la vida de hoy se da a veces esta escena que narra el Evangelio: personas que destruyen con su lengua —porque no tienen el poder de Herodes—, no una criatura, sino cientos de criaturas; y envenenan la juventud con una reacción diabólica que es más o menos la que tuvo Herodes cuando comprendió, a su manera, que había un Niño que era Dios.*<sup>4</sup>

Por orden de Herodes, un pelotón de soldados **sale de Jerusalén** para matar a todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos<sup>5</sup>. La entera ciudad de David se llena del quejido de unas criaturas inocentes y del dolor de sus madres. Se vio cumplido entonces lo que predijo el profeta Jeremías diciendo: *una voz se oyó en Rama, muchos llantos y alaridos: es Raquel que llora a sus hijos sin querer consolarse, porque ya no existen*<sup>6</sup>.

Unos niños que mueren sin saber siquiera que mueren; unas madres que ven truncadas aquellas vidas inocentes, sin saber por qué. No hay explicación aparente a este suceso; representa el sufrimiento a primera vista inútil e injusto de unos niños que sellan con sus vidas la verdad que aún no conocen. Pero el

(4) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

(5) Ev. (Matth. II, 16).

(6) Ibid., 17-18.

Señor premia esa donación total con la gloria eterna, con el goce y la visión directa de Dios. Y los pequeños, arrancados de los brazos de sus madres, hechos tan temprano corredores con Cristo, se gozan en el cielo de la fecundidad de su sacrificio: *los niños inocentes mueren por Cristo, seguirán siempre al Cordero inmaculado y dicen siempre: gloria a ti, Señor*<sup>7</sup>.

EL SEÑOR espera de nosotros un testimonio de amor. Ordinariamente no nos pedirá que entreguemos la vida por El de una vez, sino que la quememos en su honor día a día, pero de verdad y sin reservas: una entrega continua, alegre, que no trasciende al exterior, que puede y debe pasar inadvertida. Lo comentaba nuestro Padre con agradecimiento al Señor, hace mucho tiempo: *yo he podido ver en estos treinta y un años, tantas veces, la manera de vivir de mis hijos. ¡Qué bien lo han sabido hacer! Donde ellos están hay paz, hay unción, hay alegría; y los que viven con ellos apenas se dan cuenta. Sólo cuando pasa el tiempo y vuestro hermano ya no está allí, dicen: ¡ah!, ¿qué tenía aquél? Pero mientras están juntos pasan inadvertidos*<sup>8</sup>.

*¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espec-*

*tadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! —Piensa, entonces, qué es lo más heroico*<sup>9</sup>.

Heroico es vivir hasta las últimas consecuencias la vocación. Heroico es cumplir cada día, puntualmente, las Normas. Heroico es agotarse, trabajando por los demás, sin pensar nunca en sí mismo. Heroico es acabar bien el trabajo cuando el cansancio pesa y el cuerpo se rinde por la fatiga. Y heroico es sostener la lucha ascética, cuando haga falta, en las cosas que nos indican, con humildad y entereza. *Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo. Y copio de una carta: «al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella»*<sup>10</sup>.

El heroísmo que se nos pide es el de cada día, el sacrificio escondido y silencioso. Nunca podremos envanecernos, y sin embargo ese sacrificio temple la voluntad y da fecundidad a nuestra vida. Como se hace por amor, es decir, gustosamente, este sacrificio no busca el aplauso, ni siquiera piensa que deba lla-

(7) *Ant. ad Intr.*

(8) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

(9) *Camino*, n. 204.

(10) *Camino*, n. 277.

marse sacrificio. Así, las contrariedades de la jornada se reciben sin queja, como vehículos de la Voluntad divina, con respeto y amor, con alegría y paz; y el deber de cada momento se cumple con gusto, aunque cueste, porque es también la Voluntad de Dios.

Escuchemos a nuestro Padre, que nos pregunta a cada uno: *Hijos míos, ¿vosotros y yo, estamos decididos a vivir una vida que sirva a los demás de modelo y de enseñanza? ¿Estamos decididos a ser otros Cristos, a comportarnos como hijos de Dios? No basta decirlo con la boca, hay que afirmarlo con hechos (...). Vamos a ver: ¿tú estás contento de cómo te has comportado hasta ahora? ¿Tú, que eres otro Cristo, que eres hijo de Dios, mereces que se diga de ti que has venido faceré et docere (Act. 1, 1), a comportarte de modo que puedas enseñar a hacer las cosas buenas, nobles, las cosas de la Redención? "*

LO NUESTRO es trabajar sin hacer ruido, sin desanimarnos ante la dificultad de un quehacer cotidiano. Tenemos que dar testimonio de Cristo y del Evangelio, más que con palabras, con la propia vida: *non loquendo, sed moriendo*; con la entrega escondida de todos los días: en el trabajo habitual, en el cumplimiento exacto de los propios deberes, en las continuas

muestras de cariño a los demás, en nuestra lucha interior, en las cosas pequeñas, en el apostolado. En realidad, *pocas veces se presenta, en la vida, la ocasión de hacer grandes cosas por la Santa Iglesia de Jesucristo; en cambio, es propio de nuestro espíritu hacer grandes, por el Amor, los pequeños servicios de cada día*".

*Cada uno en su lugar, en su puesto de trabajo, los miembros del Opus Dei han de dar con sinceridad, sin subterfugios ni tácticas, la luz cristiana que el pueblo y la calle esperan, porque somos para la calle y para el pueblo.*

*El gesto, la mirada, el modo de hablar, el modo de ver y hacer las cosas, el trato con los demás y, en general, toda la vida y el comportamiento de los miembros de la Obra, deben ir acompañados de esa sencillez que nace del ser iguales a los otros hombres. El día en que falsamente pensarán que no éramos como ellos, la calle y el pueblo se nos harían impermeables: no podríamos servir a las almas "*

Apoyados en el buen ejemplo de una vida entregada, sabremos dar también el testimonio de nuestra palabra. *Es necesario que mis hijos busquen la ocasión de hablar, de comunicar estas maravillas que el Señor nos ha confiado. No basta la presencia, para trabajar cristianamente. ¡No es verdad! Lo*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 9-1-1959.

(12) *Catecismo*, 5ª ed., n. 64.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 52.

*dicen los que se avergüenzan de Cristo. Jesús se hacía presente, y hablaba y daba doctrina (...).*

*Tenemos lengua para hablar, también con imprudencia. Vamos por el mundo alegres e imprudentes. ¡Cuánto más imprudentes seáis, mejor! Yo siempre, y también ahora, pienso en los tiempos de San Pablo, y me acuerdo de aquella amonestación: argüe, obsecra, increpa... ; opportune, importune (II Tim. IV, 2). Os decía que pienso en los tiempos de San Pablo, con aquel imperio romano, lleno de fastuosidad, donde el emperador, con una soberbia tonta, inclinaba la cabeza para que su grandeza personal no chocase con los arcos de triunfo.*

*Aquellos hombres paganos vivían animalmente, pensando en su vientre, en su sensualidad, en su poder humano. Y Pablo, frente a esa concepción de la vida, se lanza a predicar a Cristo, a ese Jesús que ha exigido ser humildes, que ha llevado una vida limpia... Es todo lo contrario a lo que hay en el ambiente, pero San Pablo que sabe, que ha paladeado intensamente la alegría de ser de Dios, se lanza seguro a la predicación, y lo hace en todo instante, también desde la prisión<sup>14</sup>.*

*Acerquémonos a la Virgen Santa María y pidámosle toda la reciedumbre que nos hace falta para vivir heroicamente nuestra vocación.*

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

## ÍNDICE

Nº	PÁG.
<b>Julio</b>	
<i>3 de julio</i>	
488	Santo Tomás Apóstol.....7
<i>7 de julio</i>	
489	Aniversario de la petición de admisión del Padre.....16
<i>16 de julio</i>	
490	Nuestra Señora del Carmen.....24
<i>22 de julio</i>	
491	Santa María Magdalena.....31
<i>25 de julio</i>	
492	Santiago el Mayor, Apóstol.....40
<i>26 de julio</i>	
493	San Joaquín y Santa Ana.....48

29 de julio

494 Santa Marta.....56

## Agosto

2 de agosto

495 Nuestra Señora de los Angeles.....67

4 de agosto

496 San Juan Bautista María Vianney,  
Cura de Ars (I).....75

497 San Juan Bautista María Vianney,  
Cura de Ars (II).....81

498 San Juan Bautista María Vianney,  
Cura de Ars (III).....87

5 de agosto

499 Dedicación de la Basílica  
de Santa María la Mayor  
(Virgen de las Nieves).....94

6 de agosto

500 Transfiguración del Señor.....101

15 de agosto

501 Asunción de Nuestra Señora (I).....110

502 Asunción de Nuestra Señora (II).....117

503 Asunción de Nuestra Señora (III).....124

21 de agosto

504 San Pío X (I).....131

505 San Pío X (II).....138

506 San Pío X (III).....145

22 de agosto

507 Santa María Reina.....153

24 de agosto

508 San Bartolomé, Apóstol.....160

29 de agosto

509 Martirio de San Juan Bautista.....168

## Septiembre

8 de septiembre

510 Natividad de Nuestra Señora.....177

14 de septiembre

511 Exaltación de la Santa Cruz (I).....185

512 Exaltación de la Santa Cruz (II).....193

513 Exaltación de la Santa Cruz (III).....201

15 de septiembre

514 Nuestra Señora de los Dolores.....210

15 de septiembre

515 Aniversario de la elección del Padre.....217

21 de septiembre

516 San Mateo, Apóstol y Evangelista.....225

*24 de septiembre*

517 Nuestra Señora de la Merced.....233

*29 de septiembre*518 San Miguel, San Gabriel y San Rafael,  
Arcángeles (I).....240519 San Miguel, San Gabriel y San Rafael,  
Arcángeles (II).....248520 San Miguel, San Gabriel y San Rafael,  
Arcángeles (III).....256**Octubre***2 de octubre*521 Aniversario de la fundación  
del Opus Dei (I).....265522 Aniversario de la fundación  
del Opus Dei (II).....273523 Aniversario de la fundación  
del Opus Dei (III).....281*7 de octubre*

524 Nuestra Señora del Rosario.....288

*11 de octubre*525 Aniversario del «nihil obstat»  
de la Santa Sede.....295*12 de octubre*

526 Nuestra Señora del Pilar.....303

*18 de octubre*

527 San Lucas Evangelista.....311

*28 de octubre*

528 Santos Simón y Judas, Apóstoles.....319

**Noviembre***1 de noviembre*

529 Todos los Santos.....329

*2 de noviembre*530 Conmemoración  
de los fieles difuntos.....337*3 de noviembre*

531 San Severino, Mártir.....344

*9 de noviembre*532 Aniversario de la Dedicación de la  
Basílica del Salvador (San Juan de Letrán).....352*18 de noviembre*533 Aniversario de la Dedicación de las  
Basílicas de San Pedro y San Pablo.....359*21 de noviembre*

534 Presentación de Nuestra Señora.....365

*27 de noviembre*

535 Aniversario del fallecimiento del Abuelo.....372

*28 de noviembre*536 Aniversario de la erección del  
Opus Dei en Prelatura personal (I).....381

537	Aniversario de la erección del Opus Dei en Prelatura personal (II).....	388
538	Aniversario de la erección del Opus Dei en Prelatura personal (III).....	396

*30 de noviembre*

539	San Andrés Apóstol.....	403
-----	-------------------------	-----

*30 de noviembre*

540	Novena a la Inmaculada Concepción (I).....	411
-----	--	-----

**Diciembre***/ de diciembre*

541	Novena a la Inmaculada Concepción (II).....	421
-----	---	-----

*2 de diciembre*

542	Novena a la Inmaculada Concepción (III).....	428
-----	--	-----

*3 de diciembre*

543	Novena a la Inmaculada Concepción (IV).....	436
-----	---	-----

*4 de diciembre*

544	Novena a la Inmaculada Concepción (V).....	444
-----	--	-----

*5 de diciembre*

545	Novena a la Inmaculada Concepción (VI).....	452
-----	---	-----

*6 de diciembre*

546	San Nicolás de Barí (I).....	459
547	San Nicolás de Barí (II).....	466
548	San Nicolás de Barí (III).....	474

*6 de diciembre*

549	Novena a la Inmaculada Concepción (VII).....	482
-----	--	-----

*7 de diciembre*

550	Novena a la Inmaculada Concepción (VIII).....	490
-----	---	-----

*8 de diciembre*

551	Inmaculada Concepción de la Virgen María (I).....	497
552	Inmaculada Concepción de la Virgen María (II).....	505
553	Inmaculada Concepción de la Virgen María (III).....	512

*10 de diciembre*

554	Nuestra Señora de Loreto.....	520
-----	-------------------------------	-----

*12 de diciembre*

555	Nuestra Señora de Guadalupe.....	528
-----	----------------------------------	-----

*26 de diciembre*

556	San Esteban Protomártir.....	536
-----	------------------------------	-----

*27 de diciembre*

557	San Juan, Apóstol y Evangelista (I).....	543
558	San Juan, Apóstol y Evangelista (II).....	550
559	San Juan, Apóstol y Evangelista (III).....	558

*28 de diciembre*

560	Santos Inocentes.....	566
-----	-----------------------	-----

---